

TIM THARP

MI

ESPECTACULAR

AHORA

ALEAGUARA



Mi espectacular ahora

Tim Tharp

Muchas gracias a Lilli Bassett, Shari Spain, Emily, Michele, Katie, Clint y Paden.

También agradezco especialmente la investigación de los asistentes y colaboradores: Rob, Dave, Brandon, Greg, Mark, Bill, Ricky, John, Perry, Jon, Danny Don, Billy, Robert B., Goober y Kal-Kak.

CAPÍTULO 1

Bueno, no han dado ni las diez de la mañana y ya empiezo a sentir el efecto del alcohol. Teóricamente, debería estar en Álgebra II, pero en realidad me dirijo a casa de mi preciosa novia gorda, Cassidy. Ella también faltó al instituto para ir a cortarse el pelo y necesita que alguien la lleve porque sus padres le han confiscado las llaves de su coche. Todo esto resulta un poco irónico si consideramos que está castigada por faltar al instituto la semana pasada por irse conmigo.

En fin, ante mí se expande toda esta dulce mañana de febrero y me pregunto, ¿quién necesita el Álgebra? ¿Se tendría que suponer que debería estar mejorando mis notas antes de la graduación en mayo? No soy uno de estos chicos que ya tienen definidos sus planes universitarios desde los cinco años. Ni siquiera sé cuándo son las fechas límite para entregar las solicitudes de ingreso a la universidad. Además, la verdad es que mi educación tampoco ha sido una prioridad para mis padres. Dejaron de prestarle atención a mi futuro cuando se divorciaron, allá por el Precámbrico. Y creo que siempre se tiene la opción de hacer un módulo. Además, ¿quién dice que tengo que ir a la universidad? ¿Qué importancia tiene?

La belleza me rodea por todas partes. No la encuentro en los libros de texto. No es una ecuación. Por ejemplo, tomemos esta luz solar, que calienta pero no quema. Ni siquiera parece invierno. Tampoco lo parecía en enero ni en diciembre, para ser honestos. Es asombroso, creo que solo hemos tenido una semana de frío en todo el invierno. Mirad, el calentamiento global no es mentira. Por ejemplo, el verano pasado. Ese calor sí que nos dio una verdadera paliza. El último verano fue un tío duro de pelar. Vamos, caliente caliente, de se-te-queman-las-raíces-del-pelo. Como dice Cassidy: el calentamiento global no es para blandengues.

Pero, miren, con este sol de febrero la luz es absolutamente pura y hace que los colores del cielo y las ramas de los árboles y los ladrillos de estas casas de las afueras se vean tan limpios que con solo mirarlos es como inhalar aire purificado. Los colores se filtran a los pulmones, al torrente sanguíneo. Te conviertes en los colores.

Prefiero tomar mi whisky mezclado, así que aparco en una tienda para comprar un 7UP grande y, de pie en la entrada, me encuentro con un niño junto al teléfono público. Es un niño de apariencia muy real, probablemente de unos seis años de edad, con sudadera con capucha, vaqueros y el pelo alborotado. No es de esos niños pequeños a la moda que andan por ahí con su ropa de marca y sus cortes de pelo de programa de televisión, como estrellas en miniatura. Seguro que no tendrían ni idea de qué hacer con una tía aunque la recibieran en una caja con las instrucciones escritas en la tapa, como el juego de Operación o el Monopoly, pero eso sí, el estilo ya lo dominan.

Inmediatamente siento simpatía por este niño, así que le digo:

—Oye, tío, ¿no se supone que tienes que estar en el cole o algo así?

Y el niño me contesta:

—¿Me darías un dólar?

—¿Para qué necesitas un dólar, amiguito?

—Me quiero a comprar una chocolatina para desayunar.

Ahora captura mi atención. ¿Una chocolatina para desayunar? Siento compasión por el niño. Le ofrezco comprarle un burrito y accede, siempre y cuando también le compre una chocolatina. Cuando salimos, miro a mi alrededor para evaluar qué tipo de tráfico va a tener que sortear al continuar con su recorrido. Vivimos al sur de Oklahoma City, técnicamente en otra ciudad, pero la mancha urbana ya no permite distinguir dónde termina una y empieza la otra, y por aquí pasan muchos coches a toda velocidad.

—Mira —le digo mientras noto cómo se ensucia la ropa con un poco de huevo del burrito—. En esta intersección hay mucho tráfico. ¿Por qué no te llevo en mi coche para que no te aplaste un camión y te deje espachurrado en el cemento como si fueras una ardilla?

Me estudia con una actitud similar a la de las ardillas cuando están decidiendo si les conviene más echar a correr hacia sus madrigueras. Pero yo tengo pinta de persona confiable. No visto a la moda: solo un par de vaqueros razonablemente viejos, unas deportivas gastadas y una camiseta verde de manga larga que dice ¡Ole! en la parte delantera. Tengo el pelo castaño y demasiado corto para requerir mucho peinado y los dos paletos un poco separados, lo cual, según

dicen, me hace parecer simpático y de buen corazón. La cosa es que no doy nada de miedo.

Así que el niño se arriesga y se sube al lado del copiloto de mi Lancer Mitsubishi. Llevo más o menos un año con este coche: es plateado con interiores negros, no es nuevo ni nada, pero tiene su encanto para ser una versión básica.

—Me llamo Sutter Keely —le digo—. ¿Y tú?

—Walter —me responde con la boca llena de burrito.

Walter. Muy bien. Nunca había conocido a un niño que se llamara Walter. Suena a nombre de viejo, pero supongo que por alguna parte se tiene que empezar.

—Bien, Walter —agrego—, lo primero que quiero que sepas es que nunca debes aceptar la invitación de subir al coche de un desconocido.

—Lo sé —me responde—. La señorita Peckinpaugh nos ha enseñado todo lo que debemos saber para protegernos de los desconocidos.

—Muy bien —le digo—. Recuérdalo en el futuro.

Y me contesta:

—Sí, pero, ¿cómo sabes quién es un desconocido?

Eso me hace soltar una carcajada. *¿Cómo sabes quién es un desconocido?* Eso es ser niño. No alcanza a comprender que la gente pueda ser peligrosa solo porque no la conoce. Probablemente tenga todo tipo de ideas siniestras sobre qué es un desconocido: un tipo con gabardina y sombrero negro arrugado, con una cicatriz en la mejilla, las uñas largas, dientes de tiburón. Pero pensadlo, a los seis años todavía no conoces a mucha gente. Sería agotador andar por la vida sospechando del noventa y nueve por ciento de la población.

Empiezo a explicarle qué son los desconocidos, pero pierdo su atención rápidamente cuando mira cómo le echo whisky a mi 7UP.

—¿Qué es eso?

Le explico que es whisky Seagram's V.O., y entonces quiere saber por qué se lo estoy echando al refresco.

Me vuelvo para mirarlo y noto auténtico interés en sus grandes ojos redondos. De verdad quiere saberlo. ¿Qué le voy a decir, una mentira?

Así que le respondo:

—Bueno, a mí me gusta. Es suave. Tiene un saborcillo ahumado. Antes tomaba más bourbon, Jim Beam, Jack Daniels, pero si lo que quieres es que la sensación sea agradable, lenta, que te dure todo el día, esos son muy ásperos para mi gusto. Y me da la impresión de que la gente los detecta más en tu aliento. Intenté tomar Southern Comfort, pero es demasiado dulce. No, para mí lo mejor ahora son los whiskies canadienses. Aunque también son célebres mis deliciosos martinis.

—¿Qué es un marquini? —quiere saber, y veo que ya es hora de desviar sus preguntas si no quiero invertir toda la mañana en sacarle un título de la Universidad de los Barman a este niño. Vamos, que es buen niño, pero mi novia me *está* esperando y no es la persona más paciente del mundo.

—Mira —le digo—, tengo que irme ya, ¿adónde vas?

Termina de masticar y de tragarse el último bocado de su burrito y responde:

—A Florida.

La verdad es que no me sé de memoria la distancia exacta en metros, pero estamos en Oklahoma, así que Florida está por lo menos a unos cinco estados de distancia. Se lo explico y me dice que lo deje donde termina la ciudad y que hará el resto del recorrido a pie. Lo dice en serio.

—Me he escapado de casa —añade.

Este niño mola más a cada minuto que pasa. ¡Se está escapando a Florida! Le doy otro trago a mi whisky con 7UP y me imagino el lugar igual que él: un gran sol naranja que se sumerge en el océano más azul que jamás hayas visto, con las palmeras haciendo reverencias para postrarse ante su gloria.

—Mira, Walter —le digo—, ¿sería muy entrometido por mi parte preguntar por qué estás huyendo de casa?

Se queda mirando el tablero.

—Porque mi madre ha obligado a mi padre a irse de casa y ahora vive en Florida.

—Vaya, qué mal. Te entiendo, amiguito. A mí también me pasó algo así cuando era niño.

—¿Y qué hiciste?

—Me enfadé mucho, creo. Mi madre no quería decirme adónde se había ido mi padre. No me escapé, pero creo que más o menos por esa época incendié el árbol del jardín. No sé por qué. Pero fue impresionante, eso sí.

Esto aviva su entusiasmo.

—¿En serio, incendiaste un árbol entero?

—Ni se te ocurra probarlo —le advertí—. Te puedes meter en un lío muy serio si haces algo así. No te gustaría que los bomberos se enfadaran, ¿o sí?

—No, no me gustaría.

—Entonces, sobre este asunto de huir, entiendo tu punto de vista: visitarías a tu padre y tendrías aventuras y eso. Podrías nadar en el mar. Pero, para serte sincero, no te recomiendo que vayas. Florida está muy lejos. Si intentas ir caminando, no vas a encontrar una tienda en cada esquina. ¿De dónde vas a sacar la comida?

—Podría cazar.

—Sí, podrías hacer eso. ¿Tienes una pistola?

—No.

—¿Un cuchillo, o una caña de pescar?

—Tengo un bate de béisbol, pero me lo he dejado en casa.

—¿Ves? No estás preparado. Probablemente tengamos que volver a casa a recoger el bate.

—Pero mi madre está en casa. Cree que estoy en el cole.

—No te preocupes. Yo hablo con ella. Le voy a explicar la situación.

—¿En serio?

—Claro.

CAPÍTULO 2

Bueno, debería haber llegado a la casa de mi novia hace cinco minutos, pero en esta ocasión tengo una excusa legítima para que se me haya hecho tarde. ¿Cómo podría Cassidy, la Señorita Activista en persona, echarme la bronca por intervenir en la situación de este niño? Prácticamente estoy haciendo trabajo social. Tal vez hasta la madre de Walter me apoye.

Por desgracia, Walter no recuerda exactamente dónde vive. Nunca ha tenido que volver a su casa andando desde la tienda. Lo único que sabe es que hay una camioneta negra sin neumáticos que le da miedo frente a una casa en la esquina de su calle, así que vamos para arriba y para abajo por toda la zona residencial en busca de esa camioneta.

Para tener seis años, Walter tiene buena conversación. Tiene una teoría sobre Lobezno, de los X-Men. Cree que es el mismo tipo que recoge la basura de su calle. Además, me ha hablado sobre un malote pelirrojo de su colegio que se llama Clayton, a quien le gusta ir por ahí pisándole los pies a los demás niños. Un día, se cansó de oír gritar a los pequeños y fue a pisotear, para variar, a la profesora. La última vez que Walter vio a Clayton, la señorita Peckinpough lo llevaba arrastrando por el pasillo, agarrándolo de la muñeca mientras él iba deslizándose sobre el trasero como los perros cuando se limpian.

—Sí —le digo—. El cole es raro, es cierto. Pero recuerda esto: lo raro es bueno. Acepta lo raro, amiguito. Disfrútalo, porque siempre estará ahí.

Para ilustrar mi punto, le cuento la historia de Jeremy Holtz y el extintor. Conocía a Jeremy bastante bien en Primaria y era simpático, siempre con una respuesta rápida y graciosa preparada. Pero en Secundaria, cuando su hermano murió en Irak, empezó a irse con «malas influencias». (No es que yo no me vaya con ellos de vez en cuando, pero yo soy así, me voy con todos). Pero Jeremy

cambió. Se llenó de acné y empezó a pasarse con los profesores. Un día, fingió un exagerado y enorme bostezo en la clase de Historia y el señor Cross le dijo que lo único que conseguía era mostrar lo malcriado que era. Eso fue demasiado para Jeremy. Sin decir una sola palabra, se salió del aula. Un minuto después, entró caminando de lo más tranquilo con un extintor en la mano y empezó a disparar en una dirección y luego en otra, tan fresco como una lechuga. Era una tormenta de nieve andante. Bañó a todos los de la fila de atrás y también al ala sur del aula. El señor Cross intentó detenerlo, pero Jeremy también le disparó, como diciendo: «Ahí tiene, señor Cross. Ahí tiene su mala crianza de mierda».

—El buen Jeremy no me bañó a mí —le digo a Walter—. ¿Sabes por qué?

Sacude la cabeza.

—Porque yo acepto lo raro.



No sé cuántas calles recorrimos en el coche, para arriba y para abajo, pero finalmente ahí estaba, la camioneta negra sin neumáticos que daba miedo. No es que estemos en un barrio marginal ni nada por el estilo. Simplemente no es posible adentrarse en este lado de la ciudad sin encontrar el típico automóvil que alguien pretende arreglar algún día colocado en la entrada sobre tabiques. De hecho, la casa de Walter es una casita suburbana de una planta perfectamente decente con una camioneta Ford Explorer perfectamente decente aparcada delante.

Tengo que convencerlo de que me acompañe a la entrada y parece un poco asustado cuando toco el timbre. Tenemos que esperar un rato pero, finalmente, su madre sale a la puerta con una expresión que parece indicar que cree que le voy a vender una aspiradora o el mormonismo. He de admitir, sin embargo, que es guapa. Se ve muy joven y me cuesta trabajo no pensar en ella como una madurita caliente.

Cuando ve a Walter, abre el portón y empieza con la típica letanía de «¿Qué estás haciendo fuera del cole, jovencito?». Parece como si Walter fuera a ponerse a berrear en cualquier momento, así que intervengo y le digo:

—Disculpe, señora, pero Walter está enfadado. Lo encontré en la tienda y me dijo que se iba a escapar a Florida.

Justo en ese momento, la veo percatarse de mi 7UP.

—Espera —me dice, entrecerrando los ojos—. ¿Has estado bebiendo?

Miro mi 7UP como si fuera el cómplice que me delató.

—Eh, no. No he estado bebiendo.

—Claro que sí —suelta el portón, que se cierra de golpe detrás de ella y se queda de pie justo frente a mí—. Lo huelo en tu aliento. Has estado bebiendo alcohol y conduciendo con mi hijo.

—Ese no es el tema —empiezo a retroceder—. Centrémonos en Walter.

—No te atrevas a venir aquí, borracho, a decirme qué hacer con mi hijo. Walter, entra en casa.

El niño me mira con expresión desolada.

—Walter, ¡ahora!

Y yo digo:

—Eh, no hay por qué gritarle.

Y ella:

—Se me ocurre que sería buena idea llamar a la policía.

Me dan ganas de contestarle que si en realidad tuviera buenas ideas, su hijo no estaría intentando huir a Florida. Pero sé lo que me conviene. Nunca me he vuelto a meter en problemas con la policía desde el incidente del árbol quemado y no permitiré que una guapa madre malvada de veinticinco años me meta en problemas ahora.

Entonces, comento:

—Vaya, se hace tarde —me miro la muñeca, aunque no llevo reloj—. ¿Qué

tal? Llego tarde a catequesis.

Se queda ahí observándome mientras llego al coche, dejando claro que está preparada para memorizar el número de mi matrícula en caso de que le cause algún problema. Pero no puedo decepcionar a Walter. No está en mi naturaleza.

—Su hijo está dolido —le digo mientras abro la puerta—. Echa de menos a su padre.

Baja los escalones de la entrada y su gesto se hace dos arrugas más malvado.

Me meto y enciendo el motor, pero no puedo irme sin bajar la ventana y decir una última cosa:

—Eh, si yo fuera usted, estaría pendiente de que Walter no se acerque al árbol del jardín.

CAPÍTULO 3

Bien, ya llego oficialmente tardísimo a recoger a Cassidy. Tardísimo como solo llegan los malos novios. Va a tener esa cara fruncida, como si en vez de ser su novio me considerara un niño consentido. Está bien. No soy de los que se acobardan ante la furia de sus novias. Claro que es capaz de lanzarme algunos comentarios serios y cortantes cuando se enfada, pero los sé manejar. Le doy la bienvenida a esos retos. Es como intentar esquivar un puñado de estrellas afiladas de kung fu. Además, ella lo vale.

Cassidy es la mejor novia del mundo. He durado dos meses más con ella que con cualquier otra novia. Es inteligente, ingeniosa y original, además de que puede beberse una cerveza más rápido que la mayoría de los chicos que conozco. Además, es absolutamente preciosa. Vamos, es espectacular. Ella sí que es color puro. Es de alta definición. Tiene el pelo rubio escandinavo, ojos azules como fiordos, piel de helado de vainilla, o pétalos de flor, o caramelo, o más bien como ninguna de esas cosas sino solo como su piel. Hace que me duela el pelo. Bueno, también cree en la Astrología, pero ni siquiera me importa. Son cosas de chicas. Cuando pienso en eso, me imagino constelaciones y destinos volando en remolinos dentro de ella.

Pero lo que realmente distingue a Cassidy es que es sublimemente regordeta. Y creedme, no uso la palabra *gorda* de manera negativa. Las tías de las revistas son esqueletos deshidratados a su lado. Tiene proporciones immaculadas. Es como si tomaras a Marilyn Monroe y le inflaras las curvas unas tres tallas con una manguera de aire. Cuando deslizo mis dedos por el cuerpo de Cassidy, me siento como el Almirante Byrd o Coronado, explorando territorios desconocidos.



Pero no abre la puerta. Está ahí. Alcanzo a escuchar su música, alta y furiosa. Solo porque he llegado unos treinta minutos tarde me va a hacer esperar tocando el timbre en la alfombrilla de entrada. Después de esperar unos tres minutos, vuelvo al coche a por la botella de whisky y la llevo al jardín de atrás. Me siento en la mesa del patio para refrescar mi bebida y reflexiono sobre el siguiente movimiento. El 7UP grande ahora está cargadito, pero tras un trago sustancioso, se me ocurre una idea. La ventana de su habitación seguramente estará entreabierta, porque se sienta ahí a fumar y a echar el humo por la ventana. Es astuta, pero no tanto como yo.

Permitidme que os diga que el ascenso a su ventana no es nada sencillo. Lo he hecho antes, pero casi caigo en picado hacia la muerte vestido tan solo con un bañador. Por fortuna, traigo bastante whisky para estabilizar mi equilibrio.

Bueno, trepar al árbol que está al lado, un magnolio de ramas bajas, no representa mucho trabajo, pero subir hasta la punta con el vaso de plástico lleno de 7UP entre los dientes es otra cosa. Es difícil. Y luego tengo que avanzar por una ramita anoréxica y permitir que mi peso la doble sobre el techo. Por un segundo, pienso que voy a caer en plancha sobre la barbacoa del patio.

Incluso después de llegar sin problemas al resguardo del techo, aún no he librado todos los peligros. La superficie se inclina en un ángulo ridículo. Os diría cuántos grados, pero no me se me da muy bien la Geometría. Las suelas de mis zapatos son de goma, así que avanzo como una araña hasta la ventana sin que suceda nada catastrófico. Pero a veces parece que no sé cuándo parar. Siempre tengo que intentar ir más allá.

Me retiro el vaso de los dientes para beberme el trago de la victoria y, ¿qué

sucede?, lo dejo caer y rueda por las tejas grises, salpicando whisky y 7UP en todas direcciones.

Por supuesto, mi reacción natural es detener el vaso, lo que me hace soltar el bordillo del que me sostengo. Acto seguido, estoy deslizándome por el techo, de cabeza, intentando sujetarme de algo, pero no hay nada. Lo único que impide que caiga igual que el 7UP es el canalón. Me sentiría aliviado, pero el canalón tampoco parece estar en muy buenas condiciones. En cuanto logro recuperar el aliento, el canalón empieza a rechinar. Y rechinar. Hasta que el rechinado se convierte en alarido y el canalón se desprende de su anclaje y no queda nada que me salve de caer de narices desde el borde.

Mi muerte está cerca. Veo pasar mi ataúd frente a mis ojos. No me importaría que fuera rojo. O a cuadros. Tal vez con el interior de terciopelo. Pero entonces, sucede un milagro de última hora. Logro sostenerme con las manos al canalón y, no sé cómo, me balanceo y caigo en el patio. A pesar de todo, aterrizo de culo y mi cóccix sufre un buen golpe y, encima, me muerdo la lengua. Cuando miro hacia arriba, ahí está Cassidy, mirando horrorizada desde la puerta del patio, con los ojos y la boca como platos.

Sin embargo, no está horrorizada por mí. Abre la puerta corrediza de golpe y se queda de pie frente a mí con las manos en la cadera y ese familiar gesto de «eres-tan-idiota» en la cara. Y yo le digo:

—Eh, ha sido un accidente.

—¿Estás loco? —grita—. No mola, Sutter. No puedo creerlo. Mira el canalón.

—¿No te preocupa ni siquiera un poquito que me haya roto la espalda o algo?

—*Ya te gustaría* —inspecciona el techo—. ¿Qué les voy a decir a mis padres?

—Diles lo de siempre, que no sabes qué pasó. Así no podrán pillarte durante el interrogatorio.

—Siempre tienes una respuesta, ¿no? ¿Ahora qué haces?

—Estoy recogiendo el canalón, ¿o qué te parece que hago?

—Déjalo. Tal vez mis padres piensen que lo arrancó el viento.

Suelto el canalón y recojo mi vaso vacío.

—No me digas. Eso estaba lleno de whisky.

—Y un poquito de 7UP.

—Debí suponerlo —dijo mirando la botella de whisky en la mesa—. Pero ¿las 10:30 no es un poco temprano para estar borracho otra vez, incluso para ti?

—Oye, no estoy borracho. Solamente un poco contentillo. Además, no bebí anoche, así que en realidad es como si hubiera empezado tarde. ¿Alguna vez lo has pensado de esa manera?

—Sabes que me has hecho perder la cita en la peluquería —vuelve a entrar a la casa.

Tomo la botella y la sigo.

—No sé para qué quieres cortarte el pelo. Tienes el pelo demasiado bonito como para cortártelo. Me gusta cómo se mece por tu espalda cuando caminas. Me gusta cómo cuelga sobre mí cuando te pones encima.

—No todo tiene que ver contigo, Sutter. Quiero cambiar. No necesito tu permiso —se sienta en un banco en la barra que separa la cocina del salón. Cruza los brazos y no me mira—. No les gusta que no acudas a las citas, sabes. Pierden dinero. Pero estoy segura de que a ti eso no te importa. No piensas en nadie más que en ti mismo.

Ahí está, mi entrada para contarle lo de Walter. Para cuando termino, he servido bebidas para los dos y ella ya ha descruzado los brazos. Empieza a suavizarse, pero todavía no está lista para perdonarme, así que le dejo la bebida en la barra en lugar de dársela. No quiero darle la oportunidad de rechazarme.

—Está bien —me dice—. Supongo que por una vez sí has hecho algo bueno. Pero de todas maneras podrías haberme llamado para avisar de que llegabas tarde.

—Sí, lo hubiera hecho, pero he perdido el móvil.

—¿Otra vez? Es el tercero este año.

—Es difícil conservarlos. Además, ¿no crees que es un poco 1984 andar por ahí con un dispositivo en el bolsillo que le permite a la gente localizarte en cualquier momento? Deberíamos rebelarnos contra el móvil. Tú puedes ser Trotsky y yo seré el Che.

—Eso es tan típico de ti —responde—. Siempre intentando hacer chistes para salir de una situación. ¿Has pensado lo que en realidad significa tener una relación? ¿Entiendes algo sobre establecer confianza y comprometerse?

Ahí vamos. Es hora del sermón. Y estoy seguro de que lo que dice es cierto. Está bien pensado y es introspectivo y todas esas cosas que te aseguran buena nota en un trabajo de cinco páginas para Literatura, pero sencillamente no puedo mantenerme concentrado cuando está sentada junto a mí, y está tan guapa.

Esos colores que tiene ya empiezan a atacarme, me surcan la piel, electrizan mi torrente sanguíneo, mandan chispas que explotan por todo mi estómago. Le doy un buen trago a mi whisky, pero no puedo evitar empezar a tener una erección. Lo menciono solamente porque tengo una teoría sobre la erección. Creo que es el motivo principal del sexismo a lo largo de la historia. Vamos, es realmente imposible asimilar las ideas de una tía, no importa lo profundas o ciertas que sean, si se te está empezando a poner dura.

Esto es lo que hace que los hombres consideren a las mujeres lindas y adorables cabezas huecas. Pero no son ellas las cabezas huecas. Los cerebros de los hombres se convierten en harina de avena y se quedan ahí sentados mirando a la tía, sin tener idea de lo que dice, pero asumiendo que debe ser algo bonito. Podría estar explicando Física Cuántica, y el tipo solo escucharía un parloteo de puras cositas tiernas.

Lo sé porque me ha pasado muchas veces y me está pasando ahora. Mientras ella imparte su disertación perfecta sobre las relaciones, lo único que yo quiero hacer es acercarme a besarle el cuello y luego quitarle el jersey y besarle los pechos y luego el vientre, dejándole pequeñas marcas rojas en la piel como rosas que florecen en la nieve.

—Y, si pudieras hacer solo *eso* —dice—, creo que podríamos lograrlo. Podríamos tener una relación muy, muy buena. Pero es la última vez, Sutter. No te lo volveré a decir. ¿Crees que podrás hacerlo?

¡Oh-oh! Gran problema. ¿Cómo voy a saber si puedo hacerlo? Podría estar

pidiéndome que use vestido de noche y tacones. No hay tiempo para plantearle mi teoría sobre el sexismo y la erección en este momento, así que le digo:

—Sabes que haría cualquier cosa por ti, Cassidy.

Sus ojos se entrecierran un poco.

—Ya sé que *dices* que harías cualquier cosa por mí.

—Oye, ¿acaso no acabo de trepar al techo por ti? Me he roto el culo por ti. Mira, haré el pino y me beberé el resto de este whisky por ti.

—No tienes que hacer eso —se ríe y toma un trago de su bebida y sé que ya la he convencido. Me voy al salón, pongo mi vaso en la alfombra y hago el pino, apoyado en el sillón. Esto me marea un poco, pero de todas formas no me cuesta trabajo inclinar el vaso y terminarme el whisky de un solo trago estando boca abajo. Desgraciadamente no puedo mantenerme en esa posición, y me desplomo como esos rascacielos que derrumban con dinamita para construir algo más elegante.

Ahora Cassidy está riéndose, y es una imagen preciosa. Le dedico mi famosa ceja levantada con mis grandes ojos color marrón y ella da un trago y dice:

—Realmente eres un idiota, pero eres mi idiota.

—Y tú eres una mujer tremenda —le quito el vaso de la mano, le doy un trago, y lo pongo sobre la barra. Ella abre las piernas para que pueda colocarme entre ellas y le aparto el pelo de la cara y paso mis dedos entre sus hombros—. Tus ojos son un universo azul y voy cayendo en ellos. Sin paracaídas. No lo necesito, porque nunca llegaré al suelo.

Me coge por la pechera de la camisa y me acerca a ella. Veréis, esta es la otra cara de la moneda. Aquí es donde las tías pierden. Al tipo se le suaviza la cabeza y entonces ella le empieza a hablar como si fuera bobito y le dice que le quiere cuidar. Él es su tontín adorable y no puede hacer nada sin ella. Ella se derrite y él se derrite, y entonces todo se acaba.

La mejor palabra para describir a Cassidy en la cama es *triumfal*. Si el sexo fuera un deporte olímpico, ganaría la medalla de oro, sin duda. Estaría ahí en la plataforma más alta, con la mano sobre el corazón, llorando al escuchar el himno nacional. Después, se sentaría en el plató de televisión con Bob Costas para

responder a las preguntas sobre su técnica.

Sé que tengo suerte. Sé que estar con ella de esta manera es parte de las maquinaciones internas más profundas del cosmos. Pero, por algún motivo, siento que una oscura grieta empieza a abrirse en la parte trasera de mi pecho. Es apenas una fisura, pero definitivamente es algo que no quisiera que se ensanchara. Tal vez sea por el ultimátum que me ha dado hace un rato. *Pero es la última vez, dijo. No te lo voy a volver a decir.* ¿Qué es lo que quiere que haga?

Es estúpido preocuparme por esto ahora. Estoy tumbado aquí en las frescas sábanas de mariposas de mi hermosa novia regordeta. Tengo un whisky extra fuerte en el escritorio. La vida es espectacular. Hay que olvidar las cosas oscuras. Beber y dejar que el tiempo se las lleve a donde sea que el tiempo se lleve todo.

CAPÍTULO 4

Está bien, sí, tal vez bebo un poco demasiado, pero no os vayáis a pensar que soy un alcohólico. No es una gran adicción. Es solo un pasatiempo, una buena manera tradicional de divertirse. Una vez, le dije exactamente esto a una mojigata estirada del instituto, Jennifer Jorgenson, y me contestó: «Yo no tengo que beber alcohol para divertirme». A lo que repliqué: «Pues yo tampoco tengo que subirme a la montaña rusa para divertirme, pero lo hago».

Ese es el problema principal de los programas contra las drogas y el alcohol que te obligan a comerte con cucharilla desde que entras en Primaria. Nadie admite que drogarse es divertido, así que ahí pierden toda credibilidad. Todos los chicos del instituto, con excepción de las Jennifer Jorgensons del mundo, reconocen que este asunto es más falso que la esposa de un evangelista de la tele con las tetas operadas.

Ya he hecho esos cuestionarios de Internet que se supone determinan si eres alcohólico: «¿A veces bebes cuando te despiertas para iniciar el día? ¿Te molesta que la gente de tu entorno critique lo mucho que bebes? ¿A veces bebes solo?». Ese tipo de cosas.

En primer lugar, sí, a veces bebo por las mañanas, pero no porque lo *necesite*. Es solamente un cambio de rutina. Estoy celebrando un nuevo día y, si uno

no puede hacer eso, entonces más le valdría cruzar de una vez los brazos sobre el pecho y ponerse a estudiar el diseño de la tapa de su ataúd. En segundo lugar, ¿quién no se enfada cuando alguien empieza a criticarlo? A ver, podrías beber solo una cerveza, y si tu madre la detecta en tu aliento, ella y tu estúpido padrastro empezarán con la rutina de interrogación del poli malo y el poli bueno, salvo que no hay poli bueno. ¿Qué? ¿Se supone que eso lo tienes que disfrutar?

Y, en tercer lugar, ¿por qué es malo beber solo? No es que sea un borracho vagabundo que bebe *aftershave* a solas detrás de la estación de autobuses. Digamos que te castigan y estás viendo la tele o jugando al ordenador en tu habitación; un par de copas pueden evitar que te vuelvas loco. O igual todos tus amigos tienen que volver pronto a casa entre semana y te vas a casa y te tomas tres o cuatro cervezas en la ventana con tu iPod antes de irte a dormir. ¿Qué tiene de malo?

Todo está en la actitud que hay tras la bebida, ¿sabéis? Si te pones en plan «*Qué mal, mi novia me ha dejado*» o «*Dios me ha abandonado*» y luego te bebes un litro de Old Grand-Dad hasta que el cuello se te vuelve de goma y no puedes levantar la cabeza del pecho, entonces, sí, diría que eres alcohólico. Pero yo no soy así. No bebo para olvidar nada ni para tapar nada ni para huir. ¿De qué tendría que huir?

No, todo lo que hago cuando bebo tiene que ver con la creatividad, con ampliar mis horizontes. De hecho, es educativo. Cuando bebo es como si viera otra dimensión del mundo. Entiendo a mis amigos en un nivel más profundo. La música se introduce en mí y me abre desde adentro. Empiezan a salir de mí palabras e ideas que no sabía que tenía, como periquitos exóticos. Cuando veo la tele, invento diálogos que son mejores de lo que jamás soñarían los guionistas. Soy compasivo y gracioso. Me lleno de la belleza y el sentido del humor de Dios.

La verdad es que soy el borracho consentido de Dios.

Por si no la habéis escuchado, es una canción de Jimmy Buffett, *God's Own Drunk*. Es sobre un tipo que se emborracha hasta tal punto que se enamora del mundo en su totalidad. Está en armonía con la naturaleza. Nada lo asusta, ni siquiera las cosas más peligrosas, como el gigantesco oso Kodiak que le roba el whisky.

A mi padre, el de verdad, no mi estúpido padrastro Geech, le encantaba Jimmy Buffett. Le ENCANTABAN: *Margaritaville*, *Livingston Saturday Night*, *Defying Gravity*, *The Wino I Know*, *Why Don't We Get Drunk and Screw*. Mi padre escuchó esas canciones hasta la extenuación. Todavía me siento bien cada vez que

escucho alguna.

De hecho, la primera vez que probé el alcohol fue con mi padre. Fue antes del divorcio, así que no tendría más de seis años. Me llevó a un partido de béisbol de ligas menores en el estadio antiguo, cerca de la feria. Esto fue antes de que construyeran el nuevo, el de Bricktown. Fuimos mi padre y yo y dos de sus amigos, Larry y Don. Todavía recuerdo perfectamente a esos tíos. Eran divertidos, grandes y escandalosos.

Mi padre también era grande, construía casas. ¿Y atractivo? Era tan guapo como George Clooney, solo que tiene la misma separación entre los dientes que yo. Incluso de pequeño, estar con esos tipos me hacía sentir como un hombre. Le hacían pedorretas a los árbitros y se burlaban del otro equipo y llamaban a los jugadores del equipo de Oklahoma City sus «chicos». Y siempre tenían vasos grandes de cerveza fría en la mano.

Ya te digo si me apetecía un trago de esa cerveza. Quería beber cerveza y subirme al asiento y gritar a todo pulmón. Daba igual lo que gritara, solo quería que mi voz se mezclara con la de los hombres. Finalmente, me puse suficientemente pesado con mi padre y me dejó darle un sorbo. «Solo un sorbito», me dijo, y Larry y Don se carcajearon, echando la cabeza hacia atrás.

Pero les callé la boca. Me tomé casi la mitad del vaso antes de que mi padre lograra arrancármelo de las manos. Se rieron un poco más y Don dijo: «Eres un verdadero cabrón, Sutter. En serio». Y mi padre contestó: «Así es. Claro que sí. Eres mi cabroncete». Me apretó el hombro y me apoyé en él. No puedo decir que me emborrachara, pero sí me invadió una tibieza. Me encantó ese estadio y todos los que estaban ahí, me encantó la vieja Oklahoma City a lo lejos, los edificios altos que se elevaban suaves y acogedores en la penumbra. No vomité hasta la séptima entrada.

Tampoco fui nunca una especie de Drew Barrymore, que bebía en la Primaria y se metía cocaína en los antros antes de que le creciera vello púbico. En realidad no bebí mucho hasta que llegué al instituto, y ni siquiera bebía todos los días.

Lo que hacía era guardarme una bolsa de papel en la parte delantera de los pantalones y luego iba a la tienda, me acercaba como si tal cosa a la parte de atrás, donde están las cervezas (venden una cerveza flojísima de 3,2 grados de alcohol en las tiendas en Oklahoma), y luego, cuando nadie me veía, sacaba la bolsa y

escondía ahí un pack de seis latas. Después, con mi expresión más angelical estilo Huckleberry Finn salía de la tienda como si solo llevara una bolsa llena de cereales de chocolate y galletas bajo el brazo.

Mi mejor amigo, Ricky Mehlinger, y yo repetimos aquella rutina durante un mes más o menos. Robábamos el pack de seis latas para bebérselo sentados en la acera y dejábamos que el dóberman nos persiguiera. El dóberman era un perrazo horrible que parecía malísimo. Era el rey de tres patios. Un día, cuando estábamos terminándonos la cerveza, de repente levantamos la mirada y, ahí estaba, sentado en la esquina de la pared de ladrillo, mirándonos desde arriba como una gárgola malévol. Una fracción de segundo antes de que saltara, salimos corriendo. Y empezó a perseguirnos soltando mordiscos al aire tras nosotros. Sentí literalmente sus dientes en la parte de atrás de mi zapato justo antes de trepar un muro. Fue divertidísimo.

Después de aquello, siempre nos asegurábamos de pasar por sus dominios después de terminarnos el pack de seis y, siempre, salía de la nada, babeando y con la mirada enloquecida. Entonces, un día me aposté con Ricky cinco dólares a que no atravesaba todo el patio del dóberman y tocaba la reja de hierro forjado alrededor de la piscina. Se terminó la cerveza y dijo: «Vaya que no».

Fue tronchante. Ricky había logrado llegar más o menos a la mitad del patio cuando el dóberman salió corriendo detrás de la esquina de la casa. Ricky puso cara de Macaulay Culkin y salió disparado hacia la reja de la piscina con el perro mordiendo el aire justo detrás de él. Intentó saltar la reja, pero se quedó enganchado en las puntas de hierro negro. Entonces lo vi. El dóberman seguía ladrando y lanzando mordiscos cerca de los tobillos de Ricky, pero nunca llegó a tocarlo. Podría haberle mordido la pierna y habérsela arrancado, pero a la hora de la verdad, era como nosotros, solo quería divertirse, nada más.

Eso rompió la magia. Sabíamos que el viejo dóberman no era malo de verdad y él sabía que nosotros lo sabíamos. De todas maneras, nos bebíamos las cervezas en la acera, pero ahora el perro se sentaba con nosotros y nos dejaba que le acariciáramos la cabeza. Fue septiembre, la temporada del perro. Nuestros padres no sabían dónde andábamos y no les importaba. Fue espectacular.

CAPÍTULO 5

Conocí a Ricky en cuarto de Primaria y hemos sido uña y carne desde entonces. Él es germano asiático. Los padres de su padre eran inmigrantes alemanes y su madre es de Malasia, de Kuala Lumpur, creo. Se conocieron cuando Carl estaba en la marina. Pero no es como os pensáis: un alemán grandote y estricto que le da órdenes a la diminuta y sumisa esposa asiática. En realidad, el padre de Ricky es tan bajo de estatura como él y parece medio gay. No os estoy contando nada que el propio Ricky no haya dicho.

Su madre también es bajita, vamos, no creo que alcance el metro y medio, pero no está ni remotamente cerca de ser sumisa. Tiene una voz aguda y gangosa, como de banjo desafinado, y es imposible ir a su casa sin tener que escucharla criticar al pobrecito de Carl por algún detalle insignificante, como dejar el grifo abierto mientras se cepilla los dientes. Cuando está enfadada de verdad, no se le entiende una palabra.

Ricky parece más asiático que alemán y a las tías les parece lo más mono del mundo. Pero él piensa que nunca lo ven como novio potencial. Es cierto que a veces las tías son condescendientes, como cuando Kayla Putnam dijo que le gustaría metérselo en el bolso, pero lo cierto es que Ricky tiene muchas cualidades.

Por mencionar una, es uno de los tipos más graciosos que conozco. Además, también es listo. Tal vez sus notas no lo demuestren, pero eso es porque no se esfuerza. Si de verdad estudiara, tendría una media de sobresaliente. Para entender su vocabulario, yo tengo que asegurarme de aprender al menos una palabra nueva al día en Internet.

Siempre le recuerdo que tiene muchas cualidades, pero ¿se toma la molestia de reunir valor para invitar a una tía a salir? No. Siempre tiene alguna excusa: o es muy alta, o se preocupa demasiado por su aspecto, o es racista. Vale, lo de racista lo entiendo, pero en algún momento uno tiene que aceptar: «Oye, esto es el instituto. Lo único que necesito es salir con alguien, como una novia de prueba».

Así que considerando su historial con las tías, me parece bastante irónico que me esté aconsejando sobre Cassidy.

—Tío —me dice—, no puedes echar esto a perder. A ver, en serio, que no puede ser tan complicado que llegues a tiempo para llevar a tu novia a cortarse el pelo.

—Oye, no podía hacer nada; lo hecho, hecho está. Me preocupa más no haber escuchado exactamente qué quiere que haga de ahora en adelante para salvar nuestra relación.

—¿No estabas escuchando nada?

—Tenía otras cosas en mente.

Ricky sacude la cabeza.

—Tío, si yo fuera tú, prestaría atención a cada palabra —lo dice en serio. A veces me pregunto si no estará también un poco enamorado de Cassidy.

—No se puede prestar atención a cada palabra —le digo—. Pasan demasiadas cosas todo el rato. Lo único que se puede hacer es dejarse empapar por la sensación general.

Ricky abre otra cerveza. Es viernes por la noche y estamos sentados en el capó de mi coche en un aparcamiento de la calle 12.

—Si yo tuviera novia, cuando ella hablara sería como estar en misa. Ella sería la pontífice y yo el pontificado.

—Estás drogado.

—No, en serio. Soy el mejor oyente del mundo.

En eso tiene razón. Anda que no ha escuchado tonterías mías.

—¿Entonces por qué no le pides salir a Alisa Norman? ¿Te gusta, no?

Se distrae viendo pasar un Mustang de esos antiguos realmente geniales, un cupé de hace como treinta años.

—Creo que me gusta, pero está prácticamente comprometida con Denver Quigley.

—¿Y? Pídeselo de todas maneras. Mira, las tías son personas transitorias. No terminan con alguien y se sientan a esperar que otro les pida salir. Mantienen un novio hasta que conocen a otro que esté interesado en ellas. Luego le dan la puñalada al antiguo y abrazos y besos al nuevo. Te lo digo yo.

—Por supuesto. ¿Has visto a Quigley últimamente? Es un cavernícola. Con que le dirigiera dos palabras a Alisa me haría papilla. Tendrían que llevarme al hospital en carretilla.

—Excusas, excusas —le doy un sorbo a mi cerveza y ¡la paso con otro trago de whisky!—, Pero ¿sabes qué? Estoy harto de tus excusas. Ya va siendo hora. Va a ser esta noche. Vas a echarte novia.

—Vete a la mierda.

—No, en serio. ¿Crees que puedes andar de sujeta velas conmigo y Cassidy para siempre? Es ridículo. Vamos, métete en el coche.

—¿Por qué? ¿Qué planeas?

—Tías, eso planeo. Están por todas partes —extiendo el brazo hacia la calle 12—. Es viernes por la noche, tío. La calle es una cornucopia de tías. Cada coche que pasa está lleno de ellas. Altas, flacas, gordas, tetas grandes, tetas pequeñas, rubias, morenas, pelirrojas, culos gordos y culos que te caben en la palma de la mano. ¿Y sabes qué quieren? Quieren un novio. Eso quieren. Así que súbete al coche.

—Tetas y culos, ¿eh? Eres un romántico, Sutter. De verdad lo eres.

Tal vez se esté poniendo sarcástico conmigo, pero se sube al coche de todas maneras. Sabe que el viejo Sutter quiere lo mejor para él.

Y la verdad es que sí soy un romántico. Estoy enamorado de la especie femenina. Es una pena que solo se pueda escoger una pero, como esa es la regla, estoy muy agradecido con la que tengo, y quiero que mi mejor amigo tenga lo mismo.

CAPÍTULO 6

La calle 12 está muy activa hoy. No exageraba, hay montones de tías por todas partes. Pero soy selectivo. Después de todo, estamos buscando novia para Ricky, el amigo con quien jugué a la Liga de la Justicia en quinto de Primaria. Él cuidó de mí

entonces y yo lo haré ahora.

—¿No me vas a poner en ridículo, verdad? —pregunta.

—¿Cuándo te he puesto yo en ridículo?

—¿De verdad quieres que te haga una lista? —saca un porro y un mechero.

—¿Qué haces, tío? —no tengo nada en contra de la maría, simplemente no me parece que sea buen lubricante social.

—No fumes tú si no quieres —me responde, dando una calada larga al porro.

—Bueno, pero no fumes demasiado, ¿vale? No quiero ir a pescar un puñado de tías para que luego te quedes pasmado y te me pierdas en un cosmos extraño, y esas gilipolleces.

Exhala una nube de humo.

—No te preocupes. Seré guay.

—Sí, claro. Pero no conozco muchas tías a las que les apetezca hablar sobre la comercialización de Dios o lo que sea que estuvieras desvariando el sábado pasado.

—Era: ¿qué pasaría si descubrieran la existencia física de Dios? A ver, probablemente habría una batalla campal por obtener los derechos de la patente. Sería una competición para decidir si deberías recibir a Dios por cable o vía satélite. Y luego tendrían que lanzar un plan de marketing. Habría anuncios: «Llame hoy y reciba a Dios por 19,95 dólares al mes. ¡Obtenga a Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo en un paquete por tan solo 24,95 dólares!».

—Cierto —le respondo riendo—. Y cuando no puedes pagar el alquiler vienen y te cortan la conexión con Dios.

—¿Ves? —me dice Ricky—. Eso es guay.

Tengo que aceptar que tiene razón.

—Pero de todas maneras, lo que a ti y a mí nos parece guay no

necesariamente va a parecerse a las chicas.

—Lo sé. ¿Qué piensas, que soy una especie de idiota?

No hay tiempo para discutir el tema. De repente, una camioneta enorme llena de chicas se detiene a nuestra altura. No las reconozco, pero la rubia que viaja atrás baja la ventanilla, nos enseña las tetas y se muere de risa.

Ricky me dice:

—Tío, ¿has visto eso?

—Sí, lo he visto. Le doy el visto bueno. Dos veces.

—Bueno, no dejes que se vayan. Síguelas.

—Relájate. Esas tías ni siquiera son de por aquí.

—¿Y?

—Así que aunque las siguiéramos toda la noche, no se van ni a inmutar. ¿Sabes por qué te enseña una tía las tetas, no? Porque le gusta pensar que los tíos se hacen justicia con su propia mano pensando en ella. Y además, necesitas a alguien más natural.

—Esa me ha parecido bastante natural.

—Tenía pelo de *yo-yo-yo*.

—No me estaba fijando en su pelo.

Ricky se enfada un poco conmigo porque no las he seguido, pero no va en serio. Le conozco. La única razón por la que quiere perseguirlas es porque en realidad sabe que no pasaría nada. Es una fantasía, no hay posibilidad real de salir con ellas o de que nos rechacen, ninguna de las dos. Pero no le voy a permitir salirse con la suya, esta vez no.

Recorremos la calle 12 un par de veces sin éxito hasta que veo los intermitentes de un coche que me hacen una señal desde atrás: es el Camry dorado de Tara Thompson. En el semáforo, saca la cabeza por la ventanilla y me dice que me pare en el aparcamiento del Conoco. Esto promete. Conozco bien a Tara,

estuvimos juntos en Literatura, y aunque ella no es una buena opción para Ricky, su amiga Bethany Marks sí lo es.

Tara y Bethany casi siempre están juntas. Son tías del montón: no de las súper guapas ni de las populares, pero claramente están por encima de las marginadas. Juegan al softball. Tara tiene el pelo teñido de rubio y es un poco regordeta, pero no es fea, para nada. Bethany es morena y un poco más delgada, tiene unas largas piernas espectaculares y un torso algo desproporcionado, porque parece demasiado pequeño. Tiene buenas tetas. Su único defecto es que parece que tiene la nariz llena de grasa. Pero su relación con Tara me recuerda a Ricky. Es la chica callada en comparación con la personalidad extrovertida de Tara. Los chicos no se fijan mucho en ella, pero tiene una buena risa, y, a ambas les gusta salir de fiesta con los deportistas.

Me acerco al lado de Tara y bajo la ventanilla.

—Sutter —me dice—, eres justo a quien quería encontrarme. ¿Sabes dónde podemos conseguir cerveza?

—¿Cerveza? ¿No están entrenando?

—Estamos celebrando. Mi madre por fin ha echado a mi padrastro de casa —las dos ríen.

Les digo que aparquen, a ver si puedo ayudarlas.

—Pasad a mi oficina, chicas —las llevo a la parte de atrás de mi coche y abro el maletero para revelar mi alijo de cervezas. Forramos el maletero con plástico, lo cubrimos de hielo. Luego colocamos hilera tras hilera de cervezas y las cubrimos con más hielo.

—Tíos, sois lo más —dice Tara.

—Estamos preparándonos para ir a Bricktown —les digo, aunque en realidad no planeábamos hacerlo, pero quizá ahora sea un buen momento—. ¿Por qué no nos acompañáis?

Bethany dice:

—Vamos de camino a casa de Michelle.

Entonces les digo:

—Venga, yo también estoy puestísimo para celebrar la expulsión de un padrastro, ya que mi madre no va a echar al mío de casa.

Eso es todo lo que Tara necesita escuchar para quedarse con nosotros.

—Pues no te quedes ahí. Ábreme una cerveza.

Le doy una y ni siquiera tengo que buscar una excusa para que Bethany se suba en la parte de atrás con Ricky. Tara se sube de inmediato al lado del copiloto y a Ricky y Bethany no les queda más remedio que subirse atrás. Sé que es posible que Cassidy se molestara con esta distribución de los asientos si nos viera, pero hoy ha ido al cine con sus amigas y, además, de lo que se trata es de juntar a Ricky con Bethany.

—¡A toda velocidad! —digo mientras enciendo el motor—. Y a la mierda las patatas.

CAPÍTULO 7

Bricktown es la zona de marcha de Oklahoma City. Tiene ese nombre porque todos los edificios son de ladrillo e incluso sus calles son de ladrillo. Antes era un distrito de bodegas o algo así. Ahora hay bares, restaurantes, salas de conciertos y escenarios, cafeterías, unos cines y un estadio de béisbol. También se puede navegar por el canal que corre entre dos largas hileras de edificios, como un río al fondo de un cañón. No es muy emocionante, pero a las tías les parece romántico. Lo único que debo hacer es encontrar una manera de lograr que Ricky y Bethany se suban a un bote juntos mientras me llevo a Tara a otra parte.

Me aseguro de que las chicas tengan un suministro constante de cerveza mientras conducimos hacia allí y luego recorremos las calles por los bares y restaurantes. Al principio, Ricky está un poco callado. Es una de esas personas que de entrada pueden parecer tímidas, pero cuando lo conoces es tronchante. Se le dan de miedo las imitaciones: estrellas de cine, profesores, otros tíos del instituto. Cuando logro que empiece a hacer una, las chicas se quedan embobadas. Hace una de Denver Quigley que le sale idéntica y Bethany se ríe tanto que parece que se le

va a caer la cara.

—Oye, vamos a los botes —les digo como si se me acabara de ocurrir. No lo tengo que decir dos veces. Las chicas se emocionan con la idea.

Después de encontrar un sitio para aparcar, como a un millón de kilómetros del canal, caminamos hacia allí, haciéndole bromas a la gente y en general riéndonos todo el tiempo. Cuando llegamos al sitio donde salen los botes, le digo a Ricky que compre dos tickets, uno para él y otro para Bethany, pero cuando me acerco a la ventanilla, empiezo:

—Esperadme un minuto. Me he dejado la cartera en el coche.

El idiota de Ricky ofrece prestarme dinero, pero le digo:

—No, no tío. Adelantaos vosotros dos. No me gusta la idea de que mi cartera esté solita en el coche en un aparcamiento oscuro. Nos vemos aquí en treinta minutos.

Me lanza una miradita suspicaz, pero ya es demasiado tarde. La lancha está a punto de salir. Bethany quiere que Tara los acompañe, pero yo la agarro por el brazo y le digo:

—Ah, no. No voy a ir hasta allí yo solo.

Les deseamos un buen viaje cuando zarpa el bote y hacen buena pareja, aunque ella es unos ocho centímetros más alta que él. En cuanto se alejan, me ofrezco a llevar a Tara a tomar un helado y me dice:

—¿No se te había olvidado la cartera?

—Acabo de acordarme de que la llevaba en el otro bolsillo.

Me observa y sonrío.

—Eres malo.

—No soy malo. Soy Cupido. Hacen buena pareja, ¿no crees?

—Sí —dice ella—. Sí la hacen.

De camino a la heladería cambiamos de opinión y decidimos ir a un bar. Después de intentar entrar en cuatro locales sin éxito, se me ocurre que no hay otra solución que ir al coche a por unas cervezas e ir a tomárnoslas al Jardín Botánico.

—¿Es seguro ir ahí de noche? —pregunta Tara.

—Psss —le respondo—. Estás conmigo.

Meto cuatro cervezas en una bolsa de plástico y nos dirigimos hacia los jardines. La noche es preciosa. Temperatura para un jersey fino. Las luces de la ciudad brillan sobre nosotros y el peso de las cervezas resulta muy agradable, como una promesa de abundancia.

Lo que pasa si vas a ese lugar de noche es que siempre existe la posibilidad de encontrarse algún mendigo y, por supuesto, lo encontramos. Tara me agarra del brazo y se coloca un poco detrás de mí, pero ese tipo no tiene nada de amenazante. Lleva la típica gorra vieja, ropa de segunda a la cual no le vendría mal un buen lavado y su rostro parece estar hecho de la piel desgastada de un guante de béisbol.

Le doy cinco dólares y se queda más que agradecido, se quita la gorra y me mira como si fuera una especie de noble o algo parecido. Cuando se aleja cojeando, Tara me dice que no debería haberle dado dinero.

—Solo lo va a usar para comprar alcohol —agrega.

—Bien por él.

—Entonces hubiera sido mejor que le dieras una cerveza.

—¿Estás de coña? Solamente tenemos dos para cada uno. Que vaya a comprar la suya.



El Jardín Botánico está compuesto por varios senderos que atraviesan grupos de diferentes tipos de árboles y plantas y cruzan sobre arroyos y estanques. En un

extremo, está el Puente Cristal, que no es solo un puente sino un gran invernadero cilíndrico para las plantas más exóticas. Incluso tienen una de esas enormes plantas apestosas que solo florecen cada tres años o algo así y que huelen a carne podrida. En realidad, nunca había estado en el jardín de noche, pero cuando vas con una tía, es mejor actuar como si fueras un viejo lobo de mar en todo, no para impresionarla sino para que ella se sienta segura.

Así que vamos caminando, bebiendo cerveza y charlando; así es como empieza a contarme lo de su madre y su padrastro, Kerwin.

—¿Kerwin? —le pregunto—. ¿Me estás diciendo que de verdad se llama Kerwin?

Y ella me responde:

—¿Lo puedes creer?

Al principio la historia es bastante graciosa. Kerwin es un todo un personaje. Para empezar, es un guarro, solo se afeita unas dos veces a la semana y se pasa el día sentado viendo *Food Network* en calzoncillos, se quita los calcetines y los lanza con poco tino hacia la habitación y se tira pedos cuando los amigos de Tara pasan por la habitación donde él está. Incluso dice que una vez llegó a comerse un plato precocinado calentado en el microondas mientras estaba cagando en el baño.

—No sé —le digo—. Creo que me cae bien.

—No te caería bien si tuvieras que vivir con él —responde y toma un trago.

—Mi padrastro es un puto robot.

—Kerwin no estaba mal al principio. Creo que me gustaba. Se casaron cuando yo tenía como nueve años, y en aquel entonces yo pensaba que era divertido que fuera tan guarro. Mi madre, mi hermana pequeña y él se tumbaban en la cama y nos contaba historias y luego decía: «Meted la cabeza bajo las mantas, voy a escupir al aire». Y cuando metíamos la cabeza bajo las mantas se tiraba un pedo. A mi madre le daba mucho asco, pero mi hermana y yo nos reíamos como si fuera lo más gracioso del mundo. Creo que cuando era pequeña pensaba que era un gran tío. Aparte de los pedos, hacía reír a mi madre. Éramos bastante felices.

Hay un pequeño anfiteatro justo al lado del Puente Cristal con vista a un

escenario a mitad del estanque. Bajamos unas cuantas filas y nos sentamos ahí con nuestras cervezas.

—¿Y qué pasó entonces? —pregunto—. ¿Fue el pedo que colmó el vaso?

Se ríe.

—Fue más de uno —hace una pausa mirando el escenario vacío—. Pero en realidad fueron los calmantes.

—¿Calmantes? ¿Cuáles, Vicodin o algo así?

—Peor que eso. OxyContin.

—¡Guau! Eso es duro.

—Qué me vas a contar. Al principio, empezó solamente con Loritab, porque le dolía mucho el cuello después de un accidente de coche. Ahora, tiene un calcetín lleno de OxyContin en su mesilla de noche, como si mi madre y yo no supiéramos que ya no tiene nada que ver con el dolor.

—No sé —le respondo—. Hay otros tipos de dolor además del físico, ¿no crees?

—Supongo. No tiene nada de autocontrol. Come demasiado, bebe demasiado, se peda demasiado. Toma demasiado OxyContin y va dando tumbos por la casa balbuceando cosas incomprensibles y tratando de abrazarnos y besarnos.

—¿Quieres decir que intenta besarte, con lengua y todo?

Pone una mueca de repulsión.

—Qué asco, no. Creo que piensa que todavía tengo nueve años y trata de darme un beso en la mejilla y pelear conmigo como hacíamos antes.

—Tal vez es porque te quiere.

—Venga, hombre. Está perdido. No le dura ningún trabajo. Se desmaya en la puerta del baño. El día del cumpleaños de mi madre se levantó e intentó prepararle el desayuno y casi quema toda la casa. Esa fue la última.

—Es una pena.

—Nada perdura —me dice y escucho que la voz se le quiebra un poco—. Piensas que sí. Piensas: «Aquí me puedo agarrar», pero todo se termina escapando.

Obviamente no está tan contenta por esta separación como pretendía. Tal vez no lo quiera admitir, pero puedo percatarme de que en su corazón hay un huequito para el viejo pedorro.

—Por eso yo no me voy a casar nunca —me dice—. ¿Para qué?

Una lágrima redonda le brota del rabillo del ojo. No pensé que ya hubiera bebido suficiente para llegar a la etapa del llanto, pero tal vez convenga beber mucho cuando tienes las emociones muy a flor de piel.

Quiero consolarla. Quiero decirle: «Seguro que las cosas perduran. Encontrarás a un gran tío, alguien que no se tire tantos pedos, y te casarás y durará para siempre», pero ni siquiera yo me creo semejante cuento de hadas. Así que le digo:

—Tienes razón. Nada perdura. Y no hay nada a lo que agarrarse. Ni una sola cosa. Pero eso está bien. De hecho es bueno. Es como cuando los viejos se mueren. Tienen que morir para dejar espacio a los bebés. No querrías un mundo superpoblado de viejos, ¿o sí? Piensa lo lento que sería el tráfico con todos esos conductores arrugados con sus enormes gafas de sol, conduciendo en sus Buick LeSabres de hace veinte años y cuatro puertas a cinco kilómetros por hora, pisando accidentalmente el acelerador en vez del freno y chocando contra el escaparate de la farmacia.

Se ríe de eso, pero es una risa con un deje triste.

—En realidad —añado—, no quieres que las cosas duren para siempre. Como mis padres. Si siguieran casados, mi padre, mi padre de verdad, estaría atrapado todavía en esa pequeña casita de dos habitaciones donde vivíamos antes. Estaría sudando todos los días, trabajando construyendo casas. En cambio, ahora, es un tío con éxito. ¿Ves el edificio Chase allí? ¿El más alto?

Ella asiente y da un trago.

—La oficina de mi padre está cerca del último piso. ¿Ves esa ventana encendida justo a la mitad? Es él, trabajando hasta tarde.

—¡Guau! —me responde—. ¿Has subido?

—Claro que sí. Subo constantemente. Se alcanza a ver hasta Norman desde ahí.

—Podríamos ir ahora.

—No, ahora no. Está demasiado ocupado. Incluso yo tengo que pedir cita para verlo.

—¿A qué se dedica?

—Altas finanzas. Un contrato tras otro.

Nos sentamos y nos quedamos mirando hacia la luz en el último piso del edificio más alto de Oklahoma City. La noche está empezando a enfriarse y se escucha un ruido en la oscuridad. Tara me agarra del brazo.

—¿Qué ha sido eso?

—Nada —le digo. Pero por alguna razón me siento vulnerable, como si pudiera haber algo malvado realmente arrastrándose hacia nosotros, una horda de mendigos zombis babeantes o quizá algo peor, algo para lo cual no tengo nombre.

—Quizá deberíamos volver —me dice.

—Sí, probablemente vaya siendo hora.

CAPÍTULO 8

Llegamos un poco tarde de vuelta al canal, pero Ricky no está ni un poco enfadado. Él y Bethany están sentados hombro con hombro en una banca que da hacia el agua, sonriendo como un par de niños de Primaria en un espectáculo de títeres y a ninguno de ellos le importa que ya hayamos regresado.

En el camino de vuelta a casa, Bethany habla más que nunca. Está realmente animada. Habla y habla sobre cómo Ricky hizo una narración hilarante del

recorrido, como si fuera una atracción de Disneylandia, y cómo inventaba historias sobre la gente que pasaba. La hizo reír tanto que pensó que iba a vomitar. Por supuesto, inventar historias de la gente es una rutina común para Ricky y para mí, y algunas de las cosas que le dijo a Bethany me las ha robado, pero no pasa nada. Mi plan está funcionando a la perfección. Sutterman lo ha logrado de nuevo. Estoy tan orgulloso de mí mismo que al principio no me molestó en prestarle mucha atención al par de intermitentes que nos van siguiendo por la calle 12.

Para cuando llegamos al automóvil de Tara, ya empieza a parecer que Ricky y Bethany son una pareja. Ricky no la va a atraer hacia sí ni va plantarle un beso húmedo ahí en el aparcamiento. Pero tampoco la caga.

—Ha sido divertido —le dice—. Repitamos otro día.

—Eso me encantaría —responde, resplandeciente.

—El próximo viernes sería un momento fantástico para que quedéis —añado. El chico todavía necesita un poquito de ayuda para cerrar el trato.

—El viernes sería perfecto —dice ella—. Supongo que nos veremos en el instituto.

—¡Oh!, te llamaré antes —le digo, y esta vez Ricky entiende rápido.

—Sí, te llamaré.

Ella sonrío tímidamente y le dice:

—Muy bien —y se mete al Camry de Tara.

Hay un coche con el motor encendido a unos quince metros de distancia, el mismo que venía detrás de nosotros por la calle 12, pero sigo sin prestarle demasiada atención. En vez de eso, le paso el brazo amistosamente a Tara por el hombro y le digo que espero que todo salga bien con el asunto de su madre. Y acto seguido, ella me envuelve en sus brazos y me aprieta como si fuera un tubo de pasta de dientes, presionando su mejilla contra mi pecho.

—Me alegro de que nos hayamos encontrado esta noche —me dice—. Gracias por las cervezas y por escucharme hablar de mis estúpidos problemas y, ya sabes, por darme consejos y eso.

Le doy unas palmaditas en el pelo y le digo:

—No pasa nada.

Entonces se escucha cómo se cierra una puerta detrás de mí. Doy media vuelta y, ¿con quién me encuentro?: Cassidy. El coche de su amiga Kendra era el que había estado detrás de nosotros todo este tiempo.

—Hola, Sutter —dice Cassidy, en un tono nada amistoso.

—Hola —le digo desenredándome de los brazos de Tara—. Cassidy. ¿Lo habéis pasado bien en el cine?

Se queda de pie con los brazos cruzados.

—Obviamente, no tan bien como tú.

—Eh, sí. Hemos invitado a unas cervezas a estas chicas.

No había manera de explicar mi plan de liar a Ricky y Bethany en este momento, no con Bethany sentada en el coche justo detrás de mí.

Cassidy tiene LA MIRADA en su rostro.

—Ajá, claro. Os he visto magreándoos.

—No, en serio. La madre de Tara ha echado a su padrastro de la casa y estaban celebrando y...

Cassidy levanta la mano para detenerme.

—No quiero escucharlo. Lo único que te pedí fue algo muy simple: que consideraras mis sentimientos cuando hicieras algo. Por una vez, que pusieras los sentimientos de otra persona por encima de los tuyos. Eso fue todo lo que te pedí, una única cosa. Pero no pudiste siquiera intentarlo.

Ajá. Conque eso era lo que quería que hiciera.

—Claro que puedo —le respondo—. Puedo hacerlo.

En realidad no estoy tan seguro de poder, pero ahora que sé qué es lo que

quiere, estoy listo para intentarlo en serio.

Pero ella no me cree.

—Es demasiado tarde, Sutter —abre la portezuela del coche de un golpe—. Eres una causa perdida.

—No lo soy —respondo—. De verdad que no lo soy.

Pero ella se sube al coche, azota la puerta y sube la ventanilla.

—¿Qué le pasa? —pregunta Tara atrás de mí.

—Expectativas demasiado altas —le respondo—. Expectativas demasiado altas con alguien equivocado.

CAPÍTULO 9

Mi trabajo está bien. ¿Sabéis lo que es un trabajo que «está bien», no? Es un trabajo que odias solamente a ratos, no siempre. Doblo camisas en la tienda *Mr. Leon's Fine Men's Clothing* en la calle Eastern. En realidad, lo de doblar las camisas es para mantenerme ocupado. Se supone que soy vendedor, pero los clientes son bastante escasos. ¿Quién querría ir a Mr. Leon's cuando puede ir al centro comercial? El verano pasado, teníamos cuatro sucursales en el área metropolitana, pero ahora solo quedan dos. Es solo cuestión de tiempo antes de que Mr. Leon's se seque por completo y desaparezca. Muerto y enterrado. Como el sitio de tacos indios que estaba al lado.

Pero la falta de clientes no es lo que odio del trabajo. De hecho, me pongo tenso cuando escucho sonar la campana de la puerta. Sí, todavía tenemos una de esas campanas sobre la puerta. Mr. Leon's recibe dos tipos de clientes; viejecitos que quieren cosas que pasaron de moda hace diez años y jóvenes vendedores de veintiún o veintidós años. Es curioso, pero los jóvenes son quienes me perturban más.

Una vez vi un documental sobre una tribu primitiva en la selva tropical de América del Sur y eran bastante geniales. No vestían nada más que unos pequeños

pedazos de tela que les tapaban sus vergüenzas, incluidas las mujeres, y caminaban por la selva, libres y salvajes, tejiendo canastos, disparándoles a los tucanes con cerbatanas y toda clase de cosas increíbles. Entonces, empezó a llegar la civilización y en un abrir y cerrar de ojos, estaban usando camisetas raídas y camisas de cuello ancho de poliéster y lucían como indigentes. Era como para romperte el corazón.

Bueno, eso es lo que me recuerdan estos jóvenes que llegan a la tienda. Ya sabéis, hace apenas un par de tics del reloj eran adolescentes, libres y salvajes, haciendo trucos con la bici, deslizándose por las aceras en el monopatín, lanzándose desde acantilados rocosos al lago Tenkiller. Ahora llegan a Mr. Leon's vestidos con sus trajes de vendedor, pero sus cuerpos todavía no alcanzan a llenarlos como para que les queden bien: los dobladillos de los pantalones se les arrugan encima de los zapatos y los cuellos de las camisas se les apartan varios centímetros de la nuca. Se ponen gomina en el pelo y tienen varios granos congregados alrededor de sus narices y bocas debido al estrés de trabajar en sus primeros trabajos *reales* y de tener que pagar sus propias facturas.

¿Y sabéis qué? Es mucho más desgarrador que los tipos del bosque tropical, porque sé que este es el mundo que me aguarda a mí también. Porque yo ya tengo que ponerme los pantalones de vestir, las camisas tiesas y las corbatas solamente para trabajar en Mr. Leon's.

El mundo real se acerca, avanzando hacia mí como una excavadora implacable en el bosque tropical. Pero sé vender. Si quisiera, podría convencer a nueve de cada diez de estos jóvenes de que se compraran un traje de poliéster setentero color pastel. Les diría que están poniéndose de moda nuevamente. *Parecerás Burt Reynolds. Lo único que te faltaría sería el bigote.*

Pero no es lo que quiero hacer. No quiero pasar mis días convenciendo a la gente de que compre cosas que no necesita. Tal vez si pudiera encontrar alguien en quien creer, algún nuevo producto radical que salvara la capa de ozono o algo así, entonces sería un magnífico vendedor.

Pero Mr. Leon's es lo que tengo por el momento. Mi padrastro, Geech, me consiguió el trabajo. Yo quería trabajar en un manicomio, pero esos trabajos no son fáciles de conseguir y Geech estaba tan orgulloso de tener conexiones en el mundo de los negocios que no escuchaba nada de lo que yo decía. «Empecé en el mundo de las ventas cuando tenía catorce», presume. «Y era dueño de mi propia tienda de artículos de fontanería antes de los treinta y cinco».

Artículos de fontanería. Qué importante.

En fin, doblar camisas me da suficiente dinero para pagar las letras de mi coche y de paso quedarme con fondos más que suficientes para las fiestas. Además, el trabajo no está tan mal. Simplemente hay que verle el lado positivo, como siempre digo.

Por ejemplo, mi gerente, Bob Lewis, es un gran tipo. En serio, me encanta este tío. Tiene sueños. Siempre está hablando sobre cómo se va a hacer rico. Dependiendo del día, está pensando en cómo iniciar sus propios seminarios de motivación para bebés, o escribiendo un guión sobre dinosaurios espaciales o inventando una dieta donde hay que comer helado de nuez y filetes de pescado.

Tiene toda clase de ideas sobre restaurantes temáticos que giran en torno a las comidas típicas de cada estado: Alaskan Al's, Wisconsin Willie's, Idaho Ida's. Supongo que el de Idaho serviría solamente patatas. Mi favorito, sin embargo, es el restaurante con minigolf. Habría un plato distinto para degustar en cada hoyo y el precio dependería de la puntuación obtenida. Puedo imaginarme a los comensales bastante satisfechos después de terminar los dieciocho hoyos.

Nunca me cansan sus historias. Le pico para que me las cuente. Pero sé que nunca hará ninguna de ellas. ¿Sabéis por qué? Porque no le importa hacerse rico. Simplemente le gusta soñar. Lo que realmente le importa es su familia, su mujercita regordeta y sus dos hijitos regordetes. Es ahí donde está su compromiso. Es ahí donde se va toda su energía.

Su mujer no es lo que llamaríamos oficialmente atractiva, pero es guapa. Es increíble cuando llega a la tienda, su rostro se ilumina, el de él se ilumina y estoy seguro de que el mío se ilumina también solamente de verlos a los dos. Lo mismo con sus hijos, Kelsey y Jake. Tienen cinco y siete años y me encanta ver cómo los levanta su padre en el aire y los lanza por todas partes. Llama a Kelsey «Bombón» y a Jake «Botón». Cada vez que se van de la tienda, le digo: «Bob, ¿por qué no me adoptas?».

Pero bueno, como Bob es el mejor marido y hombre de familia del mundo, me imagino que tal vez tendrá algún buen consejo que darme sobre todo este fiasco con Cassidy. La tarde está a punto de terminarse y no ha entrado ni un solo cliente por la puerta en dos horas, así que estamos tomándonos nuestro refresco de maquina y charlando. Bob trae su habitual camisa azul almidonada que a esta hora del día ya tiene unas grandes marcas de sudor. Parece ser de esos tíos que tuvieron

una complexión bastante atlética en el pasado, antes de empezar a ponerse ciego con el pollo empanado de su mujer.

Por supuesto, mi lata de 7UP está mejorada con un chorrito de whisky, pero Bob no lo sabe. Antes no le importaba si alteraba mis bebidas de vez en cuando, siempre que no fuera temprano. Pero supongo que algún cliente mayor lo olió en mi aliento y se quejó. Ahora tengo que hacerlo a escondidas para evitar poner a Bob en una posición incómoda.

—Supongo que ya no puedo hacer mucho a estas alturas —le digo sobre la situación con Cassidy—. Ya se ha decidido, *c'est la vie*.

—No te des por vencido tan rápido —me dice.

—¿Por qué no? Hay otras tías ahí fuera. Ya le he medio echado el ojo a Whitney Stowe. Tiene el pelo castaño claro, ojos azules, largas piernas de porcelana. Es un poco fría, diva del departamento de teatro, pero eso significa que nadie se atreve a pedirle salir, todos están intimidados. Pero yo no. Me moveré en esa dirección sin mirar atrás.

Bob sacude la cabeza.

—Eso dices, pero te apuesto cien dólares a que no es como te sientes. Acéptalo. Quieres volver con Cassidy. Ella es especial. Para ser sincero, pensé que ella sería la que te sacaría del punto muerto.

—¿De qué hablas? No estoy en punto muerto. Voy en quinta.

—Sí, claro. ¿Has intentado acaso hablar con ella?

—Claro, se lo expliqué todo. A ver, no contestó el teléfono ni nada, pero le dejé un mensaje largo esa misma noche, completamente detallado, y además le mandé un correo electrónico. No me ha respondido nada. Cero. Un gran huevo de ornitorrinco. Vamos, en el instituto pasa a mi lado como si fuera el hombre invisible.

—¿La has seguido?

—No, no soy un perrito.

—¿Te disculpaste?

—En realidad no. Le expliqué que le estaba haciendo un favor a Ricky, que ha funcionado espléndidamente, dicho sea de paso, porque va a salir con Bethany el viernes. Desde mi punto de vista, no tengo realmente ningún motivo para disculparme. Solo fue un malentendido.

Bob agita la mano.

—No importa. Una disculpa nunca sobra. No me importa si ella fue la que hizo algo que a ti no te gustara, de todas maneras, discúlpate. Es el sacrificio. Eso muestra que la quieres.

—Sí —le respondo—, pero entonces me va a llevar con una correa alrededor del cuello.

—Tienes que dejar de pensar así. No te preocupes sobre quién tiene el poder en la relación todo el tiempo. Si tú la haces feliz, ese es el mayor poder que puedes tener.

—Mmm —le digo—. Nunca lo había pensado así.

Bob tiene varias opiniones dignas de consideración. No sé cuán efectivo puede llegar a ser motivando bebés, pero sería excelente como escritor de una columna de consejos para adolescentes enamorados.

—Mi consejo —dice—, es que vayas a verla esta tarde. No la llames ni le mandes un mensaje de texto. No le escribas un correo. Solamente ve a verla. ¿Cuál es su flor favorita?

—No sé.

Sacude la cabeza como haciéndome «tsss».

—Llévale unas rosas, entonces. Dile que te equivocaste. Pero no te lances a prometerle que no lo vas a volver a hacer. En vez de eso, dile que has estado pensando en cómo se debió haber *sentido* cuando te vio abrazando a esa otra chica. De esa manera, harás que empiece a hablar de sus sentimientos. Y entonces, tienes que escuchar en serio. Déjale claro que sus sentimientos son importantes para ti. Eso es lo único que quería de ti para empezar.

—Mierda, Bob —le digo—. Eso es bueno. Eso es *realmente* bueno. Deberías salir en *Oprah*. No es broma.

—He pensado escribir un libro sobre esto —me dice—. Antes tal vez tendría que doctorarme en relaciones humanas.

CAPÍTULO 10

El buen Bob. Para ser un tío al que le brotan pelos de las orejas, ciertamente parece estar familiarizado con cómo se sienten las mujeres. Qué mal que no pueda pedirle que me acompañe y haga de Cyrano de Bergerac conmigo.

Veréis, este es mi problema con seguir la regla de Cassidy sobre pensar primero en sus sentimientos. No es que no quiera hacerlo, pero no tengo la menor idea de qué es lo que pasa por la cabeza de una chica cuando ya es mi novia. Las chicas normales, esas las puedo leer como si fueran las instrucciones de una tostadora, pero en cuanto empiezo a salir con una es como si me cerraran las instrucciones en la nariz. No más pan tostado para mí.

Tomemos como ejemplo a la novia que tuve antes de Cassidy, Kimberly Kerns. En la etapa del coqueteo, cuando estábamos conociéndonos, ella opinaba que yo era el tipo más gracioso del mundo. Le encantaba cuando entonaba mi cancioncita de gánster rapero:

Soy grande y glorioso.

Soy casi famoso.

Un real instigador

y de tetas navegador.

Escuchadme, no bromeo,

a las chicas enajeno.

Soy el profesor fornicador.

Soy el rey follador.

Por el lado inferior o superior.

Soy el Sultán del Amor.

Sí, el Sultán del Amor.

Sí, el Sultán del Amor.

Se reía tanto que le daban calambres. Pero después de un par de meses, prácticamente ya no salía una oración de mi boca sin que me dijera que era asqueroso o inmaduro o alguna cosa por estilo. Solía decirme que yo era distinto a todos los demás y, entonces, de pronto, quería convertirme en lo que ella creía que debía ser un tío: ¿por qué no puedes hablar de algo serio?, ¿por qué no puedes usar camisas mejores?, ¿por qué tienes que ir tanto de fiesta con tus amigos? Incluso mencionó algo de que debía dejarme crecer el pelo un poco y darme unas mechas. ¿En serio? ¿Yo, con unas putas mechas?

Antes de Kimberly fue Lisa Crespo y antes de ella Ángela Díaz y antes de ella Shawnie Brown y antes de ella —ya vamos por la Primaria— fue Morgan McDonald y Mandy Stansberry y Caitlin Casey. Todas eran chicas confiadas, inteligentes y de-mirarte-directamente-a-los-ojos, cada una en su propio estilo, pero siempre parecía que las decepcionaba por una de dos razones:

1) Porque no resultaba suficientemente impresionante ante sus amigos, lo que, de alguna manera, quedaba fuera de mi comprensión. 2) Porque, y esto es más confuso aún, esperaban que cambiara y pusiera una marcha que mi automóvil del amor simplemente no podía alcanzar. Cuando Lisa cortó conmigo, me dijo que se sentía como si nunca hubiéramos tenido una relación *real*.

—¿De qué estás hablando? —le pregunté—. Hacemos algo juntos prácticamente cada sábado por la noche. ¿Quieres que te pida que nos casemos o qué? Tenemos dieciséis años, por el amor de Dios.

—No estoy hablando de matrimonio —me contestó con expresión compungida.

—¿Entonces de qué estás hablando?

Se cruzó de brazos.

—Si no lo sabes, no puedo decírtelo.

Dios mío. Y ella que era tan divertida.

Ahora, cuando pienso en mis ex me imagino que son como una maceta de flores del otro lado de una ventana. Son bonitas, pero no se pueden tocar.

Sin embargo, no me arrepiento de nada y no me siento amargado. Solamente me pregunto qué diablos pasaba dentro de sus cerebros, dentro de sus corazones, en aquellos días en los que debíamos de habernos acercado más y más. ¿Por qué todas querían un Sutter distinto al que empezó a salir con ellas? ¿Por qué ahora soy amigo de todas ellas y siempre es divertido cuando nos encontramos? ¿Por qué les gusto a las chicas pero no se enamoran de mí?

Estos son los pensamientos que me vuelan por la cabeza mientras me dirijo a casa de Cassidy después del trabajo. Tengo toda la intención de disculparme como sugirió Bob, pero a pesar de que no me cabe duda de que a él le funciona perfectamente, no tengo mucha fe de que me funcione a mí. Y ya me estoy diciendo a mí mismo que no importa, que nada perdura. Además, siempre me queda Whitney Stowe, la estrella de teatro con piernas sexys. Vale, parece algo presumida, pero lograré que se relaje. Tengo ese talento, al menos en las primeras etapas.

De camino, me detengo en mi bodega favorita para asegurarme de tener suficiente fortaleza para la tarea que tengo en mente. El tío del mostrador parece el primer Ángel del Infierno del mundo, pero es mi colega. Nunca me pide el carnet, dice que le recuerdo a su hijo, con el que perdió el contacto. De todas maneras, conforme me voy acercando a la casa de Cassidy, más mariposas empiezan a revolotear en mi estómago, incluso después de dos buenos tragos de whisky.

Es poco después de las 8:30 cuando entro en su calle, todavía vestido con mi ropa de Mr. Leon's. Sus padres parecen preferirme cuando llevo corbata. Supongo que la apariencia los engaña y piensan que mi vida avanza hacia alguna parte, y tal vez eso me ayude ahora para convencerlos de que me dejen entrar, en caso de que Cassidy les haya pedido que me ignoren.

Su madre abre la puerta, lo cual es bueno. Se me dan mejor las madres que los padres. Con eso me refiero solamente a las madres de los demás, no la mía.

Parecer sorprendida de verme, así que Cassidy obviamente ya le ha dado la noticia de nuestra ruptura. Esto lo hace bastante oficial, pero de todas formas le digo:

—Hola, señora Roy, ¿cómo está? —lo digo muy desenfadado, como si no hubiera pasado nada, y como si solamente viniera a ver a Cassidy como lo he estado haciendo durante seis meses.

Ella finge una sonrisa y me dice:

—Estoy muy bien, Sutter. No esperaba verte.

—¿En serio? No pasa nada. Solamente vine a hablar un rato con Cassidy, tal vez salir a tomar una Coca-Cola.

—Lo siento, Cassidy no está —no menciona la ruptura.

Estoy seguro de que lo que me quiere decir es: «¿Sabes qué, corbatitas? Cassidy está en su habitación, pero no quiere volver a verte nunca jamás, así que por qué no agarras tus estúpidos pantalones de Mr. Leon's y te largas de una puñetera vez?». Así son los padres. No te dicen algo así directamente, aunque todos sabemos que eso es lo que están pensando.

Pero yo también sé jugar a este juego.

—Vaya, mmm —miro hacia la entrada—. Veo que su coche está ahí. Tal vez haya vuelto sin que se dieran cuenta.

—No, estoy segura de que no ha regresado. Kendra vino a recogerla —justo en ese momento, su labio inferior se tensa. Obviamente se suponía que no debía divulgar esta información ultra secreta, pero es demasiado tarde. Así que le digo:

—Está bien, ¿le puede decir que he venido a verla? Nos vemos luego. Tengo que llegar a casa en un par de minutos de todas maneras.

Pero estoy seguro, si la señora Roy es tan lista como yo creo, de que sabe que a donde me dirijo ahora no está ni remotamente cerca de mi casa.

CAPÍTULO 11

El coche de Kendra no está aparcado frente a su casa, pero me acerco a su puerta de todas formas. Su madre es más servicial y me dice que las chicas han ido a casa de Morgan McDonald para asistir a una fiesta de deportistas cristianos. Morgan es mi ex novia de Secundaria, pero eso fue hace tanto tiempo que es como si nunca hubiéramos sido nada más que amigos. Lo extraño es que Cassidy haya ido a una fiesta con un grupo de deportistas religiosos. Ella no es ninguna de las dos cosas. De hecho, por lo general, se burla de ellos y de la gente de su calaña.

Calaña. Me encanta esa palabra.

Para cuando llego a la zona donde vive Morgan, en la parte norte de la ciudad, llevo encima varios tragos más de whisky, así que ya no siento mariposas. Ahora lo que siento son tornillos oxidados rebotando dentro de una lata.

Deberíais ver la cantidad de coches que están aparcados por toda la manzana para esta fiesta de deportistas cristianos. Pensaríais que están repartiendo cupones para salir del infierno gratis. Pero no vayáis a creer que esto es una especie de gran celebración sana y pura donde sirven leche y galletitas de vainilla. Ni siquiera hay que ser deportista para asistir. No. El noventa y nueve por ciento de la gente que se presenta a estas fiestas lo hace por una simple razón: para ligarse a alguien. Y eso es lo que hace que me rueden esos tornillos por el estómago. ¿A quién quiere ligarse Cassidy?

Aparco al final de la fila de coches y empiezo a caminar hacia la casa de Morgan, pensando qué es lo que voy a decir cuando vea a Cassidy. Necesito empezar con algo ligero, algo divertido y colorido como: «¿Quién hubiera imaginado encontrarte en un sitio así? ¿Te trajo Jesús en su coche o sigue usando el burro?». Entonces, cuando la haga sonreír, me lanzaré de lleno a la disculpa. «Me he equivocado», le diré. «No estaba pensando. Pero ya me conoces, pensar no es mi especialidad. Soy un idiota en las relaciones a largo plazo. Necesito una profesora de educación especial para que me instruya. Alguien como tú».

Más adelante alcanzo a ver la silueta de una pareja frente a la luz de la calle. Por la altura del tipo, me doy cuenta de que es Marcus West, el buenorro del equipo de baloncesto, pero la chica está tan pegada a él que no puedo distinguir mucho salvo su pelo, bastante corto. «Entonces», me digo a mí mismo, «Marcus tiene una nueva novia. Eso debe querer decir que LaShonda Williams está libre. Y ella siempre me gustó». Pero en cuanto surge esa idea en mi cabeza, la descarto.

No estoy aquí buscando nuevas chicas.

Entonces, cuando me acerco más, Marcus da la vuelta para poder apoyarse contra un coche y mueve a la chica con él y se agacha para darle un gran beso. Ahora puedo ver perfectamente la silueta de su culo y no hay forma de confundir a quién pertenece. Es el gran, espléndido y hermoso culo de Cassidy. Los tornillos de mi estómago se convierten en martillos oxidados.

Muchos tipos podrían considerar el tamaño de Marcus West y darse media vuelta, pero yo no.

—Vaya —digo, deteniéndome a unos diez metros—. Veo que el espíritu de Jesús realmente ha penetrado en vosotros.

Cassidy se da la vuelta.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Uy, te has cortado el pelo.

Su mano se mueve hacia su pelo por un segundo.

—Me ha parecido un buen momento para hacer un cambio.

Asiento y me froto la barbilla como si fuera un gran experto en estilismo.

—Estás jodidamente despampanante.

Ahora Marcus da un paso en mi dirección.

—¿Estás borracho o algo más, Sutter?

Sonrío lo más que puedo.

—Si *borracho* es A y *algo* es B, entonces digamos que la respuesta definitivamente no es B.

El ceño de Marcus se contrae, pero no de rabia, sino sorprendentemente, de compasión.

—Mira, tío, sé que no estás pasando por tu mejor momento. Si me dejas,

puedo llevarte a casa.

—¡Vaya, miradlo! Marcus West se ha dignado a hablar con los inferiores — estoy intentando pronunciar todas las palabras sin arrastrarlas.

Cassidy me dice:

—¡Dioos mío, Sutter! —pero levanto un dedo para indicarle que no he terminado.

—Y su bendición cayó como maldición entre los impíos. Así es, niños y niñas, como se parte la hostia.

Marcus se acerca e intenta cogeme del brazo.

—Venga, tío, vamos a mi coche.

Yo me zafo del brazo.

—Su excelencia, eso no será necesario. Soy un individuo de mente hábil que comprende a la perfección el significado de la frase «echado a la calle como un perro». Así que os deseo una buena noche —hago una reverencia lo más inclinada que puedo sin perder el equilibrio—. Y os deseo una vida llena de dicha conyugal, ahora que ya soy libre de iniciar la épica búsqueda de mi perfecta alma gemela.

Cuando me doy la vuelta para irme, Marcus me dice:

—Oye, Sutter, mira... —pero Cassidy lo interrumpe.

—Deja que se vaya. Ni siquiera podría conducir si no estuviera medio borracho.

—Gracias por el voto de confianza —le digo sin darme la vuelta—. Eres una mujer muy comprensiva, en todo salvo en el amor —esa hubiera sido la frase perfecta para cerrar si no me hubiera tropezado con una pila de bolsas de basura, derramándome la bebida en los pantalones.

CAPÍTULO 12

Otra tarde espectacular. El clima es increíble. Por supuesto, esto probablemente signifique que el verano volverá a ser implacable, pero no me preocupa eso por lo pronto. Nunca me he preocupado por el futuro. Admiro a la gente que lo logra, pero nunca ha sido lo mío.

Ricky y yo estamos sentados en el capó de mi coche en el aparcamiento frente al río, en el centro de la ciudad. Le ofrezco un trago de mi petaca, pero no lo acepta, dice que es demasiado temprano. ¿Demasiado temprano? Son las dos de la tarde. ¡Un viernes! Pero no soy el tipo de persona que presiona a alguien para hacer algo que no quiere. Vive y deja vivir, es mi lema.

Le doy un trago rápido y empiezo:

—Mira, desde aquí puedes ver el edificio Chase. En la parte de arriba...

—Sí, lo sé. Ahí está la oficina de tu padre.

—Me pregunto qué tipo de negocios estará haciendo.

—Oye — dice Ricky —, sabes que te acompañaría a lo de hoy si pudiera.

—Ya lo sé. No pasa nada. Simplemente no soporto ir solo a casa de mi hermana. Su marido y sus amigos a veces me dan ganas de vomitar. Se creen tan superiores... Piensan que todos los que no son como ellos son gentuza. En realidad, no me importa ser gentuza. Solo me molesta la gente que piensa que eso es malo.

—No puedo anular esta cita con Bethany. Lo tiene todo planeado.

—No pasa nada.

—Además, pensaba que ibas a pedirle a Whitney Stowe que fuera contigo.

—Lo hice.

—¿Ah, sí? ¿Por qué no me lo dijiste?

—No me fue muy bien. Dice que no sale con fiesteros superficiales.

—¿Eso te dijo?

—Sip.

—Qué jodido.

—No sé.

—Tío, tú no eres un fiestero superficial. Cualquier persona que diga eso no te conoce. No se han sentado a conversar contigo a altas horas de la noche, eso seguro.

—Pero ya conoces a Whitney, es una *artiste*.

—No sé por qué no invitas a Tara. Ella quiere salir contigo. Lo dice Bethany. Además, me fijé en cómo te miraba cuando volvíamos de Bricktown.

—Oye, no puedo salir con Tara.

—Claro que puedes. Piénsalo. Ella y Bethany son amigas. Podríamos salir juntos. Podríamos hacer camping en el lago, con hamburguesas, bebidas, un poco de maría. Sería espléndido.

—Estoy seguro de que lo sería —le contesto, imaginándome la escena—. Pero no puede ser. Nunca podré salir con Tara. Jamás. Si lo hiciera, sería como demostrarle a Cassidy que tenía razón. Diría: «Mirad qué desgraciado. Intentó convencerme de que no había nada entre él y Tara, ahora se dan a comer patatas fritas directamente en la boca bajo los robles blancos».

A Ricky el comentario le da risa.

—¿Sabes qué? —me dice—. Todavía no puedo creer que esté con Marcus West. A ver, no me los imagino. Siempre se ha burlado de los deportistas.

—¡Oh!, yo sí me los imagino —le doy otro trago a mi petaca—. Ya sabes cómo es Cassidy, con su Greenpeace y su Hábitat para la Humanidad y sus desfiles de orgullo gay y todas esas cosas. Y luego ahí tienes a Marcus, que es prácticamente un Ejército de Salvación de un solo hombre. Siempre está metido en algo, sirve cenas de Acción de Gracias para los indigentes, trabaja con los niños de las olimpiadas especiales, es mentor de delincuentes. Hay que reconocérselo, es difícil burlarse de un tipo así.

—Sí —dice Ricky—. Y además está el asunto ese de la polla enorme.

—¿Qué?

—Ya sabes, dicen que los negros tienen la polla como la trompa de un elefante.

—Eso no es cierto. Yo no creo en estereotipos raciales como ese.

—Yo tampoco —me dice—. Pero es un poco difícil no pensar en eso.

Me quedo mirándolo y sacudo la cabeza.

—Bueno, podía antes de que lo mencionaras.

—Perdón, tío.

Le doy un buen trago a mi petaca.

—Es una imagen cojonuda. Ya era bastante malo tener que ir a casa de mi hermana y ahora voy a tener esta imagen en la mente toda la noche.

—Toma —me dice Ricky. Saca un porro gordo del bolsillo de su chaqueta—. Llévate esto. Está cargadito. Te ayudará a pasar la noche.

CAPÍTULO 13

Tengo que trabajar de tres a ocho y, cosa rara, no quiero irme. Estoy completamente dispuesto a quedarme un rato después de cerrar. Incluso haré inventario hasta las diez de la noche o algo, cualquier cosa para posponer ir a la cena a casa de mi hermana. Desgraciadamente, alrededor de las siete, Bob me llama y me dice que será mejor que salga temprano.

—No, ni hablar. Puede llegar gente y tú estarías aquí solo.

Pero él me dice:

—Mira, sé que has estado bebiendo, y no podemos darnos el lujo de que un cliente llame a la oficina central para quejarse por algo así, ¿me entiendes?

Empiezo a negar lo de la bebida, pero no puedo mentirle a Bob, así que solo le digo que haré unas gárgaras de enjuague bucal y mascaré más chicle. No lo convenzo.

—Puedo hacerme cargo de la última hora solo —me dice—. Ve a casa y vete a acostar pronto. No lo voy a usar en tu contra, Sutter. Sé que eres buen tipo. Pero también sé que has tenido una semana difícil con lo que pasó con Cassidy.

—Oye —le digo—, ya me he olvidado de ella. Créeme, no es nada grave. Soy un tío libre. Una nueva tía me espera justo detrás de la esquina.

—Claro —dice—. Muy bien. Pero no vas a encontrarla en esta tienda de ropa de hombre. Así que vete a casa. Estaré bien. Hablamos mañana.

Ir a casa no es una opción. Mi madre me va a ordenar que vaya de inmediato a casa de Holly. No, no hay nada que hacer salvo pararme a comprar un 7UP grande y conducir el coche un rato, tal vez ir por el camino largo a casa de Holly para no tener que pasar demasiado tiempo a solas con su marido, Kevin, mientras ella remueve la ensalada o lo que sea. Ya sabéis, por lo general soy un tipo positivo, acepto lo raro, pero no puedo evitar sentir un poco de cinismo hacia estos dos, y esta noche el sentimiento es un poco más intenso.

Holly y Kevin viven en una zona muy exclusiva al norte del centro de Oklahoma City, en una calle llena de enormes casas antiguas para profesionales de clase alta. Pero antes que nada, aclaremos, Kevin no pronuncia su nombre *Kevin* como lo haría una persona normal. Lo pronuncia *Kivin*. Es ejecutivo de una empresa de energía, un pez gordo. Les va muy bien, en especial si consideramos que Holly solo tiene veinticinco años. Kevin es quince años mayor que ella y tiene una ex mujer que según Holly merecería ser el ejemplo de todo lo que puede salir mal en una cirugía estética. Holly era asistente administrativa en la compañía de Kevin, pero, obviamente, subió en el escalafón.

No me sorprendería que mi madre quisiera más a Kevin que a Holly. De hecho, Holly se ha inventado una excusa patética y le ha dicho que Kevin no había invitado a sus padres a cenar y que por lo tanto ella tampoco podía invitar a los suyos. Estoy seguro de que él le ha dicho lo mismo a sus padres, pero al revés. Por qué tenían que invitarme a mí, no lo sé, pero mi madre parecía estar celosa.

Para mi madre, Kevin es el chico de oro. No puede hacer nada mal. Hasta cierto punto, creo que mi madre siente que ella tuvo algo que ver en que Holly

haya logrado agenciarse una joya de cincuenta quilates como Kevin al primer intento. Después de todo, mi madre hizo algo muy similar con Geech. Empezó trabajando como su secretaria y supongo que lo de imaginarse viviendo en la gran casa de dos pisos de él debió de convencerla, así que en menos de lo que canta un gallo, Geech se estaba divorciando y mi madre iba con él en su Cadillac verde.

Pero a pesar de todo su dinero, Geech es un puñado de baratijas en comparación con un tipo de alta sociedad del norte de la ciudad como Kevin, con su corte de pelo de sesenta dólares. Deberíais ver a mi madre sentada junto a la piscina de mi hermana, con sus brillantes sandalias doradas. Es como si se creyera de la realeza. Ahora ya ni siquiera mete el dedo gordo del pie, perfectamente pintado, en la pequeña piscina que Geech construyó en nuestro jardín.

Holly y yo nos llevamos ocho años y nunca estuvimos muy unidos. Solía decirme que ella fue la razón por la que se casaron nuestros padres y yo la razón por la que se divorciaron. Decía que si solo hubieran tenido un hijo, nunca habrían tenido problemas económicos sobre los que pelear. En fin. Simplemente intentaba vengarse porque me metía con sus tetas, del tamaño de una nuez. Eso fue antes de que se las operara, claro.

Vamos, lo que estoy diciendo es que sospecho que tiene algún motivo oculto para invitarme hoy. Es como mi madre. Ambas quieren que yo tenga relaciones provechosas, ¿sabéis? A Holly le gusta decirme que «Todo depende de a quién conozcas». Nunca me ha dicho a qué se refiere con «todo» y yo tampoco le he preguntado. Podríais pensar que solamente quiere ayudarme a progresar, pero mi teoría es que lo que en realidad quiere es que yo sea una especie de accesorio en su estilo de vida. Un hermanito decorativo del que presumir con sus amigas decorativas.

El único coche que reconozco frente a su casa es el deportivo rojo. Es de un amigo de Kevin, Jeff no sé qué, que es el dueño de Boomer Imports en Norman, como a un kilómetro y medio de la Universidad de Oklahoma. Ahora me queda todo claro. Quieren que vaya a la universidad a la que fue Kevin mientras les vendo descapotables rojos a señores maduros divorciados que se engañan creyendo que pueden ser playboys.

Dentro de la casa, mi hermana me saluda dando un beso al aire, como ella debe de pensar que hace la gente de la alta sociedad y me conduce a la sala, donde ya están todos sentados con bebidas en la mano. Por supuesto, no me ofrece alcohol, pero por eso me he traído mi 7UP.

Además de Jeff y su mujer, hay otras cinco personas que no conozco y olvido sus nombres en cuanto mi hermana me los presenta. Hago una excepción con una chica más o menos de mi edad, tiene la melena pelirroja más hermosa que haya existido y resulta ser la hija de Jeff. Se llama Hannah y su piel de color galleta glaseada electriza mi torrente sanguíneo a primera vista.

¿Es posible, me pregunto, que Holly esté pensando en conseguirme algo más que un simple trabajo?

Si no fuera por Hannah, me hubiera sentido tentado de saludar a todos de lejos y sentarme en un rincón, pero visto el panorama, saludo a lo largo de toda la línea de invitados, dando un apretón de manos a cada uno hasta que llego al extremo del sillón donde está ella. Sostengo su mano un instante más que las de los demás.

—¿Dónde has estado toda tu vida? —la saludo, mostrándole mi irresistible sonrisa con un hueco entre los dientes.

No me contesta. Solo mira tímidamente al suelo, y luego vuelve a levantar la vista y sus ojos verdes prácticamente me parten en dos.

CAPÍTULO 14

En una situación como esta, hay que conservar la compostura. No te puedes embutir con ella en el sillón y empezar a babear. Así que, para empezar, me dirijo hacia la bandeja de quesos finolis que ha sacado Holly y me siento al otro lado de la habitación, en un taburete junto a la barra. De vez en cuando le lanzo una miradita rápida o dos a Hannah, pero básicamente finjo estar interesado en la conversación.

Para los hombres es algo así:

—¿Cómo estuvo el partido golf en Tahoe?

—¡Fantástico!

Y para las mujeres:

—¿Has ido ya a la tiendecita de antigüedades que han abierto en Havenhurst y Hursthaven?

—No, ¿cómo es?

—¡Fantástica!

En ese instante me juro a mí mismo que nunca organizaré una cena como esta, tenga la edad que tenga. ¿Así se supone que es la amistad cuando sales de la universidad? No entiendo cómo pueden llamar amigos a estas personas, al menos no según la definición de la palabra que yo he conocido mientras crecía.

Supongo que es distinto cuando sales al mundo y no compartes tantas experiencias todos los días como en el instituto, pero estas personas no tienen chistes ni batallitas en común, ni teorías sobre cómo funciona el universo ni nada. No tienen una conexión profunda. Da la impresión de que casi no se conocen.

Durante un rato pongo a prueba mis poderes psíquicos intentando que Hannah se acerque a la mesa de los quesos elegantes para poder entablar una conversación con ella, pero supongo que no debo de tener ese don, porque ella sigue sentada en su sitio, estirada como palo, con las manos dobladas sobre el regazo y los labios congelados en una sonrisa educada. Ahora bien, si recordamos cómo funciona mi mente, veremos que no es fácil que me aburra, pero en este momento de la cena siento que si no ocurre algo entretenido pronto podría caerme de lado de mi taburete y quedarme tirado en el suelo. Entonces, me acuerdo del porro que Ricky me ha dado por la tarde. Eso seguramente mejorará las cosas.

El baño de arriba, el que está conectado a la habitación de Holly y Kevin, me parece el sitio ideal para encenderlo. Pero ¿qué pasa cuando subo? Ahí sobre un ropero enorme con cajones que tienen, encuentro una botella de whisky escocés Macallan de treinta años. ¡De treinta años! Típico de Kevin. Aunque le encanta impresionar a los demás con sus cosas de marca, no va a compartir su botella de escocés de trescientos dólares en una cenilla insulsa como esta. Ni siquiera está su jefe.

Yo nunca he sido un gran fan del whisky escocés, pero mi 7UP empieza a sentirse débil y, además, ¿cuántas oportunidades voy a tener de beber algo así? Bueno, una vez leí un artículo en la red sobre una botella de sesenta años de Macallan que costaba algo así como treinta y ocho mil dólares. ¿Qué más da que aún no esté abierta? No me voy a beber la mitad de la botella ni nada por estilo.

Pero preferiría abrirla de alguna forma que Kevin no pudiera detectar. Esto va a ser un problema. Incluso si rompo el sello lo más cuidadosamente posible, me va a costar trabajo repararlo. Inspecciono la botella desde todos los ángulos, la rompo un poco con la uña y la muevo hacia atrás y adelante, pero no hay suerte.

Finalmente, decido encenderme el porro, con la esperanza de que tal vez un poco de hierba me ayude a encontrar una manera de abrir la botella. Después de un par de caladas y de no exhalar el humo durante un buen rato en cada una, mi mente empieza a expandirse y, dicho y hecho, me llega una idea: podría romper el cuello de la botella contra el escritorio y empezar a beber, tragando alcohol y vidrio a la vez. Y luego, al vomitar, saldría todo en esas perfectas y pequeñas botellitas que venden en los aeropuertos llenas de whisky escocés.

Por eso yo no fumo marihuana como Ricky; tengo una imaginación demasiado activa como para controlarla después de una o dos caladas.

Pero la imagen mental me hace mucha gracia y apenas puedo contener la risa cuando se me ocurre otra cosa: que Kevin entre a la habitación y yo me ponga a sacudir la botella rota frente a él como si fuera una pelea de bar de película antigua. No puedo evitar reírme en voz alta con esta imagen.

Entonces se oye un crujido en las escaleras. Alguien está subiendo. Probablemente sea Kevin, preocupado por si me bebo su botella de trescientos dólares. Qué paranoico. Seguro que vosotros creeríais que podríais confiar en el hermano de vuestra mujer.

—¿Sutter? —en efecto, es Kevin—. Oye, ¿estás por aquí? ¿Por qué no bajas y hablas un rato con Hannah?

Viene hacia mí. En ese momento, como ya estoy más que fumado, decido que la mejor alternativa es meterme en el armario hasta que se vaya. Cualquiera haría lo mismo, me digo. Me meto entre sus trajes y chaquetas de sport y alcanzo a verlo por la rendija que separa la puerta y el marco, buscándome como si quisiera encontrar a un ladrón reincidente.

Mira el ropero de los cajones. Mierda, pienso, ¿por qué no habré puesto la botella en su sitio antes de largarme?

—¿Sutter? —llama, buscando a su alrededor. ¿Os he dicho que su pelo parece un peluquín? No lo es, pero lo parece. Empieza a caminar hacia el baño—. ¿Has visto mi botella de Macallan?

Ante esa pregunta, no puedo evitar sacudir la cabeza. ¿De verdad cree que estoy aquí robándole su whisky escocés? Me dan ganas de bajar a hurtadillas, salir por la puerta trasera y no volver nunca más a su jodida casa.

Pero hay un problema, el porro que me dio Ricky sigue encendido entre mis dedos. ¿Y qué pasa? Que está demasiado cerca del plástico de la tintorería de uno de los trajes de mil dólares de Kevin y todo se prende de golpe justo a mi lado. Es como una de esas bolas de fuego de *La guerra de los mundos* o algo así. No me queda otra más que salir del armario y rodar por la alfombra por si yo también estoy ardiendo. Eso es lo que te dicen que tienes que hacer en los simulacros de incendio en Primaria.

Ahora, si creéis que a Kevin le preocupa que yo me esté quemando, entonces no tenéis ni idea de cómo es. No, lo único que se le ocurre es intentar apagar el fuego de su querido traje golpeándolo con una almohada. Joder. Típico de Kevin, que se preocupa más por una pila de trapos cosidos que por un ser humano.

La verdad es que solo se ha estropeado un traje. Los demás probablemente tendrán un olor extraño, pero con una visita a la tintorería se soluciona fácilmente. Sin embargo, se vuelve completamente loco. Y, por supuesto, cuando Holly sube, se pone de su parte. Es una de las peores cosas que jamás he visto, cómo él pierde los estribos y luego ella llora como si estuviéramos en una película de esas que dan en los canales para chicas de la televisión por cable. La escena es peor que cuando mi madre y Geech se volvieron locos con lo del camión de carga cuando me escapé en su coche sin tener carnet.

—Sutter, ¿por qué te comportas así? —grita Holly—. ¿Por qué no puedes ser como la gente normal? ¿Por qué no despiertas?

A tomar por saco su cena educada y toda su mierda de etiqueta de clase alta.

—Oye —les digo—, ¿no os habéis parado a pensar que he estado a punto de achicharrarme? A ver, que he estado a punto de convertirme en el queso fundido de un sándwich mixto.

—¿Y de quién ha sido la culpa? —dice Holly con lágrimas de rímel corriéndole por las mejillas.

—¿Eso que tienes en la mano es mi botella de Macallan? —agrega Kevin.

—Sí —le digo, entregándosela—. No te preocupes, no la he abierto. Solo la estaba mirando.

Él y Holly empiezan de nuevo, pero les digo:

—Oye, lo siento. Es lo único que puedo decir. Ha sido un accidente. ¿No es mejor que me vaya? Así no tendréis que seguir desperdiciando vuestra energía pulmonar en tener que gritarme el resto de la noche.

Dicho eso, me dirijo hacia fuera mientras ellos me siguen, todavía gritándome cosas. Abajo, todos se asoman para verme pasar. Por un segundo, me detengo a ver a Hannah, intentando persuadirla telepáticamente de que se venga conmigo, pero se limita a mirarme, horrorizada, como si fuera el hombre lobo o el asesino de *La matanza de Texas* o algo parecido.

—Buenas noches a todos —les digo con un gesto desenfadado que va dirigido a Hannah—. Debido a circunstancias imprevistas, es hora de que vaya a ponerme ciego.

CAPÍTULO 15

—¿Por qué nadie me quiere? —grito por la ventanilla mientras voy a toda velocidad por la calle—. Tengo un buen coche. Tengo la polla grande. ¿Por qué nadie me quiere?

Ahora, en caso de que estéis pensando que eso es bastante patético, permitidme explicaros que estoy siendo sarcástico. En realidad, estoy citando a un tío con el que trabajé durante el verano en el muelle de carga de la tienda de artículos de fontanería de Geech. Se llamaba Darrel. Estábamos sentados en el muelle, sudando bajo el sol, y la mujer del pobre Darrel le acababa de dejar y por eso decía: «¿Por qué nadie me quiere? Tengo un buen coche. Tengo la polla grande. ¿Por qué nadie me quiere?».

Lo decía completamente en serio. Me rompió el corazón y me hizo partirme de risa al mismo tiempo. Tenéis que intentar gritarlo alguna vez. Sienta muy bien.

Apenas he recorrido un par de manzanas cuando me doy cuenta de que el

edificio Chase está justo frente a mí. Podría llegar allí en dos minutos, pero ¿para qué? En cambio, me meto en un aparcamiento y me quedo mirando por el parabrisas hacia esas ventanas negras. Después de beber un trago de whisky, empiezo: «¿Qué pasa, papá? ¿Estás haciendo fortuna ahí arriba? ¿Estás ganando un millón? ¿Le vas a demostrar a mi madre lo equivocada que estaba? ¿Vas a obligarla a que te ruegue que vuelvas después de todos estos años?».

Bebo otro trago.

«¡Vamos papá, baja!», le grito al parabrisas. «¡Con un par de huevos, baja a la tierra!».

Pero no tiene sentido seguir pensando en eso. Es ridículo andar por ahí sentimentalón y deprimido. Es viernes. Estoy jodidamente libre y loco. Tengo toda la noche por delante. Olvidemos a mi hermana y el traje a la brasa de Kevin y los ojos verdes de Hannah. Olvidemos a Cassidy y a Mr. Leon's y el Álgebra y el mañana. Voy a coger esta noche con las manos, voy a abrirla, y a comerme la fruta del centro y a tirar la cáscara.

En Bricktown, aparco en la torre que está al lado del estadio y luego paseo por las aceras con lo que me queda en la petaca, mirando a las tías buenas. Durante un rato, me paro a hablar con el tipo que siempre toca una especie de guitarra china extraña en la esquina. Intento conseguirle clientes gritando a los peatones que le lancen más monedas. Además, me invento un buen discurso, como los que se escuchan en el pasillo central de la feria estatal, pero este tío no parece apreciar mis esfuerzos, así que mejor me voy.

Intento entrar en los bares, pero me piden el carnet en todos hasta que, finalmente, encuentro uno que no tiene vigilante en la entrada. El lugar está lleno de jóvenes prometedores, así que me voy a la parte de atrás para decidir cuál será mi siguiente movimiento. Mola. Me muero de ganas de tener veintiún años. Iré de bares todas las noches.

En una mesa junto a la pared hay un grupo de tías, probablemente universitarias, dos rubias y tres morenas, todas guapas a su manera, como un paquete de galletas surtidas de tu marca favorita. *Sí, Dios me quiere*, me digo. *Dios no permitirá que me hunda*.

Al principio, las tías no confían mucho en mí, pero les sonrío y me lanzo a contarles la historia de cuando me caí del techo de Cassidy. Se ríen y me invitan a

sentarme con ellas. Intercambiamos nombres y me dicen que todas son estudiantes de la Universidad de Oklahoma. Podría mentir y decirles que yo también estoy en la universidad, pero me siento demasiado libre para mentir y, además, les parece monísimo enterarse de que estoy en Bachillerato y que he venido solo a un bar después de que mi novia me haya dejado.

Me invitan a cerveza y se ríen de mis historias. Sus ojos bailan y su pelo se agita. Estoy enamorado de todas a la vez. Dos de ellas me besan en las mejillas mientras otra me pasa la mano por el pelo. Por un segundo considero la idea de irme con ellas a su residencia para desnudarnos y retozar juntos en una cama redonda con sábanas de seda roja. Sería como un video de *Girls Gone Wild*, pero conmigo en el centro.

Eso no pasa, por supuesto. Tienen otros bares a los que ir esta noche y no me invitan a acompañarlas. Una a una me abrazan para despedirse. Me pellizcan las mejillas e incluso el culo, pero en plan hermanas mayores. En este momento me doy cuenta de que así es como se sentía Ricky antes de que lo liara con Bethany.

Pero mi noche aún no ha terminado. Paseo por la orilla del canal y luego me acerco a los cines a ver quién está por ahí. No veo gran cosa, así que vuelvo al aparcamiento, pero no recuerdo en qué piso he dejado el coche. No me importa, esto me da la oportunidad de conocer más gente mientras busco, y sé que Dios me guiará hasta mi coche en algún momento, porque soy el borracho consentido de Dios. El único problema es que mi petaca empieza a parecerme muy ligera.

Y, tal como yo sabía, Dios no me abandona. Milagrosamente, mi coche aparece y cinco minutos después y al este de la ciudad, justo antes de entrar a la autopista, encuentro una serie de tiendas y estaciones de servicio llenas de cerveza de 3,2 grados. Lo único que tengo que hacer es encontrar un establecimiento que no se preocupe demasiado de revisar los carnets o convencer a alguien de que entre y me compre cervezas.

De pie fuera de la segunda estación de servicio que visito veo a una tía con una microscópica falda vaquera. Me mira y sonrío coquetamente. Probablemente tenga unos veinticinco años y es guapa, salvo por los dientes. Me doy cuenta de que es una prostituta adicta a la metadona.

No pasa nada. Yo no desprecio a nadie, excepto a la gente pretenciosa, e incluso por ellos soy capaz de sentir pena. Bromeo un rato con ella y veo que tiene una mente ágil e ingeniosa. Su nombre es Aqua —o eso me dice—, y aunque

quiere que nos vayamos de «fiesta-fiesta», no parece demasiado decepcionada cuando le doy diez dólares para que entre a comprarme un paquete de doce cervezas.

—Puedes volver cuando quieras, Sutter —me dice al entregarme la cerveza—. Te haré un descuento especial.

Me beso las puntas de los dedos y le toco la mejilla.

—Avísame cuando quieras tener una cita de verdad y estaré en tu puerta en un segundo.

Bueno, quizá sea ya un poco tarde para empezar a beberme las cervezas, pero no tengo ninguna prisa por llegar a ningún lado, mucho menos a casa. Sin duda Holly ya habrá llamado a mi madre para decirle lo increíblemente jodido que estoy. Pero ya me preocuparé de eso mañana. En este momento, hay nuevas cosas que ver y música que escuchar a todo volumen.

No sé cuánto tiempo llevo conduciendo pero, cuando me doy cuenta, estoy en medio de una zona que no reconozco, con las ventanillas abiertas y el viento frío sacudiéndome la ropa. Al principio las casas no tienen mala pinta, pero cada vez parecen más deterioradas hasta que estoy rodeado de casitas torcidas que parecen estar hechas solo de tejas. Veo techos hundidos, entradas de cemento sin terminar, árboles medio secos, jardines sin césped. Aquí y allá hay triciclos y cosas, como un caballito de plástico desgastado con ruedas que se inclina donde estaban las jardineras con flores, ahora llenas de hierbas. Hay familias que viven en estas cajitas enclenques, igual que mi familia y yo vivíamos antes.

Entiendo a estas personas. Estas son las personas que me gustan.

—¡Sois preciosos! —grito al viento—. ¡Sois sagrados!

De repente, algo me impulsa a subirme a la acera y conducir por los jardines estériles.

—¡Muerte al rey! —grito—. ¡Muerte al puto rey!

Y eso es lo último que recuerdo antes de despertar bajo un árbol seco con una tía rubia de ojos azules mirándome desde arriba.

CAPÍTULO 16

Da un salto hacia atrás, sorprendida de que me mueva.

—Estás vivo —me dice—. Pensaba que tal vez estuvieras muerto.

—Creo que no estoy muerto —pero en este momento no puedo estar muy seguro de nada—. ¿Dónde cojones estoy?

—Estás en medio de un jardín —me dice—. ¿Conoces a alguien que viva aquí?

Me siento y miro la casa, una cosa horrenda de ladrillo rosa con un aparato de aire acondicionado en la ventana.

—No, nunca la había visto.

—¿Has tenido un accidente o algo así?

—No que yo sepa. ¿Por qué? ¿Dónde está mi coche?

—¿Es alguno de esos? —señala hacia la calle, donde hay dos coches aparcados junto a la acera de nuestro lado y una camioneta blanca destartada del otro. El motor de la camioneta está encendido, así que supongo que es suya.

—No, yo conduzco un Mitsubishi —le digo—. Dios mío, he debido de quedarme dormido —miro a mi alrededor, intentando hacer memoria. Hay un olmo sin hojas sobre nosotros y alcanzo a ver la luna a través de las ramas. También hay una silla de jardín hecha polvo y dos latas de cerveza en el suelo a medio metro de distancia. Recuerdo vagamente haber estado sentado en esa silla en algún momento, pero no recuerdo cómo he llegado aquí.

—Entonces —me pregunta—, ¿no sabes dónde has dejado tu coche?

—Déjame pensar un segundo —le digo, pero mi cabeza en realidad no está en condiciones de pensar—. No, da igual. No me acuerdo de dónde está. Puede que lo aparcara en casa y saliera a dar un paseo.

Ella niega con la cabeza.

—No, no creo que vivas en esta zona, Sutter.

Eso sí que me sorprende muchísimo.

—¿Cómo sabes cómo me llamo? ¿Hemos hablado antes o qué?

—Vamos juntos al instituto —me dice, pero no lo dice como si fuera idiota. Tiene una voz amable y ojos amables. Me observa como si hubiera encontrado un pajarito con el ala rota.

—¿Estamos juntos en alguna asignatura en el instituto? —le pregunto.

—Este año no. En segundo sí. Seguramente no te acuerdes de mí.

Se llama Aimee Finecky y tiene razón, no me acuerdo de ella, aunque finjo que sí. Según ella, son las cinco de la mañana y la razón por la que está en la calle a estas horas es porque está repartiendo periódicos.

—En realidad es la ruta de distribución de periódico de mi madre —me explica—, pero anoche quiso ir con su novio al casino indio en Shawnee y supongo que se les hizo tan tarde que decidieron quedarse en un motel o algo así. A veces pasa.

Lo del reparto de periódicos me da una idea: como esta chica va a tener que conducir por la zona de todas maneras, tal vez podría llevarme con ella. Seguramente mi coche estará por aquí cerca. Vistas las condiciones en las que iba, probablemente no caminaría demasiado lejos antes de sentarme a descansar.

La idea le parece excelente. Por lo general, su madre conduce la camioneta mientras ella lanza los periódicos por la ventana. Así que, si logro aprender el movimiento correcto para lanzar, puedo llegar a ser un as del reparto de periódicos.

La parte trasera de la camioneta destartalada tiene tres paquetes de periódicos sin doblar y la cabina está llena de los que ya están doblados, frescos como hojas de maíz tierno.

—¿Cómo de larga es la ruta que cubres? —le pregunto cuando arrancamos.

—Prácticamente todo este lado de la ciudad —me dice.

—Dios mío, no sabía que repartir periódicos fuera semejante negocio. Debes de ganar mucho dinero.

—Mi madre sí. Me da una paga con lo que gana.

—Eso no me parece justo.

—¿No?

—Por supuesto que no. Si haces la mitad del trabajo, entonces deberíais ser socias al cincuenta por ciento. Tal vez más, porque tú tienes que hacerlo todo cuando ella se va a despilfarrar el dinero al casino indio.

—No me molesta —me contesta—. Ella paga la mayor parte de los gastos.

—¿La mayoría?

—A veces tengo que ayudar.

—Mira qué lista.

Recorremos la calle, moviéndonos a la velocidad de un chófer de la tercera edad porque me tiene que ir diciendo a qué casas hay que repartir. Pero la parte del lanzamiento, esa la domino de inmediato. Es un movimiento lateral que sale del pecho hacia fuera, como lanzar un *frisbee*. Antes de terminar la manzana, ya llego con los periódicos hasta el interior de los jardines, casi a la entrada. Soy el mejor.

Sigo con la cabeza un poco zombi pero gradualmente se me va aclarando, lo que no es necesariamente algo bueno. Empiezan a filtrarse pensamientos sobre lo que me van a decir mi madre y Geech por haber estado fuera toda la noche. No son difíciles de predecir: Geech seguramente me saldrá con la vieja amenaza de la escuela militar. Debe de tener eso grabado en un chip instalado en su cabeza de robot.

Mi madre empezará con su retahíla sobre qué van a pensar los vecinos si me ven deambulando por ahí a semejantes horas de la mañana. Lo que quiero saber es: ¿por qué le preocupa? Ni siquiera le caen bien los vecinos. Pero eso da igual. Se preocupa más por lo que piense la gente que por cualquier otra cosa del universo. Yo siempre la estoy dejando en ridículo de alguna manera. Creo que heredé ese rasgo de padre.

Pero no sé por qué tendría que darle explicaciones a nadie. ¿Por qué no puedo hacer exactamente lo que estoy haciendo? Es genial salir de madrugada, antes de que salga el sol. Tienes la sensación de estar súper vivo. Eres cómplice de un secreto que toda esa gente aburrida y dormida no conoce. A diferencia de ellos, tú estás alerta y consciente de existir justo aquí, en este preciso momento entre lo que ha pasado y lo que va a pasar. Estoy seguro de que mi padre vivió esto. Mi madre quizá alguna vez. ¿Pero Geech?

Los robots no tienen ni idea de lo que es estar realmente vivo, y nunca la tendrán.

CAPÍTULO 17

Después de terminar con tres calles, se nos acaban los periódicos enrollados y todavía no hemos encontrado mi coche. Aimee para a un lado y mete en el coche otro bulto de la parte de atrás para que preparemos más periódicos y los dejemos listos para lanzarlos. Me enseña un método para doblarlos, enrollarlos y ponerles una goma, pero no consigo seguirle el ritmo cuando empezamos. Tiene unas manos mágicas. Os juro que esta chica dobla tres por uno que doblo yo.

—¿Cuántos periódicos has doblado en tu vida? —le pregunto mientras lanza otro producto terminado al suelo junto a mis pies.

—No sé —sus manos siguen trabajando—. Tengo la sensación de que han sido como cien millones.

Le pregunto si su madre tiene un trabajo normal, pero me responde que no, que repartir periódicos es su único trabajo. El novio de su madre tiene una pensión de discapacidad por estar mal de la espalda. Cobra su cheque y compra y vende cosas por eBay. Eso cuando no está sentado viendo televisión en calzoncillos. Mucha gente parecería amargada por esta situación, pero Aimee no. Su voz es suave, como si hablara de alguien con una enfermedad terminal.

Intercambiamos algunas historias sobre nuestros padres. Su madre me parece a una alcohólica adicta al juego: los casinos indios, la lotería, el bingo, lo que sea para ganarse un dinerito rápido. Pero casi nunca gana. Tiene la misma suerte que un armadillo tratando de cruzar una autopista de seis carriles. De todas

formas, Aimee no la juzga. Que su madre pierda el dinero para pagar la factura del gas es un hecho cotidiano para ella. Probablemente piensa que le pasa a todo el mundo.

Le cuento algunas cosas sobre mi madre y Geech y sobre el despacho de mi padre de verdad en la última planta del edificio Chase. Nada demasiado profundo, aunque tengo la sensación de que le podría contar lo que fuera a Aimee y no me juzgaría. Su voz permanecería tranquila y suave, como una almohada en la que pudieras reposar la cabeza después de un día difícil.

Es guapa, también, con su estilo de pardilla. Ya sabéis, esas gafas que se le escurren por la nariz, piel pálida de estar demasiado tiempo dentro de casa, la boca abierta ligeramente con ese estilo de respirar por la boca clásico de los pardillos. Pero tiene los labios carnosos, unas dulces cejitas rubias y un cuello agradable y delgado. Su pelo no es rubio escandinavo, como el de Cassidy, es más tirando a rubio cenizo y algo lacio. Y tampoco tiene unos ojos azules de fiordo, los suyos son más pálidos, más de piscina pública. De todas maneras, tiene algo que me incita a querer hacer cosas por ella. No hacérselas *a* ella. *Por* ella.

—¿Sabes qué? —le digo—. Aunque encontremos mi coche, te voy a ayudar a terminar con tu ruta.

—No tienes que hacerlo —me responde, pero sus ojos me dicen que nada le gustaría más.

—Ya sé que no tengo que hacerlo —contesto—. Pero quiero.

Cuando tenemos un buen montón de periódicos doblados, nos lanzamos de vuelta al reparto. Aún no hay señales de mi coche, pero conforme avanzamos, trabajamos mejor juntos. Empiezo a llamarla Capitán y le pido que me llame Agente Especial Peligro. En vez de indicarme a qué casa lanzar el periódico con un aburrido «aquí» o «esta», la convengo de que grite «¡Dispare el torpedo, Agente Especial Peligro, dispare el torpedo!». Después de un rato, volamos por la calle casi al límite de velocidad y no fallo en ningún jardín.

—¿Sabes qué? —me dice—. Creo que esta es la primera vez que me divierto haciendo esto.

—Hacemos buen equipo.

—¿Eso crees? —su mirada alberga esperanzas.

—Absolutamente.

Entonces, de repente, ahí está mi coche, volcado de lado en medio del césped de alguien. Uno de los jardines de Aimee, encima.

—Dios —digo—. No puedo creer que haya ido andando desde aquí. Deben de ser unos dos kilómetros.

—¿Qué hace volcado en el jardín? —pregunta.

Durante un segundo me viene una imagen a la cabeza de cómo iba conduciendo por los jardines, gritando a todo pulmón.

—No sé —respondo—. Supongo que es un sitio seguro para dejar el coche, si fuera necesario. Pero probablemente será mejor que lo quite de ahí antes de que esa gente se despierte o llegue la policía.

Resulta que el coche se quedó sin gasolina, lo cual es un alivio. Me fastidiaría pensar que no hubo una buena razón para dejarlo ahí. Sacarlo del jardín es simple en teoría, pero no tan sencillo en la práctica. Aimee se coloca detrás del volante y yo empujo desde atrás. El problema es que el terreno del jardín es muy blandito, así que requiere de todo mi esfuerzo. Para cuando lo tenemos decentemente aparcado junto a la acera, me siento a punto de desmayarme.

—Creo que tengo que ir por un poco de gasolina —comento cuando Aimee baja del coche.

—Supongo —y mira a mi coche como si fuera el muermo que le hubiera puesto fin a nuestra diversión—. Hay una gasolinera a un par de manzanas. Te puedo llevar.

—¿Y qué hacemos con el resto de tu ruta?

—No pasa nada. Puedo terminarla sola. Probablemente tengas que volver a tu casa.

—Ni hablar, Capitán. Le prometí que le ayudaría a terminar y lo que el Agente Especial Peligro promete, lo cumple. ¿Entendido?

La luz vuelve a encenderse en su mirada.

—Sí.

—No, tienes que responder *roger*. Di: «*Roger*, entendido».

Ella baja la mirada y sus pestañas pálidas ocultan sus ojos.

—*Roger* —dice—. Entendido.

Tardamos otra hora en terminar de repartir los periódicos y le mantengo el ánimo alto la mayor parte del tiempo, pero hacia el final ambos hemos perdido algo de entusiasmo, principalmente porque sabemos que se nos está terminando el tiempo. Ella tiene que volver a su casa vacía y yo tendré que ir a enfrentarme a la ira de mi madre y Geech.

Paramos en la gasolinera por un poco de gasolina y compro donuts y refrescos de fresa y guayaba. Después de llenar el depósito, nos quedamos de pie en medio de la calle y su mirada es tímida, como si acabáramos de salir en una primera cita y estuviera preguntándose si la voy a besar.

—¿Sabes qué, Aimee Finecky? —le digo—. Tuve una muy mala noche ayer hasta que llegaste y me encontraste.

Ella parece querer decir algo, pero no encuentra las palabras correctas.

Entonces le digo:

—¿Dónde comes los lunes?

Y ella me responde:

—En la cafetería —claro, el sitio donde cualquier pardillo de sangre plebeya comería.

Y yo le comento:

—Vamos, tía, eso da pena.

—¿La da? —me responde.

Noto que piensa que ha dicho una estupidez, así que digo:

—No quiero decir que comer ahí de pena. Lo que digo es que la comida da pena. ¿O no? ¿Estás de coña? Yo comería en la cafetería todos los días si la comida fuera mejor.

—Ponen pizza los lunes —me dice.

—¿Ah, sí? —le respondo como si fueran las mejores noticias que hubiera escuchado en todo el año—. Si de pizza se trata, yo soy el primero en apuntarme. ¿Por qué no te veo fuera, en la puerta del lado sur, y comemos pizza y revivimos nuestros grandes triunfos en el reparto de periódicos?

—¿En serio? —me mira como si pensara que le fuera a gastar algún tipo de broma.

—Ahí estaré justo después de Álgebra.

—Yo también —me responde—. Bueno Álgebra no, sino Cálculo, o Francés, me hago un lío.

Le doy un apretón en la mano.

—Deséame suerte para cuando llegue a casa. La voy a necesitar.

—Buena suerte —me dice, y es tan sincera que me gustaría pensar que tal vez me la haya dado.

CAPÍTULO 18

¿Por qué llamo Geech a mi padrastro? Es sencillo. Su nombre real es Garth Easley, así que empecé a llamarle Geasley, y luego Geast, y luego Geechy y ahora solo Geech. Lo que es perfecto, porque suena exactamente como te hace sentir cuando estás cerca de él más de quince segundos. Geeeech. Algo así como el «guaaach» de vomitar.

Apareció cuando yo tenía ocho años y, creedme, no me alegré cuando recogimos nuestras cosas y nos fuimos a vivir con él. Holly pensó que era la cosa más *fantabulosa* que había pasado nunca. Era como si no echara de menos a nuestro

padre para nada. Simplemente se alegraba de tener una piscina en el jardín y de poder invitar a casa a todos los tíos de Bachillerato a los que nunca les había caído bien.

Mi madre cambió cuando se casó con Geech. Empezó a gastar mucho dinero en peinados y en maquillaje. Cambió su pelo largo y sus vaqueros y empezó a vestir siempre como los famosos de alguna revista de pijos. Ni siquiera creo que le guste mucho Geech. Nunca se la ve arrimándose a él en el sofá, pasándole la mano por lo que le queda de pelo o acercándose por atrás para agarrarle el culo huesudo o bailando canciones de Jimmy Buffett en el patio bajo la luz de la luna. Todo eso desapareció cuando echó a mi padre a patadas a la calle.

Pero esta mañana, se pondrá del lado de Geech. Se presentarán como un frente unido contra mí. Para mi suerte, todavía me quedan un par de cervezas de las doce que compré anoche. Están tibias, pero no pasa nada. Esta mañana no las quiero precisamente para refrescarme.

El sol hace ya un rato que ha salido cuando llego a casa. Ha sido un día, o un par de días, no sé, muy largos. Es hora de hacer gárgaras con el enjuague bucal que llevo siempre en la guantera. No hay muchas probabilidades de que logre entrar sin que se den cuenta, pero de todas formas lo intento. Silencioso como un ladrón, entro por la puerta delantera, la cierro sin hacer ruido y me deslizo hacia el piso de arriba sin causar ni un solo crujido. La seguridad de mi habitación está al final del largo pasillo, pero cuando logro llegar y estoy quitándome los zapatos, la puerta se abre de par en par.

Mi madre empieza primero.

—¿Dónde has estado, jovencito? Y no intentes decirme que has pasado la noche con tus amigos porque les he llamado a todos, incluyendo a todos los hospitales de los alrededores y los de los alrededores de la casa de tu hermana.

Para llevar puesto un pijama rosa, la verdad es que logra parecer un pitbull furioso, pero ha sido amable por su parte advertirme que ha llamado a todos mis amigos, porque esa era precisamente la defensa que planeaba presentar. No pasa nada. Algo más cercano a la realidad funcionará mejor de todas maneras.

—Salí a dar una vuelta con en el coche —le digo—. Se me hizo bastante tarde y me quedé sin gasolina, así que...

—Me ha llamado tu hermana —mi madre hace una pausa para dejar que el

horror de esa información penetre bien en mi cabeza. Pero me imagino que será mejor mantenerme callado hasta saber exactamente de qué se me acusa—. No sé qué hacer, Sutter. ¿Qué se supone que debo hacer con un chico que intenta robar una botella de whisky caro a su cuñado y que luego casi quema la casa que tanto trabajo le ha costado conseguir a su hermana?

¿Tanto trabajo? No sé de dónde se saca eso mi madre, a no ser que considere que operarse las tetas sea mucho trabajo, porque eso es más o menos lo que consiguió que Holly se casara con Kevin y que ahora vivan en esa mansión. Por supuesto, este no es el momento de hacer este comentario, así que lo único que puedo decir es que yo no intenté robar la botella.

Nadie me escucha, sin embargo. En vez de eso, Geech empieza:

—Te voy a decir lo que hay que hacer con un chico como este; mandarlo a la escuela militar.

La verdad es que no ha tardado mucho en utilizar su frase. Por lo general tengo que pelear un par de *rounds* con él antes de que saque lo de la escuela militar.

—Necesita entender el significado de la disciplina —dice, usando la tercera persona, como si yo no estuviera ahí sentado frente a él—. Necesita entender lo que valen las cosas de los demás. Un buen sargento de prácticas se lo hará entender a golpes.

—¿Desde cuándo a los sargentos de prácticas les importa lo que valen las cosas de los demás? —le pregunto—. Pensaba que solamente les interesaba destruir la individualidad.

El comentario hace que la vena de la frente le empiece a bombear a toda velocidad.

—No te pongas gracioso conmigo, jovencito. No lo toleraré en mi propia casa —se gira para mirar a mi madre—. Esa es otra cosa que la escuela militar le enseñaría a la fuerza, a respetar la autoridad.

No resulta fácil considerar a un tío bajito, calvo, con la cara roja y con gafas una figura de autoridad, pero eso tampoco puedo decirlo en este momento. Las amenazas de la escuela militar son vacías, nada más que tonterías. Mi madre nunca ha apoyado su propuesta. A ver, a fin de cuentas, estamos en guerra. No va a

preparar a su único hijo para que se vaya a Bagdad.

O eso pensaba antes.

—¿Eso es lo que necesitas, Sutter? —pregunta, pero no se molesta en esperar mi respuesta—. Porque empiezo a pensar que sí. Puedes terminar el semestre en la academia militar en Tulsa y de ahí pasar directamente al entrenamiento básico. A ver cómo te manejas en una salida al extranjero. Eso te haría aprender.

Suena como si lo dijera en serio al cien por cien. Está suficientemente enfadada como para lanzarme contra unos terroristas suicidas. Pero supongo que no debería sorprenderme, después de cómo echó a mi padre de casa.

Pero os voy a decir quién *sí* se queda sorprendido esta vez: Geech. No se esperaba que mi madre lo apoyara en esto.

—Eh, bueno —dice—. Muy bien. La academia militar. Eso te dará una lección. Miraré cuánto cuesta a primera hora el lunes por la mañana.

Y, en ese preciso instante, sé que no sucederá nunca. Cuando Geech dice que va a mirar cuánto cuesta algo, ahí se acaba la cosa. A pesar de todo el dinero que gana con sus artículos de fontanería, es el tío más tacaño del mundo.

De momento, me quitan las llaves del coche y me castigan sin salir indefinidamente. Además, tengo que darle cincuenta dólares al mes a Kevin hasta terminar de pagar el traje. Eso es más o menos dos años de esclavitud. No pasa nada, entiendo la parte del traje, pero intento argumentar que no pueden quitarme las llaves del coche porque lo estoy pagando yo.

¿Pero les importa? No. Ellos están pagando el seguro, me dicen. Tendré que encontrar a alguien que me lleve al instituto, o coger el maldito autobús, pero aceptan permitirme conducir al trabajo y de regreso después de clase. Lo que significa que, como ambos trabajan por la tardes, en realidad me dejarán quedarme las llaves, después de todo.

—Sabes, Sutter —dice mi madre—, vamos a tardar mucho tiempo en volver a confiar en ti.

—Lo siento —le respondo—. Intentaré compensaros —en realidad me siento mal de que haya llamado a mis amigos y a los hospitales y eso, pero conozco

a mi madre. Confiar en mí no es una de sus principales prioridades. Una buena visita a la peluquería la semana que viene y se olvidará de todo.

CAPÍTULO 19

Vale, he tenido un mal día. No voy a dejar que eso me deprima durante mucho tiempo. Ni siquiera voy a pensar en ello. A ver, de todas maneras tener que ir al instituto con Ricky no es exactamente el peor castigo del mundo. ¿Y cómo de castigado estoy por las tardes si mi madre y Geech no están en casa? Claro, dicen que van a llamar para comprobar que estoy ahí, pero les creeré cuando lo hagan.

—Mira, si es el pirómano —me dice Ricky cuando me meto en su coche el lunes por la mañana—. ¿Has quemado algún otro traje de mil dólares últimamente?

—Qué gracioso, señor Buenahierba. Sabes, eso nunca hubiera pasado si no me hubieras encasquetado ese porro.

Se ríe.

—Claro, ese era mi plan maestro y picaste de lleno.

Pero, como ya he dicho, ni siquiera quiero pensar en esa noche, así que cambio de tema a la cita de Ricky con Bethany. Obviamente ya lo hemos discutido a fondo por teléfono, pero no creo que le importe contármelo otra vez.

—Tío —me dice—, esta es *la* chica. Todo salió a la perfección. Excepto cuando me tuvo que prestar un par de dólares, pero incluso en eso se portó muy bien. A ver, ¿quién iba a pensar que salir a cenar y ver una película saldría tan caro?

—Eh..., ¿cualquiera que haya tenido una cita de verdad antes, por ejemplo?

No hace caso a mi comentario.

—Lo mejor fue que pudimos hablar de todo, no solamente de cosas superficiales. Tuvimos una conversación bastante profunda sobre religión.

— ¿Besa bien?

— Increíble.

— ¿Hubo lengua?

— Tío, podría ganar las estatales con esa lengua.

Es tentador querer que me dé las gracias por haberlo liado con esta Wonder Woman, pero no lo he hecho para que me lo agradezca. Así que paso al siguiente tema: dónde vamos a comer hoy.

Hace una pausa.

— ¿Qué pasa?

— Tío, no puedo comer hoy contigo. Voy a comer con Bethany.

— ¿No puedo ir con vosotros?

— Es un poco pronto para llevar a un amigo.

— Supongo —le digo, pero estoy pensando en todas las veces que él ha venido de sujeta velas con Cassidy y conmigo.

— Además —agrega—, ¿no me dijiste que ibas a comer con como-se-llame, la repartidora de periódicos?

— Ah, sí. Aimee. Se me había olvidado por completo. Gracias por recordármelo. Me hubiera sabido mal darle plantón. Es demasiado, no sé, ingenua o inocente o lo que sea.

Ricky desvía la mirada de la carretera y me estudia por un segundo.

— ¿Sabes lo que estás haciendo, verdad?

— ¿Qué?

— Es el clavo que saca otro clavo, tío. Por lo que me has contado, parece que esta chica y tú no tenéis nada en común. Estás dolido por lo de Cassidy y has echado mano de la primera cosa fácil que se te ha cruzado en el camino. La verdad,

no te veo saliendo con esta chica. Es justo lo contrario de Cassidy.

—Tío —le rebato—, no podrías estar más equivocado. Para empezar, no es justo lo contrario de Cassidy. Una tía que fuera justamente lo contrario de Cassidy tendría el pelo negro y los ojos marrones. Y, para seguir, no tengo ningún interés en *salir* con Aimee. Ninguno.

—¿Entonces por qué vas a comer con ella?

—Apoyo moral. Esta chica lo necesita. Deja que su familia haga lo que quiera con ella. Se le nota en los ojos. Es como si no ese considerara suficientemente importante ni siquiera para defenderse.

—¿Y qué vas a hacer, ayudarla a reinventarse, como en esas películas en las que la pardilla se transforma en una tía súper sexy?

—No. No se trata de transformarla en una tía buena. Nunca podría serlo. No tiene la actitud, tiene demasiada energía positiva dentro. Se nota solo con verla caminar encorvada y por sus andares de pato. Una tía buena de verdad tiene una manera completamente distinta de estar de pie y caminar; los hombros hacia atrás, las tetas hacia fuera, el culo altivo. Tiene que saber que está buena para ser una tía buena.

»Pasan por todo un proceso de entrenamiento. Para empezar, las otras chicas tienen que estar como locas por irse con ella. Los chicos van detrás de ella a todas partes como perritos y, encima, probablemente desde que tienen doce años se dan cuenta de que hasta a los hombres adultos se les salen los ojos de las órbitas cada vez que pasan a su lado.

»Solo te digo que a Aimee podrías quitarle las gafas, darle algo de volumen al pelo y embutirla en una minifalda roja que no deje prácticamente nada a la imaginación y seguiría yendo con los hombros encorvados y su mirada te haría pensar que el mundo entero está preparándose para partirla la boca.

—¿Entonces qué vas a hacer, salvar su alma?

—Tal vez. Nunca se sabe.

CAPÍTULO 20

Mucha gente podría pensar que la clase de Álgebra II con el señor Aster, más conocido como el señor Asnoter, es el lugar más aburrido del planeta, pero mi teoría es que el aburrimiento es para la gente aburrida y sin imaginación. Claro, si de verdad le prestara atención al zumbido monótono del señor Asnoter, también estaría aburrido, pero no es probable que eso suceda.

Una de mis distracciones favoritas es pensar en la moto *speeder* imperial. La moto *speeder* imperial es como una bicicleta de montaña plateada pero que puede volar y tiene unas ametralladoras geniales y lanzacohetes. Cuando necesitas velocidad, simplemente enciendes los propulsores y ¡rrrrrruum! sales disparado.

Es como tener un videojuego en la cabeza y en vez de estar sentado en la clase de Álgebra, estoy salvando el universo, o al menos el instituto. No sé cuántas veces he rescatado a Cassidy de terroristas, o gánsteres, o malvados caudillos militares. Por supuesto, de vez en cuando, hay algún accidente espectacular y la moto imperial desciende a toda velocidad por el cielo nocturno, pasa rozando por un depósito de agua y luego choca contra las luces del estadio de fútbol antes de caer dando volteretas a lo largo del campo enfrente de todo el cuerpo de estudiantes.

Y, cuando finalmente me detengo junto a los marcadores, las tías corren hacia mí, llorando. Y ahí estoy yo, en un maravilloso amasijo abollado y humeante. Hasta mi madre está ahí.

—No os preocupéis —les digo mientras el polvo se asienta alrededor de mi cuerpo fracturado—. Estoy bien. ¡Todo va genial!

Hoy mi misión en moto imperial se ha visto constantemente interrumpida por pensamientos sobre Aimee. No puedo creer que haya estado a punto de olvidarme de que habíamos quedado para comer. Ahora, en vez de la moto imperial, proyecto una película en mi cabeza en la cual Aimee está sentada sola fuera de la cafetería, mirando el reloj y viendo pasar a toda esa gente que no son yo.

«Sutter», me digo a mí mismo, «no puedes decepcionar a esta chica».

Por fin, la clase termina. Recojo mi mochila y empiezo a caminar hacia la puerta, tratando de llegar rápido a la cafetería para que Aimee no tenga que

esperar ni un segundo. Pero no es fácil. Antes de conseguir escapar, el señor Asnoter me llama a su escritorio.

—Siéntate —me dice, señalando el pupitre que está directamente frente a su escritorio—. Keely, me ha parecido observar que has vuelto a no entregar los deberes del lunes.

—He tenido un fin de semana muy malo —le respondo.

A lo que él me contesta:

—Sí, bueno, parece ser que tienes muchos —con el señor Asnoter todo *parece ser* de cierta forma, nada simplemente *es*.

Desgraciadamente, en vez de gritarme o algo, decide que es un buen momento para preguntarme sobre lo que hemos visto hoy en clase. Sobra decir que no me va muy bien, así que empieza a decirme que *parece* que no presto atención suficiente en clase. Me giro para mirar el reloj, con la esperanza de que tal vez todavía alcance a llegar a la cafetería a la vez que Aimee.

Pero el señor Asnoter no ha terminado. Ahora me está diciendo que está pensando en mi bien y que si yo fracaso, él también fracasa. Piensa que, para tener cualquier esperanza de éxito en la universidad, necesito tener por lo menos una noción básica de lo que intenta enseñarme en clase.

Estoy completamente de acuerdo con él. Le explico que he intentado ser más responsable. En realidad, me pondré a trabajar muy duro el resto del semestre. Pensaríais que eso sería suficiente para el señor Asnoter, pero no, tiene que ponerse a escribir un problema para que yo intente resolverlo, solo para ver lo mal que voy. Lo que resulta ser bastante mal.

Me mira por encima de las gafas. Es esa mirada que quiere decir «tsss» pero sin los efectos de sonido.

—Déjame enseñarte cómo se hace, Keely —dice—. Fíjate bien.

Y yo estoy en plan *jaaarrrrg!* No me lo puedo creer. Mi visión previa de Aimee sola en la puerta se hace realidad. Casi puedo escucharla diciéndose: «Tendría que haber sabido que no vendría. Así es como me tratan todos».

—Y así es cómo se hace, Keely —dice finalmente el señor Asnoter—. ¿Tiene

sentido?

—Sí, señor —le respondo—. Claro que lo tiene. Tiene mucho sentido.

Cuando por fin salgo de allí, voy con más de quince minutos de retraso, así que corro. La señorita Cuellodejirafa saca la cabeza del aula de Historia, pero estoy demasiado lejos para que me grite. Un par de amigos, o cuasi amigos, mejor dicho, me gritan: «¿A qué vienen las prisas, Sutter?» y «Sí, ¿hay un incendio o una fiesta?». Pero ahora no tengo tiempo de intercambiar chistes.

Cuando llego a la cafetería, no doy crédito. Ahí está Aimee, de pie junto a la puerta, sola. Me ha esperado. En serio me ha esperado. Esta chica no cambia fácilmente de opinión. Tiene fe en Sutterman.

Freno un poco y me acerco a paso tranquilo.

—Eh, tú, la de ahí —le digo, recuperando el aliento—, perdón por llegar tarde.

—No pasa nada —me responde, y no puedo evitar preguntarme cuántas veces le ha dicho esto a la gente que la ha decepcionado.

—No —le digo—. Sí que pasa. Pero no lo he podido evitar.

CAPÍTULO 21

Mientras entramos a por la pizza, le explico lo que ha pasado con el señor Asnoter. Resulta que ella también lo tuvo en Álgebra II, pero eso fue hace un milenio o algo así porque ahora está dando Cálculo Avanzado.

—Probablemente pensarías que el álgebra era facilísima —le digo.

—Más o menos —su voz es suave. Si fuera un artículo comestible, sería un bombón.

—Quizá podrías darme clases.

—Claro —me contesta, y se le dibuja un pequeño amago de sonrisa, como si pensara que algo bueno pudiera ocurrirle, pero no confiara del todo en que así sea.

Obviamente, la cafetería no es el sitio más popular para comer, vamos, yo nunca voy, así que no tenemos ninguna dificultad para encontrar mesa. De hecho, es un poco extraño, como un universo alternativo donde hay muchos estudiantes que ni sabía que existían.

Pensaréis que Aimee y yo no tenemos nada de qué hablar, pero oye, yo puedo hablar con quien sea. Empiezo con una historia solo para quitarle el peso de encontrar un tema para iniciar la conversación. Es una de mis favoritas: el día que Ricky y yo fuimos a navegar por el río Tuskogee el verano pasado.

No éramos lo que se dice expertos de la canoa y estábamos más concentrados en hacer bromas que en navegar, así que era inevitable que de vez en cuando nuestra embarcación volcara. Aquella vez, terminamos boca abajo con una corriente bastante fuerte a nuestro alrededor. Entonces la canoa empezó a dar vueltas río abajo, pero ¿qué hicimos Ricky y yo? Nadamos derechos hacia la neverita portátil. ¡Había que salvar la cerveza a toda costa! En ese plan estábamos. Por suerte la canoa se quedó atascada en la orilla y todo salió bien.

Aimee me dice:

—Estáis locos —sin embargo, me doy cuenta de que a veces le gustaría volverse un poco loca.

—Pero esa no es la parte más loca —le digo—. Lo más loco fue cuando decidimos saltar del puente.

—¿Saltasteis del puente?

—Claro. Y no era un puentecito cualquiera. Era uno de esos grandes puentes de hierro con una estructura que forma un arco muy alto. Para ser sincero, debía de haber como un kilómetro y medio desde la parte más alta hasta el agua. Era tan alto que había que tener cuidado con los aviones que vuelan bajo. Había otros chicos saltando y pensamos: «¿Qué más da? Intentémoslo». A aquellas alturas ya habíamos bebido bastante.

Se me queda mirando con los ojos como platos y anonadada como los doce apóstoles combinados en uno.

—Así que subimos —miro hacia el techo para darle una idea de lo alto que estábamos—. Pero la cosa es que cuanto más alto subes, más empiezas a preguntarte cómo de buena es la idea. De cierta forma, parece mucho más alto cuando estás en el puente que cuando estás abajo mirando hacia arriba. ¿Pero qué íbamos a hacer? Una vez que subes no hay manera de bajar sin parecer un miedica.

Ella asiente, comprensiva, aunque no estoy seguro de que las tías realmente entiendan ese dilema de *parecer-un-miedica*.

—Así que, bueno, ahí llego como el mismísimo Spiderman hasta lo más alto y me siento a disfrutar de la brisa. Y, déjame decirte que la vista es estupenda, siempre y cuando no mires directamente hacia abajo, lo cual, por supuesto, hice. Pero, como te decía antes, ya no había vuelta atrás. Así que inspiré hondo —le demuestro cómo—, y me tiré.

—¿De cabeza?

—¿Estás de coña? No estoy tan loco. No, me tiré de pie. ¿Y sabes qué? Durante la bajada me di cuenta de que tienes una cantidad de tiempo sorprendente para pensar mientras vas en el aire. Así que ahí iba descendiendo y de repente me llega una idea... ¿y si hay una canoa pasando por debajo del puente? Podría caer directamente del cielo y romperle el cuello a alguien. Me hubiera dado igual si solo hubiera muerto yo, pero nunca me lo hubiera perdonado si hubiera matado a otra persona de paso.

—Eso habría sido horrible —me dice.

Miro de nuevo hacia el techo.

—Así que ahí voy, en medio del aire, mirando entre los dedos de mis pies, y es como si el agua estuviera subiendo a toda velocidad hacia mí y luego, ¡bum! choco contra la superficie —aplauzo y ella da un saltito hacia atrás.

—Ahora —continúo—, permíteme dejar clara una cosa en este momento. Cuando un tío salta desde cierta altura hacia una masa de agua, siempre debe recordar mantener las piernas juntas en el momento del impacto. De lo contrario podría ser muy doloroso. Lo digo por experiencia.

El dolor se ve reflejado en su rostro. Es el mejor público del mundo.

—Además, tampoco me di cuenta de que si saltas desde un lugar alto,

entonces te sumergirás a una gran profundidad en el agua. Realmente profundo. Y tampoco pensé en respirar hondo antes de sumergirme. Así que ahí estuve, bajo el agua durante lo que me parecieron como diez minutos. Se me estaban saliendo los ojos. Pataleaba y me movía como un loco, pero no veía nada más que un techo gris de agua sobre mí. Vi un titular de periódico ante mis ojos: JOVEN IMBÉCIL SE LANZA A LA MUERTE DESDE EL PUENTE TUSKOGEE. Y entonces, alcancé a verlo, un círculo pálido de luz brillando a través del agua, y supe que lo lograría. Mi cabeza rompió la superficie y el dulce oxígeno llenó mis pulmones. ¡Salvado!

Me recuesto otra vez en mi silla.

—Cuando llegué a la orilla ya estaba casi sobrio y vi cómo Ricky venía disparado desde el puente como una flecha. «¡Cierra las piernas!», le grité. Pero no escuchó y ¡*plas!* —vuelvo a aplaudir y ella vuelve a saltar.

—En fin, obviamente ambos sobrevivimos para contarlo, pero no estoy seguro de que conservemos el carnet de padres.

La sonrisa de Aimee es la más grande que he visto.

—¡Guau! —me dice—, es la historia más sorprendente que he escuchado en mi vida.

CAPÍTULO 22

—Entonces —le digo mientras cojo un trozo de pizza—, ¿qué me cuentas de ti? ¿Tienes alguna buena historia?

Se queda un momento pensando.

—Bueno, me acuerdo de una vez que teníamos clase de Literatura juntos en segundo y la señorita Camp tuvo que salir del aula y te pusiste de pie delante de toda la clase y nos diste una charla sobre el simbolismo de esa película vieja, *Dos tontos muy tontos*. Nos tenías a todos muertos de risa, pero a la señorita Camp no le pareció muy gracioso cuando volvió.

—Sí —le digo—. *Dos tontos muy tontos* es una de mis películas favoritas de

todos los tiempos.

—Y luego está esa vez que ibas surfeando en el capó del coche, pero el coche se subió a la acera y saliste despedido a los arbustos. Pensé: «¡Dios mío, se ha matado!». Pero saliste de un salto y te volviste a subir al coche. ¿Te acuerdas?

—Sí, vagamente —me halaga un poco que recuerde todas estas cosas, pero no quería que me contara historias sobre mí—. Pero ¿qué hay de ti? —le pregunto—, ¿no tienes historias sobre ti?

Ella arruga la nariz.

—Soy un rollo.

—No, no lo eres. Piensa un poco. Probablemente eres la única persona que está por ahí a las cinco de la mañana todos los días, incluso entre semana. A mí me parece que eso es bastante guay.

Sonríe.

—Bueno, supongo que pasan algunas cosas interesantes durante mi ruta de reparto. Una vez... No sé si debería contarte esto o no.

—Puedes contarme lo que sea.

—Es un poco asqueroso —me dice—. Fue cuando tenía doce años.

Yo tengo que sacudir la cabeza cuando pienso que su madre ya la tenía esclavizada repartiendo periódicos desde antes de que Aimee llegara a la pubertad.

—Por aquel entonces —continúa—, mi hermana todavía nos ayudaba con el reparto, así que mi madre me dejaba una bolsa y yo repartía por ciertas casas mientras ella y Ambith repartían en otra sección. No me dejó conducir hasta que tuve catorce años. Así que iba caminando, soñando despierta, o más bien soñando medio dormida, y de pronto un hombre salió de en medio de un arbusto, ¡totalmente desnudo!

—Dios. ¿Qué hiciste?

—Solté la bolsa y me fui corriendo. Creo que corrí como cuatro manzanas

antes de ver nuestra camioneta y me puse a hacer señas en medio de la calle para que mi madre viniera a por mí.

—¿Llamó a la policía?

—Eh, no, en realidad no —se queda mirando su pizza flácida—. Me hizo volver a por la bolsa y seguir haciendo mis repartos.

No me lo puedo creer. ¿Qué clase de madre es?

—Seguro que estabas muy asustada yendo por ahí sola y sabiendo que había un loco desnudo entre los arbustos.

—Sí, lo estaba —me dice—. Tenía todo el rato la sensación de escuchar a alguien que se acercaba detrás de mí. Más tarde, lo vi salir caminando por detrás de otra casa, pero en esta ocasión se subió a su coche y se fue conduciendo. Era un Lexus. Siempre me llamó la atención eso.

—Cuando vuelva a pasar, no permitas que tu madre te obligue a volver.

—¿Cuando vuelva a pasar? ¿Crees que volverá a pasar?

—Bueno, no, tal vez no exactamente igual.

Me dispongo a explicarle algunas de mis teorías sobre la prevalencia de lo extraño en la vida cotidiana, pero entonces me interrumpe muy maleducadamente una chica que no recuerdo haber visto antes y le dice a Aimee:

—¿Así que finalmente sí ha venido, eh?

La cabeza de Aimee se hunde en sus hombros.

—Hola, Krystal.

Me pongo de pie como debe hacerlo un caballero y extendiendo la mano.

—Me llamo Sutter Keely. Encantado.

No me da la mano.

—Ya sé quién eres.

Aimee me dice:

—Ella es Krystal Krittenbrink.

Y Krystal precisa:

—Somos amigas desde segundo de Primaria —lo dice de un modo un poco engreído, como si yo fuera un insecto insignificante comparado con su gloriosa amistad. Ya sé cómo son este tipo de chicas: sus padres la han consentido toda su vida y le han dicho que es «la princesita más especialísima y delicada del mundo» y nunca se ha dado cuenta de que el resto del universo no necesariamente comparte esa opinión.

La realidad es que es una gorda bastante poco agraciada. Mientras que Cassidy es voluptuosa con curvas monumentales, Krystal Krittenbrink es lo que llamaríamos amorfa, una masa. Tiene muy poca cara en medio de su gran cabeza rosácea. Su boca apenas tiene el tamaño de una moneda de diez céntimos. Y lo que termina de redondear el conjunto es el opaco pelo castaño recogido en una extraña coleta que empieza en su coronilla. Seguramente se planta cada mañana frente al espejo y piensa que es el último grito en moda.

Pero es amiga de Aimee, así que la invito a sentarse, pero ella simplemente mira a Aimee y le dice:

—Date prisa. La reunión empieza en cinco minutos.

—¿Qué tipo de reunión es? —pregunto, fingiendo, por educación, algo de interés.

Pero Krystal me contesta:

—Club de Francés. No tienes ni idea de qué va.

Y Aimee le responde:

—¿Por qué no vas yendo tú, Krystal? Puedo llegar un poco tarde.

—No seas estúpida —dice Krystal—. La reunión no va a durar más de cinco o diez minutos.

Aimee parece un poco dolida, pero se nota que está acostumbrada a que

Krystal la llame estúpida.

—Supongo que sí —dice y se gira para mirarme—. En realidad me tengo que ir. Me había olvidado de la reunión. Lo siento.

—Pero no te has terminado la pizza.

—Se la puede llevar —dice Krystal.

—Sí, supongo que puedo llevármela.

—No te olvides de las clases de Álgebra.

Esboza una sonrisa, pero Krystal dice:

—Eso sería una pérdida de tiempo.

No le hago caso y mantengo la vista fija en Aimee.

—¿Por qué no me das tu número?

—¿Mi número?

—Sí, tu número de teléfono.

—¿El de mi casa?

—Sí. O el de tu móvil —parece que le cuesta comprender el concepto. Tal vez ningún chico le haya pedido el teléfono antes.

—Tendrá que ser el de mi casa. No tengo móvil —empieza a buscar una hoja de papel y un boli en su mochila, mientras Krystal se queda justo detrás de ella diciendo:

—Venga, vámonos.

Aimee apunta el número rápidamente y me lo entrega. Tiene una carita feliz al final.

—Te llamo y quedamos —le digo—. ¿A qué hora estás en casa?

—¿Quién sabe? —dice Krystal y se lleva a Aimee arrastrándola

patéticamente—. ¿Crees que va a estar esperándote en casa a ver a qué hora llamas?

CAPÍTULO 23

Sorprendentemente, mi madre realmente llama a casa alrededor de las dos de la tarde para comprobar si estoy cumpliendo con mi magnífico castigo. Se pone en plan estricta y eso, y me dice *jovencito esto y jovencito lo otro*. No sé por qué los adultos creen que decirle *jovencito* a alguien subraya la seriedad de la situación, pero parece ser una técnica muy común entre los mayores.

Tengo que admitir que mi madre esta vez se ha mantenido firme en su posición. Me sale otra vez con lo de la academia militar. Para ser sincero, fue un poco mierdero por mi parte prenderle fuego al traje de Kevin. Pero tampoco es que lo hiciera a propósito.

Ricky está recostado en el sillón reclinable, como a metro y medio de distancia, durante toda la conversación. Cuando cuelgo, me dice:

—Tío, ¿tus padres de verdad se creen que te estás tragando todo este cuento de la academia militar? A ver, te vas a graduar en unos tres meses. Incluso si te mandaran, ¿en qué te beneficiaría ir solo durante tres meses?

—Ya lo sé. No tiene sentido. Creo que es solo su forma de demostrarme lo convencidos que están de que no valgo la pena —me acerco a la barra. Hoy no tengo que trabajar, así que me parece un buen momento para mezclar una buena jarra de martinis.

—Te voy a decir una cosa —me dice Ricky—. No se lo tomarían tan a la ligera si te hicieras militar de verdad y te mandaran a Irak a que te volaran en pedazos como al hermano de Jeremy Holtz.

—No sé. Les gusta fingir que son muy patriotas. Si me volaran en pedazos allí, sería lo mejor que les podría pasar. Estarían presumiendo de ello durante años. Tal vez incluso sacarían su foto en el periódico mientras fingen llorar sobre mi ataúd, envuelto en la bandera.

—Ah, claro. Como si eso fuera realmente patriótico. A la gente le encanta ir por ahí fingiendo que si crees en la paz, entonces eres una especie de basurilla traidora, antiamericana y anti militar. Me parece más pro militar querer evitar que mueran los estadounidenses. Yo me he criado entre militares toda mi vida; mi padre, mis tíos. Y no quiero que se vayan nunca a no ser que haya una puñetera buena justificación. Esta puta guerra me revienta. ¿Sabes qué es?

—¿Una ciénaga?

—Es una ciénaga grande que te cagas, tío. Es un pantano de aguas negras. Con zurullos del tamaño de sillones. A ver ¿eso es lo que piensan los políticos de nosotros, que los jóvenes de hoy solo somos imanes para bombas en la carretera de su invasión fallida? Mi padre estaba en la marina y no me importaría alistarme en los marines, pero ahora mismo no. Todo esto está administrado por vampiros, tío. Vampiros atómicos despiadados. Y su líder es una especie de chupasangre primitivo de cabeza bulbosa que se llama Generalísimo Hal E. Burton. Dios mío. ¿Tú crees que yo combatiría en una guerra nuclear de vampiros? Ni loco. Mejor me apunto al movimiento de protesta. ¿Pero dónde está? No existe. Es como si todos fueran unos vagazos. O les hubieran lavado el cerebro.

—Cuidado —le digo—. Será mejor que dejes de hablar así, maldito hippy. El Generalísimo Hal probablemente tenga micrófonos en esta misma habitación. En cualquier momento podrías aparecer en una cárcel cubana, encadenado al suelo y sin un abogado a la vista.

—Tío, si no fuera tan real, eso sería hasta divertido.



Cuando la jarra de martinis está lista, le ofrezco uno a Ricky, pero lo rechaza.

—Estoy cuidando la línea —me dice sarcásticamente.

Hago ondear el vaso frente a él.

—Vamos, sabes que sí quieres.

—No, en serio. Estoy intentando beber menos.

—No pasa nada. Más dejas —me siento y enciendo la televisión.

—Es mi nueva resolución —dice Ricky—. No más fiestas entre semana.

—¿Y la maría?

—También voy a fumar menos maría.

Me lo quedo mirando un momento.

—Mírate —le digo—. El rey de la maría. Una cita, un fin de semana de llamadas telefónicas, una comida juntos el lunes y Bethany ya te ha remodelado.

—No tiene nada que ver con eso, tío. Simplemente me he cansado. Ya basta. Necesito un cambio.

Levanto mi vaso hacia la luz.

—Un martini perfecto nunca cansa.

—En serio —contesta Ricky—. Ya no me sirve, no para hacerlo constantemente. Cuando era la novedad, entonces era fabuloso. Todo es fabuloso cuando es nuevo. Como cuando eres niño. Todo es una maravilla resplandeciente.

—¡Ah, sí! —le doy un buen trago al martini—. La infancia es un país fantástico para vivir.

—Por supuesto —dice Ricky—. Recuerdo que una vez, cuando tenía más o menos cuatro años, fui al banco con mi padre. Y, sabes, hoy en día el vestíbulo de un banco me parece el sitio más aburrido del mundo, junto con la oficina de correos, pero en aquella época era mágico. Tenían una fuente en el centro. No daba crédito. Una fuente, ¡dentro! Llamé a mi padre y le dije que viniera a verlo y él me dijo: «Sí, es una fuente». Como si no fuera nada especial.

»Pero entonces me di cuenta de que no era solo una fuente, también tenía monedas dentro. Y le dije a mi padre: «¡Mira, papá, hay dinero dentro!». Y él me contestó: «Sí, algunas personas lanzan monedas a las fuentes y piden deseos». ¡Deseos! ¡Tío! Aquello se estaba poniendo cada vez mejor. Era una fuente *mágica*. Estaba totalmente anonadado. Pero mi padre estaba ahí al lado, llenando una

formulario de transferencia sin tener ni idea de lo jodidamente alucinante que era el mundo.

—Sí —le digo—, yo tuve un momento así con mi madre y una vaca muerta en la carretera.

—¿Y qué pasa luego? —pregunta Ricky—. Que llegas a los once o doce y ya todo te resulta aburrido. Te han quitado la capacidad de maravillarte a golpes, pero no quieres que las cosas sean así. Quieres volver a tener capacidad de maravillarte. Quieres que todo siga siendo nuevo. Así que cuando bebes por primera vez, o cuando te fumas un porro por primera vez, es como si recuperaras eso.

—Hay que venerar la capacidad de maravillarse —le digo—. ¿Me estás diciendo que sí que quieres una copa después de todo?

—No, tío. Lo que digo es que eso también termina por aburrir. Tiene obsolescencia programada, como todo lo demás. Así es como funciona el sistema. Es un gran engaño. Cuando algo se hace viejo, entonces hay que comprar lo siguiente, que también va a envejecer y luego lo siguiente. Toda la sociedad es un campo de entrenamiento para la adicción.

—¿Eso cree usted, profesor? —me encanta darle alas con sus teorías.

—Claro, tío. Apostaría un millón de dólares a que alguien ya ha inventado una máquina de movimiento perpetuo, pero los vampiros atómicos la han destruido. Y pasa lo mismo con las telas que nunca se desgastan.

—Sí, seguro que también tienen palos de golf que nunca se rompen y árboles de los que crecen salchichas.

—Lo estás diciendo de coña —dice Ricky—, pero probablemente tengas razón.

—Voy a echar de menos cuando dejes de fumar maría y no tengas más teorías así.

Se burla de eso.

—No necesito maría para elaborar mis teorías, tío. Todo está delante de tus narices. A ver, mira por ejemplo la MTV —señala la televisión. La pantalla está

llena de universitarias de cuerpos firmes y tíos en bañador moviéndose como locos al ritmo de una canción que da pena.

—Hasta nuestros cuerpos se han convertido en productos, tío. Los abdominales y los pechos y los glúteos y los pectorales. Tienes que comprar el próximo gimnasio o libro de dietas o lo que sea. Tienes que ir al cirujano plástico para que te quite la grasa del vientre o del culo.

—Sí, es raro, tío. Acéptalo.

Pero él se niega.

—No voy a aceptar esa mierda. ¿No ves de qué estoy hablando? Nos están convirtiendo en productos. Detrás de todo esto están los mismos vampiros atómicos. Mandan a sus secuaces a que te hipnoticen con su último cantante de *pop-diagonal-estriper* o con el nuevo videojuego o el último teléfono móvil o la última película de *¡bam-bam-pum!* en el cine. Y luego, cuando estás hipnotizado, te atraen a uno de sus enormes castillos mega eléctricos.

—¿Castillo mega eléctrico? Suena bien.

—No, no suena bien. Porque cuando te tienen ahí dentro, entonces te meten en una máquina que parece un tubo de resonancias que se llama el *desalmatizador* y cuando sales del otro lado ya no eres más que un producto.

—¿Y cómo se llama este producto?

—*Vacío*, tío, así se llama. Y te venden una y otra vez durante el resto de tu vida, hasta el puñetero final, cuando te meten en una caja por última vez y te entierran en el suelo.

—¡Guau! —le digo—, ¿estás seguro de que no has fumado hoy?

—Ni una caladita —sacude la cabeza con cansancio—. Te lo estoy explicando, tío. Necesito un cambio. Estoy harto de los vampiros atómicos. No quiero ser su producto. No quiero ser el sacramento de su Santísima Trinidad. ¿Sabes cuál es su Santísima Trinidad?

—¿Cerveza, vino y whisky?

Hace un gesto para rechazar mi idea.

—No, tío, la gran Santísima Trinidad de los vampiros atómicos está formada por el dios del sexo, el dios del dinero y el dios del poder. El dios del sexo paga tributo al dios del dinero y el del dinero al dios del poder. El dios del poder es el que lo arruina todo. Los otros estarían bien si estuvieran solos, pero él es un cabronazo. Él es el que manda a sus secuaces a hipnotizarnos con su Siguiete Cosa Nueva. Pero eso no es la capacidad de maravillarse. Es solo un sustitutivo de la capacidad de maravillarse. Da asco. Ahora bien, no digo que no vaya a divertirme nunca más. Solo quiero encontrar algo que perdure, para variar.

Hago una pausa para asegurarme de que ha terminado y luego levanto mi vaso:

—¡Amén, hermano Ricky! Eso sí que ha sido un buen sermón.

—¿Tengo o no razón?

—Por supuesto que sí. Todos queremos algo que perdure —no comento que *querer* es muy distinto que creer que realmente lo puedes lograr.

—Bien —levanta un vaso imaginario—. ¡Quiero escuchar otro amén, hermano Sutter!

—¡Amén, hermano Ricky, amén!

—¡Aleluya, hermano, aleluya!

Los dos nos estamos riendo bastante. Le doy un buen trago a mi martini y le digo:

—Te voy a decir una cosa, después de hoy, me voy a unir a tu reto: no voy a beber hasta el fin de semana. Después nos pillaremos una buena borrachera.

—Creía que estabas castigado.

—Eso nunca ha sido un problema. Mi habitación tiene ventana, ¿sabes?

No me responde nada en el momento, pero finalmente me confiesa que va a un concierto con Bethany el viernes y el sábado va a cenar con sus padres.

—¿Cena con sus padres? Dios, tío. De verdad te está transformando.

Se encoge de hombros.

—Solo quiero estar con ella, como cuando tú estabas con Cassidy.

—Sí, pero yo no quería estar con ella todo el fin de semana todas las semanas.

—¿Por qué no invitas a salir a tu amiga la repartidora de periódicos el viernes o el sábado? ¿No se suponía que la ibas a llamar por la tarde?

—Oye, ya te he dicho que no le voy a pedir salir. Déjame repetírtelo: no es una chica con la que me interese acostarme. Ni hoy ni en el futuro. No voy a acostarme con ella en el coche. No voy a acostarme con ella de noche. No voy a acostarme con ella en el jardín. No voy a acostarme con ella en el cuarto de la lavadora. No me acostaré con ella en Marte. No voy a acostarme con ella en ninguna parte.

—Ah, claro, se me había olvidado. Estás intentando salvar su alma. Que se escuche un aleluya para el Hermano Sutter y su complejo mesiánico.

—¿Mi qué...?

—Complejo mesiánico. Eso significa que crees que tienes que ir por ahí salvando a todos.

—No a todos, solo a esta chica.

—¡Aleluya, hermano!

CAPÍTULO 24

A veces me cuesta dormirme. Es raro, puedo estar hecho polvo, pero de todas maneras ahí estoy, totalmente despierto, mirando hacia la oscuridad mientras me bombardean toda clase de ideas como pelícanos muertos. Hoy, por ejemplo, me pongo a pensar sobre la insulsa amenaza de Geech de mandarme a la academia militar, y me pregunto si tal vez no sería tan mala idea después de todo.

Tal vez debería haber entrado cuando tenía catorce o quince años. Hubiera trabajado duro un año entero, caminando dieciséis kilómetros al día, abriéndome paso en las carreras de obstáculos, pasando por debajo del alambre de espino con un rifle de madera bajo el brazo. Entonces, habría vuelto a casa con músculos nuevos, brillando como si me acabaran de pulir y tenso como un tambor por dentro. ¿De qué otra forma se puede saber cuándo ya no eres un niño en esta sociedad?

Recuerdo haber leído en el instituto sobre algunos rituales de iniciación primitivos un tanto extraños. Había uno que consistía en que se llevaban al niño al bosque y lo dejaban ahí para que encontrara el camino de vuelta sin armas ni herramientas. Se quedaba ahí a la intemperie, solo con sus manos, buscando raíces que comer, haciendo fogatas con rocas y palitos o lo que fuera. A ver, podía morir de hambre o se lo podía comer un gato montés o algo, pero todo eso formaba parte de la prueba. Al regresar, ya era un hombre. y no solo eso, también encontraba su Espíritu Guía. Eso sí es aceptar lo raro.

Pero hoy en día nadie hace nada, salvo dejarte solo en casa con la cocina llena de patatas fritas y refrescos. Luego, en tu habitación, tienes una tele, los videojuegos e Internet. ¿Qué esperan que logres con eso? ¿Un caja gigante de *no-me-importa-una-mierda*?

Actualmente, los jóvenes tienen que salir a buscar sus propios rituales de iniciación o buscarse sus propias guerras personales, ya que cuesta creer en las guerras de los vampiros atómicos. Es como dice Ricky, cada vez que se inventan una nueva, todo empeora.

Si yo estuviera al mando, sería distinto. No habría necesidad de ir a una academia militar o de que te dejaran tirado en medio de la nada o pelear en una guerra. En vez de eso, habría que ir a una cosa que se llamaría el Cuerpo Adolescente. Sería como el Cuerpo de Paz, pero para adolescentes. Tendrías que ir por ahí y, no sé, cargar sacos de arena para ayudar a las víctimas de los huracanes y plantar árboles en áreas deforestadas, o ayudar a que la gente marginal y sin educación recibiera atención médica y ese tipo de cosas. Tendrías que hacerlo durante un año entero y luego, al regresar, obtendrías el derecho al voto y a comprar alcohol y todo eso. Serías adulto.

Tengo desarrollados casi todos los detalles de este plan cuando por fin me vence el sueño.

Desgraciadamente, a la mañana siguiente la emoción de mi plan se desvanece. Ya es demasiado tarde para mí. Si fuera un soñador como Bob Lewis, seguiría pensando cómo convertirme en político para poner en marcha el Cuerpo Adolescente en la siguiente generación o lo que sea, pero como digo siempre, yo soy más un tipo del «ahora-mismo». Y ahora mismo tengo que trabajar en mi mini plan de ayuda: ir a casa de Aimee para que me dé clases de Álgebra.

Veréis, al dejarla que me ayude, la estoy ayudando a ella. Ganará confianza y yo tendré la satisfacción de brindarle confianza a alguien que la necesita casi tanto como un cantante de pop necesita ir a rehabilitación. A ver, no voy a cambiar el mundo pero, para nosotros dos, es una situación en la que los dos salimos ganando.

El problema es que, como oficialmente sigo castigado, todavía tengo que conseguir que mi madre me dé permiso durante el desayuno. Por lo general, por la mañana, evita hablar conmigo excepto por cosas así como: «levántate tú a cogerlo», pero cuando planteo la propuesta de lo de Aimee, me responde con tal retahíla de preguntas que parece que lo que está intentando averiguar es quién es esta tal Aimee.

Ya me la conozco. Lo que quiere saber en realidad es si Aimee tiene contactos con la alta sociedad. Si ese fuera el caso, estoy seguro de que mi madre no tendría ninguna objeción con que fuera. Pero, claro, como la madre de Aimee solo es la reina del reparto de periódicos y del casino indio, mi madre sospecha que debo de tener algún extraño motivo oculto.

—Entonces —me dice—, ¿cómo sé que no estás simplemente intentando librarte de pasar toda la tarde castigado?

—Oye, si no me crees, ¿por qué no la llamas y le preguntas?

—Porque, en realidad, quizá lo único que quieres es salir con esta chica y ella dirá lo que sea que tú le pidas.

—Créeme —agrego—. No quiero salir con esta chica.

¿Por qué todo el mundo asume automáticamente que es algo sexual?

Mi madre sigue sin convencerse, así que le digo que llame al señor Aster y le pregunte si necesito un tutor. Eso basta. No le va a llamar. Sé perfectamente que prefiere no inmiscuirse en mi educación si puede evitarlo. Debió de pasarle algo en

la niñez que provocó que le dieran miedo los profesores.

Así que hacemos un trato. Sigo sin poder conducir al instituto, pero tengo permiso para usar el coche para ir a casa de Aimee por las tardes. Y Geech va a revisar el nivel de gasolina todas las noches para asegurarse de que no estoy conduciendo por ahí. Como si no pudiera ponerle más gasolina al depósito si quisiera. ¡Dios mío!

CAPÍTULO 25

En el trayecto a casa de Aimee, mis intenciones son buenas, pero tengo que admitir que esta chica va a ser un reto. A juzgar por cómo la tratan sus padres y su mejor amiga, debe de ser la persona más acobardada que he conocido desde Kenny Hoyle.

El pobrecito de Kenny. Me recordaba a un personaje de cuento de hadas. Vivía en mi calle con su padrastro y tres hermanastros. Su madre se suicidó. Los hermanastros eran unos vándalos de la leche. Mientras ellos andaban por la calle grafitando letreros o inhalando pintura en aerosol o lo que sea, el esquelético Kenny de ocho años estaba limpiando ventanas, o quitando hierbas del jardín, o podando el césped con la enorme podadora, arriba y abajo de su empinado jardín a una temperatura de 38º C. Pero se veía a la legua que no iba a haber ninguna hada madrina que convirtiera a Kenny en un príncipe azul. Lo único que yo podía hacer era ayudarlo a podar el césped de vez en cuando, antes de que la podadora se lo tragara y lo escupiera convertido en un paquete de carne picada.

En fin, me estoy imaginando que la casa de Aimee será una casucha, pero en realidad se parece bastante al sitio donde vivíamos antes de la era de Geech; básicamente, es un pequeño cubo de ladrillos con un techo gris al que le faltan tejas y con un descuidado jardincito en la parte de atrás sin árboles ni arbustos ni flores ni nada más. Al menos mi antigua casa tenía un arbusto al que le hacía falta una buena podada y un árbol de follaje rojo perfecto para trepar, pero la personalidad de esta casa no alcanzaría ni para llenar un vaso de chupito.

Después de tomar un trago de whisky seguido de un buche de enjuague bucal, me acerco a la entrada, que está atiborrada de cosas y doy unos golpecitos

rítmicos en el marco de la puerta. Dentro, una voz quejumbrosa grita:

—¡Aimee! ¡Ya está aquí tu novio! —lo cual viene seguido por la voz de Aimee:

—Por favor, Shane, no me pongas en ridículo, ¿quieres?

Un segundo después, escucho la cerradura y la puerta se abre.

—Sutter —me dice con una sonrisa cautelosa—. Ya estás aquí.

—Justo a tiempo.

Tiene algo diferente. Tardo un instante en fijarme, pero luego me doy cuenta de que se ha puesto pintalabios. Por lo general, no usa nada de maquillaje y, permitidme que os diga que eso no la mejora nada.

En cuanto al interior de la casa, es una auténtica pocilga: hay ropa apilada en el respaldo del sofá desgastado y del sillón reclinable, envoltorios de comida rápida abiertos en la mesa de centro, cintas de vídeo obsoletas por todo el suelo. Y, en medio de todo esto, está su hermano pequeño, tirado en el suelo. Las piernas le brincan y se le retuercen porque está haciendo explotar a unos alienígenas con ojos de insecto y dientes de sierra en un videojuego de su anticuada PlayStation.

—Esto... él es mi hermano pequeño, Shane —me dice Aimee—. Tiene once años.

—Hola, Shane.

No se molesta en girarse para mirarme.

—Mamá ha dicho que tenías que ir a la tienda a comprar una botella grande de Dr. Pepper —le recuerda sin dejar de dar giros y golpes a los mandos del juego.

—Lo haré luego —le responde ella, pero él no cede:

—Mejor lo haces ahora. Randy probablemente quiera beber un poco pronto.

—No pasa nada —contesta—. Queda un poco en el refrigerador.

—Solo te estoy diciendo lo que ha dicho mamá.

—Sabes, Shane —me acerco junto al sofá—. Podrías ir tú a comprarlo. Hay una tienda justo al final de la manzana.

Shane me responde con una pedorreta.

Aimee se ríe nerviosa y me lanza una mirada avergonzada de *así-son-los-niños*.

Por lo general, le dedicaría una respuesta hiriente al mocososo, lo cual soy perfectamente capaz de hacer, pero eso no ayudaría a Aimee, así que solo le digo:

—Esa no es manera de tratar a un invitado, chaval.

—Eres el invitado apestoso de mi hermana, no el mío.

La cara de Aimee se pone de color escarlata hasta la punta de las orejas. Le queda bien, mejor que el pintalabios.

—¿Por qué no vamos a mi habitación a estudiar? —me dice, señalando hacia el pasillo.

—Las damas primero —le digo. Me parece que no pasa nada por usar un tratamiento caballeroso, para variar.

—Más os vale que no hagáis ruido —grita Shane—. Randy está intentando dormir.

Randy resulta ser el novio de la madre, el que vive de la pensión de discapacidad.

—No te preocupes —dice Aimee—. Una vez Shane disparó un cohete de agua en el baño y Randy no se despertó.

Después de navegar entre la basura del salón y el pasillo, me sorprende cuando Aimee abre la puerta de su habitación. Es como ese momento en *El mago de Oz*, cuando Dorothy abre la puerta y ve la tierra de Oz por primera vez, solamente que en este caso pasas del blanco y negro al color, es decir, pasas de un basurero en toda regla, a una limpieza increíble y casi geométrica.

Bienvenidos al mundo de Aimee.

Tiene un mapa gigante en la pared que está tan bien estirado que parece que lo ha planchado. Y lo mismo pasa con la gran fotografía de la Vía Láctea y los dibujos a lápiz que cuelgan en las otras paredes. El escritorio parece barato, de segunda, y el ordenador debe de ser del siglo XX, como el vídeo, pero todo —los bolígrafos y los cuadernos y los gatos de cerámica—, están perfectamente colocados. La cómoda también es barata y limpia, pero lo que más me sorprende son sus libros.

Tiene unas estanterías de plástico desmontables apoyadas contra una pared sobre las que hay fila tras fila de libros de tapa blanda en cada repisa. Y como ya no queda espacio en las repisas, tiene apilados probablemente otros cien contra la pared, en hileras tan ordenadas como las demás.

—Vaya sí te gusta leer —le digo, admirando su colección.

—Son casi todos de ciencia ficción —mira los libros con un cariño supremo—. Algunos son de misterio y tengo muchos clásicos como *Cumbres borrascosas* y *Jane Eyre*.

Cojo un libro titulado algo así como *Los androides de NGC 3031*. En la portada, una mujer androide con un cuerpazo está escapando de unas naves espaciales que van volando bajo y disparándole con láseres de color rosa.

—Este parece interesante —le digo, pero en realidad estoy pensando: ¡Guau!, Aimee, ¿ciencia ficción? ¿Podrías esforzarte un poquito más por etiquetarte con la marca de ganado de los pardillos? ¿Qué más, anime?

—Me gusta pensar en el espacio —dice, como disculpándose.

—El espacio mola.

—En el futuro me gustaría trabajar para la NASA —suena un poco insegura, como si tuviera miedo que yo considerara estúpida su ambición o algo.

—Eso sería espectacular —le respondo—. Realmente deberías hacerlo.

—Sí —dice con renovado entusiasmo en la voz—. Y después de haber trabajado ahí unos cinco años y ahorrar algo, voy a comprar un rancho de caballos para vivir.

—No sé qué podría ser mejor que eso. Supongo que por eso tienes todos

esos dibujos de caballos en las paredes —me acerco para ver mejor los dibujos. En realidad, sus caballos parecen más perros, pero no hay necesidad de mencionarlo. Estoy seguro que, para ella, dibujarlos es mucho más importante que el resultado final—. Te gusta montar a caballo, ¿eh?

—Eh, no. Esa es la Comandante Amanda Gallico, de los libros de los Planetas Brillantes.

Ahora está de pie junto a mí y sé que ve mucho más en esos dibujos de lo que veo yo.

—¿Cuál es su historia?

—Está a cargo del Arca Neexo 451. Están escapando de la Galaxia Oscura y busca una ruta hacia el sistema de los Planetas Brillantes.

En los dibujos, la Comandante Amanda Gallico parece un poco grande en comparación con los caballos, o por lo menos su cuerpo, que es muy atlético, como de superheroína. Sin embargo, tiene la cabeza un poco pequeña y sigo pensando que su rostro se parece al de Aimee sin gafas.

—Te debe de gustar mucho —le digo.

—Sí —responde con ese estilo que tiene de arrastrar la *i*, comprometiéndose a medias como hace cuando dice cualquier cosa positiva—. Supongo que es mi heroína y eso.

Esto me está rompiendo el corazón. Vamos, que yo renuncié a mis héroes cuando empecé quinto de Primaria. Esta chica necesita ayuda y la necesita ya. Así que le digo:

—¿Sabes qué? Tú serás mi heroína personal si consigues que arregle todo este asunto del Álgebra. ¿Dónde lo hacemos?

Me doy cuenta de que mi elección de palabras quizá haya sonado un poco sexual cuando ambos miramos en dirección a su pequeña cama con la colcha a cuadros. Es el único mobiliario de la habitación donde caben dos personas. A lo que ella dice:

—Eh... —pero eso es todo lo que logra decir.

—Yo siempre hago los deberes en el suelo, donde puedo extender todas mis cosas.

Eso le parece bien, así que nos ponemos a trabajar. En cuanto empezamos, su actitud se vuelve mucho más confiada. Pero es como una confianza suave. Una confianza amable. Podría con toda facilidad empezar a comportarse como si fuera superior o incluso podría ridiculizarme por mi idiotez matemática, pero no hace nada por el estilo. No necesita hacerlo. Aquí, en el reino de los libros, se siente segura. Recupera algo del control que no tiene en ninguna otra parte. ¿Y sabéis qué? Si a mí se me diera mejor escuchar, estoy seguro de que lograría hacerme entender algunas de las cosas que el señor Asnoter jamás pudo.

CAPÍTULO 26

Después de terminar mis deberes o, mejor dicho, de que *ella* termine mis deberes, empieza a explicarme otros conocimientos básicos que necesito para llegar al final del semestre. Es una idea considerada, pero mi capacidad de atención no está para eso, así que decido desviarla hacia otro tema.

—¿Sabes? —le digo, apoyándome contra un lado de su cama y mirando las estanterías —, leyendo tanto, deberías escribir tu propio libro.

Me estudia por un segundo, como dudando si me estoy burlando de ella.

—En serio —le digo—. Seguro que podrías escribir una novela de ciencia ficción que vendiera un millón de copias.

Ella suelta el boli y dice muy quedamente:

—No sé si un millón de copias, pero estoy escribiendo una. Llevo como doscientas páginas, pero probablemente terminen siendo de unas seiscientas.

—Dios, ¿seiscientas páginas?

—Sí —responde. Comienzo a notar que sus «sies» son casi siempre de dos sílabas, una para el «sí» y otra para el «pero no sé si saldrá algo de todo esto».

—Está guay. ¿De qué trata? —le pregunto, aunque sospecho que puede que esté a punto de abrir una lata de aburrimiento concentrado.

Ella me pregunta:

—¿En serio quieres saberlo?

—Sí —una sílaba.

Empieza por advertirme de que me va a contar el resumen, pero al final me cuenta una versión bastante detallada. Y, para mi sorpresa, no es nada aburrida. La idea central es que hay una chica adolescente que está repartiendo periódicos cuando un rayo transportador la sube a una nave espacial. La tripulación, que está formada por una raza de caballos superdotados, la recluta como piloto para que lleve la nave de regreso a su planeta nativo. El giro de la historia se centra en que el planeta nativo al que llegan es en realidad la Tierra en el futuro, donde los caballos superdotados y los humanos coexisten como iguales. La chica, que de alguna manera tiene ascendencia terrícola, ha vivido todo este tiempo entre alienígenas en el planeta Gracknack.

Mientras me narra su historia, me doy cuenta de que así es como escapa. Se refugia en su habitación perfectamente ordenada y desaparece en galaxias lejanas. Apuesto a que le pasa lo mismo con los estudios porque, por lo que percibo, tampoco recibe ningún apoyo en ese aspecto de parte de su familia.

Su hermano y su madre, y Randy, el novio en paro, son gracknackianos. Nunca van a entenderla. Y su mejor amiga, Krystal Krittenbrink, es una enorme pardilla tipo A que la trata como si fuera la empleada de una fábrica de bichos raros gracknackianos. Pero esta habitación es la cápsula espacial de Aimee y ella es una viajera galáctica de larga distancia que va ganando cada batalla a lo largo del camino.

O casi cada batalla. Justo cuando está llegando al final de la historia, se escucha una voz áspera que la llama desde la otra habitación:

—¡Aimee! ¡Oye, Aimee! Tráeme un vaso de Dr. Pepper, ¿vale?

Es Randy. Se ha despertado y ahora está llamando al servicio de habitaciones. Los hombros de Aimee se hunden.

—Ahora vuelvo.

Tras un par de minutos, se vuelve a oír la voz resonante de Randy.

—¿Qué se supone que es esto? Ya sabes que me gusta el vaso azul grande. Este parece un dedal.

Si Aimee le contesta, ya no alcanzo a escucharla, pero la voz de Randy es fuerte y clara:

—Bueno, pues ve a comprar más. ¿Qué has estado haciendo toda la tarde?

Así que Aimee vuelve y me dice que lo siente pero que tiene que ir al 7-Eleven. No parece cruzarle por la mente que yo podría llevarla en coche. Cuando me ofrezco, me responde:

—No tienes que hacerlo. Es mi culpa. Debería haber ido justo después del instituto.

—¿Pero qué dices? Tardaremos como un minuto y medio. Por supuesto que te voy a llevar.

Eso la anima un poco, pero todo rastro de la confianza que haya mostrado antes se ha reducido al tamaño del plancton. Es peor aún después de comprar el Dr. Pepper. Cuando mira por el parabrisas hacia la entrada de su casa, tiene la misma cara que si su nave espacial hubiera chocado y estuviera de nuevo en Gracknack.

Así que antes de darme cuenta, abro la boca y me salen las siguientes palabras:

—¿Sabes qué? Hay una fiesta este sábado. Creo que deberías venir conmigo.

Ha sido un acto reflejo. He tenido que hacerlo. ¿Qué iba a hacer, dejar que volviera dando tumbos a esa casa con las manos vacías?

Y, tal y como lo esperaba, su respuesta es de sorpresa:

—¿Yo?

Y yo:

—Claro, tú y yo.

Y ella:

—¿Una fiesta? — como si estuviera hablando mongol o gracknackiano.

—Sí, una fiesta. El sábado por la noche. Tú y yo. Pasaré a buscarte como a las 8:30, ¿qué dices?

—Eh... ¿vale?

—¿Eso ha sido una respuesta o una pregunta?

—No —me dice—. Quiero decir, que sí, que iré —y esta vez me responde con un *sí* de una sola sílaba.

—Muy bien, entonces. Fabuloso. Nos vamos a divertir.

Y mientras camina de regreso a su casa, con la cabeza en alto y el litro de Dr. Pepper colgando despreocupadamente de una mano, me siento muy orgulloso de mí mismo. Ha sido una medida drástica, pero tenía que hacerlo. Y no es que la haya invitado a una cita ni nada. Solo he pensado que le vendría bien ir a una fiesta. Sé que a mí me vendría bien.

CAPÍTULO 27

Es viernes por la noche y estoy castigado. Por supuesto, podría escaparme fácilmente. Bajar desde la ventana de mi habitación, que está en el segundo piso, es mucho más sencillo que trepar a la ventana de Cassidy, y no me acuerdo de cuándo fue la última vez que mi madre o Geech entraron a mi habitación por la noche. Probablemente les da miedo sorprenderme rindiendo homenaje al poderoso Cíclope viendo porno en Internet. Lo cual estoy seguro de que debió de sucederle muchas veces a Geech durante sus formidablemente aburridos años de adolescencia, cuando la pornografía era algo que podías esconder bajo el colchón.

Pero la cosa es que tengo que escaparme mañana por la noche para la fiesta, así que decido que una noche de viernes en la soledad de mi habitación no será un cambio de ritmo tan negativo. Después de todo, tengo mi tele, mi ordenador, mi móvil y mis canciones, eso sin mencionar la neverita azul con mis 7UP y mis

whiskies. Básicamente, estoy preparado.

El primer punto en el orden del día es poner un poco del viejo Dean Martin como música ambiental. No hay mejor introducción para una sesión con la botella marrón. Dino es el tío que busco. Tengo la colección principal: *Everybody Loves Somebody Sometime; You're Nobody 'Til Somebody Loves You; Love Me, Love Me; Little Ole Wine Drinker; Me* y, mi tema favorito: *Ain't Love a Kick in the Head*. Es material muy, muy fino.

Ahora bien, ya he dejado testimonio de que odio la ropa que debo usar y vender en Mr. Leon's, pero si pudiera ir con esmoquin todo el rato, como Dino, lo haría. Esa sería la única huella que valdría la pena dejar en la moda. Y de todos los miembros del Rat Pack, Dino era el que más molaba con diferencia. Rat Pack estaba conformado por un grupo de cantantes playboys ultra sofisticados de hace muchos años, antes de que las bandas *hippies* lo cambiaran todo: Dean, Frank Sinatra, Sammy Davis, Jr. Estos tipos sabían ir de fiesta. Hicieron lo que les dio la gana con Las Vegas.

Una vez, vi una biografía de Dino en la televisión y salió una mujer diciendo: «Frank Sinatra pensaba que era Dios. Dean sabía que lo era». ¿Qué os parece? Bueno, el tío tenía estilo. En el documental también dijeron que el vaso de whisky que llevaba siempre en la mano mientras cantaba en realidad era zumo de manzana, pero eso nunca me lo creí.

Así que aquí estoy, viernes por la noche, agitando mi propio vaso de whisky (nada de zumo de manzana) por todas partes, cantando con Dino mientras las espectacularísimas tetas de Jennifer Love Hewitt surcan majestuosas la pantalla. Podía estar pensando un millón de cosas pero, por algún motivo, la Comandante Amanda Gallico viene a mi mente.

Como es la gran heroína de Aimee, se me ocurre que puedo hacer una investigación *online* y estudiar un poco sobre la intrépida comandante para que tengamos algo de qué hablar el sábado por la noche. Veréis, esto es parte de mi gran plan maestro para la transformación interior de Aimee. Necesita saber que sus sueños son importantes. Y no estoy fingiendo. Los viajes espaciales, los caballos súper inteligentes, trabajar para la NASA, ser dueña de un gran rancho: realmente hay que admirar a alguien que tiene sueños como esos.

Yo tuve grandes sueños alguna vez. No me gustaba tanto la ciencia ficción, pero cuando era niño y todavía era muy fan del béisbol, fingía que era Rocky

Ramírez, el mejor jugador de todos los tiempos de las ligas mayores. El Rockinator no era un jugador real de béisbol. Era mi invención; un jugador central con superpoderes. Por ejemplo, podía correr a ciento sesenta kilómetros por hora e incluso volar si era necesario. Además, usaba un bate de cuatrocientos kilos. Nunca se me ocurrió pensar que las ligas mayores probablemente le prohibirían participar, aunque no usaba esteroides como los demás.

Pero mi fantasía número uno era que mis padres volvieran a estar juntos. Lo soñaba con tanta intensidad que a veces tenía que ir a asomarme al armario de mi padre para ver si sus cosas seguían ahí. Luego nos mudamos con Geech y, joder, mi corazón se estrelló contra la alfombra cuando vi sus estúpidas camisas a rayas y sus pantalones baratos colgados donde solían estar los Levi's y las chaquetas vaqueras de mi padre.

Ese tipo de sueño simplemente se va desgastando con el tiempo, como tu camiseta favorita. Un buen día ya no es nada más que jirones y lo único que puedes hacer es echarla a la pila de los trapos viejos con las demás. De cualquier manera, no puedo evitar mirar atrás de vez en cuando y recordar cómo solían ser las cosas.

Las noches de verano en el patio, todos juntos. Probablemente yo tendría tres o cuatro años, mi padre me cogía de las muñecas y me hacía girar y girar en círculos. Cuando finalmente me dejaba en el suelo, solo podía tambalearme de lo mareado que estaba. Me encantaba.

Y, en una ocasión, hicimos un fuerte con tumbonas de jardín y mantas y nos sentamos dentro mientras padre nos contaba historias de hombres lobo y madre se acurrucaba contra él, mirándolo como si fuera el auténtico Mister Maravilla. A veces me parece que siempre es verano en mis recuerdos de aquellos días. Los recuerdos fríos, los de las peleas, cuando empiezan a acercarse, es momento de pasar a otra cosa.

CAPÍTULO 28

La Comandante Amanda Gallico no supone ningún reto para Google. Os sorprenderíais al ver cuántas páginas existen sobre ella. Yo nunca había oído

hablar de ella, pero está claro que hay gente que sí. Antes de entrar a las páginas de los fans, entro en las más oficiales: las tiendas de libros, la página del autor, las revistas de ciencia ficción, incluso una entrada de Wikipedia. Cuanto más leo, mejor me cae esta chica espacial.

Vale que es valiente y tiene unas tetas enormes y eso, pero también es una filósofa. Según Wikipedia, cree que la humanidad ha gastado demasiada energía buscando poder. Los humanos han cometido el error de pensar que ejercer poder sobre los demás y el liderazgo son lo mismo.

Conforme leo, prácticamente estoy escuchando a Aimee explicándomelo todo con su suave voz de bombón. Vamos juntos por el ciberespacio y ella me está contando cómo, según la Comandante Amanda, el anhelo por alcanzar el poder no es tan súper evolucionado como el anhelo por alcanzar el bienestar. En el fondo, las mujeres saben esto, lo comprenden. Cuidar de los demás es su talento natural. Han visto cómo el poder extremo impulsa a los dictadores cabrones —como un personaje parecido a Hitler, llamado Rolio Blue, de la Galaxia Oscura— a convertirse en engendros babeantes y paranoides mientras cualquier sensación de bienestar desaparece volando por la escotilla de la vieja nave espacial.

Por otro lado, una verdadera líder como la Comandante Amanda no busca tener poder sobre los demás. En cambio, quiere llevar a la humanidad a una prosperidad cada vez mayor, tanto interna como externa. Así que en vez de volverse completamente loca y dejarse llevar como el malvado cabrón de Rolio Blue, ella va ganando más y más fortaleza interior. Libro tras libro, se vuelve cada vez más sorprendente a lo largo de su búsqueda en el sistema de los Planetas Brillantes, donde construirá una nueva sociedad súper evolucionada que es como una gran familia floreciente.

Ahora, si me preguntáis, me parece algo bastante profundo. Me gustaría tener un porro para fumar mientras leo. Tal vez entonces casi podría creer que Amanda Gallico está ahí fuera, que vendrá a salvarme a mí y a la Tierra de nuestros propios Rolio Blues.

Quién sabe cuántos whiskies me he bebido o cuánto tiempo llevo navegando por páginas de fans, foros, blogs y demás. Así es Internet, el tiempo no existe en el ciberespacio. Es casi como si todo lo físico se evaporara y solamente quedara tu mente y las distintas páginas flotando en el vacío. Por alguna razón, esto me hace sentir muy cercano a Aimee. Sé que su mente ha flotado entrando y saliendo de estas mismas páginas toneladas de veces. Lo sabe todo sobre la Galaxia

Oscuro y el sistema de Planetas Brillantes, de adelante hacia atrás y de adentro hacia fuera. Casi la siento aquí, esa presencia realmente amable, justo como la Comandante Amanda Gallico, buscando un sitio para florecer.

De pronto, me sorprende una voz a todo volumen: «¡Tienes un correo!». Por un segundo, me siento como si alguien hubiera invadido mi espacio justo a la mitad de algo íntimo. Pero entonces pienso, ¿no sería extraño que fuera de Aimee? Pero no lo es. Es de Cassidy.

Casi me da miedo leerlo. No necesito que me eche la bronca una novia que ya ni siquiera es mi novia. Después de una larga pausa, lo abro y, ¿qué es lo que leo?: es lo opuesto a una bronca. En realidad es muy sentimental y me dice lo mucho que echa de menos cómo nos divertíamos, esos tiempos salvajes, la espontaneidad. Quiere que volvamos a ser amigos.

Sí, claro. *Amigos.*

No es necesario formar parte del equipo de *CSI Oklahoma* para darse cuenta de lo que pasa. Marcus West, el señor Perfección, ya ha empezado a fosilizarle las neuronas de aburrimiento. Todos sabemos lo aburrida que puede ser la perfección. Os garantizo que nunca falta a clase. Nunca hace ni una sola puñetera cosa que no haya planeado con una semana de antelación. No veréis a Marcus West cayéndose del tejado en medio de un día de clase. El tío ni siquiera bebe. ¿Cómo de divertido puede ser eso?

No, estoy bastante seguro de que lo que busca Cassidy en este momento es más que amistad. Pero Sutterman sabe tomarse su tiempo en este juego. Con la perfecta actitud despreocupada de Dean Martin, me apresuro a escribirle una nota en la que le digo que por mí está muy bien que seamos amigos. Sí, un buen amigo nunca viene mal. Pero, al final, no puedo evitarlo. Tengo que agregar una notita tentadora acerca de la fiesta mañana en el lago. Estaré ahí. Será divertido. Cerveza barata.

Mi dedo se detiene un momento sobre el ratón, tal vez un microsegundo, antes de pulsar *enviar*.

CAPÍTULO 29

Lakeside un sábado por la noche, la temperatura es más que fresca. Así es Oklahoma. Febrero fue cálido y luego tuvo que llegar marzo con una ola de frío. Pero no hace tanto frío como para la chaqueta que lleva Aimee. Es un monstruo enorme morado relleno de plumas que la hace parecer una enorme bola de billar. Tal vez sea la única chica que conozco que no ha aprendido a sacrificar la comodidad en favor de la moda. Se ha puesto pintalabios otra vez, pero ponerle pintalabios a una bola de billar no le aporta atractivo sexual.

Esta chica, definitivamente, me lo está poniendo muy difícil. ¿Cómo se supone que voy a conseguir liarla con alguno de estos fiesteros si ella no pone de su parte?

Y es que ese es el plan. Necesita tener vida social más allá de Krystal Krittenbrink. Necesita un tío, alguien parecido a mí, pero que no sea yo. Cody Dennis, por ejemplo. Cody es muy divertido, pero no es lo que llamaríamos muy experto en el departamento sexual. Lo último que necesita Aimee es tener un salido babeándole encima.

Hay un problema, a Cody se le da todavía peor que a Ricky tratar de hablar con las chicas. Pero creo que yo podría encargarme de la parte de la conversación hasta que ellos dos se conozcan un poco más. Luego me iré por ahí más o menos cuando Cassidy llegue elegantemente tarde y *bum*, todo estará bien de nuevo en el universo.

Hoy toca un buen grupo, justo como sospechaba. Alguien le ha prendido fuego a un colchón que no sé de dónde han sacado y ahora todos están avivándolo con ramas secas. Las llamas se reflejan en el lago junto con las estrellas. El humo de la madera huele bien.

Han llegado probablemente veinte chicos. Alguien ha puesto un barril de cerveza en una de las mesas de picnic de cemento y Gerald, el loco del baile, está moviéndose a toda velocidad justo al lado. Juro que para moverse así, este tipo no debe tener huesos.

—¿Ves a alguien conocido? —le pregunto a Aimee.

Ella mira a su alrededor.

—Eh, sé quiénes son varios, pero en realidad no los conozco.

—Los vas a conocer —me acerco para darle un pequeño apretón en la nuca, pero la gran chaqueta acolchada me lo impide.

Pero lo primero es lo primero, así que vamos hacia el barril. Debo admitir que en el camino, varias personas me dan palmaditas en la espalda y apretones de manos. A izquierda y derecha todos dicen: «Oye, Sutter, ¿cómo estás? ¿Listo para la fiesta?». Alguien me pregunta si planeo tomarme la cerveza haciendo el pino, pero yo finjo no haber escuchado nunca semejante cosa. Otro tipo me grita:

—Sutter, tío, a ver cómo atraviesas la fogata otra vez.

Le hago una seña con la mano.

—Gracias, pero estoy de vuelta de eso.

En el barril, los tres tipos que están en la fila me hacen un saludo militar. Creo que, simplemente soy el tipo de persona que a la gente le gusta ver en las fiestas.

No me sorprende mucho cuando cojo el grifo del barril y Aimee comenta que la verdad es que no bebe alcohol. Le digo que no pasa nada, que lo único que tiene que hacer es tener una cerveza en la mano y al menos dar la impresión de estar divirtiéndose. Dicho esto, me bebo una cerveza de inmediato y me sirvo otra solamente para empezar con buen pie.

La mala noticia es que Cody Dennis no está por ningún lado para presentárselo. Y lo peor es que ahí viene Jason Doyle.

—Hola, Sutterman —me dice con esa manera que tiene de fingir ser adulator cuando en realidad *está* siendo adulator—. Supongo que ahora que estás tú esto ya es oficialmente una fiesta.

—Debe ser, sí.

Mira a Aimee, estudiando el plumas.

—¿Sabes qué, Sutter? Será mejor que agarres este globo antes de que salga volando sobre las copas de los árboles.

Por suerte, Aimee no parece pillar el chiste.

—Bien —digo—. Gracias por pasar a saludar, Jason. Cuídate. Que sueñes con los angelitos.

Me aprieta el brazo con la mano.

—¡Eh, tío! ¿A qué viene tanta prisa? ¿No me vas a presentar?

Ahora, permitidme explicaros en este momento que Jason Doyle es la última persona que tenía en mente presentarle a Aimee. El tipo es un salido a tiempo completo. Cualquier cosa que use sujetador y bragas le vale. Corrijamos. Cualquier cosa que use sujetadores y bragas de niña le vale. El otoño pasado, uno de sus mejores amigos, Ike Tucker, lo encontró haciendo cosas con su hermana pequeña, de trece años. De acuerdo, la niña tenía un buen cuerpo, pero de todas formas, ¿trece? Sobra decir que Ike le pateó el culo a Jason. En realidad, Ike le abrió la cabeza con un despertador. Hubo que darle como un millón de puntos. Ahora son amigos otra vez.

La cosa es que noto en la mirada de Jason que ya se está preguntando qué hay debajo de esa enorme chaqueta morada. ¿Habrá un regordete par de tetas envuelto ahí dentro? ¿Un buen culo? Es un misterio, pero está más que dispuesto a realizar la labor de detective necesaria para saberlo.

—Eh, mira eso —le digo, mirando por encima de su hombro—, Alisa Norman está guapa hoy. Ese jersey rojo está que arde.

Jason se gira hacia el otro lado del área de la fiesta para mirar a Alisa, que está riendo con algunas de sus amigas. No lleva puesta una enorme chaqueta acolchada.

—Sexy —dice Jason—, pero ¿qué más da? Donde esté ella, Denver Quigley seguramente estará cerca.

—Ya no —le digo—. ¿No te has enterado? Han cortado. Ella lo ha dejado tirado como un montón de mierda congelada de un 747. Está buscando novio.

—¿En serio?

—No es broma.

Se queda un momento evaluando la situación. Ese jersey rojo es imposible de resistir.

—Ahora vuelvo con vosotros. Creo que voy a ir allí para felicitarla por su buen juicio.

—Ve por ella —le digo.

Por supuesto, Alisa no ha terminado ni de coña con Quigley y, de hecho, seguramente él llegará en cualquier momento, pero ¿me siento culpable? De ninguna manera. A un tipo como Jason Doyle nunca le viene mal un ojo morado.

CAPÍTULO 30

Aimee debe de estar un poco nerviosa. La pillo dándole un sorbo a la cerveza, después de todo. Pone una mueca, como si acabara de tomarse medio litro de lejía, pero por algo hay que empezar. Intento tranquilizarla un poco contándole cosas sobre algunos de los personajes que han venido a la fiesta, pero no puedo contarle mucho porque una persona tras otra se acercan a hablar conmigo, incluyendo tres ex novias. El problema es que no se me da bien quedarme en el banquillo en las fiestas. Nada de línea de banda para Sutterman. Me gusta estar en el meollo de la acción.

Aimee, sin embargo, ni siquiera sabe de qué va el juego, y mucho menos cómo se juega. Intento meterla en las conversaciones, sin mucho éxito, incluso cuando Shawnie Brown, mi ex novia de segundo, se acerca. Shawnie es muy dada a tocar a los demás y es muy escandalosa. Pone toda clase de muecas exageradas para enfatizar sus historias y le encanta que, como de costumbre, hablemos como mafiosos italianos. Es tronchante. Pero juro que a cada segundo que pasa, parece que Aimee se encoge más en su gigante chaqueta morada.

Entonces, finalmente, llega Cody Dennis en toda su gloria con sus ojos de cachorrito.

Voy a por él de inmediato y se lo presento a Aimee. Se queda mirando la chaqueta, pero no se burla de ella. De hecho, casi no dice nada. Yo tengo que contar historias para que la conversación no se quede congelada en una vasta y dura extensión de tundra. Y sigo y sigo, y hablo sobre la fiesta en la casa de Paxton, la de La Quinta Inn y la que fue realmente maravillosa en el lago Tenkiller el verano pasado, hasta que finalmente se me acaban las historias de las fiestas y, por

pura suerte, encuentro el tema perfecto, mi investigación *online* sobre la Comandante Amanda Gallico y los libros de los Planetas Brillantes.

Con eso, los ojos de Aimee reciben una descarga. Lo sabe todo sobre las páginas web que he visitado y me empieza a preguntar qué me han parecido. Para mi sorpresa, me acuerdo de bastantes cosas y la impresiono con mi opinión sobre la filosofía que motiva los viajes de la Comandante Amanda.

—La prosperidad interior —le digo—. Eso es. Vamos, que me lleven a los Planetas Brillantes de una vez. Que se joda el poder. Que se joda esclavizar al mundo. No necesitamos eso, para nada. Solamente tenemos que crecer silvestres, como la alfalfa y eso.

Ella está entusiasmada.

—Tienes que leer los libros. Me recuerdas un poco a Zoster. Es el único que realmente entiende a la Comandante Gallico. En el tercer libro se quedan atrapados en una prisión en las cuevas shuxushianas y escapan al mundo subterráneo de Marmoth, que es de donde saqué la idea para el tipo de rancho que me gustaría tener algún día. Te voy a prestar el libro. Es muy buen título para empezar.

—Muy bien —le digo. Y algo se me mueve por dentro cuando veo su carita blanca iluminarse con tanto entusiasmo, enmarcada por el fondo morado de la chaqueta. Es como si el efecto del alcohol se elevara a un nivel mucho más alto. Casi se me olvida que Cody está ahí a nuestro lado, eso sin mencionar la razón por la que fui a buscarlo en un primer momento.

—Perdón, Cody —le doy una palmada en la espalda—. No pretendía dejarte abandonado en otra galaxia.

Pero él no parece para nada aburrido.

—No, tío —me responde—. No pasa nada. Me gusta la ciencia ficción. ¿Habéis leído la serie de novelas gráficas *Solar Bull*, de Lawrence Black?

—La verdad es que no las conozco —pero, por supuesto, Aimee empieza a hablar.

—*Solar Bull*, sí, me encanta *Solar Bull*.

Y ahí están, y ahora son ellos los que me excluyen a mí. Y sé que debería estar contento. Precisamente por esto he traído a Aimee a la fiesta. Pero la verdad es que hace un poco de frío aquí en mi propia galaxia, ajena a *Solar Bull*.

Ella se ríe de algo que dice Cody sobre un cohete con llama propulsora y él se acerca y le toca la manga de la enorme chaqueta morada. Ella se acerca un poco hacia él, todavía sonriente. Es una gilipollez, pero me entran ganas de interponerme entre ellos, tal vez incluso alejarla de él de alguna manera. Pero justo en ese momento, Cassidy aparece en el claro que hay al otro lado del barril, y parece una hermosa diosa sensual y yo me veo transportado a una nueva galaxia, cálida y brillante, lejos, lejos de los Solar Bulls y las llamas.

CAPÍTULO 31

Les comento a Aimee y a Cody que volveré pronto, pero casi ni se dan cuenta. Del otro lado está Cassidy de pie, bajo la rama de un roble sin hojas. Todavía no me ha visto, pero noto que está buscándome. Entonces, Marcus West sale de las sombras y la abraza. ¿Alguna vez le habéis hecho señas a alguien con la mano y luego os habéis dado cuenta de que no os estaban saludando, y entonces abortáis misión y optáis por rascaros la cabeza? Así me he sentido. Solo que en lugar de rascarme la cabeza, desvíó el trayecto y giro bruscamente hacia el barril en vez de dirigirme hacia Cassidy.

De todas maneras, necesito volver a llenarme el vaso. En las fiestas así, donde solo sirven cerveza barata de 3,2 grados, siempre hay que rellenarlo. De hecho, me bebo una y me sirvo otra. Cassidy y Marcus ahora están hablando con otro de los jugadores de baloncesto y su novia. *No pasa nada*, me digo. *No hay razón para no ir allí*. Por supuesto, era de suponer que Cassidy vendría con Marcus. Esta no va a ser la noche de nuestra reconciliación. Esta será la noche en que se dará cuenta de que volver conmigo es inevitable.

—¿Qué tal, señores? —saludo mientras me acerco al grupito de Cassidy—. ¿Qué pasa? ¿Nadie tiene cerveza todavía?

—Yo no voy a beber —me responde Marcus—, pero ya veo que tú traes dos.

—Traigo una de sobra por si alguien quiere —me quedo mirando fijamente

a Cassidy.

—Claro —dice—. Gracias.

No añade ni un comentario sarcástico sobre la cerveza ni sobre mí. Ahora, los amigos con los que están hablando, Derrick y Shannon, esos son otro asunto. Ambos se me quedan mirando como si fuera un estrangulador famoso que acabara de presentarse al funeral de su última víctima con un ramo de rosas muertas.

Pero no estoy aquí para causar problemas. Al menos no intencionalmente. Solo pretendo quedarme aquí con ellos y dejar que mi positividad natural vibre; tal vez suelte de cuando y cuando alguna que otra palabra en código cuyo significado solo conozcamos Cassidy y yo. No necesito hacer grandes declaraciones. No necesito meterme en líos, ni ponerme a alardear, ni llegar montado en un lustroso corcel blanco. Solamente dejaré que el buen Sutterman que llevo dentro irradie en ondas y eso bastará para recordarle a Cassidy lo que se está perdiendo.

No llevamos ni diez minutos hablando y ya los tengo a todos carcajeándose, incluso a Derrick y Shannon. Están muertos de risa con mi historia sobre aquella vez en Primaria que vendí entradas para una carrera entre un schnauzer y un caniche que yo miso organicé. Veréis que no es difícil divertirse conmigo. Sé lo que me hago. Soy divertido. Reparto prosperidad entre todos.

Acabo de llegar al final de la historia cuando escucho una voz a mis espaldas.

—¿Qué os hace tanta gracia?

Es Denver Quigley. Es alto, tiene el pelo rubio de punta y una frente ancha y grave como de neandertal. Nunca he entendido qué le ve Alisa Norman, no tanto por su aspecto sino porque es igual de divertido que cinco kilos de alquitrán.

Así que le miro a los ojos y respondo:

—Schnauzer.

—¿Qué? —responde.

—Schnauzer. Eso es lo que nos hace tanta gracia. Es una palabra muy divertida, ¿no crees?

Una expresión apagada y molesta le cruza los ojos.

—Lo que tú digas, Sutter. ¿Alguien ha visto a Alisa?

—Claro —respondo—. La he visto hace un rato dando un paseo junto al lago con Jason Doyle.

Sus pupilas se dilatan.

—¿Doyle? —escupe el nombre como si fuera un trago de leche agria.

—Estaban teniendo una charla amistosa —le digo.

Y Quigley contesta:

—Bueno, pues igual tengo que ir a darle una paliza amistosa.

Se adentra en la multitud y Marcus va tras él, diciéndole:

—Oye, Denver, mira, estoy seguro de que no es nada. Espera...

Derrick y Shannon también se van y Marcus da media vuelta y le dice a Cassidy que le espere ahí, que vuelve en un momento.

Cuando desaparecen entre la gente, ella me lanza una mirada fulminante.

—¿Qué estás tramando?

—¿Yo? Nada.

—¿En serio Jason Doyle está con Alisa?

—Tal vez. Creo que por error piensa que ella ha dejado a Quigley tirado como un montón de mierda congelada de un 747.

—¿Y tú has tenido algo que ver en eso?

—¿Te enfadarías si te dijera que sí?

Ella sonrío.

—En realidad no. Jason se lo merece.

—Hago lo que se puede en nombre de la justicia. ¿Lista para otra cerveza?

—Claro.



Entonces Cassidy y yo nos quedamos solos, como debe ser. Vamos al barril y le hago un resumen de cómo les van las cosas a Ricky y Bethany. Ella se alegra por Ricky y admite que liarlos fue una buena acción por mi parte.

—Entonces, ¿ahora me crees cuando te digo que solo estaba con Tara Thompson para ayudar a Ricky?

Es una pregunta osada si tenemos en cuenta la delicadeza del tema, pero a veces hay que abrir la escotilla y lanzarse.

Se me queda mirando un segundo y luego asiente.

—Sí —responde—. Supongo que sí. Pero no creo que estuvieras haciendo un gran sacrificio. Vamos, que Tara es bastante mona.

—A ver, déjame pensármelo, ¿a quién preferiría yo? —extiendo las manos a ambos lados, como una balanza. La mano que sostiene la cerveza representa a Cassidy—. De este lado está la monísima Tara —dejo que mi mano sin cerveza baje un poco con el peso de la monería de Tara—. Y aquí tengo tu espectacularísima preciosidad —dejo caer la mano de la cerveza hasta abajo—. Creo que es bastante obvio, ¿no?

Ella arruga la nariz y sacude la cabeza.

—No me sonrías así. Sabes lo que me provoca esa sonrisa.

—Sí, soy irresistible, es cierto —estiro un poco más mi sonrisa para acentuarla—. No puedo evitarlo.

Justo en ese momento, se escucha un grito al otro lado de la multitud. Alguien está enfadado.

—Oh, oh —digo—. Quigley debe de haber encontrado a Jason.

Y, acto seguido, se escuchan los sonidos de una pelea tras un grito colérico y la gente se repliega hacia atrás. Cassidy y yo rodeamos el grupo para tener mejores vistas y constatamos que, en efecto, se trata de Quigley, pero no está pegando a Jason. Ni siquiera reconozco al otro tipo. Debe de ser alguien de otro instituto que desconozca los peligros de intentar ligar con Alisa Norman.



Pero si no es Jason el que está al otro lado del puño de Quigley, me pregunto, ¿entonces dónde está? Ahí está Alisa con su suéter rojo peligro, y ahí está Derrick intentando separar a Quigley, y Marcus se interpone entre él y el pobre diablo del otro instituto. Por todas partes se escucha a chicos que ríen, o gritan, o animan a los combatientes, pero ni rastro de Jason. Y ni rastro de Aimee.

Cassidy grita:

—¡Marcus, cuidado! —cuando Quigley logra zafarse de las manos de Derrick. Pero es demasiado tarde, el puñetazo no aterriza en su destinatario sino que le da a Marcus de lleno en la oreja.

Cassidy empieza:

—¡Sácalo de ahí, Derrick, sácalo! —y se aleja corriendo entre la gente. Sin embargo, ya está todo en orden: Derrick y Marcus sostienen a Quigley y los amigos del otro chico se lo están llevando. Cassidy está justo detrás de Marcus y le toca la espalda con suavidad, supongo que para hacerle saber que está ahí para apoyarlo.

Esto es una consecuencia que no había previsto. Vamos, que un puñetazo en la oreja durante un acto de heroísmo sin duda atraerá la atención de Cassidy y la distraerá de divertirse conmigo por lo menos durante treinta minutos. Me ha salido el tiro por la culata.

Entonces, de pronto, escucho una voz en mi oído.

—Supongo que te equivocabas con Jason Doyle —dice Shannon, de pie

junto a mí—. Parece que ya ha encontrado otra persona con la que ligar.

—¿Dónde? —señala hacia un rincón oscuro del claro, lejos de la pelea. Ahí está Jason, de pie bajo un gran roble, susurrándole algo al oído a Aimee Finecky a apenas un par de centímetros de su oreja.

CAPÍTULO 32

Vale, tal vez lo que me dispongo a separar no sea tan arriesgado como lo que ha hecho Marcus interviniendo en una de las palizas de Denver Quigley, pero ¿eso lo hace menos noble? Yo no lo creo. Probablemente haya más en juego. Sé lo que Jason tiene en mente. Está pensando: «Estoy listo para pelar esta uva gigante y probar un poco de dulce, dulce néctar de pardilla». Es una pena que Cassidy no sepa a lo que me voy a enfrentar.

—¿Dónde está Cody? —pregunto mientras Jason se inclina sobre Aimee, oliéndole el pelo.

—Ah, se ha ido —responde Jason, manteniéndose firme en su posición—. Supongo que no ha sabido lidiar con la competencia.

Aimee tiene la misma pinta que si acabara de bajarse de una atracción de feria y estuviera a punto de vomitar.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto—. ¿Has bebido más cerveza o algo así?

Antes de que pueda responder, Jason interviene:

—Puede que le haya dado otra —su sonrisa es astuta—. Necesitaba relajarse un poco más. Socialmente, digo.

Levanto la barbilla de Aimee con las puntas de los dedos para que me mire.

—¿Estás bien?

Intenta sonreír débilmente.

—Sí —me responde con su «sí» de dos sílabas que significa sí/no—. Es que no estoy acostumbrada a beber.

—No tenías razón con lo de Alisa y Quigley —señala Jason—. No han cortado. Me parece que algún pobre tipo por allí acaba de averiguarlo —ahora se está burlando. Estoy seguro de que sospecha que lo he engañado.

Entonces yo respondo:

—Por eso he venido. La pelea ha terminado, pero Quigley no se ha quedado satisfecho. Está preguntando quién más ha hablado con Alisa antes de que él llegara. Está apuntando nombres, tío.

La sonrisa burlona se evapora de la boca de Jason.

—Espera un momento. Lo único que he hecho ha sido preguntarle si era verdad que habían cortado. Cuando me ha dicho que no, me he ido.

—Entonces no pasa nada —le digo, muy compasivo—. Estoy seguro de que Quigley lo entenderá, ya sabes cómo es.

Ahora es Jason el que parece un poco mareado.

—Sí, ya sé cómo es. Mierda —mira a Aimee, su carita pálida, el pintalabios, la enorme chaqueta morada—. ¿Sabes? Tengo que irme. Hablamos en el instituto.

—Oye, Jason —le grito cuando se aleja—. Tal vez te convendría ir por el camino más largo para llegar a tu coche.

Me hace una seña, desestimando mi consejo, pero podéis estar seguros de que pondrá mucha distancia entre Denver Quigley y él.

Aimee esboza una versión torpe de la sonrisa *ahora-solo-estamos-tú-y-yo*, pero, para ser sincero, no sé qué voy a hacer con ella. Acabo de salvarla de las garras de la máquina sexual de Jason Doyle, y Cody Dennis ha desaparecido, ¿quién me queda?

El resto de la fiesta ya ha vuelto a la normalidad después del numerito de Quigley y allí se ha quedado Cassidy, al otro lado, un poco apartada del grupo de deportistas. Me está mirando fijamente. Qué pensamientos estarán cruzando por esa mente femenina, no lo sé, pero cuando Marcus se acerca y la abraza por la

cintura, ella le devuelve el gesto. De todas maneras, me sigue mirando fijamente, así que hago lo único que se me ocurre hacer en ese momento; pasar el brazo por encima del hombro acolchado y morado de Aimee.

—Vamos a dar un paseo por la orilla del lago —le digo, con los ojos todavía fijos en Cassidy—. Esta fiesta está empezando a ser un muermo.

—¿En serio? ¿Las fiestas suelen ser diferentes?

—No, todas son iguales.



Hay un camino de tierra que rodea el lago y de camino hacia allí le robo a Shawnie un vaso de vino con sabor a fresa, no para mí, por supuesto, sino para Aimee. Da la sensación de que le sentaría bien.

—Ah, esto me gusta —dice después de darle un trago. Bebe otro más grande—. Esto sabe bien.

Mientras avanzamos bajo la gran luna redonda, casi llena, hablamos un poco más sobre la Comandante Amanda Gallico y Zoster, la tierra subterránea de Marmoth y de Adininda, la hermosa sirena de la segunda luna del planeta Kosh. Empiezo a pensar que tal vez no me importaría leer alguno de esos libros. A ver, yo soy un lector ávido, pero leo principalmente cosas en Internet, blogs, MySpace, revistas, toda clase de cosas locas.

Siempre estoy leyendo biografías en línea: Dean Martin, Sócrates, Juana de Arco, Rasputín, Hank Aaron, Albert Schweitzer. Y, por supuesto, las de tres personajes: Edgar Allan Poe, Lee Harvey Oswald, Jennifer Love Hewitt. Las vidas de la gente son interesantes. Los libros me parecen algo anticuados, pero puedo intentar leer cosas anticuadas siempre y cuando sean buenas.

Después de terminarme lo que me quedaba de cerveza, me saco la petaca del bolsillo de la chaqueta.

—¿Si pudieras vivir una aventura, una aventura real, en cualquier parte de

este planeta, qué harías?

Ella le da un sorbo a su bebida.

—Supongo que iría a algún lugar con caballos. Algún día me gustaría hacer una ruta de montaña a caballo, tal vez por las Montañas Sangre de Cristo en Nuevo México.

—No he estado nunca.

—Yo tampoco, solo las he visto en libros.

—Eso sería guay —le digo, aunque me cuesta imaginarme a esta ratoncita de biblioteca montando a caballo en una montaña con un par de cartucheras y sombrero vaquero—. ¿Irías sola?

—No, iría con alguien.

—¿Con quién? ¿Alguien como ese tío, Zoster?

—Tal vez —mira hacia el camino—. ¿Y tú qué? ¿Qué tipo de aventuras tendrías?

—Oye, para mí todos los días son una aventura. No se me da bien hacer planes a largo plazo. Pero he estado pensando en ir al Amazonas. Iría allí y lucharía contra esas compañías que arrasan la selva y que expulsan a los nativos de su Jardín del Edén y los visten con ropa de mendigo. Eso haría.

—Eso estaría guay —me responde. Sin embargo, me da la sensación de que tenía la esperanza de que me entusiasmara su idea de los caballos, así que continuo—: ¿Has pensado en montar a caballo en la selva? Vamos, no creo que mole mucho ir andando por allí y que una tarántula exótica te coma un pie. No. Lo que hay que hacer es llevarse unos caballos en barco para luego montarlos y recorrer los senderos incas y todo eso.

Eso la anima.

—Seguro que se puede. Seguramente por allí haya montañas con vistas que nadie ha disfrutado jamás.

—Habría muy buenas panorámicas, seguro. Nunca se sabe, incluso podría

haber un valle escondido con pterodáctilos volando y otros animales por ahí.

—Sí — agrega ella—. Ese viaje sería increíble.

Nuestros hombros se tocan mientras caminamos y ella levanta la vista y sonríe.



Un poco más adelante hay un muelle cubierto desde donde la gente pesca, así que caminamos hacia allí y nos sentamos en el borde que da hacia el agua. Las estrellas brillan y forman cruces de luz sobre las pequeñas olas negras del lago. Aimee está a punto de finiquitar su vaso de vino. Podría haber traído un par más. Cuando se lo termina, cojo el envase y lo lanzo dando vueltas hacia un cubo de basura que está como a seis metros de distancia. Produce un sonido metálico muy fuerte en el interior y exclamo:

—¡Canasta desde la zona de triple!

Me premio con un trago de mi petaca y, para mi sorpresa, Aimee me pregunta si puede probar.

—¿Estás segura? Es bastante fuerte.

—Solo le daré un sorbito para ver a qué sabe.

Inclina la petaca y le da algo más que un sorbito. A continuación, empieza a toser y ahogarse, y parece que los ojos se le fueran a salir de la cara. Le doy unas palmaditas en la espalda, pero hay demasiada chaqueta en esa zona como para que mi ayuda surta efecto. Finalmente, se calma y dice:

—¡Guau!, creo que se me ha ido por mal sitio.

—Ya te he dicho que era fuerte.

—Tendré más cuidado la próxima vez.

—¿La próxima vez? Así me gusta. Si te caes de la jirafa, tienes que volver a montarte inmediatamente.

—Dame un par de minutos —le lloran los ojos, pero está sonriendo, y no es una de esas sonrisas enfermizas como las de antes. Se está divirtiendo de lo lindo.

Nos quedamos mirando hacia el lago un momento.

—¿Sabes qué? —me dice—. Hay otra cosa que también me gustaría hacer. No es una gran aventura ni nada por el estilo, pero sería importante para mí.

—¿Qué es?

Mira mi petaca.

—¿Me das otro trago?

—¿Ya?

Ella asiente. Esta vez solo da un sorbo. Cuando ve que eso no le provoca convulsiones, da uno más largo.

—No está mal —me dice—. Quema un poco al bajar, pero no está mal.

—Sí, es bueno —bebo un trago yo también—. Entonces, ¿qué era esa cosa tan importante?

—Bueno... es algo que no le he contado nunca a nadie, ni siquiera a mi amiga Krystal. Pero lo que realmente quiero hacer es irme a vivir con mi hermana a Saint Louis e ir a la universidad que va ella: la Universidad de Washington. Es una facultad muy buena.

Me pregunto dónde está el secreto. Parece perfectamente normal querer hacer algo así.

—No hay razón para que no lo hagas. Estoy seguro que tus notas son suficientemente buenas.

—No son mis notas lo que me preocupa. Es mi familia. Mi madre dice que tengo que quedarme aquí y ayudarla a repartir periódicos, a pagar facturas y a todo. Ya no está tan bien como antes, por sus problemas del corazón y eso. En un

par de años, mi hermano podrá ayudar más, pero hasta entonces, me matricularé en un módulo.

—Estás de coña, ¿verdad? —me quedo mirándola, sorprendido de lo que está diciendo, pero ella se limita a bajar la mirada hacia el agua negra—. A ver, eres una tía genial y brillante, ¿y tu madre te obliga a hacer un módulo? Ni de coña. Tienes que irte a Saint Louis con tu hermana *tout de suite*.

Me explica por qué sería difícil. Su hermana, Ambith, tuvo una pelea enorme con su madre después de irse a la universidad y ahora apenas se dirigen la palabra. Ambith consiguió una beca, pero de todas formas tiene que trabajar a tiempo completo para sobrevivir. Así que cada dos días, más o menos, la madre de Aimee le da un sermón sobre cómo su familia se derrumbaría si ella dejara de repartir periódicos.

Y luego está Krystal Krittenbrink, que planea ir a la Universidad de Oklahoma, que está a solo veinte minutos de distancia, así que cuenta con que Aimee se quede cerca para seguir siendo su mejor, y probablemente, única amiga. Es ridículo.

—Guau, esta gente te ha lavado el cerebro.

—¿Por qué?

—Mira, te han hecho creer que eres como Atlas, ya sabes, ese tío que soportaba el peso del mundo sobre los hombros. Pero no. Tú eres solamente tú. Tienes tus propios problemas de los que preocuparte. Esto es lo que tienes que hacer. Primero, bebe otro trago de whisky, pero no uno grande, sino pequeño.

—¿Por qué?

—Confía en mí.

—Vale —coge la petaca y la inclina—. ¡Uff! Este sí que ha quemado.

—Muy bien, ahora quiero que repitas conmigo: «Déjame en paz de una puñetera vez, puta Krystal Krittenbrink».

—¿Qué?

—Solo hazlo.

Lo intenta, pero a un volumen demasiado bajo y sin el *puñetera* y ni el *puta*, pero no la voy a dejar salirse con la suya tan fácilmente.

—No —le digo—, tienes que decirlo en serio y tienes que decir *puñetera* y *puta*. Las palabrotas son cien por cien necesarias en algo como esto.

—Quizá debería beber otro trago.

Le paso la petaca, le da un buen trago, y lo vuelve a intentar. En esta ocasión le pone más ganas, pero todavía necesita ensayar con las palabrotas. Así que le pido que lo intente de nuevo, pero más fuerte, y hago una demostración gritando hacia el lago: «¡Déjame en paz de una puñetera vez, puta Krystal Krittenbrink!».

Y entonces grita la frase entera y le digo:

—Más fuerte —y lo grita fuerte de verdad. Sé que debe de estar sentándole bien, porque lo grita otra vez sin que le insista y esta vez las palabras salen volando como un gran trozo de roca ígnea afilada que atraviesa el lago envuelta en llamas.

A continuación, consigo que suelte una contra su madre y luego otra contra Randy, el vagazo inútil bebedor de Dr. Pepper de su novio. Es increíble. Ambos estamos gritando, una tras otra.

—¡Déjame en paz de una puñetera vez, puta Krystal Krittenbrink!

—¡Déjame en paz de una puñetera vez Randy, hijo de puta!

—¡Déjame en paz de una jodida puta vez, mamá!

Prácticamente se alcanzan a ver todas las criaturas oscuras que llevaba en el estómago salir disparadas en la estela de cada alarido volcánico. Gritamos más y más fuerte hasta que, finalmente, nos reímos tanto que apenas podemos decir una palabra. Nunca la había visto reírse así. Es un verdadero espectáculo, una maravilla, como la Torre Eiffel o el Perrito de la Pradera más Grande del Mundo.

—Sienta bien, ¿no?

—No —responde—, ¡sienta *genial!*

—Y ahora solo nos queda una cosa más por hacer. Una persona más a quien

gritarle.

—¿A quién?

—Al tío que te rompió el corazón.

—¿Qué tío?

—Venga, ¿pretendes que me trague que nadie te ha roto el corazón, o qué?

Se queda mirando el agua y juega con sus dedos.

—Vamos —le insisto—. No se puede llegar a los diecisiete sin haber tenido al menos una relación de mierda que te haya derretido el cerebro.

Tarda un rato antes de hablar.

—La verdad es que nunca he tenido una relación.

—Bueno, no tiene que ser una cosa importante ni profunda. Solamente un tío que haya estado medio liado contigo alguna vez.

Se queda mirando las manos.

—Los chicos no me ven así.

—¿De qué estás hablando?

—Los chicos no me ven como una novia en potencia, ¿sabes? No piensan que sea guapa y ese tipo de cosas.

Esto es brutal. A ver, vale, no es una máquina sexual buenorra, pero tampoco es una gárgola.

—Estás loca —le digo—. ¿No te has fijado en cómo estaban ligando contigo Cody Dennis y Jason Doyle hace un rato?

—No estaban ligando conmigo.

—Claro que sí. Eres una monada. A ver, mira tus suaves cejitas, y esa linda boquita de hacer pucheros. Eres sexy.

—Sí, claro —la chica no me puede mirar a los ojos—. Me lo dices solamente porque eres buena persona.

—¿Yo, buena persona? ¿Estás de coña? No soy buena persona. Lo digo totalmente en serio. A ver, si no te lo dijera en serio, ¿haría esto?

Le inclino la barbilla hacia arriba y le planto un gran beso. Y no me refiero a uno de esos besos educados, fraternales, de chico bueno. Estoy hablando de un beso con lengua, largo, profundo, hasta las muelas, con todos sus condimentos.

—¡Ufff! —dice cuando me retiro.

—Claro que *ufff* —y solo para asegurarme de que le queda claro, le doy otro. ¿Qué otra cosa puedo hacer, dejar que esta chica se quede sentada aquí en el muelle, bajo la luna, pensando que está condenada a quedarse para vestir santos toda la vida?

CAPÍTULO 33

Las resacas son complicadas. Se parecen a los bromistas. Nunca sabes con certeza por dónde te van a salir. Antes las disfrutaba. No me daban dolor de cabeza ni me dolía el estómago ni nada de eso. Más bien me sentía purificado. Redimido. Si la fiesta del día anterior había sido especialmente intensa, tenía la sensación de ser un superviviente, como Robinson Crusoe después del naufragio, llegando a la playa del nuevo día listo para la siguiente aventura.

Sin embargo, últimamente, mis resacas se han vuelto malvadas. Son lo contrario a esa excelente sensación de redención: un sentimiento de culpa impreciso. Tal vez sea solo cuestión de química, que el viejo cerebro empieza a hacer conexiones fallidas y cortocircuitos. O tal vez se deriven de no poder recordar exactamente todo lo que hice la noche anterior.

Por ejemplo, no recuerdo exactamente cómo volví a casa sin que mi madre y Geech se enteraran de que había salido. Normalmente, se lo achacaría a ser el borracho consentido de Dios, que me protege durante mi curda esplendorosa, pero luego me pregunto qué más he podido haber hecho la noche anterior, qué he dicho, qué he hecho y con quién lo he hecho. Y luego, acto seguido, termino

pasando medio día sintiéndome como si fuera el Anticristo cuando en realidad no le he hecho mal a nadie.

Ese es el tipo de resaca que tengo la mañana después de la fiesta. Digo *mañana*, aunque en realidad me despierto después del mediodía. Por algún motivo, en cuanto abro los ojos, me preocupo por Aimee. Es ridículo. Lo único que hice fue intentar darle confianza a esa chica. Los besos le gustaron. De eso no cabe duda. Y, para ser sincero, a mí tampoco me molestaron. Le hubiera dado otro cuando la llevé a casa, pero tuve que apartarle el pelo de la cara mientras vomitaba en la entrada.

Pero tengo mis dudas sobre lo que sucedió entre el momento en que salimos del muelle y cuando por fin nos dimos las buenas noches. Intento recordar todo de lo que hablamos en el coche de camino a su casa, pero mi memoria es como un reloj destrozado al que le faltaran piezas. Sé que hablamos sobre hacer alguna otra cosa juntos, pero no estoy seguro de qué. Tengo la inquietante sensación de haberle dicho que la llevaría al baile de graduación, pero eso quizá solo sea una mala pasada que me está jugando la resaca. Vamos a ver, ¿por qué iba a hacer eso? Todavía falta bastante para la graduación y es probable que ya esté otra vez con Cassidy para entonces.

Luego, otro recuerdo se infiltra en mi cabeza, y esta vez estoy bastante seguro de que es algo que sí he hecho. Le prometí que la ayudaría a repartir periódicos esta mañana. Y sí tenía intención de hacerlo. De verdad pretendía levantarme a las tres de la mañana y conducir hasta su casa con un gran termo de café instantáneo. Pero, aparentemente, no he puesto el despertador. Ha sido un error; no ha sido aposta. Le podía haber pasado a cualquiera. De todas maneras, imaginármela sentada esperando en la fría entrada de su casa bastaría para hacer sentir al mismísimo Papa como el Anticristo.

Lo mejor que se puede hacer con una resaca como esta es darse una ducha, ingerir una buena ración de proteínas, beber un trago de whisky e ir a casa de Ricky. No hay nada mejor para sentirse normal que estar con tu mejor amigo. Mi madre y Geech estarán fuera haciendo relaciones públicas toda la tarde, así que no debería tener problemas para escaparme, salvo por una situación extraordinaria. Cuando llamo a casa de Ricky, su madre me dice que no ha vuelto todavía de la iglesia con Bethany. Esto es alucinante. ¿Ricky en la iglesia? ¿A dónde ha ido a parar el mundo?

Por suerte, me llama como una hora después y lo convengo de que vayamos

al centro comercial para ir a ver pasar a la gente como solemos hacer. No le comento nada sobre la iglesia. Todavía no. Mientras nos dirigimos al centro comercial, me fijo en que no se enciende un porro. Cuando le pregunto, me dice que se le ha acabado la maría.

— ¿No te queda? ¿Desde cuándo se te acaba a ti la maría?

— Ya te lo he dicho, tío, estoy intentando fumar menos. A ver, ¿qué sentido tiene estar fumado todo el rato? Ya no es especial. Ya no es una celebración.

— Supongo que es una manera de verlo — realmente empiezo a desear no haberlo liado nunca con Bethany.

— Además, es un poco cansino ir a ver una película y estar tan fumado que cuando miras la cartelera te piensas que la hora a la que empieza la película es el precio de la entrada. Vamos, que me acuerdo de haber estado ahí una vez pensando: «¿Diez con quince? ¿Qué tipo de precio es diez dólares con quince céntimos?». Empieza a ser molesto.

— Sí, una vez le estaba echando gasolina al coche y pensé que el número de litros era el precio. Hasta me puse a discutir con la cajera. Fue tronchante.

— Vamos, puedo conseguirte un poco, si quieres.

— Gracias, pero ya me conoces, solo fumo si he bebido un poco antes. Además, ya tengo el cerebro suficientemente raro con esta resaca.

— ¿Te pillaste una buena anoche?

— No diría que una buena. Solo bastante inaccesible.

CAPÍTULO 34

En el centro comercial, compramos un par de *lattes* y aparcamos cerca de la escalera mecánica en la posición perfecta para ver pasar a la gente. Lo malo es que no logro librarme de la sensación de que todo el mundo me mira y no al revés. No es cierto, pero tengo una especie de paranoia extraña que me hace sentir como si

no perteneciera a este lugar, eso que pasa a veces si no bebes suficiente antes de fumar una maría potente. Como si todos los demás fueran normales, *beagles* o perros salchicha, y yo fuera un extraño cruce peludo entre un Terranova y un poni *shetland*. Prácticamente los escucho pensar: «¿Qué diablos hace este poni *shetranova* tomando un café aquí?».

Ricky me dice:

—Lo de mirar gente es un poco aburrido hoy —a lo que le contesto:

—Eso es porque no estás fumado. A mí me vendría bien una copa.

—Pensaba que ibas a beber menos.

—¿De dónde te has sacado eso?

—De ti. Lo estuvimos hablando. Te dije que yo iba a ir de fiesta solo los fines de semana.

—Es domingo, tío. Oficialmente, sigue siendo fin de semana.

—Sabes a qué me refiero. Deja de pasarte. Todo con moderación.

—¿Todo con moderación? ¿Qué te pasa? Nada de maría, a la iglesia los domingos. Escucha, tío, estamos hechos para ser criaturas salvajes. Estamos hechos para recorrer el mundo silvestre con nuestros taparrabos y cerbatanas y cuchillos. Ahora mírate. Dentro de nada me vas a salir con que te tengo que llamar padre Ricky. Me darás sermones sobre las llamas y el azufre. Y yo te diré: «Conocía a un tipo que pensaba que la religión pretendía convertirnos a todos en zombis».

Sacude la cabeza.

—Tío, ¿para qué necesito una cerbatana? ¿Qué voy a hacer, cazar una hamburguesa del McDonald? De todas maneras, solamente he ido a la iglesia porque va ella.

—¿Sabéis decir *hipócrita*, niños y niñas?

—Vete a la mierda, Sutter. No soy un hipócrita.

No le permitiré salirse con la suya tan fácilmente.

—Sí, es como ver otra vez *El amanecer de los muertos vivientes*, pero con Ricky el Zombi en el papel principal, tambaleándose por el centro comercial. ¿Ves a ese tío que está bajando por la escalera mecánica? Así vas a ser tú, con sandalias, calcetines y una riñonera, llevando a tu hijo con correa.

Ricky se ríe a pesar de que el comentario va dirigido a él.

—Tío —me dice—, no sabes de lo que hablas. Para empezar, no tengo nada en contra de la religión. No es que no crea en una especie de Dios. Lo que me jode es esa actitud de superioridad moral. Además, no pretendo salvarme. Solamente la acompaño porque eso es lo que se hace cuando tienes novia. ¿Entiendes? Te sientas en la tercera hilera de bancos y te pones a pensar en lo desesperadas que deben de estar estas personas por sentir que algo los ama. Creerían en cualquier santería. Pero a tu novia le gusta y a ti te gusta ella, así que lo haces igual. Se llama compromiso. La única manera de lograr que algo dure en este mundo es esforzarse en eso.

—Ajá. Y entonces durará para toda la eternidad —lo digo en tono completamente sarcástico—. ¿Pero tú no eras el tipo de la teoría de la obsolescencia programada?

—Eso no significa que deba darme por vencido. Las relaciones no funcionan así.

—Solo hay que oírte. Tienes novia desde hace dos semanas y de repente ya eres el Gurú del Amor.

—Por lo menos tengo novia.

Me hundo un poco en mi asiento.

—Eso ha sido un golpe bajo.

—Perdona, pero, ya sabes que si quieres volver con Cassidy vas a tener que cambiar algunas cosas.

—No te he lo he contado —le cuento lo del correo de Cassidy y nuestra pequeña conversación en la fiesta de anoche—. ¿Es obvio, no? Está buscando otra vez a Sutterman.

—¿Tú crees? Entonces ¿por qué acabamos de encontrarnos a Shannon

Williams en la iglesia y nos ha contado que Cassidy se fue con Marcus y te vio yéndote al bosque con una chica con una enorme chaqueta morada, que asumo que era Aimee Finecky?

—Oye, con quién se fuera Cassidy anoche da igual. Lo que importa es con quién terminará y para finales de la próxima semana, puedes apostar que seré yo.

—¿Y estás usando a Aimee Finecky para darle celos, es eso?

—No, no es eso. Ya te he contado lo que pasa con Aimee.

—¡Ah, claro!, la vas a rescatar del abismo. Pero, tío, permíteme que te pregunte algo: ¿qué va a pasar cuando se enamore de ti?

—¿Enamorarse? —le doy un trago a mi *latte*. Está un poco amargo—. Créeme, tío, no hay manera de que esa chica se enamore de alguien como yo.

CAPÍTULO 35

Los siguientes días no trato de evitar a Aimee, en realidad. Simplemente no me esfuerzo por encontrármela. Después de todo, no tenemos ninguna clase juntos. A Cassidy, sin embargo, me la encuentro por todas partes: en el aparcamiento, en las escaleras, en la salida del baño de chicas. Solo me la encuentro un par de veces con Marcus, así que podemos conversar a gusto, reírnos, y ponernos cariñosos y tocarnos el brazo, la espalda, ese tipo de cosas.

El jueves volvemos a sentirnos completamente cómodos en el espacio del otro. Prácticamente somos íntimos.

—Entonces —me dice—, ¿tienes que trabajar por la tarde?

—No, Bob me ha recortado el turno a tres días a la semana.

—¿Sigues castigado?

—Supongo que no. Mi madre y Geech no están realmente interesados en llevar el control de algo así por mucho tiempo.

—Bien, porque necesito ir de compras y me gustaría ir acompañada.
¿Quieres venir conmigo?

—Tal vez, si me retuerces el brazo.

Me coge de la muñeca con fuerza, y yo grito:

—¡Me rindo, me rindo, está bien!

—Ven a buscarme a las dos — me dice—. No llegues tarde.

Muy bien, voy a seguir el consejo de Ricky, al menos un poco. Según él, tengo que hacer algunos cambios para ganarme de nuevo a Cassidy, así que eso haré. Me prometo a mí mismo que llegaré a tiempo a recogerla y, ¿qué os creíais?, lo consigo.



Está muy sexy. Lleva un jersey blanco de punto trenzado, vaqueros azules, botas, aros de oro. Esta tía sabe cómo arreglarse sin que parezca que se ha esforzado en ello. Vamos a varias tiendas, Old Navy, Gap, una tienda local que se llama Lola Wong's, pero no tienen el tipo de pantalones que quiere comprar para el regalo de cumpleaños de su amiga Kendra.

Debo admitir que, antes, cuando iba de compras con Cassidy, me pasaba la mitad del tiempo esperándola en el coche. Vamos, que no comprendo la fascinación femenina con las compras. En mi caso, yo lo que hago es entrar, comprar lo que necesito e irme. Las tías no funcionan así. Para ellas es como una investigación policial. No dejarán ni una sola pista sin inspeccionarla a fondo. Bien podrían ir de compras con maletines de equipo forense.

Pero ahora soy un Sutter nuevo y paciente. Entro en todas las tiendas, miro todos los artículos, asiento y le respondo con expresiones de estar escuchando: *mmm, oh, ajá*. Incluso le permito que sostenga los pantalones frente a mi cintura para comprobar cómo van a quedar. Como si Kendra y yo tuviéramos el cuerpo remotamente parecido. A mí todos los pantalones me parecen iguales, pero ninguno se acerca a lo que Cassidy está buscando. Menos mal que no me he

olvidado la petaca.

En realidad está bien que entremos en tantas tiendas. Quiero que esta tarde sea larga. A ambos nos da suficiente tiempo a beber unos tragos de whisky y nos ayuda a pasar por ese incómodo equilibrio del ex novio y la ex novia que intentan fingir que ahora son solo amigos. Cuando salimos de Lola Wong's, nos lo estamos pasando en grande, caminamos juntos, jugamos a empujarnos con los hombros, nos reímos de lo que sea, todo menos cogernos de la mano.



Me dice que a la mierda con las compras, que ya le buscará unos pantalones a Kendra después, así que lleno el depósito del coche para ir a dar una vuelta. No importa a dónde vayamos. No tenemos que estar en ningún lado. La tarde es nuestra.

Desvió la conversación a los buenos tiempos de antes: las fiestas, los conciertos, la casa embrujada en Halloween. Hay historias graciosas de cada recuerdo. Uno de ellos realmente la emociona; uno del agosto pasado, cuando estábamos sentados en el techo de mi casa bajo la lluvia y vimos una tormenta eléctrica enloquecida hacia el oeste. Se movía en dirección a nosotros, pero no nos importó.

—Fue increíble —recuerda con un brillo en la mirada—. El tacto de la lluvia era tan agradable en la piel. Y los relámpagos retumbaban por todo el cielo, fue mejor que cualquier espectáculo de fuegos artificiales. Bueno, seguramente fue muy peligroso, pero no sé, podía sentir la electricidad fluyendo por mis venas y eso.

—No fue peligroso —le contesto—. Éramos inmunes a los rayos esa noche. Estábamos hechizados.

—Es cierto. Sí, estábamos hechizados —hace una pausa durante un segundo—. No sé cuántas veces me he sentido así, tan solo un puñado. Y todas han sido contigo.

Le dedico la vieja sonrisa de Sutter.

—Bueno, ya me conoces, el Sorprendente Sutter, maestro de la prestidigitación.

—Lo eres —sonríe y mira por el parabrisas—. Atraes la magia. Lo siento ahora mismo. Es como si nada pudiera alcanzarnos, como si todo lo demás que hay en el mundo, los problemas, las responsabilidades, simplemente hubieran desaparecido. Estamos en nuestro propio universo. Echaría mucho de menos eso si lo perdiéramos.

Le doy un apretón en el cuello.

—No tienes por qué echarlo de menos. Está aquí mismo. No hay preocupaciones ni miedos, solo una grandiosa tarde de jueves envolviéndonos en sus brazos.

Se acerca a mí y apoya la cabeza contra mi hombro.

—Así es —me dice—. No hay nada más que el ahora. No quiero pensar en nada más que eso. ¿Te parece bien? ¿Podemos?

Froto mi mejilla contra su pelo y le digo:

—Oye, estás hablando con Sutter. Por supuesto que podemos.



Cuando volvemos a mi casa, ya nos hemos terminado la petaca y empezamos a darle a la cerveza, pero apenas estamos empezando. No sé cuántas veces nos hemos besado en el sillón del salón, pero besar a Cassidy nunca ha sido tan dulce. Sus manos se mueven bajo mi camisa como hurones inquietos y las mías hacen lo mismo bajo su jersey. Cada vez que empiezo a decir algo, su boca se pega a la mía.

Es un reto seguir besándola mientras vamos subiendo las escaleras, eso sin mencionar quitarnos la ropa al mismo tiempo, pero ya sabéis lo que dice el refrán, uno tiene que hacer lo que tiene que hacer. Cuando nos tumbamos en mi cama, tengo la sensación de que me va a explotar el pecho y me van a brotar de ahí un montón de colores inéditos. Su cuerpo nunca me ha parecido tan bonito, excepto

quizá la primera vez que lo vi.

—Ya sabes lo que siento por ti —le digo, y ella me dice:

—No hables.

Entonces pasa algo extraño. Sus manos dejan de jugar y su cuerpo se tensa. Yo la sigo besando profundamente y con fuerza, pero ya no me devuelve el beso. Es como dar un grito hacia un desfiladero precioso y esperar un eco que nunca vuelve.

Así que le pregunto:

—¿Qué pasa?

—Nada, tú sigue.

—¿Qué quieres decir con «tú sigue»?

—Tú sigue y házmelo —ahora está tumbada, absolutamente quieta. Tiene los ojos cerrados y toda la electricidad ha desaparecido de su cuerpo.

Me apoyo sobre un codo y la miro.

—No puedo hacértelo si vas a estar así.

Por supuesto, parte de mí está pensando que *físicamente* podría hacerlo, pero no va a estar nada bien. El magnetismo del sexo es que quieres que la otra persona te desee a *ti*. Vamos, eso es lo que nos diferencia de los animales. Eso y los cortes de pelo.

—¿Estás pensando en Marcus o algo así? —odio mencionar el nombre de otro tío cuando estoy en la cama con una tía desnuda, pero es una pregunta que hay que hacer.

Aprieta más los ojos.

—¿Es que estás enamorada de él?

—No quiero hablar de él en este momento —su labio inferior está temblando.

—Es una respuesta de sí o no. No te estoy pidiendo que me hagas una redacción.

—No sé —las lágrimas empiezan a fluir—. Tal vez. Estoy muy confundida ahora mismo.

—¿Y yo qué? ¿Qué ha pasado esta tarde?

—Por eso estoy tan confundida —hace una pausa y se sorbe un poco la nariz. Parece que esto se va a convertir en uno de esos llantos de cara roja y llenos de mocos—. Esta tarde ha sido maravillosa, de verdad.

—¿Pero?

—Pero, bueno, solo ha sido una tarde.

—Habrá otras.

—Lo sé. Y créeme, no me divierto con nadie como me divierto contigo, pero no puedo ir por ahí divirtiéndome todo el rato. También tengo un lado serio.

—Oye, que yo soy serio. Me tomo cien por cien en serio lo de no ser serio. Ese es un verdadero compromiso.

—Sé que lo eres —las comisuras de sus labios se mueven hacia arriba muy ligeramente—. Pero ya sabes cómo son las cosas con Marcus: tiene un plan. No se limita a hablar sobre cambiar el mundo, sino que sale y lo cambia. Pero a veces me sobrepasa. Bueno, ya tiene un plan sobre a dónde va nuestra relación y cómo puedo ir a la universidad a Nuevo México con él y pasado un año empezaremos a vivir juntos y luego nos casaremos en cuanto terminemos la carrera.

—¿Casarse? ¿Ya está hablando de casarse? Después de cuánto, ¿dos semanas? ¿Ese tío no conoce la definición de *tétrico*?

—Y a veces me hace sentir como si tuviéramos que resolver los problemas de todas las personas sin techo, pobres, hambrientas o con mala suerte en esta ciudad. Y créeme, a mí también me importan esas cosas. De verdad. Me has escuchado hablar de eso un millón de veces. Pero no puedo pensar en el tema todo el tiempo. A veces también necesito relajarme, olvidarme de todo y simplemente vivir en el *aquí y ahora*.

—Por supuesto. A todos nos hace falta. Vas por ahí preocupándote de tantas cosas constantemente que cuando te das cuenta te has provocado un aneurisma. Y te empieza a salir sangre por las orejas. Y los médicos te llevan a la sala de urgencias gritando «inmediatamente» y «código azul» y esas cosas. ¿No quieres eso, verdad?

—No, no quiero eso. Pero tampoco quiero solamente tardes de jueves. No quiero solo momentos. Quiero una vida completa.

—Cassidy, no te das cuenta, pero la vida la forman las tardes de jueves. Simplemente tienes que seguir viviéndolas, una detrás de otra, y todo lo demás se irá solucionando.

Abre los ojos y me sonrío con calidez. Hay amor en esa sonrisa, pero no el tipo de amor que perdura.

—Me gustaría que pudiera ser así — me dice—. No sabes cuánto me gustaría que pudiera ser así.

—Puede ser. Simplemente tienes que creerlo.

—Supongo que ese es mi problema — responde—. Soy demasiado realista.

Ya veo a dónde se dirige esta conversación, y no va a terminar con un *y-vivieron-felices-para-siempre*. Lo mejor que puedo hacer es adelantarme y llegar a la conclusión antes que ella.

—No pasa nada — le beso la frente y le doy una palmadita en el hombro—. Tú y yo podemos ser solo amigos, entonces. Queda conmigo cuando necesites reír. Puedes tener tu vida *real* con Marcus.

Se acerca y me acaricia la mejilla. Las lágrimas corren en arroyos hacia las comisuras de su sonrisa.

—De verdad eres mágico, Sutter. Y me gustaría que eso bastara. De verdad que me gustaría.

Quiero decirle que es suficiente. Quiero jurarle al rey del rey de reyes que es suficiente. Pero la magia de esta tarde ya se ha esfumado.

CAPÍTULO 36

El viernes me emborracho con Jeremy Holtz y Jay Pratt y rompemos algunas cosas. Nada importante. Adornos de jardín, fuentes para pájaros, macetas. Básicamente, ellos destrozan y yo le doy patadas con fuerza a un par de arbustos. Me sienta bastante bien.

El sábado por la noche hay una fiesta en un motel. Más o menos una vez al mes alguien alquila un par de habitaciones conectadas en algún motel de la zona para celebrar una fiesta de cumpleaños. Este sábado es la de la amiga de Bethany, Courtney Lane. Juegan juntas al softball. No la conozco bien, pero Ricky me ha invitado a salir con Bethany y él. Por fin. Empezaba a preguntarme si en realidad no quería que me acercara a su novia. Aunque también puede ser que sienta un poco de pena por mí después de que le contara lo que pasó con Cassidy el jueves.

Personalmente, siempre he pensado que Courtney es un poco aburrida, pero la fiesta es en uno de los mejores moteles cerca del aeropuerto, así que existe la remota posibilidad de que sea divertida. Por lo menos será interesante tener por fin la oportunidad de estudiar a Ricky y Bethany como pareja.

De camino al motel, al principio intentan incluirme en la conversación, pero eso dura unos cinco minutos. Después, Bethany empieza a contarnos que sus padres van a construir una habitación adicional en su casa y que planean decorarla con un estilo francés temprano o algo así. Ya sabéis, el tipo de tema aburrido que a las tías les encanta pero que hace que a los tíos se les nuble la vista.

Lo gracioso, sin embargo, es que Ricky se mete de lleno en la conversación. Está completamente involucrado y le cuenta cómo diseñaría su propia casa y qué tipo de muebles pondría y Bethany le responde con sus propias ideas. No me lo puedo creer. Es como si estuvieran practicando para el día que se compren una casa.

En mi opinión, esto me parece un error garrafal de principiante por parte de Ricky. Cuando una tía empieza a hablar sobre el FUTURO yo intento cambiar el tema inmediatamente. He aprendido a no meterme en conversaciones sobre casas, bodas, carreras o hijos. Esos temas son como arenas movedizas. Te arrastran al fondo antes de que te enteres de qué está pasando.

Una vez, cuando salía con Kimberly Kerns, ella sacó el tema de qué-tipo-de-casa-te-gustaría-tener, y yo le respondí que me gustaría tener una casa en un árbol. Por alguna razón, eso la hizo enfadar, como si estuviera faltándole al respeto o algo así. Fue absurdo. A ver, ¿habéis visto esas casas apartamento en los árboles que están construyendo en Costa Rica?

En fin, es como si Ricky y Bethany se hubieran olvidado que voy en el asiento de atrás. Están paseando por cada una de las habitaciones de su casa imaginaria, describiéndolo todo, desde los cuadros hasta los posavasos. En calidad de mejor amigo de Ricky, me siento en la obligación de desviar la conversación antes de que lleguen al cuarto de los niños.

—¿Qué es este paquete que tenéis aquí atrás? —interrumpo para averiguar qué es la caja envuelta en papel brillante que hay en el asiento de al lado.

Ricky me dice que es el regalo que le han comprado a Courtney. Así que pregunto:

—¿Se suponía que teníamos que traer un regalo?

Bethany responde:

—Es una fiesta de cumpleaños, ¿sabes?

—Sí —contesto—, pero por lo general una fiesta en un motel es solamente para emborracharse.

—Bueno —dice Bethany—. Esta será para divertirse.

—¿Cuál es la diferencia?

—No te preocupes —añade Ricky—, estoy seguro de que no todo el mundo va a llevar regalo. Puedes considerar el precio de la entrada como tu regalo.

—¿Qué? ¿Hay que pagar entrada? ¿Regalos? ¿Quiénes son estos, un montón de capitalistas?

Ricky se ríe, pero Bethany no. Es raro, sin embargo. ¿Por qué debería pagar entrada? Traigo mi propio whisky.

He de admitir que el motel está por encima del nivel acostumbrado para

este tipo de fiestas. Hay una discoteca en la parte de abajo, una piscina cubierta, un gimnasio y un patio interior con mesas de billar, ping-pong y máquinas de recreativos. Las suites conectadas son bastante lujosas. Más grandes de lo normal.

Desgraciadamente al ambiente en esta fiesta le falta chispa. Cuando llegamos, solo hay seis personas sentadas por ahí hablando. Han puesto un equipo microscópico que está tocando alguna cancioncilla insípida a un volumen tan bajo que casi no alcanza a escucharse. Los regalos están amontonados en un rincón y un gran pastel blanco de Wal-Mart descansa en el escritorio. Tienen dos neveritas, una con cervezas y la otra con Coca-Colas.

Habéis oído bien: *¡Coca-Colas!*

Menos mal que traigo mi leal petaca.

Desde el primer momento, me queda claro que no voy a poder hablar mucho con Ricky. Él y Bethany están embobados el uno con la otra. Se quedan ahí hablando, mirándose a los ojos, dejando menos de cinco centímetros de espacio entre ellos. Tienen las manos enlazadas por partida doble. En poco tiempo se estarán llamando el uno al otro corazón y bombón.

He aquí mi problema con las carantoñas en público: son antidemocráticas. Es como si hubiera una pareja que reinara sobre su propio universo en miniatura y no invitara a nadie más. Mi universo es demasiado vasto para eso. Cuando estoy a solas con una tía, es distinto, pero mientras tanto, soy de los que dicen: *¡Venid todos! ¡Traed a vuestros primos, a vuestros perros!* Nadie está excluido. Pero aquí tenéis a mi mejor amigo, que prácticamente esta construyendo un muro fronterizo para mantenernos fuera a los demás.

Llega más gente, en su mayoría parejas. Muchas son chicas del equipo de softball con sus novios. Entonces llega Tara Thompson, sola, y me queda claro que aquí hay algo sospechoso. Es muy probable que la razón principal por la que Ricky me haya invitado a que los acompañara haya sido liarme con ella. Aunque me gusta Tara. Tara es maravillosa. Saldría con ella ahora mismo si no fuera por el fiasco de Cassidy. Pero eso es precisamente lo que me jode. Ricky lo sabe. Le he dicho que no saldré con ella nunca. Y de todas formas está conspirando en mi contra.

Ahora la fiesta ya no solo es aburrida, sino que empieza a resultar incómoda. Ahí me tenéis charlando con un grupo de tíos que hablan de tenis, para

colmo, mientras Tara habla al otro lado de la habitación con Courtney y me lanza miradas como cada quince segundos. No me queda más remedio que darle un buen, buen viaje a mi petaca.

Bueno, también podría ir a hablar con ella. Después de todo, probablemente sea la persona más divertida del lugar. Pero entonces estaría dándole esperanzas. Cuando estuvimos juntos en el Jardín Botánico aquella noche, todo iba bien. Yo tenía novia. Era como tener un campo de fuerza a mi alrededor que mantenía las expectativas amorosas bajo control. Tara y yo podíamos hablar de lo que fuera. Incluso podíamos abrazarnos. Porque era solo como amigos.

Lo intento con la suite de al lado. Es menos incómodo, pero el nivel de aburrimiento está por los cielos. Todo el mundo está sentado alrededor de una chica que se llama Taylor no sé qué que está tocando la guitarra y cantando canciones cristianas contemporáneas. No parece que nadie piense que la selección de opciones de entretenimiento sea extraña para una fiesta cervecera. Y por mí está bien, en serio. Incluso Cristo necesita salir de fiesta a veces. Simplemente es aburrido.

Por supuesto, siento la obligación de inyectarle un poco de sabor a esta situación. Así que cuando termina la canción, me pongo de pie, me subo a una silla y digo:

—Eso ha estado genial, Taylor —le dedico una ronda de aplausos—. Ahora permíteme intentar una a mí. Taylor, a ver si puedes tocar conmigo.

Empiezo con una canción original de Sutter Keely que voy inventando sobre la marcha, un ritmo con influencia caribeña.

Escuchad a Sutter Keely.

Escuchad al tío Sutterman.

Soy el rey del chiqui chiqui.

El maestro del amor.

—¡Vamos todos, bailad conmigo! —hago un movimiento sugerente de cadera.

A bailar la obscena rumba.

A bailar el meneaillo.

Dadme un bumba-bumba

Aquí en mis calzoncillos.

Sí, sí, sí.

Aquí en mis calzoncillos.

Ahora bien, podríais pensar que todos se meten en el ambiente y quieren cantar mi canción, pero no. Se ponen en el plan «Ya vale, Sutter. Queremos escuchar a Taylor tocar música de verdad» y «¿No se suponía que te habías ido a una clínica de rehabilitación?».

Ricky y Bethany me observan desde el marco de la puerta entre las dos habitaciones. Ricky sonrío, pero Bethany me mira como si fuera un caniche que acabara de cagarse en la alfombra.

—Eh —digo—. Solo estaba tratando de ayudar. No era mi intención distraeros del funeral ni nada de eso.

Me bajo de la silla, me acerco a Ricky y le digo:

—Cuando estés listo para irte del mausoleo, estaré abajo en la sala de recreativos.

CAPÍTULO 37

No soy muy fan de las maquinitas de recreativos, pero cualquier cosa es mejor que esa fiesta. En el restaurante de abajo me compro un 7UP para llevar y, mientras me dirijo al patio interior, escucho a una chica gritar:

—¡Oye, Carmine!

Mi ex novia Shawnie Brown, de la época en la que me volvían loco las chicas de pelo negro y ojos marrones, está cruzando el vestíbulo con tres amigas. Carmine es el nombre que me puso para cuando hablamos como mafiosos italianos cada vez que nos encontramos. De hecho, ambos somos Carmine, así que le devuelvo el grito:

—¡Eh, Carmine! *Come stai?*

Les dice algo a sus amigas y se dirigen a los ascensores mientras ella se acerca a mí. Tiene una manera de caminar muy sexy.

—Estoy *bravissimo*, Carmine. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Nada. Solamente intento poner algo de *distantzia* con esos estirados de ahí arriba y su estúpida fiesta aburrida. *Capisci?*

—Ah, yo iba a esa fiesta, es *malíssima*?

—¡Bah! Olvídalo.

—No, olvídalo tú.

—Eh, no me *pretziones*.

—No, *tú* no me *pretziones*.

Podríamos seguir así, pero nos da demasiada risa.

—Entonces, en serio —dice cuando termina de reír—, ¿la fiesta es muy muermo?

—¿Te acuerdas de esa fiesta a la que fuimos en segundo en casa de Heather Simons y resultó que sus padres estaban ahí?

—¿Así de mala?

—Tal vez no tanto, pero casi.

—Qué desperdicio. Y yo que estaba empezando a ponerme en ambiente.

¿Qué traes en ese vaso, whisky con 7UP?

—Por supuesto, ¿quieres un trago?

—Claro —bebe un trago y me devuelve el vaso.

Le explico la situación de la cerveza aguada de arriba y sugiero que vayamos a comprar otro 7UP y que luego lo alegremos con un poco de mi whisky.

—Hay una mesa de ping-pong en el patio interior. ¿Te animas a echar una partida?

Me lanza una mirada socarrona.

—Sabes que te voy a dar una paliza, como en los viejos tiempos.

—Ni hablar —le respondo—. Ahora estoy tomando esteroides. Me ha crecido la cabeza seis tallas de sombrero.

Ella ríe.

—De todas formas, te daré una paliza.

Resulta que el único motivo por el que Shawnie accedió a ir a la fiesta de Courtney fue que sus amigas pensaron que allí podrían encontrar tíos buenos. Esto es nuevo para mí, porque Shawnie ha estado saliendo con un tipo que se llama Dan Odette durante seis meses. Le pregunto qué ha pasado con él y me dice:

—Me desesperaba. Es demasiado posesivo.

—Así suelen resultar siempre las cosas con el chico malo y peligroso.

—¿Por qué no me lo dijiste antes de que empezara a salir con él?

—¿Me habrías escuchado?

—No, probablemente no.

—Supongo que somos un par de solteros de fiesta por la ciudad. Fabuloso, ¿no?

—¿No echas de menos a Cassidy?

—Ya lo he superado.

—Claro, sigue intentando convencerte de eso.

Después de comprar el 7UP y mezclarlo a conciencia con el whisky, nos dirigimos al patio interior. Lo del ping-pong no era broma. De las tres partidas, no gano ni una. Esta tía siempre juega al ping-pong en serio, da igual cuánto beba. No me molesta, sin embargo. No soy de esos machotes que piensan que es una especie de desgracia perder con una chica. Sugiero en broma que vayamos al gimnasio para poder vengarme y ganarla levantando pesas, pero ella está dispuesta a intentarlo. Y me dice:

—¿Me vigilas mientras levanto cinco kilos?

—¿Estás de coña? Te vigilaré solo si levantas veinte kilos y, de todas maneras, te ganaré —lo cual, por supuesto, es una exageración. Shawnie no es ninguna debilucha.

El gimnasio es bastante agradable. Como es sábado por la noche, somos los únicos bichos raros que están por ahí, pero no hay pesas, solamente cintas de correr y bicicletas estáticas. No pasa nada. Nunca me quedo sin ideas.

Me subo a una de las bicicletas y le digo:

—¿Qué tal una carrera?

Ella sonrío.

—Tú mismo.

Es bastante gracioso. Ahí estamos, hombro con hombro, pedaleando como un par de Lance Armstrongs. Ambos vamos narrando el recorrido y, por supuesto, en mi narración yo voy ganando y en la suya va ganando ella. La cosa es, sin embargo, que montar en bicicleta, incluso si es estática, puede ser difícil después de unos cuantos whiskies. Al menos para mí. Justo cuando me estoy imaginando que la rebaso a toda velocidad en la recta final de la carrera, se me resbala el pie del pedal, me caigo al suelo y me doy un golpe en la cabeza con el manillar izquierdo. No es una caída de nada. Vamos, que me duele.

Por supuesto, Shawnie no puede parar de reír. Yo estoy inspeccionándome la frente para ver si me he hecho sangre y a ella le ruedan las lágrimas por la cara

de tanta risa.

Y le digo:

—Oye, que estoy herido.

—Perdona, pero deberías haberte visto —sigue riendo cuando se acerca a ayudarme a levantarme—. Sabes —me dice—, eso es algo que siempre me ha gustado de ti. Nada te da vergüenza.

—La vergüenza es una pérdida de tiempo. Pero ¿dónde está ese *jacuzzi*? Necesito un *jacuzzi*. Soy un hombre herido.

Y, por supuesto, el gimnasio tiene un *jacuzzi* nuevo y reluciente. Parece perfecto para curar cualquier mal. Es justo lo que necesito.

Shawnie me dice:

—¿No te irás a meter, verdad?

—Claro que sí.

—Vas de farol.

—Vamos —la invito—, si yo me meto, tú también.

—Ni de coña —me dice—. No me vas a convencer de que me quite la ropa.

Le hago mi viejo movimiento de ceja.

—¿Quién ha dicho que nos vayamos a quitar la ropa?

Y me meto, completamente vestido, con mucho cuidado, en las aguas tibias y curativas que se arremolinan alrededor de mi pecho.

—Estás loco —dice Shawnie.

—Sí, pero por eso te gusto.

—Es verdad.

—Así que, señorita Reina del Ping-Pong, ¿elige usted probar estas aguas o

elige usted ser una perdedora?

—Nunca podrás superarme, Sutter. Lo sabes —y, con esas palabras, se mete a mi lado—. ¿Cómo tienes la frente?

—No tan mal para tener una brecha escandalosa en la cabeza.

Me inspecciona la cabeza un segundo.

—Solamente lo tienes enrojecido. Déjame que te ponga un poco de estas aguas mágicas —mete la mano en el agua y me toca la piel con los dedos mojados. Es agradable, mucho mejor que lo que sentí cuando pateé los arbustos con Jeremy Holtz.

—¿Mejor así?

—Así perfecto.

Apoya su hombro contra el mío.

—¿Sabes qué, Sutter? Eres mi ex novio favorito de todos los tiempos.

Miro sus grandes ojos marrones y mi estómago empieza a derretirse. Shawnie es de esas tías que no parecen muy guapas al principio, tiene la nariz grande y eso, pero cuando empiezas a hablar con ella, es como si brotara un gigantesco espíritu brillante y divertido de sus ojos, y te quedas *¡Guau, esta tía es preciosa!* Además, tiene un cuerpo estelar.

—La verdad es que nos divertimos mucho juntos —le digo—. ¿Te acuerdas del concierto de los Flaming Lips?

—¿Estás de coña? Es lo más increíble que he vivido nunca.

Intercambiamos recuerdos del espectáculo, la gente que iba vestida con modelitos muy locos, disfrazados de Papá Noel y de Conejitos de Pascua y esqueletos de Halloween. El gigantesco platillo volante que aterrizó en el escenario, el espectáculo de luces, los globos llenos de confeti, la banda loca de Wayne Coyne, que caminó sobre las manos alzadas de la multitud dentro de una enorme bola de hámster. Y principalmente, la sensación de estar ahí, la gran belleza salvaje de todo ello. Fue casi como si nos hubiéramos convertido en la música, volando a través de la galaxia.

—Fue tan gracioso cuando te pusiste a surfear sobre la gente —me dice Shawnie—. Pero no te volví a ver en media hora.

—Sí, pero después te lo compensé cuando aparcamos junto al lago. ¿Te acuerdas de eso?

—Claro, eso también fue bastante increíble.

—Y aquí estamos, solteros de nuevo.

—Sí. Aquí estamos.

Y ahí nos tenéis, efectivamente, mirándonos a los ojos, con el agua tibia y los recuerdos tibios abrazándonos, y me doy cuenta de que estamos pensando lo mismo. Me acerco y ella cierra los ojos y abre la boca un poco, como invitando a un beso. Es agradable. Sus labios saben a cacao de fresa. Le paso los dedos por el cuello y, entonces, empieza a reírse en mi boca.

Me echo hacia atrás y su risa se convierte en una carcajada y entonces me doy cuenta y también me empiezo a reír. Tiene razón. Es ridículo. No se puede besar a alguien con quien sueles hablar siempre como si fueras un mafioso italiano.

Shawnie me abraza un brazo con fuerza.

—Carmine, eres el mejor.

Yo le beso la cabeza.

—No, Carmine, *tú* eres la mejor.

Nos quedamos un rato disfrutando de estar en compañía. Luego le digo:

—Entonces ¿tú crees que lo de Cassidy y Marcus va a durar?

—Pensaba que ya lo habías superado.

—Ya. Solo me pregunto cuánto tiempo durarán, nada más.

—¿Sabes qué? —me dice—. Yo no perdería el tiempo pensando en eso. Y ambos necesitamos encontrar a alguien nuevo.

—Bueno, tú no vas a tener problema. Aunque no hay ningún tío que te merezca.

—Sí, claro.

—Lo digo en serio. Eres divertida, tienes un cuerpazo, tienes la fortaleza de alma profunda. ¿Quién sería suficientemente bueno para ti?

—Tienes razón —ríe—. Pero casi mejor le doy una oportunidad a alguien de todas maneras.

—¿Qué pasó entre nosotros? Vamos, que nos llevábamos muy bien. ¿Por qué no pudimos ser pareja?

—Oh, no quieres recordar eso, ¿o sí?

—Solamente me lo estaba preguntando. O sea, aquí me tienes, más solo que la una, otra vez sin novia. Podría ser pedagógico saber qué nos pasó. ¿Qué cambió?

Se lo piensa un momento.

—No creo que sea que algo cambiara, sino más bien que nada cambió. Seguíamos estando igual que cuando empezamos, ¿me entiendes?

—En realidad, no.

—Es como si siempre fuéramos amigos en lugar de novios. Incluso cuando nos acostábamos, era como si fuéramos dos amigos haciendo cosas malas.

—¿Y eso no es bueno?

—Era bueno. Era divertido. Y conozco tías que dicen que quieren un novio que sea como su mejor amigo, pero en algún momento nos damos cuenta de que en realidad queremos algo más.

—¿Más? Ves, ese es el problema. Esa parte de *más* es donde me hago un lío.

—Ya aprenderás algún día. Simplemente necesitas una chica que sepa sacártelo. Alguien completamente diferente a Cassidy.

—Ya lo he intentado. Le he pedido salir a Whitney Stowe.

—Ni de coña —se echa hacia atrás y me mira a la cara—. ¿Tú le has pedido salir a Whitney Stowe?

—Me pareció buena idea en ese momento. Tiene buenas piernas.

—Pero es una de esas chicas que tiene planificado cada segundo del día. ¿Cómo podrías entrar en eso? Serías como un perrito faldero.

—Sí, supongo que fue bastante estúpido.

—Tú límitate a esperar. Ya llegará alguien, alguien que no esperabas, alguien que te necesite porque eres como eres.

—¿Tú crees?

—Claro. Y además, necesitas a alguien a quien puedas ganar al ping-pong de vez en cuando.

—Carmine, insultas a la *famiglia*.

—No, tú insultas a la *famiglia*.

—Olvidalo.

—No, olvidalo tú.

Estoy seguro que la gente se cansa un poco de nuestra voz de mafiosos italianos, pero nosotros no.

—Entonces —le digo—, ¿Carmine, volvemos a esa *celebrazione* a sorprender a esos *cadaveri* con nuestra ropa de fiesta empapada?

Me aprieta la rodilla bajo el agua.

—Vamos, Carmine.

—Bada bin, bada bum.

CAPÍTULO 38

Tengo un golpe de mala suerte. Ya he tenido la última clase del día y estoy en medio del aparcamiento, a dos filas de alcanzar la seguridad de mi coche, cuando de pronto llega Krystal Krittenbrink, caminando directamente hacia mí. ¿Qué puedo hacer, correr? Eso sería demasiado raro, incluso tratándose mí.

—Sutter Keely, quiero hablar contigo —sus pequeños ojos negros se entrecierran y su boca de moneda de diez céntimos se retuerce hasta adoptar el tamaño de la cabeza de un tornillo. Su blusa tiene un extraño cuello de pelo, aparentemente de alce—. Solo quiero saber quién te crees que eres.

—Eh... ¿el rey de México?

Se para como a dos centímetros de mí.

—Aimee me ha contado lo de vuestra fiestecita junto al lago.

—Sí, fue divertida.

—Y ahora la estás evitando.

—Yo no estoy evitando a nadie. He estado en la cama con un caso de elefantiasis de setenta y dos horas.

—No creas que te vas a librar de esta con bromas.

—Oye, no intento librarme de nada con bromas. No la estoy evitando. Y, además, a ti no te incumbe, así que déjame en paz.

—Ja, lo sabía.

—¿El qué sabías?

—Le estaba diciendo a Aimee lo que debería hacer contigo y me ha dicho lo mismo, que la dejara en paz. Sabía que eso lo había sacado de ti.

—¿Eso te ha dicho? Bien por ella —debo admitir que me hace sentir un poco orgulloso escuchar que Aimee ha seguido mi consejo de hacerse respetar por la gente.

Pero Krystal empieza a ponerse en el plan de:

—No, eso no ha estado bien. Aimee no es así de mala. Es una chica dulce y no te necesita a ti olisqueando a su alrededor como una hiena para que luego desaparezcas cuando no te da lo que tú quieres.

—¿Cómo que hiena? Creo que has visto Animal Planet demasiadas veces.

—No sé de qué otra forma expresarlo. Han pasado casi dos semanas desde esa estúpida fiesta, y ¿la has llamado o la has invitado a comer? No. Ni siquiera has hablado con ella ni una sola vez.

—¿Y? ¿Tengo cara de ser el Señor del Tiempo o algo así? No soy responsable de cuánto tiempo ha pasado. El único problema que tiene Aimee es que tú la vayas mangoneando por la vida como si fuera tu robot de compañía. Claramente, yo no soy el problema.

Con eso, me doy media vuelta y me doy prisa por llegar al coche. Estoy seguro que sigue ahí, comparándome con la vida salvaje de África, pero ya no la escucho.

Lo curioso, sin embargo, es que esa noche en el trabajo, mientras estoy fregando el suelo, la voz de Krystal me llega de nuevo, fuerte y clara. Probablemente esté celosa de que Aimee haya recibido un poco de atención masculina, pero aunque me fastidie admitirlo, también tiene razón. He descuidado el proyecto Aimee. Bueno, la idea era aumentar su confianza y darle una oportunidad de ser independiente, pero ahora probablemente tenga que sentarse durante horas a escuchar a Krystal decirle lo estúpida que ha sido por ir a esa fiesta conmigo en primer lugar.

Y la verdad es que echo de menos a Aimee. Tiene algo que se te queda dentro. No es nada grande o audaz. Es pequeño y fresco, como el primer trago de cerveza en una tarde calurosa. Si siguiera el consejo de Shawnie y buscara a alguien completamente distinto de Cassidy, no tendría que buscar más allá de Aimee Finecky. Definitivamente es distinta. Pero no puedo evitar reírme de la idea de salir con ella. Si Shawnie piensa que es ridículo que salga con Whitney Stowe, ¿qué pensaría si saliera con Aimee Finecky?

Pero, me digo, no estaría mal darme una vuelta por su casa después del trabajo y visitarla en plan amistoso, pillarla por sorpresa antes de que tenga oportunidad de echarse pintalabios. Pasaremos juntos un rato. Nada que sugiera

que le estoy dando falsas esperanzas. Solamente será otra de mis amigas. Salir con ella, de hecho, es más de lo que estoy obligado a hacer.

Eso es lo que me digo.

Cuando llego a su casa, la camioneta de la familia Finecky está aparcada en la entrada y casi todas las luces de la casa están encendidas. De todas maneras, pasa un rato antes de que alguien abra la puerta. Es su hermano pequeño y, en cuanto me ve, inclina la cabeza hacia atrás, le grita a Aimee y luego desaparece dejándome de pie en la entrada.

Desde alguna parte se escucha que Aimee le devuelve el grito, preguntándole qué quiere y él le contesta:

—¡Tu novio está en la puerta!

Y entonces ella dice:

—¿Quién?

—No sé cómo se llama. El tío que vino hace un par de semanas.

—¡Oh, Dios!, eh, dile que espere un segundo, voy para allá.

—Díselo tú —contesta Shane y otra persona, supongo que su madre, agrega:

—Bueno, pero no le hagas esperar en la puerta. Dile que pase.

—Pasa —grita Shane.

¿Quién hubiera pensado que Aimee pudiera ser pariente de estas personas que gritan así? Es un verdadero espectáculo. Y la escena en el interior es fabulosa. La madre y Randy, el novio empresario de eBay, están despatarrados en el sofá con los pies apoyados sobre la mesa de centro. La madre tiene un cuerpo ovalado con brazos y piernas huesudas y lleva un corte de pelo corto por delante y largo por detrás. Randy-el-novio es básicamente una morsa con un pantalón de chándal demasiado ajustado. Tiene un tazón de cereales de chocolate balanceándose en su barriga.

—¿Ves CSI? —me pregunta la madre, estudiándome como si estuviera defectuoso por venir a ver a su hija—. Tenemos trece episodios grabados. Este es

bueno. Bastante morboso.

—Ha salido una cabeza cortada —agrega Shane.

—Bueno, veo que eres un hombre que disfruta con una buena decapitación. Tal vez alguien haga una vivisección después. Eso sí que sería interesante.

Randy no dice nada, pero deja patente con su mirada herida que toda esta charleta lo obliga a concentrarse en la serie más de lo que le gustaría.

Empiezo una conversación macabra sobre desmembramientos, pero ya nadie me está prestando nada de atención.

Finalmente, Aimee emerge de una habitación trasera. Lleva un jersey blanco de Wal-Mart que la gente no suele usar para andar por casa y tiene el pelo electrificado con la energía estática que provoca un cepillado rápido de sesenta segundos. Afortunadamente, no lleva pintalabios.

—Sutter —me dice—, no sabía que fueras a venir.

—Bueno, he estado muy ocupado preparándome para el gran rodeo de cocodrilos.

—¿En serio? ¿Hay un rodeo de cocodrilos?

—No —esta chica de verdad necesita ayuda en el ámbito humorístico—. La verdad es que he estado muy ocupado estos últimos días. Pero acabo de salir de trabajar hace un rato y pensé: «¿Sabes qué? Me da igual lo ocupado que esté. Voy a ir a ver a Aimee».

—Oye —dice Randy—, aquí estamos intentando ver la tele.

—Queremos hablar con tu amigo —dice la madre—, pero vamos a esperar a que termine la serie. Faltan unos cuantos minutos.

La mirada de Aimee se llena de angustia. Creo que piensa que la perspectiva de un interrogatorio con su madre será suficiente para hacerme salir huyendo a mi coche y no volver jamás. Pero ya estoy metido en esto, me voy a quedar.

Así que aquí estamos, bajo la sombra de una planta de plástico colgante, sin

que nadie diga nada salvo el equipo de CSI. Pasan cinco minutos. Todos, salvo Aimee, parecen haberme olvidado. Le sonrío. Ella se encoje de hombros. Finalmente, le sugiero:

—¿Por qué no vamos a tomar una Coca-Cola y unas patatas o algo?

—Eh... está bien, déjame ir a por mi chaqueta.

Visualizo la resurrección de la morada monstruosidad acolchada y le comento que fuera no hace tanto frío como para necesitar chaqueta. Aimee le dice a su madre a dónde vamos y la madre solo asiente. Apuesto que podría haberle dicho que íbamos a salir a cometer una ola de asesinatos por todo el país y el resultado hubiera sido el mismo.

No importa. Yo soy un buen torero y he toreado la entrevista de la madre, y aún mejor, la posibilidad de tener que pensar algo que decirle a Randy-la-morsa-deportista. La libertad nos aguarda en el Mitsubishi junto con un 7UP grande.

CAPÍTULO 39

Aimee me pregunta adónde vamos y sugiero un sitio que se llama Marvin's Diner. Ahora, solo porque Marvin's no sea un sitio popular para la gente de Bachillerato como el SONIC eso no significa que me avergüence de que me vean con ella. Simplemente no estoy de humor para encontrarme con gente como Jason Doyle y que empiece con sus bromitas.

Marvin's está un poco alejado, al lado suroeste del pueblo, bajo unas antenas de radiofrecuencia. Las luces de las antenas se alcanzan a ver a kilómetros de distancia.

—¿Sabes a qué me recuerdan? —le digo a Aimee—. Me recuerdan al sitio donde trabaja mi padre, el edificio Chase, en el centro. Apuesto a que tienen la misma altura. Mi padre trabaja en el último piso. Es un hombre de negocios.

—Recuerdo que me lo habías contado. Pero, sabes, pensaba que en el último piso había un restaurante o una discoteca, o algo así.

—Ah, sí, claro. Hay una discoteca muy exclusiva en lo más alto. Me refiero al último piso que tiene oficinas. Ahí es donde se hacen los grandes negocios.

En Marvin's, elegimos uno de los reservados de la esquina. Este es uno de mis lugares favoritos para comer y, creedme, como casi nunca comemos juntos en casa, he probado casi todos los restaurantes de la ciudad. A nadie le importa quién seas en Marvin's. Sería el sitio perfecto para las parejas infieles, excepto por lo grasienta que es la comida. Pedimos un plato grande de patatas fritas con chili y dos 7UP y, bajo la débil luz del Marvin, no hay ningún problema para echarle un poco de whisky a nuestras bebidas.

Aimee da un trago y dice:

—¡Guau, está fuerte!

—¿Quieres que te pida otra cosa?

—No —le lloran un poco los ojos—. No pasa nada. Está bien.

Lo mejor de Marvin's es que tienen una máquinas de discos con muchas canciones de Dean Martin, así que pongo unas cuantas y nos sentamos a charlar. Para romper el hielo, me invento historias sobre la gente que está ahí, la camarera, el tío gordo que hay sentado frente al mostrador donde está la caja registradora (que podría o no ser Marvin), el vendedor solitario en una mesa individual y, lo mejor de todo, la horrenda pareja que hay en el reservado al otro lado de donde estamos nosotros.

Le explico a Aimee que me imagino que su relación ya está desgastada. En realidad, prácticamente se odian, pero tienen que estar juntos porque asesinaron al ex marido de ella para cobrar un seguro de vida de trescientos dólares. Ahora, cuando ella se enfada con él, le azota entre los hombros con un limpiaparabrisas y él es demasiado cobarde como para defenderse, pero la está envenenando poco a poco poniéndole arena para gatos en la avena del desayuno.

En vez de reírse un poquito con eso, Aimee me dice:

—Parece que no tienes muy buena opinión sobre el matrimonio, ¿no?

—No es tanto la idea del matrimonio —le respondo—, sino sobre la idea de *para siempre*. Ese es un concepto que simplemente no puedo comprender.

—Yo sí.

—¿En serio? Bueno, tus padres no estuvieron casados para siempre, ¿no?

Ella coloca su bebida sobre la mesa y se queda mirando al vendedor solitario.

—Mi padre murió.

—Lo siento.

—No pasa nada. Fue hace bastante tiempo.

—¿Qué pasó? —a veces se me va el tacto de vacaciones. Hoy creo que se debe de haber ido a Kuwait o por ahí cerca.

—Mi padre era un muy buen tipo. Era un gran amante de los animales, prácticamente un activista. Y era inteligente. Leía libros de Física y Aristóteles y cosas así por diversión. Le encantaba Van Gogh. Solía leerme en voz alta y yo pensaba que era lo más maravilloso del mundo. Pero tenía un problema.

Hace una pausa y yo le digo:

—Puedes contármelo. Yo no juzgo a nadie.

Empieza a retorcerse un mechón de pelo nerviosamente alrededor del dedo índice, pero continúa:

—Bueno, la cosa es que era adicto a inhalar vapores de gasolina. Tenía grandes contenedores de gasolina en el cobertizo detrás de nuestra antigua casa.

Y yo pienso *¡Dios mío, el tío voló en pedazos!* Me lo imagino sorbiendo los vapores de la gasolina, luego encendiendo un cigarrillo y *¡kabum!* Pero no fue así.

Lo que sucedió en realidad fue que la gasolina empezó a carcomerle los vasos sanguíneos del cerebro hasta que un día, la hermana mayor de Aimee, Ambith, llegó a casa y lo encontró tirado en la puerta del cobertizo, tieso como un rastrillo. Aneurisma.

—Dios. Es una manera horrible de irse. Lo vi en la televisión. No lo de la gasolina, sino lo del aneurisma.

—Sí —le da un buen trago a su bebida y esta vez ni siquiera parpadea por lo fuerte que está—. Pero va a ser distinto cuando yo me case. Lo tengo todo planeado. Eso es lo que hay que hacer. Uno no puede embarcarse en algo así sin planearlo.

Vale, tengo claro que no debería darle cuerda a una chica que está hablando del tema del matrimonio, pero estoy más que dispuesto a poner la máxima distancia posible con el tema del padre muerto inhalador de gasolina, así que le pido que me cuente más sobre esta visión que tiene del matrimonio.

—Bueno, cuando me case, viviremos en un rancho de caballos.

—Sí. Y trabajarás para la NASA.

—Así es —sonríe de que me haya acordado de eso.

—¿Él también trabajará en la NASA, como un astronauta o un contable?

—Dios, no. No tendremos los mismos intereses para nada. No creo en eso, que el marido y la mujer tengan que ser iguales. Creo que es mejor si se complementan. Como si cada uno tuviera distintas dimensiones que pudiera darle al otro.

—Me gusta esa idea. Es buena.

Este marido potencial, no sé, parece como un cruce entre el Peter Parker de *Spider Man* y el Han Solo de *La Guerra de las Galaxias*, con un poquito de esos antiguos poetas románticos para redondear.

El rancho es igual de increíble, como un País de las Maravillas en un fantástico planeta lejano. Puestas de sol púrpuras, campánulas, narcisos, zanahorias silvestres, un arroyo cristalino que serpentea por el valle, un enorme granero rojo del tamaño de un cohete. Y caballos. Manadas de caballos: rojos, negros, plateados, con pecas, con manchas, galopando por todas partes, como si los caballos nunca se cansaran.

Todo suena como el sueño de una niña de nueve años, pero ¿qué le voy a decir, que no es factible? Tal vez podría decirle: «Mira, no existen los platillos volantes, ni los marcianos ni Papá Noel, y no hay ninguna posibilidad de que alguna vez consigas un rancho o un marido como ese». No soy un revienta sueños. El mundo real ya se dedica a eso sin necesidad de que yo tenga que intervenir.

Además, no importa que no sea real. Los sueños nunca lo son. No son nada más que salvavidas a los que nos aferramos para no ahogarnos. La vida es un océano, y casi todos estamos colgados de alguna especie de sueño para mantenernos a flote. Yo, yo voy nadando a estilo perrito sin agarrarme a nada, pero el salvavidas de Aimee es una preciosidad. Me encanta. A cualquiera le encantaría si pudiera ver cómo se le ilumina el rostro mientras se aferra a ello con todas sus fuerzas.

CAPÍTULO 40

Cuando queremos darnos cuenta, Marvin's ya está cerrando. Pedimos un par de 7UP para llevar y cuando llegamos al coche, ella me deja volver a echarle whisky al suyo. Ninguno de los dos estamos realmente preparados para ir a casa, pero no tenemos ningún otro lugar a donde ir de noche entre semana. Además, hay un toque de queda para los adolescentes en la ciudad, si eres el tipo de persona que le hace caso a esas cosas.

Así que terminamos aparcando frente a su casa, charlando y bebiendo. Ahora todas las luces de dentro están apagadas. Le cuento la historia del divorcio de mis padres, la llegada de Geech, cómo mi hermana se operó las tetas y cazó a Kevin-que-se-pronuncia-Kivin. Nunca había visto a alguien escuchar con tanta atención. Es como si le estuviera sirviendo un vino carísimo y exclusivo, y ella no quisiera que ni una sola gota cayera fuera de su copa.

Cassidy nunca fue así. Siempre me escuchaba con una media sonrisa en la cara y la ceja un poco alzada como si pensara que un chiste estuviera a punto de asomar en la siguiente esquina.

Finalmente, hay una pausa en la conversación, lo cual puede llegar a ser peligroso si estás hablando con una tía.

—Entonces —dice Aimee, con una mirada como si fuera a tirarse de cabeza desde el trampolín más alto por primera vez en su vida—. ¿Iba en serio lo que dijiste la semana pasada cuando veníamos en el coche después de la fiesta?

Oh, oh.

—No sé —le respondo—. Hablamos de muchas cosas y yo estaba un poco borracho. Para serte sincero, no recuerdo muy bien todo lo que dije.

—¿No te acuerdas?

—No de todo. Pero estoy seguro de que lo que dije, lo dije en serio. Soy muy sincero cuando estoy borracho.

Ella le da un trago al whisky.

—¿Recuerdas que me invitaste a la fiesta de graduación?

—Ah, eso. Claro que lo recuerdo. ¿Estás de coña? Eso no se me olvidaría.

Hace una pausa y agrega:

—Entonces, ¿todavía quieres que vayamos juntos? Bueno, sé que estábamos borrachos y demás, así que si no quieres ir, lo entenderé.

No es capaz de mirarme a los ojos. Su salvavidas se está alejando y está perdida y sola en el mar.

—No —le digo—. ¿Qué dices? Por supuesto que quiero ir. No te lo hubiera pedido si no quisiera.

—¿En serio? —cuando levanta la vista con esa sonrisita, no me arrepiento.

—Por supuesto. Ven aquí —le pongo la mano en la nuca y me acerco para besarla. Me imagino que será un beso pequeño, uno que le muestre que lo de la fiesta de graduación va en serio, pero ella está lista para más que eso.

No sé. La noto rara entre mis brazos. Muy confiada. Como si estuviera completamente convencida de que yo tengo algo importante que ella necesita.

Le quito las gafas y las pongo en el salpicadero y cuando quiero darme cuenta mis manos ya están bajo su jersey, subiendo por su espalda. Ella suspira cuando le beso el cuello y, cuando lamo el interior de su oreja, todo su cuerpo se estremece.

Ella se echa para atrás y me temo que voy a escuchar eso de que vamos demasiado rápido, pero no es así.

—Sutter... —no logra levantar la vista más allá de mi barbilla.

—¿Qué pasa?

—Nada. Solamente me pregunto, ¿esto significa que somos novios o algo así?

Eso me pilla por sorpresa.

—¿Tú qué piensas? —le pregunto para ganar algo de tiempo. Después de todo, esto es exactamente lo que me prometí que evitaría.

—No sé —responde—. Nunca he tenido novio.

—Bueno, pues ahora lo tienes —las palabras salen directamente de mi lengua, como si las hubiera planeado desde hace un mes, pero ¿qué puedo hacer? Esta chica necesitaba escuchar eso, y a decir verdad, ha sido bastante agradable decirlo.

—¿En serio? ¿Quieres que sea tu novia *de verdad*?

Podría bromear sobre las novias falsas, muñecas inflables con el pelo de plástico y bocas succionadoras, pero este no es el momento.

—Claro que sí. Mi novia cien por cien, auténtica y real. Si tú quieres.

—Sí —dice—. Sí quiero —y su boca se vuelve a engarzar con la mía.

No hay duda de que podría desabrocharle los vaqueros y llegar hasta el final con ella en ese preciso momento y lugar, pero no estaría bien, con Aimee no.

Además, cuando cambiamos de posición, toco el claxon accidentalmente y como cinco segundos después se enciende una luz en la casa. Diez segundos más tarde, su madre está de pie en la puerta con las manos en las caderas.

Aimee se arregla el pelo. Parece una chica que acabara de despertar de un hermoso sueño.

—¿Comemos juntos mañana? —pregunta.

—Ahí estaré.

CAPÍTULO 41

¿Sabéis una cosa? Ahí estoy al día siguiente. Justo a la hora. Y también llego a puntual a mi cita del viernes por la noche. Y a la película del domingo por la tarde. Por supuesto, Ricky está anonadado con esta novedad. Me dice:

—Tío, ¿qué haces? Te dije que esa chica se iba a enamorar de ti. ¿No tienes fuerza de voluntad? ¿No pudiste plantarle cara y decirle que solo eres su amigo o su benefactor o lo que sea que seas?

—Oye, ¿alguna vez se te ha cruzado por la mente que tal vez sí me guste?

—No.

—Bueno, pues no te has fijado bien en ella. Tienes que hablar con ella un rato para poder ver cómo es en realidad. Emanada pureza de corazón, tío. Además, lo único que hago es proporcionarle un poco de experiencia en materia amorosa. Vamos, le doy un mes para que se cansa de mí y se dé cuenta de que puede irle mucho mejor con un tío que toque el primer trombón en la banda de música o algo así.

—¿Y qué pasará si no se cansa de ti?

—Oye, que soy yo. ¿Has conocido a alguna tía que no se haya cansado de salir conmigo?

Asiente.

—Debo admitir que tienes un punto a tu favor. Y, quién sabe, a lo mejor es buena influencia para ti.

—Sí, claro.

No sé de qué se queja Ricky. La verdad, no es que nos hayamos visto mucho desde que empezó a salir con a Bethany. A excepción de la patética fiesta del motel, no ha salido conmigo ni una sola vez desde entonces. Claro, tengo otros amigos, y en estas semanas he ido alternando: los viernes con Aimee y los sábados

de fiesta con tíos como Cody Dennis y Brody Moore. Incluso salí otra vez con Jeremy Holtz y sus amigos los vándalos, pero tuve que salir por patas cuando se les ocurrió entrar a robar en una iglesia episcopal.

Después de eso, me pregunto si no será mejor pasar el tiempo con Aimee. Podría quedar con ella las dos noches del fin de semana de vez en cuando. Es divertido verla aprender a ser espontánea. Lo cierto es que esta tía es mucho más que sus novelas de ciencia ficción, la NASA y los ranchos de caballos. De hecho tenemos varias cosas en común.

Para empezar, a los dos nos gusta más la música antigua que las mierdas que intentan hacer pasar por música hoy en día en la radio. Yo soy un gran fan de Dean Martin y a Aimee le encanta la música *hippy* de los sesenta. Tiene la banda sonora de la película *Woodstock* y todo. Me ha cantado una canción de esa época que se llama *Where Have All the Flowers Gone*. Bueno, tiene una voz un poco débil, pero de todas maneras, cierra los ojos y la escupe directamente desde el ventrículo izquierdo. Hay que tener valor para hacer eso. Durante unos dos minutos y medio, de hecho, me siento como un verdadero *hippy*.

Es distinta a las otras chicas con las que he salido. No se cansa de mis historias ni de mis chistes ni espera que le lea la mente. No quiere que me vista mejor, ni que me ponga mechas en el pelo ni que sea más serio. No soy un accesorio en su estilo de vida. Soy una necesidad. Soy el tío que va a abrir su capullo de larva. No necesita cambiarme, necesita que yo la cambie a ella. Al menos hasta que sus pequeñas alas de mariposa sean suficientemente fuertes para salir volando.

Y nadie pensaría que una chiquilla de 1,57 de altura, con gafas, pudiera beber como lo hace ella. Resulta que el whisky no es su bebida favorita, pero vaya si se bebe bien el vino con sabor a frutas. Así que un día tomo la iniciativa y le compro una botella de vodka de cítricos Grey Goose y la mezclo con zumo de arándano y manzana y me dice:

—¡Guau! ¡Esta es la mejor bebida de todos los tiempos!

Es tan gracioso... Un día estábamos en el supermercado por la tarde después de haber bebido bastante alcohol y, ¿con quién nos fuimos a encontrar?, pues con la mismísima Krystal Krittenbrink. Estábamos en el pasillo de la comida basura: un pasillo de twinkies y bolas de coco, y Krystal le dice:

—Oye, Aimee, ¿no has visto el letrero de la puerta? Se supone que no se pueden meter mascotas en la tienda.

Por supuesto, se refiere a mí. Es un chiste muy viejo y no es algo en lo que yo hubiera pensado dos veces, pero Aimee interviene y le contesta:

—Oye Krystal, ¿nadie te ha dicho que si te comes otra caja de pastelillos te va a explotar ese culo gordo que tienes?

De acuerdo, tampoco es lo más original del mundo, pero es bastante sorprendente considerando la historia de Aimee con Krystal.

—¿Estás borracha? —pregunta Krystal después de que se le pase la sorpresa de ver defenderse a la pequeña y tímida Aimee.

—Sí lo estoy —le dice Aimee, orgullosa—. Estoy espectacularmente borracha.

Krystal me mira a los ojos.

—Muy bonito. Espero que estés orgulloso. Si sigues así, tal vez logres transformarla en alguien tan idiota como tú.

Se da media vuelta y sale de la tienda dando grandes zancadas. Aimee empieza a reírse.

—Mira cómo le tiembla ese culo gordo. Apuesto a que llegaría a un 7.8 en la escala de Richter. Tal vez un nueve en la escala modificada de Mercalli.

Me coge del brazo y casi se dobla en dos de la risa. Yo me río con ella, pero la verdad es que no puedo evitar sentir un poco de pena por Krystal. A nadie le gusta ver a alguien perder a un amigo. Y está equivocada sobre mi intención de cambiar a Aimee. Si intentara cambiarla, la convencería de que se quitara las gafas y se pusiera unas lentillas. O la convencería de que dejara de usar esas camisetas con estampados de cabezas de caballo en la parte delantera.

Pero, una cosa es segura, yo nunca la he obligado a emborracharse. ¿Puedo evitar que le guste? Vamos a ver, ¿a quién no le gusta?

CAPÍTULO 42

Ahora bien, solamente porque esté saliendo con Aimee, eso no significa que no pueda relacionarme con otras tías. Siempre podéis encontrarme en el pasillo en los intercambios entre clases hablando con Ángela Díaz o Mandy Stansberry u otra. Y, por supuesto, continúo con mi voz de mafioso y mis bromas con Shawnie. No tiene nada de malo. Somos amigos.

Aimee no tiene problemas con eso, pero no estoy tan seguro de que le parezca bien que quede con Cassidy para beber unas copas los jueves por la tarde como hemos estado haciendo. No pasa nada, pero debo admitir que tengo una relación más complicada con ella que con las otras tías. Los sentimientos que tuvimos el uno por el otro siguen ahí a flor de piel.

Como lo único que hacemos es sentarnos a hablar, podríais pensar que debería decírselo a Aimee, pero me imagino que su confianza todavía no está preparada para soportar algo así. No tiene sentido provocar problemas innecesarios. Supongo que Cassidy tampoco se lo ha contado a Marcus, pero con las tías no se puede confiar mucho en las suposiciones.

Un viernes por la tarde, después de mi última clase, apenas acabo de salir por la puerta cuando me llama Derrick Ransom.

—Sutter. Oye, Sutter, Marcus te está buscando.

—¿Marcus? ¿Para qué?

—Mejor que te lo cuente él.

No me gusta la expresión en el rostro de Derrick. Parece demasiado contento, de una manera un tanto malvada.

—Bueno —le digo, alejándome hacia el aparcamiento—, probablemente le va a costar trabajo encontrarme.

—¿Por qué?

—Porque me fui a Liechtenstein ayer.

Ahora bien, yo no soy de esos que se quedan pensando en que algo potencialmente maligno va a descender volando de los cielos con unas garras oscuras y encorvadas, pero esa noche, en el trabajo, no puedo evitar pensar qué será lo que Marcus tiene en mente. ¿Se habrá enterado de alguna manera de que me paso las tardes de los jueves bebiendo con Cassidy? O, peor aún, ¿habrá tenido Cassidy un cortocircuito cerebral y le habrá contado lo del día ese que salimos y casi nos acostamos? Ninguna de las opciones suena bien para Sutterman.

He visto lo que pasa cuando los celos envenenan el torrente sanguíneo. Me viene Denver Quigley a la mente. Le basta ver a un tipo hablando con Alisa Norman y ya está dispuestísimo a ir a darle una paliza. Antes de salir con Alisa, el año pasado, estuvo a punto de asesinar a Curtis Fields por conducir con Dawn Wamsley por la calle 12. Quigley había cortado con Dawn hacía una semana. Vamos a ver, esa chica cambiaba de tío como si fueran tampones usados. De todas maneras, Quigley se puso hecho un gorila de espalda plateada con alguien que solía ser su amigo.

Voy doblando camisas al tiempo que me imagino una película donde yo soy el protagonista: Sutter «El Salvaje» Keely, campeón mundial de kickboxing. Y ahí estoy bailando y esquivando, moviéndome con la rapidez de un guepardo, tumbando a Marcus con una brutal patada voladora a la barbilla: ¡*Craaaaac!*

Pero no me sirve de mucho. No he dado ni una sola clase de kickboxing en mi vida y, además, Marcus es tan alto que probablemente me desgarraría la ingle entera tratando de darle una patada en cualquier sitio por encima de la hebilla del cinturón.

Es suficiente para deprimirme incluso a mí, que no suelo hacerlo. Eso era algo que siempre me enorgullecía. Lo lucía como si fuera una Medalla de Honor del Congreso. Pero últimamente, no sé, es raro, a veces siento que una grieta negra descende por mi estómago, la misma que apareció cuando Cassidy me dijo lo que quería que hiciera por ella y no le presté atención. Solamente que en esta ocasión es más bien como si hubiera estado soñando despierto cuando el Ser Supremo me reveló lo que debía hacer con mi vida y ahora ya fuera demasiado tarde para preguntar qué era.

De vez en cuando, la campana sobre la puerta se mueve y no puedo evitar dar media vuelta bruscamente para ver si la muerte se acerca caminando. Después de la tercera vez, Bob me pregunta si espero a alguien, así que me sincero y le explico la situación.

—Entonces, ¿soy el malo por querer quedar con mi ex novia? —le pregunto—. ¿Por algo así me merezco un puñetazo en el ojo?

Bob se queda un segundo pensando. Solo se le puede querer. Siempre te trata como si tu vida significara algo, como si valiera la pena poner a trabajar la vena de su frente por esta situación.

—No —me responde—. No eres el malo, Sutter. Eres un buen chico. Solamente que no tienes una noción realista sobre las consecuencias.

Debo admitir que tiene razón. Pero eso también lo suelo portar como una Medalla de Honor del Congreso.

Después de las siete y media, la campana que hay encima de la puerta ya ha dejado de sonar por hoy, es otra noche poco movida, pero un poco antes de que llegue la hora de cerrar, un coche aparca frente a la tienda. Las luces se apagan, pero no se baja nadie. No alcanzo a distinguir si es el Taurus de Marcus.

A las ocho, cerramos las puertas y apagamos la mayoría de las luces. El coche sigue ahí. Por lo general, yo me voy y dejo que Bob termine con el papeleo, pero hoy no tengo ninguna prisa. Así que Bob me dice:

—Te acompaño al coche, si quieres —pero eso me parece demasiado de niño de Primaria. No es tan mala idea, sin embargo, que se quede mirando por la ventana para que pueda separarnos antes de que Marcus empiece a darme puñetazos con esos brazos suyos.

—De acuerdo —me dice—. Hazme una seña baja con la mano si quieres que salga. Hazme una seña alta, por encima de la cabeza, si todo está bien.

CAPÍTULO 43

No pasa nada hasta que casi llego al coche, y entonces, ahí está Marcus, desdoblándose desde su Taurus.

—¡Oye, Sutter, tío! Quiero hablar contigo.

—Eh, claro, si no tardas mucho. Se supone que tengo que estar en un banquete de la policía como en treinta segundos. Probablemente enviarán una patrulla a buscarme si se me hace tarde.

No sonrío.

Me apoyo con gesto desenfadado contra mi coche, tratando de darle un aire relajado al momento. Pero él no sigue mi ejemplo y se queda de pie justo enfrente de mí, invadiendo mi espacio personal en unos cinco incómodos centímetros.

—¿Qué está pasando entre tú y Cassidy? —nada de andarse por las ramas con Marcus.

—¿De qué hablas? —pienso. Maldita sea, Cassidy y yo ni siquiera nos acostamos aquel día y de todas maneras me he metido en problemas.

—Me he enterado de que quedas con ella los jueves por la tarde a mis espaldas.

Cuestionar la fuente de la que ha obtenido esa información no parece ser una buena táctica en este momento, así que le digo:

—Sí, a veces quedamos. Somos amigos, ¿sabes?

—Lo sé, solamente quiero saber cómo de amigos sois.

Bob sigue asomado por la ventana, pero no logro interpretar bien la situación como para decidirme qué seña hacerle.

Miro a Marcus a los ojos.

—Verás, ella y yo somos buenos amigos. Íntimos. Aunque ya no salgamos juntos, eso no va a cambiar.

Sus ojos dejan de mirarme y entonces me doy cuenta. No está aquí para asesinarme. Está aquí porque está herido. La duda ha carcomido al poderoso Marcus West hasta los huesos. Repentinamente, cualquier sensación de celos que yo pudiera tener se evapora, y me doy cuenta de que yo soy el que tiene la sartén por el mango en esta situación. Puedo retorcerle el cuchillo y meterlo más profundamente a su corazón o puedo sacárselo. Tratándose de mí, opto por la segunda alternativa.

—Oye, Marcus, tío, Cassidy y yo siempre seremos amigos. Pero la cosa es así: solo seremos amigos y yo ya estoy saliendo con otra persona.

—Sí, pero todo el mundo sabe que dejarías a Aimee Finecky en un segundo si pudieras volver con Cassidy.

—Tal vez eso sea lo que piensa la gente —respondo, algo molesto—. Pero eso es porque no conocen a Aimee. Es mi novia ahora y Cassidy la tuya. Caso cerrado.

—No estoy tan seguro —su voz de barítono se quiebra a media oración. No me lo puedo creer, está al borde del llanto.

—Así son las cosas —le confirmo. ¿Cómo puedo seguir enfadado con semejante expresión lastimera mirándome a la cara?—. Mira, no hay nada entre Cassidy y yo, excepto que nos divertimos y nos relajamos un poco juntos —obviamente no le menciono nada sobre los sentimientos residuales de cuando salíamos juntos.

Marcus se mira las manos. Está nervioso, y retuerce su llavero.

—Sí, bueno, ese es el problema. No debería quedar con otro tío para divertirse. Yo quiero ser ese tío. Quiero ser el que la haga reír.

Miro en dirección a Bob y le doy la señal de que todo está bien.

—Mira, Marcus, tú *puedes* ser ese tío. A ver, no hay ningún motivo para que no se divierta conmigo y contigo también, solo que de maneras diferentes.

Sacude la cabeza.

—No, tío, yo sé que yo no soy tan divertido. Y ella necesita diversión, lo noto por cómo habla de ti. Pero no sé cómo hacerla reír ni nada por el estilo. No soy tan gracioso como tú.

Esto es demasiado extraño. Marcus siempre me había parecido un tío seguro y confiado. Ahora está aquí auto flagelándose porque no es gracioso. Lo que hace el amor.

—Pero, oye, tío, eres Marcus West. Tienes la seguridad en ti mismo, el estilo. Eres emprendedor, tío. No te limitas a soñar las cosas, las haces. Si toda nuestra

generación fuera como tú, tal vez realmente lograríamos cambiar el mundo.

—Sí, pero sería un mundo aburrido.

—No eres aburrido, Marcus. Eres un tipo interesante. Tienes opiniones y causas en las que crees y cosas así. Y yo me doy cuenta de que estás loco por Cassidy, ¿no?

—Sí, tío. La verdad es que sí.

Mi corazón se desangra por este tipo, pero también lo hace por Cassidy. Ella está con otro tío ahora mismo, y pudo escoger a alguien mucho peor que Marcus West.

—Mira, Marcus —le daría una palmada en el hombro, pero sería incómodo dado lo alto que es—. Déjame que te dé un consejo. Para empezar, tú le gustas. Me ha dicho que le gustas, así que puedes creerlo, cien por cien.

—¿Eso te ha dicho?

—Absolutamente —bueno, he de admitir que esto me duele más de lo que pensaba, pero es por una causa noble—. Y, otra cosa —ahora estoy que lo tiro—, también me ha dicho que cree en las mismas causas que tú y eso. La tía solía agotarme con esas cosas. Pero tal vez podrías relajarte un poquito con eso de salvar el mundo. Vamos, que, a pesar de lo jodido que está el mundo, con la guerra y los campos de tortura y los edificios que explotan y toda esa mierda, el tema puede terminar por hacerte polvo solo de pensarlo.

—Oye, eso no es lo que trato de hacer —nunca he visto a alguien ser tan sincero. De hecho, no he visto a mucha gente mayor de nueve años parecer tan sincero. Continúa—: Nadie puede salvar el mundo solo. Lo único que intento es hacer mi parte. Eso me viene de mi madre, mis hermanos y de la iglesia a la que vamos. ¿Sabes? Empiezas con las cosas pequeñas en tu propio mundo y dejas que vayan creciendo desde ahí. Eso es lo que intento hacer.

—Sí, bueno, pues eso puede ser demasiado para alguien como Cassidy, que está más acostumbrada a hablar sobre hacer las cosas que a hacerlas de verdad.

—Pensé que le gustaba hacerlas. Pero, bueno, no tiene que hacer todo lo que yo hago. Todos somos diferentes. Para ser sincero, a veces yo también me estreso. Estoy bajo mucha presión. A veces siento como si tuviera un alambre tenso dentro

de mí a punto de reventar, pero no creo que eso sea razón para darse por vencido.

—Bueno, pues dile eso. No vayas por ahí haciéndote el machote que no le cuenta sus problemas a su novia. Siéntate con ella y habla de esto, sácalo todo. Y, tío, no planees tanto las cosas, deja que sucedan. Además, no te haría mal beberte una cerveza de vez en cuando. Tal vez algo de whisky.

—Yo no hago eso.

—Era solo una sugerencia.

Me estudia un segundo.

—De verdad aprecio que hables conmigo de esto, Sutter. Es muy loable de tu parte. Supongo que yo siempre he pensado como todo el mundo, que eras solamente un payaso, pero no lo eres. No lo eres para nada.

—Espera, ¿quién dice que soy un payaso?

—Solo estoy diciendo que tienes mucho más dentro de ti de lo que aparentas. Tienes corazón.

—Ah, claro, sí que tengo. Tengo un corazón del tamaño de una tuba.

—¿Sabes qué? Apuesto a que si lo intentaras, tú también podrías cambiar un poco el mundo.

—Te dejaré eso a ti, Marcus. Tú lo tienes todo bajo control —extendiendo la mano y me da un buen cálido apretón. Ya vuelve a ser Marcus West.

—¿Por qué no vas a ver a Cassidy? —le digo—. Estoy seguro de que le encantaría verte.

Sonríe.

—Creo que voy a hacer eso. Gracias de nuevo. Eres un buen tío.

Camina hacia su coche y se vuelve a doblar para entrar en su Taurus. Bob está de nuevo en la ventana. Qué buen tipo. Le hago otra seña con la mano para que sepa que todo está bien. Por el momento, la amenaza ya ha pasado.

Pero al arrancar y salir del lugar, no puedo evitar repasar la conversación. No hay dobles interpretaciones. Sin duda, acabo de darle las llaves del corazón de Cassidy. Al menos por un par de meses. Ese es mi aporte a su relación antes de que se colapse bajo el peso de la inmensa sinceridad de Marcus.

CAPÍTULO 44

Aimee todavía no se ha cansado de mí y no puedo decir que eso sea malo. De verdad disfruto de estar con ella. Siempre está dispuesta a todo lo que se me ocurre. La cosa es que, ahora que ya se ha hecho público el secreto sobre mis tardes con Cassidy, tengo que explicárselo a Aimee antes de que se entere por otra persona. A Krystal Krittenbrink le encantaría transmitirle el cotilleo.

La comida me parece un buen momento para darle la noticia. Es más difícil que una discusión se salga de control dentro del McDonald's que si estamos los dos solos en casa. Por supuesto, Aimee nunca me ha dado motivos para pensar que sea de las que montan numeritos, pero nunca se sabe lo que puede suceder.

Pero resulta que soy un genio. Empiezo contándole cómo le aclaré a Marcus lo mucho que le gusta a Cassidy. Luego menciono, como si no fuera importante, todas las cosas buenas que Cassidy dice sobre ella cada vez que quedamos para tomar algo los jueves por la tarde. Y es cierto, Cassidy me ha dicho que piensa que Aimee es una verdadera dulzura. De todas formas, lo de *los jueves por la tarde* no le pasa desapercibido a Aimee.

—Pensaba que tenías que trabajar los jueves por la tarde —me dice.

—Sí, pero entro más tarde. A nadie le hace mal activarse un poco antes de trabajar, sabes.

Se queda mirando su hamburguesa.

—¿Dónde vais a beber?

—A ninguna parte. Nos quedamos casi siempre en su patio.

—¿En su casa?

—Sí. De hecho, a veces hablamos sobre salir los cuatro juntos: Cassidy, Marcus, tú y yo.

Tal vez no esté diciendo exactamente la verdad, pero podríamos organizar algo así en algún momento en el futuro y eso hace que el asunto tenga un tono positivo.

—¿Qué te parece? ¿Te apetecería que lo hiciéramos en algún momento?

—Eh, claro, está bien, supongo.

—Qué bien. ¿Quieres coger de mis patatas?

—Gracias.

Y eso es todo. Nada de acusaciones, nada de lágrimas, ningún numerito. Todo está bien. Por el momento.

Claro, la situación podría haberse tornado más emocional si ya nos hubiéramos acostado, pero he evitado sabiamente que eso suceda para que las cosas no se compliquen demasiado cuando llegue el final. Hasta el momento, lo único que hemos hecho es el ya acostumbrado beso-y-toqueteo-en-el-coche fuera de su casa. Me imagino que no llegaremos muy lejos siempre que exista la amenaza de que aparezcan la madre de Aimee o Randy-la-morsa.

Veréis, estoy de acuerdo con lo que dice Cassidy: una vez que te acuestas con alguien, siempre estarás unido a esa persona por un hilo astral. Yo no soy ningún experto en temas astrales, pero en definitiva ahí hay algo de verdad, y la verdad es que no quiero que Aimee se quede enredada en un hilo pegajoso cuando llegue el momento de decirle adiós a Sutterman.

Pero no es tan sencillo. He contado hasta un millón, he hecho una lista con la mayoría de los presidentes y me he imaginado escenas de mi película antigua favorita, *Dos tontos muy tontos*, solamente para mantener el calentón bajo control cuando la beso. Sé que le dije a Ricky que no había manera de que se convirtiera en una tía buena, pero el cuerpo no miente. La cabeza sí, pero el cuerpo no. Mis huevos hinchados demuestran mi teoría cada vez que vuelvo de su casa.

Pero el mayor reto todavía está por llegar. Un par de días después de nuestra charla sobre Cassidy en el McDonald's, Aimee me plantea la gran pregunta de si quiero pasar la noche en su casa y ayudarla a repartir periódicos al

día siguiente. Shane va a dormir en casa de un amigo y su madre y Randy se van de fiesta toda la noche a los casinos indios.

Tal vez la elección del momento sea una simple coincidencia, pero no puedo evitar preguntarme si Aimee planea que nuestra relación avance hasta el dormitorio para poder competir con Cassidy. Por supuesto, pasar la noche juntos no implica que debamos acostarnos, pero ciertamente será mucho más difícil evitarlo. Pero ya me conocéis, yo siempre estoy dispuesto a aceptar un reto.



Cuando llega la gran noche, hago lo que siempre hago, le digo a mi madre que voy a pasar la noche con Ricky. Entonces, consigo películas, pizzas, patatas, salsas, Twinkies, whisky, 7UP, vodka y zumo de arándano y manzana. Claro que, cuando llego a casa de Aimee, tiene puesta música suave de los sesenta y velas colocadas por todo el salón, así que mi súper reto ya empieza con diez grados adicionales de dificultad.

Tenemos tres películas para escoger, dos comedias y una película tristonra de ciencia ficción. Nada demasiado romántico. Definitivamente, nada con desnudos. Empezamos con la película de ciencia ficción, lo cual funciona muy bien porque Aimee me la está explicando y no queda mucho lugar en la conversación para pensar en asuntos de pasionales. Ese es mi gran temor, quedar atrapado en una de esas conversaciones de: «¿Hacia dónde se dirige nuestra relación?».

Lo extraño es que la película y sus comentarios en realidad me parecen interesantes, en especial después de que ella se tome un par de vodkas y empiece a coger carrerilla. Es una de esas películas ambientadas en una sociedad disfuncional en un futuro cercano. Reina el totalitarismo. La mitad de los personajes parecen refugiados de un club de punk-rock de los setenta y la otra mitad parecen nazis espaciales. Una de las mujeres es bastante sexy para ser calva.

Aimee dice que los temas son simples: adiós a la individualidad, adiós a la originalidad. El futuro uniforme y desalmado se acerca y las semillas ya han sido plantadas. Ha escuchado o leído billones de historias similares. Eso es lo que teme la gente, dice, porque piensan que es como la muerte, y la muerte es la ladrona por excelencia de la identidad.

—¿Tú piensas que la muerte es así? —le pregunto.

—No —me dice—. Creo que cuando morimos no perdemos nuestra identidad, sino que adquirimos una mucho, mucho más grande. Tan grande como el universo.

—Esa es la mejor noticia que he escuchado en todo el día —le digo y chocamos los vasos para brindar por nuestros grandes seres universales.

Hay una chica punki en la película con un padre bastante anciano también punki. Creo que el actor que hace de padre solía ser una estrella. Es triste, de cierta forma, ver cómo envejecen las estrellas de cine bajo su fabuloso pelo. Pero esta es la única parte de la película que le parece novedosa a Aimee. Cuando termina, admite que el padre le recuerda a su propio padre porque ellos se entendían el uno al otro como nadie más los entendía.

Su padre fue de quien heredó el gusto por la música sesentera. Solía cantarle esas canciones. También le leía, incluso cuando ella ya sabía leer. Le encantaba un tipo llamado Kurt Vonnegut y otro que se llama Isaac Asimov. Estoy seguro de que escribían cosas de ciencia ficción. Por las noches, le leía capítulos enteros y le explicaba sobre la marcha la filosofía que había tras lo que leían.

—Solía poner un pequeño cenicero rojo en el marco de la ventana y echar el humo hacia fuera para que yo no tuviera que respirarlo. Y solía llevar una vieja gorra de los Cardenales de San Luis inclinada sobre la parte de atrás de la cabeza. A veces se reía tanto mientras leía que casi no podía continuar.

—Me cae bien —le dije.

—Era un soñador.

—Eso está bien. Me gusta escuchar los sueños de los demás. No creo que mi padre tuviera sueños. Era como yo, cada segundo es un sueño para los tíos como nosotros.

—Bueno, tuvo que tener ambiciones para terminar trabajando en el último piso del edificio Chase haciendo todos esos negocios.

—¿Qué?

—Ya sabes, ¿te acuerdas que me contaste que trabaja en el edificio Chase, en

el centro?

—Ah, sí, claro, claro, claro. Supongo que me he distraído, pensando en cómo era antes. Era divertido. Pero ahora es un adicto al trabajo.

Se acerca y me pone la mano en la pierna.

—Tal vez deberíamos visitarlo algún día. Me encantaría conocerlo. Después de todo, tú ya has conocido a toda mi familia y yo no conozco a nadie de la tuya.

—Sí, hagámoslo algún día.

—¿Cuándo?

—No sé, algún día.

—¿Qué tal mañana? Bueno, si no es muy precipitado.

—No es buena idea —me quedo mirando hacia la tele, aunque la película ya ha terminado—. Además, probablemente trabaje hasta muy tarde.

—¿El domingo?

—Ya te lo he dicho, es adicto al trabajo.

—Entonces qué te parece si le damos una sorpresa en la oficina. Podemos llevarle un poco de la pizza que ha sobrado.

—No es buena idea.

—Siempre he querido saber cómo se ve todo desde lo alto de uno de esos edificios.

—Mierda —le quito la mano y la miro a la cara—. ¿Podrías dejar de hablar de una vez sobre visitar a mi padre? Eso no va a pasar, ¿vale?

Se sonroja intensamente y se encoge, retrocediendo. Parece como si la hubiera abofeteado o algo parecido. Pero, en serio, esta chica no sabe cuándo parar.

—Lo siento —me dice con la voz quebrada.

—Bueno es que no dejabas de insistir. No me gusta que me fastidien así,

¿sabes?

—Ya lo sé, ya lo sé, ha sido muy estúpido por mi parte. No sé qué me pasa.

Juro que se encoge tanto que parece que fuera a desaparecer entre los cojines del sofá.

—Oye —le digo, dándole una palmada en la pierna—. No pasa nada. Solo me ha molestado un poco.

—No, sí lo sé. Estoy actuando como mi madre y juré que nunca lo haría. Pero supongo que cuando tu familia está desequilibrada, tú también lo estás —ahora ya está llorando.

—No estás desequilibrada. Ven aquí—la abrazo—. Es solamente que lo de mi padre es un tema sensible para mí, ¿sabes?, pasa más tiempo trabajando que conmigo.

—Lo siento mucho —se seca las lágrimas en mi hombro—. Soy tan tonta, debería de haberlo sabido.

Esta chica no puede dejar de disculparse, así que hago lo que tengo que hacer. La beso. Y la beso y la beso hasta que las lágrimas se secan y para entonces ya estamos pegados en el sofá con las manos bajo la camisa del otro y ella me dice:

—Me alegro tanto de haberte conocido.

—Yo también me alegro de haberte conocido —y las palabras se pierden en más besos.

CAPÍTULO 45

Le beso la boca, los párpados, las cejas, la frente, las orejas, el cuello, incluso los pechos por encima de la tela de la camiseta. Rodamos hacia un lado y hacia el otro. Primero estoy yo arriba, y luego ella, y luego estamos de lado, y el sofá es tan pequeño que Aimee casi se cae al suelo. La abrazo con fuerza y le digo:

—No te preocupes, no voy a dejar que te caigas.

Y ella me dice suavemente:

—¿Podemos ir a mi habitación? Hay más espacio en la cama.

—Claro que podemos —le respondo, tratando de imaginarme la edición completa y extendida de *Dos tontos muy tontos*, contando hasta un billón e incluso visualizando la disección de una rana. Lo que sea con tal de no llegar demasiado lejos con esta chica. A ver, si se ha puesto a llorar porque le he dicho que se callara, ¿qué va a pasar cuando tenga que cortar con la persona con la que se acostó por primera vez?

Es extraño estar en su cama en medio de una habitación llena de novelas de ciencia ficción y dibujos de la Comandante Amanda Gallico a caballo. Pensaréis que es el sitio menos sexy del mundo, pero no es así. Al contrario, es super íntimo, como si estuviéramos solos en nuestra peculiar capsulita espacial, viajando por el universo.

—Me gustas tanto —me dice entre besos. Y me doy cuenta de que quiere decir *te quiero* en vez de *me gustas*, pero no porque me quiera, sino porque quiere decir eso. Pero claro, no puede. No si yo no lo digo antes.

—O sea, en serio, de verdad que me gustas.

—Eres espectacular —le digo—. De verdad lo eres.

—¿Podemos quitarnos la ropa? —me pregunta.

¿Qué le voy a responder? ¿Que *no*? A ver, no hay una película lo suficientemente graciosa ni un número tan grande ni una rana muerta tan horrenda como para detener las cosas ahora.

—Claro que podemos —mi boca está tan cerca de la suya que parece como si mis palabras cayeran dentro de ella como monedas en un pozo de los deseos.

Esta es siempre la parte incómoda. ¿Yo le voy a quitar la ropa a ella? ¿Ella a mí? ¿O cada cual se quita la suya? Es decir, ¿quién quiere pelearse con los calcetines de otra persona? Así que hacemos un poco de ambas cosas.

Tengo que retirar todo lo que he dicho de que esta chica no estaba buena.

Sin sus camisetas ridículas con caras de caballo y sus vaqueros de culo ancho comprados en el supermercado, su cuerpo es absolutamente fabuloso. No es un cuerpo de curvas peligrosas. Más bien es la pureza de su piel. Alabastro bajo el brillo del reloj digital.

—La desnudez —le digo— te sienta de maravilla.

No se corta con dónde pone las manos, así que yo tampoco me corto. Vamos a toda pastilla cuando de pronto, se sienta y me dice:

—Espera un momento. Vuelvo en un segundo.

Y yo pienso: ¡Joder! ¿Se ha asustado después de haberme hecho llegar al punto en que ya no hay vuelta atrás? Pero entonces regresa a la habitación alegremente y se mete a la cama con un condón del escritorio de su madre.

—Tomemos precauciones —dice. Esta chica ha pensado en todo.

A Cassidy siempre le gustaba ponerse arriba, y así es espléndido, pero con Aimee me imagino que el método tradicional será mejor. Podemos ponernos creativos en otra ocasión. En este momento, solo necesito facilitarle el paso por este trance. Me imagino que probablemente ya será mejor que lo hagamos. Así puede adquirir un poco de experiencia con alguien que en realidad solo busca su bienestar. Ninguna preocupación. Solo cosas positivas.

A mitad de faena, me fijo en su rostro. Su expresión es sublime, tiene los ojos cerrados y su boca se abre ligeramente haciendo pequeños sonidos con cada uno de mis movimientos. Parece una santa rezando. De pronto, siento cómo todas las capas que han cubierto mi propia pureza empiezan a desaparecer. Cuanto más rápido vamos, más capas se van quemando, hasta que llega el momento mágico y no queda nada salvo el yo original, tan puro como el cuerpo de ella, brillante y glorioso.

CAPÍTULO 46

Nos quedamos así, tumbados en silencio durante un largo rato y le acaricio el pelo hasta que ella dice:

—Eres increíble. Ha sido como si fuéramos una sola alma.

Le beso la frente y le digo:

—Gracias. Supongo que es bastante fácil parecerle increíble a alguien en su primera vez.

No me responde nada, así que le digo:

—¿Ha sido tu primera vez, verdad?

No hay respuesta.

—¿Aimee?

Finalmente, me responde.

—No exactamente.

—¿Qué quieres decir? Creía que me habías dicho que nunca habías tenido novio.

Ella vuelve a dudar, mantiene los ojos cerrados y la barbilla inclinada. Es raro, pero percibo una extraña corriente eléctrica negativa en mi estómago mientras aguardo la respuesta. Como si en realidad temiera lo que me va a decir.

—No quiero que me odies.

Le beso la frente.

—Eso no sucederá nunca. No se te puede odiar.

—¿Me lo prometes?

—Te lo juro por un montón de Seres Supremos.

—En serio...

—De verdad. Te prometo que no te odiaré.

Deja escapar un fuerte suspiro.

—Es algo que simplemente pasó —me dice—. A ver, no lo planeé.

—Oye, te entiendo. Yo no planeo prácticamente nada.

—La cosa es que yo tenía catorce años y, ya sabes, no sabía nada sobre chicos, y el hijo de Randy se quedó a dormir.

—Dios, ¿el hijo de Randy-la-morsa?

—Sí —me dice como disculpándose—. Mi madre le preparó el sofá para que durmiera ahí, pero en algún momento después de que todos se fueran a dormir, entró en mi habitación y me preguntó si podía dormir conmigo. Me dijo que el sofá era muy pequeño y que le dolía la espalda.

—Dios, qué excusa de mierda.

—Y yo pensé que no habría problema. Bueno, casi éramos parientes en cierto modo. Así que se metió bajo las mantas y se deslizó hasta quedar pegado a mí. Y empezó a decirme lo cómoda que era mi cama y lo cálido que estaba mi cuerpo y luego me dijo que me había estado observando durante toda la cena y que le gustaba la manera en que comía.

—¿Te dijo que le gustaba cómo comías?

—Sí. Y ahí estaba yo, tumbada boca arriba. Entonces me puso la mano en la tripa y empezó a acercar la nariz a mi pelo y a decirme lo guapa que era. Yo me limité a cerrar los ojos e intenté que mi corazón latiera menos rápido, pero no podía. En realidad nadie se había interesado antes en mí y él parecía realmente interesado.

—Seguro que sí.

Su rostro se compunge.

—No, no lo estaba. Tal vez solo en *eso*, pero no en mí. Debí de haberlo sabido. A ver, ¿qué tío de veinte años se interesaría por una niña de catorce?

—¡Joder! ¿Estás de coña? ¿Tenía veinte? Qué perverso.

—Bueno, pero la cosa fue que yo pensé que un tío mayor veía algo en mí que ninguno de los chicos del instituto veía. Algo que nadie más alcanzaba a ver.

Incluso me dijo que me quería, y yo no había escuchado eso desde que murió mi padre, así que me sentí muy especial. Era como si yo fuera la Bella Durmiente despertando con sus besos. Pero realmente no sabía qué hacer, así que me quedé ahí dejando que me lo hiciera y entonces empecé a llorar y me puso la mano en la boca. Y luego, cuando terminó, volvió al sofá. Después, durante el desayuno, ni siquiera me volvió a mirar. No ha vuelto desde entonces. Creo que ahora vive en Colorado.

— Ese tío es el rey de los pervertidos. No puedo creer que tu madre siga con Randy después de eso.

— Nunca se lo conté.

— ¿Qué? Deberías habérselo contado. Eso fue una violación.

— Nunca se lo había contado a nadie. Hasta hoy.

— ¿Ni siquiera a Krystal Krittenbrink?

— Solo a ti.

Nos quedamos ahí en silencio. Es difícil pensar en algo que decir después de eso. Pasado un rato, siento sus lágrimas en mi hombro.

— No llores —le digo.

— Debes de pensar que soy terrible —dice ella.

— No pienso que seas terrible. ¿Por qué dices eso?

— Ni siquiera eres capaz de hablarme.

Le acaricio el pelo.

— Solamente estoy pensando. Hay algo que tampoco te he contado sobre mí, algo que nunca le he dicho a nadie. Pero tienes que prometerme que no me odiarás, igual que yo te lo he prometido.

Lo promete.

— ¿Te acuerdas que te conté que mi padre trabaja en el último piso del

edificio Chase?

—Sí.

—Bueno, pues es mentira. Le he mentado a todo el mundo desde Primaria. Incluso a Ricky. La verdad es que ni siquiera sé dónde está mi padre. Después de que mi madre lo echara de casa, desapareció. Así que me inventé que era un gran ejecutivo. Lo fingí con tanta intensidad que casi empecé a creérmelo yo mismo, así que en realidad solo es una mentira a medias.

—¿Nunca has sabido nada más de él?

—Creo que recibí una tarjeta de cumpleaños de su parte hace mucho. Pero básicamente, mi madre lo echó de la casa igual que ahora le gustaría echarme a mí. Pero así es el mundo, ya sabes. Todo es desechable.

Me abraza por la cintura y apoya la cabeza en mi pecho.

—No te preocupes —me dice—. Yo nunca te echaré de casa.

CAPÍTULO 47

Las tías están equivocadas sobre cómo nos comportamos los tíos con nuestros amigos. Creen que lo único que hacemos es hablar de deportes y porno, contar chistes guarros y presumir sobre nuestras aventuras sexuales. O mentir sobre ellas. Y, de acuerdo, sí hacemos un poco de todo eso, pero si tienes un mejor amigo, puedes ir más allá. Puedes abrir todas las habitaciones. Bueno, excepto una. No puedo contarle a nadie la historia de Aimee y el hijo de Randy-la-morsa.

Pero creedme, cuando le cuento a Ricky que me he acostado con Aimee, no estoy presumiendo. Presumir es solo para tipos que nunca van en serio. Es decepcionante, sin embargo, porque Ricky no me entiende como solía hacerlo. Me regaña:

—Tío, creía que me habías dicho que no ibas en serio con esta tía. Pensé que lo ibas a mantener todo en un nivel superficial. ¿Ahora te la estás tirando?

—No es así —le digo—. No me la *estoy tirando*.

—¿En serio? Bueno, te diré lo que me parece a mí. Es como si fueras uno de esos estafadores que va por ahí buscando víctimas vulnerables. Ya sabes, los tipos que prometen ponerle un techo nuevo a la casa de una ancianita ciega de ciento dos años y luego huyen con el dinero. Lo mismo pasa contigo. Le robas un poco de miel a esta chica y, en menos de lo que canta un gallo, ya habrás huido. Eso no está bien, tío.

Le digo que la cosa no es así. Le explico todo el asunto de la pureza y cómo parecía una santa en oración, y su actitud es:

—Sí, sí, seguro. Eso es lo que quieres creer que parecía. Estás fingiendo para creer que todo es puro e inocente.

—¿Y qué? ¿A quién no le hace falta un poco de pureza en su vida? O sea, eso es lo que estoy diciendo. Es cuestión de almas.

—Sí, claro —me responde—. El reverendo Sutter Keely, el hombre que puede salvar el alma de todo el mundo, excepto la suya.

—Como tú digas, tío —me pregunto si la razón por la que no puede entenderme es que todavía no lo ha hecho con Bethany. No me extrañaría. Probablemente todavía están en la etapa de darse-la-manita-en-el-sofá. Lo cual es bastante patético, si queréis saber mi opinión. Vamos, que si hay que ir a misa el domingo por la mañana con una tía, más vale haberse acostado con ella el sábado por la noche.

Lo que realmente me sorprende es el punto de vista de Cassidy sobre todo esto. Ahí estamos, disfrutando de una espectacular tarde de jueves tomando nuestras tradicionales copas. Marcus y Aimee parecen haber aceptado nuestras reuniones amistosas, o al menos eso dicen. Entonces, le planteo mi teoría de la pureza. Temía que me fuera a hacer pedazos por aprovecharme de Aimee, pero es básicamente lo contrario. En vez de eso, me dice:

—Sabes, te admiro por salir con Aimee.

—¿Admirar? Has elegido una palabra extraña.

—No, espera. Lo que digo es que al principio pensé que era un despecho un poco raro, pero ahora soy capaz de entenderlo. Tuve francés con ella el año

pasado. Es tímida y eso, pero es profunda. Supongo que me sorprendió que vieras eso en ella, pero cuanto más lo pienso, más sentido tiene. Creo que hacéis buena pareja.

—¿Qué quieres decir con eso de que es profunda, pero no pensabas que yo vería eso en ella? ¿No crees que yo pueda ser profundo?

—No, sabes que no me refiero a eso. Solamente pensaba que tal vez no lo verías en una chica que va por la vida con una chaqueta morada que la hace parecer una gigantesca bola de navidad.

—Oye, esa chaqueta ya ha sido enterrada en el fondo del armario.

—Bueno, sabes a qué me refiero. Una chica que es algo sutil en lo que respecta a su aspecto.

Bueno, probablemente Cassidy no quiera decir nada negativo con su comentario de «sutil», pero por alguna razón siento la obligación de defender a Aimee, y empiezo a hablar sobre su cuerpo de alabastro-bajo-la-luz-del-reloj-digital.

Cassidy se queda mirando el jardín como si de repente la fuente para pájaros se hubiera convertido en algo digno de estudio.

—Bien, muy bien —me dice, aunque me parece que tiene tantas ganas de oír hablar sobre mi vida sexual con Aimee como yo sobre la suya con Marcus—. La cosa es que me alegro de que estéis juntos. Es una buena pareja para ti.

¿Qué le pasa a la gente, que piensa que necesito algún tipo de buena influencia en mi vida?

—¿Quién sabe? —me lanza una sonrisa socarrona—. Tal vez incluso llegues a ser alguien después de todo.

—Oye —le guiño el ojo—. Ya soy alguien. Soy una maravilla absolutamente milagrosa.

Ella se ríe.

Es raro. Nuestra relación está atravesando una metamorfosis surrealista justo frente a nuestros ojos. Esos sentimientos que teníamos antes no han

desaparecido del todo, pero parecen estar alejándose más y más. *No pasa nada*, me digo. *Ahora estoy con Aimee*. Cassidy ya no es más que una ex novia. De acuerdo, quizá ahora mismo en realidad sea un nuevo tipo de amiga nunca visto, pero es solo una amiga.

Eso es bueno, me digo. *Es algo muy, muy bueno*. Podemos hablar de lo que sea y no hay por qué preocuparse de todas las trampas que existen cuando eres novio de alguien. *Sí*, me digo, *esto funcionará de maravilla*.

Pero de alguna manera, al salir de su casa esa tarde, me entra una ansiedad irresistible de pillarme una borrachera gloriosa, grandiosa.

CAPÍTULO 48

Bueno, la cosa es que la fiesta de graduación se precipita hacia mí a toda velocidad, descontrolada y con las luces largas puestas. Sin embargo, no hay de qué preocuparse. Tengo un plan. Me veo con una réplica exacta de un esmoquin de Dean Martin y una gran limusina blanca. Claro que alguien tendrá que ayudarme a pagar la limusina, así que hablo con Ricky.

—Lo siento, tío —me dice—. No puedo. Bethany ya ha hecho planes para que compartamos la limusina con Tara y Brian Roush.

—¿Roush? ¿Vas a compartir la limusina con Roush?

—Sí, ha invitado a Tara a la fiesta y ya sabes lo amigas que son Bethany y ella. ¿Ves?, podrías haber sido tú el que nos acompañara en la limusina si hubieras salido con Tara como te dije.

—Bueno pero, de todas maneras, si conseguimos una limusina grande, estoy seguro de que pueden caber tres parejas fácilmente.

Hace un gesto extraño.

—¿Qué?

—Sí, bueno, es que no eres precisamente la persona favorita de Bethany.

—¿Yo? ¿Qué tiene en contra de mí? ¿No me acabas de decir que yo estaría en esa limusina si hubiera salido con Tara?

—Así es. *Si hubieras salido* con Tara. Tal como están las cosas, creo que piensa que eres demasiado, eh, salvaje para su gusto.

—¿Salvaje? No soy salvaje, soy divertido.

—Vale. Entonces piensa que eres demasiado divertido para su gusto.

Y eso es todo. No iré en la misma limusina que Ricky. ¿Qué ha pasado con la lealtad en este mundo? Después de todo, ¿quién fue el que lio a Ricky y Bethany para empezar?

Pero no me doy por vencido fácilmente, así que llamo a Cody Dennis para proponerle la idea, pero por supuesto le da demasiado miedo invitar a una chica a la fiesta. De hecho, le da demasiado miedo que *yo* invite a una chica a la fiesta por él.

Entonces se me ocurre una solución fabulosa: ¿por qué no ponemos en práctica de una vez la idea de salir en parejas con Cassidy y Marcus? Probablemente les vendrá bien una chispa de diversión en su noche. La maniobra requiere de tacto, eso sí. Vale que Marcus no tenga problema con que Cassidy y yo quedemos como amigos ahora, pero eso no quiere decir que le vaya a encantar que vaya a la fiesta de graduación con ellos. No, la manera de demostrarles las bondades de esta propuesta es proponer primero la simple idea de salir juntos al cine. Cuando vean lo divertidos que somos los cuatro, entonces será sencillo convencerlos de lo de la fiesta de graduación.

Cassidy piensa que lo del cine es una idea genial y Marcus le sigue la corriente, pero se nota que no es precisamente un tsunami de entusiasmo. Así que ese sábado vamos a un restaurante y después a ver *Lovestruck Fool* en el cine en Bricktown. Para mí, todo va requetebién excepto tal vez porque, después de la película, a Aimee se le cae la botella de vodka del bolso por accidente y se hace pedazos en la entrada de los cines. Este tipo de situación es simplemente graciosa para mí, pero no todos tienen el mismo tipo de sentido del humor completamente desarrollado. Marcus nos mira de reojo. Sí, de *reojo*.

Así que al día siguiente llamo a Cassidy y me contesta desde el móvil porque está repartiendo comida a los ancianos con Marcus. Le propongo el trato del baile de graduación y me entero de que ya tienen planes para alquilar una

limusina con algunos de sus amigos y sus novias.

—Pero nos divertimos tanto en el cine... Somos un grupo estelar.

—Lo siento, pero ya habíamos hecho planes. ¿Qué esperabas, Sutter? La fiesta de graduación es este fin de semana. Todo el mundo tiene planes. Probablemente ya no puedas conseguir una limusina a estas alturas.

—Bueno, entonces supongo que tendré que ir a conseguir un esmoquin mañana.

—¿Qué? ¿Ni siquiera has pedido el esmoquin?

—Oye, que yo pensaba esperar hasta el día de la fiesta.

—Sutter, más te vale no echar a perder esta graduación para Aimee. Es algo importante para esta chica.

—No te preocupes —le digo con desenfado—. Está todo en orden. Las estrellas están perfectamente alineadas para que tengamos una noche súper fabulosa. Lo único que tengo que hacer es dejar que las cosas se asienten.

CAPÍTULO 49

Las cosas se terminan asentando. Casi todas. No tengo ningún problema para encontrar el esmoquin perfecto de Dean Martin. Alquilar una limusina por mi cuenta es demasiado caro, pero ¿qué tiene de malo ir en mi propio coche? ¿Pensabais que le iba a pedir el Cadillac prestado a Geech? Nunca, ni en un millón de años. No, el Mitsubishi bastará.

Solo queda una cosa; Aimee tiene que buscar la manera de librarse de repartir el periódico a la mañana siguiente de la fiesta de graduación. Me pide que la acompañe cuando se lo diga a su madre, pero le digo:

—No, de ninguna manera. Esto es algo que tienes que hacer tú sola. Tienes que hacerle frente. ¿Cómo si no vas a lograr escaparte e ir la universidad en Saint Louis?

A decir verdad, no sé cómo ha seguido repartiendo periódicos todo este tiempo. Hemos salido de fiesta en serio, pero ella sigue levantándose por la mañana a repartir sus periódicos. De verdad tengo intención de acompañarla más a menudo, no solo esa vez que pasé la noche en su casa, pero se me olvida poner el despertador, que es algo que le podría pasar a cualquiera. No me podéis culpar por eso.

Pero bueno, finalmente, cuando faltan solo un par de días para la fiesta de graduación, Aimee llega a mi casa después del instituto muy emocionada. Lo ha hecho. Le ha dejado las cosas claras a su madre.

—Le he dicho que es mi baile de graduación, que es una experiencia única en la vida y que no la iba a echar a perder por tener que repartir periódicos.

—¡Estoy orgulloso de ti!

—¡Yo estoy orgullosa de mí!

Salta a mis brazos y, para celebrarlo, nos bebemos la jarra de martinis que acababa de preparar y nos vamos derechos a la cama. Después del polvo de celebración, tumbados con nuestros martinis, me cuenta la historia en detalle, cómo ha entrado, ha apagado la televisión, y les ha expuesto el plan antes de que su madre o Randy pudieran abrir la boca. No ha levantado la voz, ni siquiera se ha puesto sensible. Se lo ha dicho tal cual.

Cuando su madre ha intentado usar el pretexto de que tal vez ella y Randy fueran a los casinos esa noche, Aimee estaba preparada y con los datos en la mano. En el último año, ella ha repartido periódicos sola más de treinta veces y nunca se ha tomado ni un día libre. Así que se va a tomar uno ahora y otro el día de la graduación y no va a haber ninguna discusión al respecto.

Por supuesto, no le ha dicho exactamente a su madre que estábamos pensando en alquilar una habitación en un motel. En cambio, le ha contado que el instituto estaba organizando varias actividades para después de la fiesta, con mucha vigilancia de adultos, que durarían hasta el amanecer. Lo cual es cierto, pero solamente los mortalmente pardillos van a esas cosas. Aunque no os voy a negar que me llaman la atención las pistolas láser que hay en esas fiestas. Debe de ser divertidísimo jugar con ellas si estás hasta las cejas.

—En realidad no le he mentado —me dice—. Solamente le he contado que el instituto organizaría unas actividades. Nunca he dicho que fuéramos a ir.

—Es perfecto —le digo. De verdad estoy orgulloso de ella—. Eres mi héroe. Igual alguna vez te pido que vengas y me ayudes a aclarar las cosas con mi madre.

Guarda silencio un segundo y luego me sale con:

—Tal vez sea hora de que tú también le plantes cara a tu madre.

—¿De qué hablas? A mi madre le da igual si no vuelvo en toda la noche el día de la fiesta. Casi ni se daría cuenta si no vuelvo en una semana.

—No me refiero a eso. Digo que deberías hablar con ella sobre tu padre. ¿Le has preguntado qué fue lo que en realidad pasó entre ellos?

—No me ha hecho falta. Siempre ha estado más que dispuesta a darme su versión falsa de que él era un infiel miserable.

—Tal vez deberías preguntarle a *él*.

—¿Y cómo voy a hacer eso? ¿Me subo al ascensor del edificio Chase y le pregunto? Ah, es verdad, que en realidad no está ahí.

—Entonces, pregúntale a tu madre dónde está. Es hora de que hables con él y averigües cuál es su versión de la historia. Yo te acompañaría.

Vamos, que está muy bien que Aimee se vuelva más decidida, pero empieza a desesperarme un poco con esto.

—Dios, Aimee, ¿a qué viene tanto interés en mi padre?

—Simplemente es que, ya sabes, yo perdí a mi padre antes de poder decirle todo lo que quería.

—Mira, me alegro de que le hayas plantado cara a tu madre. Eso ha estado de maravilla. Pero eso no significa que puedas arreglar la situación con mis padres por mí.

—Podría ser útil si lográramos hablar con él.

—No, pero sé lo que sí sería útil. Una gran celebración —me doy la vuelta y cojo mis pantalones del respaldo de la silla—. Así que yo digo: adelante con la fiesta de graduación. Todas las soluciones aparecerán en el país de la borrachera

que dura toda la noche.

CAPÍTULO 50

Mi pajarita, mi faja, y el pañuelo rojo de mi bolsillo son totalmente Dino-bulosos. La madre de Aimee abre la puerta luciendo un fabuloso corte de pelo que brilla bajo la luz de la televisión.

—Vaya, sí que pareces un caballero sofisticado —me dice y se gira para gritar—, ¡Aimee, ha llegado tu acompañante!

Aimee no sale inmediatamente, así que me quedo atrapado en el salón, intercambiando miradas incómodas con su madre y Randy-la-morsa.

Entonces Aimee aparece en el pasillo y tengo la impresión de que ha pospuesto su gran entrada a propósito para darle un efecto dramático. Deberíais saber que se ha pasado un mes entero delante del espejo para que todo salga perfecto, pero Aimee es Aimee y la elegancia no es su fuerte.

Por supuesto, se ha vuelto a echar pintalabios e incluso algo de sombra en los ojos esta vez. Encima de todo, y quiero decir, literalmente encima, se ha hecho un peinado alto que le ha quedado un poco torcido, como la torre inclinada de Pisa. Su vestido es de un tono amarillento desvaído que no le sienta muy bien a su tono de piel. La falsa sedosidad le da a sus caderas un aspecto sexy y elegante, pero el escote es prácticamente inexistente.

El efecto que surte el conjunto en mí es que me dan ganas de cogerla entre mis brazos, acariciarla y decirle que es la cosa más bonita que he visto en toda la galaxia. Que no haga caso de los comentarios de tíos como Jason Doyle, le quiero decir. Pero ni siquiera entendería por qué podría provocar comentarios, para empezar.

Hacemos el ritual de intercambio de la flor en el ojal y el ramillete, su madre nos hace un par de fotos con una de esas camaritas amarillas desechables y salimos. Ahora bien, sé que todo el mundo va a ir a restaurantes elegantes como The Mantel o Nikz at the Top, pero Aimee y yo no somos los demás.

—Entonces —me pregunta—, ¿cuál es la sorpresa? ¿Dónde vamos a cenar?

—Espera, ya lo verás.

Unos diez minutos después, las antenas de radiofrecuencia aparecen en nuestro campo visual y me dice:

—Espera, ¿vamos a cenar en Marvin's?

—¡Correcto! —le digo como si fuera un presentador de un concurso de la tele—. ¡Entréguele a la señorita un frigorífico nuevo y un galgo de cerámica!

—¿No venimos demasiado elegantes?

—Da igual. Es el simbolismo sentimental del lugar: aquí tuvimos nuestra primera cita.

—Pensaba que nuestra primera cita había sido en la fiesta del lago.

—Bueno, nuestra primera cita de sentarnos a comer.

—Solo comimos patatas con chili.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta la idea?

—No, no es eso.

—A ver, este sitio es especial, es *nuestro sitio*.

—¿En serio? ¿Nuestro sitio?

—Por supuesto.

—Entonces es perfecto —contesta sonriendo.

Yo esperaba que al personal le hiciera gracia que nos presentáramos con la ropa de la fiesta de graduación cuando llegáramos a Marvin's, pero el tío del mostrador, que puede o no ser Marvin, nos mira como si estuviéramos locos.

—Vamos a la fiesta de graduación —le digo—, y no se nos ha ocurrido un local más espléndido que Marvin's para nuestra ocasión especial.

—¿En serio? —dice el tipo sin emoción. Mira a Aimee—. ¿Y tú estás de acuerdo con eso?

—Claro —responde—, es *nuestro sitio*.

El tipo inclina la cabeza de lado.

—Muy bien. Trata de no mancharte el vestido de chili.

Nos sentamos en nuestro reservado favorito y cuando la camarera se acerca, está más animada:

—Qué guapos estáis los dos —dice—. Tendremos que traer algo especial. ¿Qué tal un filete empanado?

—¿Podemos pedirlo con patatas con chili?

—Puedes pedirlo como quieras, corazón.

Después de pedir y de que la camarera desaparezca por la parte de atrás, saco un paquete pequeño del bolsillo. Está envuelto en papel rojo y verde y el lazo es de color rojo brillante. Vale, es papel de regalo que sobró de Navidad, pero de todas maneras queda bien.

—Toma —le digo y le doy el paquete—. He estado buscándote algo para hoy por la noche.

Sus ojos se iluminan y acaricia la caja.

—No tenías que comprarme nada.

—Ya lo sé. Pero quería hacerlo.

Intenta quitarle el papel con mucho cuidado, como si no quisiera romperlo para conservarlo como recuerdo. Finalmente, le quita el envoltorio, abre la caja y mira dentro.

—Es una petaca —me dice.

—Sí, eso es. Es justo igual que la mía.

Deja la caja sobre la mesa.

—Me encanta.

—Y te habrás fijado que viene llena, también.

Todo es perfecto. Le echamos un chorrito de alcohol a nuestras bebidas, Dean Martin canta desde la máquina de discos y la carne y las patatas no podrían estar mejor. La camarera incluso nos pone una vela en la mesa para darle un efecto romántico. Si Aimee tenía antes cualquier duda sobre Marvin's, no veo cómo podría quedarle alguna cuando salimos hacia la fiesta de graduación.



La siguiente parada es el Parque Remington, donde se celebrará la fiesta. Sí, es un hipódromo, pero también tiene unas instalaciones realmente elegantes y una sala de banquetes increíble. El edificio en sí parece un palacio, iluminado con un fulgor dorado y con banderas ondeando en el techo. Además, la entrada tiene una marquesina enorme que te hace sentir como si estuvieras entrando a los Oscar o algo parecido. Muy elegante.

Dentro, la sala de banquetes está llena de sillas acolchadas y mesas con manteles blancos: fila tras fila de ellas en cinco plataformas distintas. En uno de los lados hay grandes ventanas, de hecho, una pared es de vidrio, con vistas a la pista de carreras, iluminada para nuestro deleite. Por supuesto, no hay carreras esta noche, pero las vistas son magníficas, con las luces brillando sobre la pista color marrón y los dos estanques en el lado interior.

Tengo que reconocerle el mérito al comité de organización, este sitio es genial, pero la decoración es exactamente lo que me esperaba del tema de la fiesta, el lujo y la opulencia de los que habla la canción *Puttin' On the Ritz*: recortables baratos con forma de sombreros de copa y bastones y tiaras, junto con estrellas y lunas con purpurina. Son horrendos de la manera más gloriosa. Vaya si nos vamos a dar aires de grandeza. Así que aquí estamos, los reyes y reinas de lo patético. ¡Es nuestra noche!

Aimee y yo llegamos un poco tarde, porque me he perdido un par de veces

por el camino, pero por suerte Cassidy nos ha reservado un sitio en su mesa. Es lo menos que puede hacer después de rechazar la idea de la limusina. La mesa de Ricky está en la otra punta del salón y lo veo rodeado de los amigos de Bethany y Tara. No puedo imaginar de qué estará hablando con esas personas. Por la sonrisa incómoda, que da la sensación de que llevara ropa dos tallas más pequeña que la suya, diría que él tampoco tiene mucha idea.

El ponche combina perfectamente con el Grey Goose de Aimee, pero no mucho con mi whisky, así que tengo que beber directamente de la petaca cuando tengo oportunidad, lo que no me molesta, salvo porque se supone que esta es nuestra noche especial. ¿No podría haber un poco de 7UP por algún lado?

Además, pensaba que íbamos a tener música en vivo, pero han contratado a un DJ. Para colmo, el idiota se piensa que es un genio. Lleva la gorra de lado y gafas de sol que le dan la vuelta a la cabeza. A ver, tío, estamos en un interior y es de noche. ¿Para qué necesitas las gafas de sol? Sus canciones son una versión blanca, nacida y criada en Oklahoma, con algo de influencia del rap de la costa oeste; su selección de canciones es la misma que vomita la radio todo el día. Pero no pasa nada. Yo he traído mi arma secreta: *The Essential Dean Martin*. Estoy esperando el momento adecuado para introducirlo en la mezcla.

A pesar de la música horrenda, la pista de baile está llena y después de un rato de entretener a nuestra mesa con algunas de mis historias divertidas, Cassidy y Marcus se pierden en la multitud. Os voy a decir una cosa, puede que Marcus tenga un aspecto impoluto, con su esmoquin blanco inmaculado y su camisa y corbata negras, pero en la pista de baile parece una grulla, las piernas largas y tiesas y un movimiento torpe de la cabeza hacia delante y hacia atrás. Quizá podríais pensar que el cuerpo de Cassidy, por otro lado, temblaría demasiado, pero no es así. Se mueve como elegancia líquida.

Ya sé que he venido aquí con Aimee, y estoy contento de estar con ella, pero ¿cómo podría no mirar a Cassidy? Lleva un vestido deslumbrante color turquesa que abraza cada una de sus opulentas curvas. El turquesa ilumina sus ojos, que relucen como diamantes azules, y su piel perfecta brilla como leche pulida. Mientras que Aimee tiene que estar ajustándose los tirantes del vestido para mantenerlo sobre sus hombros, el vestido de Cassidy no tiene tirantes. Su maravilloso busto lo sostiene todo por sí solo, como un increíble milagro de ingeniería anatómica.

—Baila bien —dice Aimee.

—¿Qué?

—Cassidy. Baila bien.

—Ah, sí. Supongo que sí. No me había fijado.

Cuando termina la canción, Cassidy regresa a la mesa arrastrando a Marcus de la mano.

—¿Por qué no estáis bailando vosotros? —me pregunta.

—Ya sabes que odio este tipo de música.

—¿Y qué? Yo también la odio. Pero ¿no eres tú el que siempre está diciendo que hay que aceptar lo raro? Simplemente salid a la pista y divertíos.

Tiene razón. No soy de esas personas que se preocupan por los niveles de popularidad de su música. Solamente me gusta lo que me gusta. Además, se me da bien bailar.

—Vamos —cojo a Aimee de la mano cuando empieza otra de esas terribles canciones—. *Realmente* odio esta canción. ¡Nos divertiremos!

Pero mi mano se topa con una resistencia inesperada.

—No sé —me dice—. No se me da muy bien bailar.

—Oye, con mis movimientos, puedo hacer que parezca que cualquiera lo hace bien.

—Tal vez luego —levanta su vaso como para decirme *van a hacer falta unas copas más para que me anime a salir*.

Del otro lado, Cassidy me coge del brazo.

—¿No te importa entonces si te lo cojo prestado para bailar una canción?

—Eh, claro —dice Aimee—. No me importa, me parece muy bien.

En la pista de baile, al principio es un poco incómodo. Cassidy y yo nunca hemos bailado como amigos.

—Bueno —levanta la voz para competir con la música—, Aimee está guapa.

—Sí.

—Tú también estás bastante bien.

—Tú estás maravillosa.

Sonríe y desvía la mirada.

Ahora ya me siento cómodo. No tiene sentido intentar ocultar el hecho de que todavía hay una chispa entre nosotros.

Le doy una vuelta y luego nos acercamos, luego volvemos a separarnos y nos volvemos a acercar moviéndonos juntos tan bien como siempre. Solamente una vez me pongo demasiado efusivo y, accidentalmente, me choco con Derrick Ransom. Así que me dice:

—Fíjate por dónde vas, Sutter.

—Eh, estamos en la pista de baile. Es demasiado pequeña para contener mis fabulosos pasos.

—Sí, claro.

La canción termina y empieza una lenta.

—¿Quieres bailar una más? —pregunta Cassidy.

—Claro, una más suena bien.

Hace tiempo que no la abrazaba así. Hay tanto de donde agarrar. Su calidez es casi abrumadora. Su perfume huele como su aspecto: azul y blanco y dorado. Este no es buen momento para que se me ponga dura, pero la canción apenas va por la mitad y mis defensas se están debilitando.

—Espero que a Aimee no le moleste que bailemos una canción lenta —me dice.

—¿Por qué iba a molestarle?

—No sé, a mí tal vez me molestaría si fuera ella.

—¿Y qué me dices de Marcus? ¿Crees que él tiene algún problema?

—Más le vale que no.

—Para ti es fácil decirlo.

—¿Cómo te van las cosas con Aimee? —sus labios están justo junto a mi oreja ahora.

—Estamos bien.

—¿La estás tratando bien, verdad?

—Sir Galahad no podría competir conmigo en el ámbito de la caballería.

Se ríe y siento su aliento cálido en mi cuello.

—La he visto sacar una petaca para echarle algo al ponche. ¿No la estás convirtiendo en una borrachilla, o sí?

Me alejo para mirarla a la cara.

—¿Qué es esto? ¿Querías bailar conmigo o querías sermonearme sobre Aimee?

Apoya su mejilla en la mía.

—Bailar —me dice.

Cuando la canción termina, me da unas palmaditas en la mejilla y nos dirigimos de vuelta a la mesa. Parece que Marcus no nos ha prestado atención. Está muy interesado en una conversación con Darius Carter y Jimmy McManus. Aimee está sentada a un lado con ese tipo de expresión tensa que se le pone a la gente cuando intenta fingir que no le importa estar sola en medio de la multitud.

Le beso la mejilla y le pregunto cómo va su petaca.

—Todavía me queda un poco.

—¿Un poco? —le doy un trago a su ponche—. ¡Guau! Esa es una bebida de alta graduación —le doy otro trago—. Pero no está mal. No está nada mal.

La fiesta gira a nuestro alrededor. Es una etapa espectacular de la borrachera, esa etapa en la que te sientes conectado a todos y a todo. Los recuerdos que tengo de estas personas son demasiados para contarlos. Tantos amigos y tantas historias graciosas sobre ellos. A veces me imagino sus caras y me da la risa.

Y luego están las ex novias. Están increíbles, todas y cada una de ellas. Después de Cassidy, Shawnie es tal vez la más guapa, por cómo su vestido rojo combina con su pelo negro y su bronceado intenso y sus ojos brillantes. Me gusta verla tan contenta. Me preocupé un poco cuando supe que estaba saliendo con Jeremy Holtz, pero en realidad parece que están bien juntos. Nunca pensé que Jeremy quisiera ir a la fiesta de graduación, pero aquí está, y nunca lo había visto sonreír tanto.

Esta es mi gente. Vamos vestidos muy elegantes para celebrar nuestro vínculo común, la juventud. Esto es la fiesta de graduación, el día de San Patricio para los jóvenes. Solo que no estamos brindando por los tréboles ni echando a las serpientes de Irlanda. Estamos brindando por la clorofila que se eleva en nuestros cuerpos, atrapando la energía del universo. Nadie ha sido tan joven como nosotros en este momento. Somos la Generación Más-Rápida-Que-La-Velocidad-De-La-Luz.

Por fin empieza otra canción lenta y esta vez Aimee no se resiste. Prácticamente se derrite en mi pecho mientras nos mecemos al ritmo de la música. Es muy diferente tenerla a ella en mis brazos en comparación con Cassidy. Cassidy me muestra lo hermoso del exterior. Aimee extrae algo hermoso de las profundidades de mi interior.

—No puedo bailar como Cassidy —me dice.

—Sí, pero bailas como Aimee. Y eso es perfecto.

CAPÍTULO 51

Finalmente, llega la parte de la fiesta de graduación que no me interesa para nada, la coronación del rey y la reina. Desde mi punto de vista, todos somos reyes y

reinas. ¿Por qué echar a perder esta sensación de unidad distinguiendo a dos personas por encima de las demás?

Para evitar presenciar ese asunto escabroso, me llevo a Aimee a dar una vuelta caminando. El edificio es un sitio interesante, en especial para una amante de los caballos como ella. Las paredes están decoradas con fotografías de caballos de carreras y los colores de los jinetes. Además, en el vestíbulo hay una estatua alucinante de un caballo. También hay discotecas, restaurantes y un casino. Está todo cerrado esta noche, pero casi se perciben los fantasmas de los apostadores recorriendo los pasillos embrujados. Yo he venido un par de veces a las carreras, y le explico a Aimee cómo funcionan las apuestas.

—Probablemente yo perdería todo mi dinero —me dice.

—Es cierto. Pero es parte del precio por venir aquí. A ver, yo tampoco sé nada de caballos, pero eso no importa. Elijo a los que tienen el nombre que suene más patético, como Gato Gordo o Galán Galleta, y apuesto a esos. Me da la sensación de que les viene bien el apoyo.

—¿Qué pasaría si hubiera un caballo que se llamara Cassidy?

—¿Qué quieres decir? Cassidy no es un nombre patético.

—Pero, ¿apostarías por él?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Es que, bueno, he visto cómo bailabas esa canción lenta con ella.

—Oye, me ha sacado ella a bailar, no al revés. Y tú dijiste que no había problema.

—Pero deberías haberte dado cuenta de que no era muy buena idea.

Oh, oh. Ya estamos. Ya estamos en la etapa de *deberías-habermeleído-la-mente*.

—¿Y cómo se supone que debería saber eso? —le pregunto—. Tienes que decirme esas cosas. La percepción extrasensorial no es uno de mis muchos talentos, ¿vale?

Salimos caminando afuera, donde la luna y las grandes lámparas alumbran

los jardines perfectamente cuidados. Ninguno de los dos dice nada por un rato. Finalmente, rompo el silencio.

—Mira, estoy aquí contigo. Cassidy está con Marcus. Ella y yo solo somos buenos amigos. ¿Qué debo hacer para que tengas un poco de confianza en Sutterman?

Nos sentamos en un banco de piedra y ella se queda observando el jardín perfecto que hay frente a nosotros y responde:

—Se me ha ocurrido algo que puedes hacer.

—¿El qué? Haré lo que sea.

—¿Te acuerdas de cómo me insistes con que debo plantarle cara a mi madre y dejar el reparto de periódicos y mudarme a Saint Louis con mi hermana? Bueno, pues creo que en realidad lo voy a hacer. Mis notas han bajado un poco últimamente, pero no es problema. Ya es demasiado tarde para solicitar el ingreso para el semestre de otoño, así que el primer año iré a la universidad técnica que hay allí. Ya he hablado con Ambith y me ha dicho que puede conseguirme trabajo en la librería en la que ella es subgerente.

—¿Un trabajo en una librería? Eso es perfecto para ti.

—La verdad es que lo es. Después de trabajar en la NASA, es el segundo trabajo de mis sueños.

—Y podrías manejar tu propio dinero.

—¡Lo sé!

Es raro. Esto es exactamente lo que quería que lograra desde el principio, pero ahora que está planeando hacerlo, no quiero que se vaya. Pero no se lo puedo decir. Debe irse.

—Es maravilloso —le digo, forzando una sonrisa—. No se me ocurre nada mejor. La situación en la que te encuentras ahora es, no sé, asfixiante. Es inaceptable. Saint Louis será *très fantastique*. Si quieres que te ayude con la mudanza, no te preocupes, lo haré encantado.

—Eso no es exactamente lo que tenía en mente —respira hondo—. Tenía la

esperanza de que me dijeras que te vendrías conmigo.

—¿Irme allí?

—También podrías ir a la universidad técnica; buscaríamos trabajo y podríamos alquilar un piso juntos.

Esto no es, ni remotamente, lo que yo esperaba. De acuerdo, me he enganchado mucho más a Aimee de lo que pensaba, pero ya sabéis cómo soy. Estoy completamente comprometido con la causa de evadir el tema de cómo viviré en el futuro. Claro que siempre he pensado que en algún momento me iré a vivir con una chica, tal vez incluso me casaré, pero es algo así como el plan de un niño que algún día quiere llegar a ser capitán de barco. Vamos, que nunca ha representado una realidad concreta para mí. Pero ahora Aimee está aquí golpeándome en la cara con este tema como si fuera un gran pescado congelado. Así que le digo:

—¡Guau! ¿Irnos a vivir juntos, eh?

—Mi hermana me ha dicho que puedo irme a vivir con ella, pero estoy segura de que si vienes conmigo podremos conseguir un sitio en el mismo edificio de apartamentos en el que vive ella. No es tan caro.

—Has hecho muchos planes.

—Ni siquiera quiero pasar aquí el verano. Quiero irme en cuanto termine el instituto.

—Eso es muy pronto.

Se queda mirándose los dedos.

—¿No quieres ir? A ver, siempre me estás insistiendo en que tengo que separarme de mi madre y marcharme, pero no quiero hacerlo sin ti.

—Sí, pero ¿irnos a vivir juntos? Eso es algo gordo. Si consideramos el gran fracaso monumental que fueron mis padres en ese aspecto, no estoy seguro de si sería tan buena idea.

—Pero tal vez lo sea —me coge de la mano y finalmente me mira a los ojos—. Quizá sea justo lo que necesitas para superar lo que les pasó a tus padres.

—Hace mucho que superé eso.

—¿En serio? —me aprieta más la mano—. Entonces ¿por qué te enfadas tanto siempre que saco el tema de tu padre? Siempre te cierras en banda cuando te digo que intentemos encontrarlo. Pero yo creo que eso es exactamente lo que necesitas hacer, encontrarlo y hablar con él. Cuando sepas lo que realmente sucedió, entonces podrás asegurarte de que no nos pase a nosotros.

—¿Tú crees? —debo admitir que el tema de buscar a mi padre todavía me molesta, pero no puedo seguir reaccionando así ahora que ya me ha pillado.

—Sí, lo creo —ya no hay nada de *síes* de dos sílabas. Su voz ahora tiene el tanque lleno de certezas—. Creo que vale la pena intentar lo que sea para seguir juntos.

—Pero, ¿qué pasará si descubrimos algo terrible: que es un asesino en serie o un adicto a participar en concursos de la tele? ¿Seguirías queriendo que me fuera a vivir contigo a Saint Louis?

—Voy a querer que vengas conmigo sin importar lo que pase. La pregunta es, ¿tú quieres venir?

Por supuesto, lo que debería hacer es lo que Ricky me dijo: armarme de valor y decirle que no, que de ninguna manera voy a ir a buscar a mi padre, que de ninguna manera me mudaré a Saint Louis con ella y que de ninguna manera lograremos que lo nuestro funcione a largo plazo. Pero Ricky no está aquí, sentado frente a la suplicante mirada que surge de los ojos azul pálido de esta chica.

Así que me decido por el mal menor, le paso el brazo por el hombro, la acerco a mí y le digo:

—Sí, sí quiero. La verdad es que podría funcionar. Tienes toda la razón. Irnos a vivir juntos sería espectacular. De hecho, creo que es la mejor idea en la historia del universo.

CAPÍTULO 52

Cuando volvemos a la sala de banquetes, el ambiente ha cambiado. O quizá lo que pasa es que yo estoy hundiéndome en la siguiente etapa de la borrachera: la zona tranquila, el valle entre las montañas. Es algo que me viene pasando últimamente. Antes casi todo eran montañas, pero supongo que, en una relación a largo plazo con la bebida, es de esperar que de vez en cuando aparezcan valles.

Miro hacia el otro lado de la habitación y me siento arrastrado por una sensación de pesadumbre; es casi agríndice, pero con un mayor predominio de lo agrio. La belleza de los tristes motivos decorativos ya se ha desgastado y ahora simplemente parecen patéticos. La purpurina se está desmoronando. La desesperanza inunda la habitación. Las sonrisas de la gente son tan falsas como las lunas de cartón.

Se me ocurre la idea de que todos somos briznas de césped del mismo jardín. Hemos crecido juntos, hombro con hombro, bajo el mismo sol, bebiendo de la misma lluvia. Pero ya sabéis lo que le ocurre al césped: la gente lo poda justo cuando alcanza su mejor momento.

Mucha gente ya se ha ido a otras fiestas. Cassidy y Marcus no están por ninguna parte. Ricky tampoco. Pero la pista de baile sigue medio llena y eso tal vez sea lo peor de todo. ¿Qué tiene esta música mediocre que hace que la gente al menos levante un pie? Suena como si la estuviera escupiendo la máquina desalmatizadora de los vampiros atómicos. Pero, ahí siguen, girando y sonriendo, e incluso, intentan ocasionalmente imitar ese gesto sexy que aprendieron de la televisión. Zach Waldrop opta por un baile cómico para compensar su falta de ritmo. Mandy Stansberry, mi salvaje ex novia de los años de la Secundaria, hace movimientos insinuantes, como si fuera la siguiente diva pop adolescente recién salida del horno. ¿O es la diva porno adolescente? ¿Cuál es la diferencia?

Ya no somos la Generación-Más-Rápida-Que-La-Velocidad-De-La-Luz. Ni siquiera somos la Generación de La-Próxima-Novedad. Somos los Jóvenes-A-Punto-De-Caducar y nos arremolinamos aquí para ocultarnos del pasado y del futuro. Sabemos lo que nos espera: el futuro nos aguarda justo allí enfrente, como una reja de hierro forjado, y el pasado nos ataca desde la retaguardia como un dóberman perverso, solo que nunca se da por vencido.

No pasa nada. No hay que tener miedo. Sutter Keely es un veterano en las fases del ciclo de la borrachera. Conozco sus etapas casi tan bien como los meses del verano. Y lo único que me queda por hacer ahora es continuar avanzando a través del valle hasta llegar a la siguiente etapa: la etapa de me-da-absolutamente-

lo-mismo-pero-que-empiece-ya.

Cuando el DJ toma un descanso, le doy un codazo suave a Aimee y le digo:

—¿Sabes qué? Esta fiesta de graduación se está convirtiendo en polvo dentro de su propio ataúd. Lo que necesita es un buen cambio de personalidad y yo soy el indicado para ese trabajo —sin mayor explicación, me lanzo a la cabina del DJ, listo para inyectarle un poco de esencia de Dean al abismo.

Pero surge un problema; el equipo es un poco complicado y yo ya he bebido más de la cuenta, así que aborto la misión original y opto por una versión nueva y mejorada: Sutterman en persona cantando los éxitos de Dino directamente desde sus propias vísceras.

Golpeo suavemente el micrófono un par de veces.

—¿Me podríais conceder todos vuestra atención?

Desde alguna parte del centro de la sala, alguien grita:

—¡Eeeh! ¡Sutter!

—Solo quiero cambiar un poquito el ambiente —digo con mi mejor voz de micrófono, cortés y profunda—. Ponerle un poco de clase a la noche. Un poco de estilo.

Empiezo con *You're Nobody 'Til Somebody Loves You* canturreando con mi mejor imitación del estilo de Dino. Entrecierro los ojos igual que Dean, me balanceo y mezo mi vaso por todas partes como él.

—¡Ay! —alguien grita a unas cuantas mesas de distancia.

Desgraciadamente, no recuerdo la letra entera de la canción, así que me veo en la necesidad de fusionarla con *Ain't That Love a Kick in the Head* después de unos cuantos versos. Incluso eso es una muestra de mi genialidad. Es el popurrí perfecto. Esas dos canciones resumen bastante bien el estado del mundo. De hecho, no son solo canciones. Son revelaciones. De pronto, la fiesta de graduación pierde su cualidad de ordinaria y una sorprendente dosis de *profundidad* arrasa el salón.

Pero siempre hay alguien que no entiende nada. Como el señor Asnoter.

Asnoter está presente como parte de la unidad Gestapo del baile, listo para saltar sobre cualquiera que se desvíe un poquito de la autopista del aburrimiento. Me dispongo a repetir la segunda parte del coro de *You're Nobody 'Til Somebody Loves You* cuando siento su garra aferrando mi brazo.

—Muy bien, ya es suficiente señor Keely. Es hora de volver a la mesa.

—Pero si estamos en lo mejor —le digo con total sinceridad—. Es el evangelio según Dino.

—¡Siéntate! —grita alguien del público, probablemente la misma persona que propuso *Puttin' On the Ritz* como tema para la fiesta.

—Vete a la mierda —entono con mi profunda voz de micrófono.

—Eso ha sido suficiente —dice el señor Asnoter, agarrándome del brazo.

—Pero, señor Asnoter —le digo todavía con mi tono grave y sensual—, esta es nuestra última noche para ser jóvenes, ¿acaso ya se ha olvidado de lo que se siente?

Debo aclarar que toda esa parte de «señor Asnoter» y demás ha sonado por el micrófono. Se escuchan un par de «¡Uuuhhh!», además de unos «¡Siéntate!», y los ojos del señor Aster se abren como platos.

—Muy bien, se acabó —dice—. Tu fiesta de graduación se ha terminado.

Juro que la cabeza se le calienta tanto que parece que su pelo fuera a estallar en llamas en cualquier momento. Pero yo le digo:

—Muy bien. Este cadáver está listo para la morgue de todas maneras.

—Fuera, señor Keely. No pienso repetírselo.

Conservo mi dignidad intacta mientras camino de vuelta a la mesa para recoger a Aimee. Claro, no falta el par de personas que gritan: «¡Vete a tu casa, tarado!», pero, ¿a quién le importa? Los que de verdad saben que es lo bueno están de mi lado. «¡Bien hecho, Sutter!», me dicen. «¡Nos vemos dentro de un rato en la otra fiesta, tío!».

Aimee no parece decepcionada por tener que irnos temprano. Cuando llego

a la mesa, ya ha recogido todas sus cosas. En cuanto salimos al aire fresco del exterior, ambos le damos un gran trago a nuestras bebidas.

Sí, la siguiente etapa de la borrachera está a punto de empezar.

CAPÍTULO 53

Hay varias fiestas después del baile, pero la mayoría de mis amigos irán a la de la casa de la mejor amiga de Cassidy, Kendra. La fiesta probablemente durará toda la noche, así que tenemos suficiente tiempo para pasar por nuestra habitación del motel. El plan es cambiarnos de ropa, rellenar las petacas e irnos, pero Aimee tiene otra cosa en mente.

Antes de que pueda ponerme los vaqueros, sale del baño vestida solamente con sus braguitas. Se acerca caminando y me besa en el pecho.

—No tenemos que ir a ninguna otra fiesta —me dice.

—Pero es la noche de la fiesta de graduación.

Recorre mi estómago con uno de sus dedos.

—Podemos hacer que sea especial aquí mismo.

Esta chica es novata, como os habréis percatado. No entiende las fases del ciclo de la borrachera. La beso larga e intensamente y luego me aparto.

—Podemos hacer que sea especial *después* de la fiesta. Ahora, vamos, vístete. Querremos estar ahí cuando salga volando el corcho del champán.

—Pero ¿por qué tenemos que ir a una fiesta en la que va a estar Cassidy?

—¿No seguirás preocupada por ella, o sí? Mira, es mi amiga. Tendrás que acostumbrarte a estar cerca de ella. Vamos. Ten un poco de confianza en Sutterman. La mejor parte de la noche está a punto de empezar.

—¿En serio?

—En serio. Ahora ve a vestirte.

Esta fase del ciclo de la borrachera es verdaderamente fabulosa. Ya ni siquiera es una borrachera. Es un rugido. El mundo entero se abre y todo te pertenece, en este preciso lugar, en este preciso momento. Probablemente habréis escuchado la expresión: «Todo lo bueno se acaba». Bueno, pues esta fase del ciclo de la borrachera jamás ha escuchado esa frase. Esta etapa dice: «Nunca terminaré. Soy indestructible. Duraré fabulosamente para siempre». Y, por supuesto, te lo crees. A la mierda con el mañana. A la mierda con todos los problemas y las barreras. Nada importa salvo el Espectacular Ahora.

No todo el mundo puede llegar hasta esta etapa. Requiere de práctica y dedicación. Es como aprender a pilotar un avión: tienes que invertir tiempo en hacer millas de vuelo antes de poder volar solo.

Y, creedme, pero cuando llegamos a la casa de Kendra, ya voy volando. La gente está reunida en grupos y yo me invento chistes, hablo como de costumbre como si fuera un mafioso italiano con Shawnie Brown, bebo copas de champán haciendo el pino, en fin, me encargo de la diversión alocada. Un par de personas me insisten en que me suba a la mesa de centro y cante un poco más como si fuera Dino y podéis estar seguros de que no tienen que insistirme demasiado. Así es como debe ser una fiesta. No hay un solo adulto cerca que nos limite. Los padres de Kendra son unos genios. Le dejaron la casa y le dijeron: «Confiamos en ti, corazón, pero no dejes que nadie se meta en la piscina».

Claro. Buena suerte con eso.

Lo único malo es que Ricky no está. El tío me prometió que vendría pero, ¿dónde está? Es capaz de estar con Bethany jugando con las pistolas de láser en la fiesta que ha organizado el instituto. Pero, por supuesto, Cassidy sí está con Marcus, y de vez en cuando la pillo mirando en dirección a mí, con su sonrisita de Mona Lisa y sacudiendo la cabeza. Sé lo que está pensando: «¿Por qué se me ocurrió cambiar a alguien tan sorprendentemente divertido por este Don Sobriedad de Piedra que está en la cocina discutiendo política?».

¿Qué puedo decir? Todos cometemos errores.

En cierto momento, perdí la noción de dónde estaba Aimee. La última vez que supe de ella, estaba sentada en el borde de un sofá con su bebida en la mano y sonriendo incómoda, así que me alegra ver que ya se ha levantado para hablar con

la gente. En realidad tengo intención de ir a buscarla para saber cómo está, por si está atrapada en una conversación insulsa con alguien horrendo como Courtney Skinner o peor, Jason Doyle, pero termino distrayéndome.

La cosa es que, justo cuando empiezo a buscarla, Brody Moore me coge del brazo y me susurra una hermosa sugerencia al oído.

—La piscina nos está llamando a gritos —me dice—. Solo hace falta que alguien sea el primero en tirarse.

Brody sabe perfectamente que estoy más que dispuesto a cumplir con mi obligación de ser esa primera persona.

—A la puerta del patio —digo—. ¡A toda velocidad y a la mierda las patatas!

Cuando Brody y yo llegamos a la piscina, detrás de nosotros ya viene un buen grupo, así que levanto las manos al aire para invitar a que empiecen a vitorear: «¡Al agua, Sutter, al agua! ¡Al agua, Sutter, al agua!».

El trampolín es demasiado bajo para el dramatismo que requiere la situación, así que, por supuesto, le pido a un par de amigos que me suban al techo de la pequeña cabaña que está del lado de la piscina que cubre. Está suficientemente lejos del agua, así que tengo que tomar carrerilla antes de saltar, pero eso solo aumenta la emoción.

Los vítores se vuelven más fuertes. «¡Al agua, Sutter, al agua! ¡Al agua, Sutter, al agua!».

Soy consciente de que podría resbalarme y terminar abriéndome la cabeza en el cemento a unos centímetros de la piscina, pero si siempre os preocupáis por esos pequeños detalles, entonces nunca lograréis nada. Así que, sin pensármelo dos veces, doy tres grandes pasos y salgo volando, completamente vestido, tomo un trago de sabroso aire, me hago una bola y empiezo a dar vueltas. Estoy a punto de completar una vuelta cuando caigo al agua. Cuando salgo a respirar, todos aplauden y gritan. Un par de personas al frente de la multitud están totalmente salpicadas, pero les da igual.

—¡Marco! —grito.

—¡Polo! —responde Brody justo antes de echarse al agua como si fuera una

bala de cañón.

Después de eso, todos se animan. Debe de haber unas veinte personas en el agua, chicos y chicas, algunos todavía con su ropa de gala. El agua se agita, la gente se turna para hacer aguadillas, las blusas y los vestidos de las chicas se adhieren soberbiamente a sus pechos. Los gritos y las risas resuenan por todas partes. Yo estoy observándolo todo desde el borde de la piscina; mis piernas, todavía enfundadas en los calcetines, pantalones y zapatos cuelgan dentro del agua. Mi sonrisa es formidable, clásica, digna del libro Guinness de los Records, asimilando la enormidad de lo que he logrado.

No escucho a Cassidy llamarme hasta que está justo detrás de mí.

CAPÍTULO 54

—Sutter, tienes que entrar.

Miro hacia arriba y descubro a Cassidy, de pie a mi lado, y su pelo brilla bajo las luces del patio. Es preciosa.

—No puedo entrar. Estoy completamente mojado.

—Te traeré una toalla.

—¿Cuál es la emergencia? —me pongo de pie y empiezo a acompañarla hacia la puerta del patio.

—Es Aimee. Se encuentra mal. Kelsey se la ha encontrado tirada en el suelo del baño. Ha vomitado en la bañera.

—Dios. Tal vez no debimos comer tantas patatas en Marvin's.

—¿O tal vez tanto alcohol?

—Mira, te propongo algo. ¿Por qué no vas a por ella y la traes aquí fuera? Tal vez si se pone a nadar un rato se sentirá mejor.

—¿Nadar? Sutter, no puede nadar. Se hundiría como una piedra.

—Oye, que yo me metería con ella. No dejaría que se hundiera.

—Sí, seguro, igual que has estado con ella toda la fiesta. No has pasado ni un minuto con ella desde que llegasteis.

—¿Y eso qué tiene que ver contigo? ¿No tuviste suficiente con darme instrucciones sobre cómo debía comportarse un novio cuando estábamos juntos? ¿Ahora pretendes decirme cómo ser novio de otra persona?

—Esto no tiene que ver con nosotros —se detiene frente a mí y me coge del brazo, como si quisiera sacudirme para hacerme entender—. Sabes que te quiero y que siempre te querré, pero esto es sobre...

No tiene oportunidad de terminar. Aimee la interrumpe. Estamos junto a los muebles del jardín, como a diez metros de la puerta, y ahí viene Aimee, con paso un poco tambaleante, pero con la mirada decidida.

—A él le importa una mierda si tú le quieres o no —dice como a cincuenta decibelios de volumen—. No eres su novio. Digo, que él no es tu novia. Digo... Ya sabes qué quiero decir.

Cassidy dice:

—Aimee, solamente estaba intentando que él entrara a ayudarte.

Pero Aimee responde:

—Ya sé lo que intentabas hacer —su rostro está muy pálido, más de lo normal. Ha desaparecido incluso el pintalabios. Tiene un poco de vómito en la mejilla—. Lo llevas intentando toda la noche. Te lo estabas prácticamente follando en la pista de baile.

—No es cierto —le digo, completamente sorprendido. Es decir, es cierto, yo le he enseñado lo importante que es decir palabrotas en ciertas situaciones, pero ¿quién hubiera pensado que la palabra *follando* saldría de su boca con tal facilidad?—. Solo ha sido un baile amistoso —le digo e intento tocarla, pero se zafa de mi brazo y se dirige a Cassidy.

—No te quiero volver a ver cerca de él —le dice—. Puta perra gorda.

Entonces, en menos de lo que canta un gallo, levanta el brazo y le da una bofetada a Cassidy en la mejilla. La fuerza del golpe hace que Aimee pierda el equilibrio y caiga sobre la mesita de vidrio del patio, rompiéndola en mil esquirlas afiladas.

Así que ahora tengo a una tía con una marca roja gigante en la cara y otra tirada entre los restos de una mesa. ¿A quién ayudo? No sé si esto dice algo sobre mi persona, pero ayudo a Aimee.

Le coloco la mano detrás del cuello.

—¿Puedes sentarte? ¿Te has cortado?

—¿Estoy horrible? —me dice—. Seguro que estoy horrible.

—Vamos, siéntate en esta silla.

La coloco en la silla y la examino para buscar cortes. Tiene apenas un rasguño en la parte de atrás del brazo, nada grave.

—Parece que estás bien —le digo, y ella entierra la cara en mi camisa mojada y dice:

—No, no estoy bien. Soy una estúpida. He hecho algo en el baño. ¿Tengo vómito en el pelo?

—No, tu pelo huele dulce —le digo, pero la verdad es que el olor a *eau du vomité* es bastante fuerte.

Tras nosotros escucho el alarido de Kendra:

—¡Sutter Keely! Cuando me han contado lo que estaba pasando aquí deb  imaginarme que t  estar as involucrado. Espero que sepas que vas a pagar por esta mesa, Sutter.

—Est  bien —le respondo, totalmente tranquilo y digno—. Solo tienes que enviarme la factura.

Pero no ha terminado.

—Y quiero que t  y la borracha de tu novia os vayáis de aquí. ¡Ahora! —está

que hierve, rebosante de una ira mojigata digna de una madre.

—¿Por qué debería irme? Ya te he dicho que te voy a pagar esa estúpida mesa.

—¿Por qué deberías irte? —evalúa el patio y la piscina como si fuera un perito de seguros tras el huracán Katrina—. Hay un par de razones. Primero, has conseguido que todos se metan a la piscina a pesar de que dije claramente que no debían hacerlo y segundo, la señorita alcohólica ha montado un estúpido numerito, ha abofeteado a mi mejor amiga sin razón y ha roto una mesa de doscientos dólares.

—Tranquila, es una fiesta. Pasan cosas.

—No, Sutter. Una fiesta es para divertirse. Tú no sabes divertirte como una persona normal.

—¿Yo? ¿Estás de coña? Mira a todo el mundo en la piscina. ¿Crees que no se están divirtiendo? ¿Qué crees que van a recordar de esta fiesta: jugar en el comedor contigo o nadar con la ropa puesta?

Antes de que Kendra responda alguna tontería, Cassidy interviene y me coge del brazo.

—Sutter —me mira a los ojos con su expresión más seria. La conozco muy bien. Su mirada no es mala, reprobatoria ni nada similar. Simplemente me deja claro que no es hora de hacer chistes—. Es hora de que te lleves a Aimee a casa. No quiere estar aquí en este estado.

Y, por supuesto, tiene razón. Aimee está sentada, totalmente pálida, y parece que fuera a vomitar de nuevo en cualquier momento. Así no es como quiere que la gente la conozca y no es como yo quiero que la conozcan.

—Por lo general no es así —digo—. No está acostumbrada a tanta fiesta. Supongo que necesita un poco más de práctica, ¿no?

Cassidy me da unas palmaditas en la espalda.

—Llévala a su casa.

Aimee está muy inclinada hacia delante en la silla, como si fuera a caerse de

boca, pero no. Vomita otra vez.

—Dios —dice alguien—, mirad a esa máquina de vomitar.

Me arrodillo a su lado y le retiro el pelo de la cara.

—Vamos, linda —digo con suavidad—. Es hora de irse. Vas a estar bien. Todo va a estar bien.

CAPÍTULO 55

Así que, en resumen, diría que a pesar de la resaca de dos días, la fiesta de graduación fue un éxito rotundo. Varios días después, la gente todavía se acerca para felicitarme por mi popurrí de Dean Martin y mi salto mortal casi perfecto y totalmente vestido a la piscina de Kendra.

Por otro lado, unos cuantos idiotas han empezado a llamar a Aimee *Vomitona*. Algunos tipos, como Chad Lammel, pasan a mi lado por el pasillo y me dicen: «Oye, Sutter, ¿dónde has dejado a *Vomitona*?» o «¿Ha roto *Vomitona* más muebles de jardín últimamente?». Aimee dice que en clase de Inglés, cuando se iba a sentar, alguien le ha dicho: «Oye, *Vomitona*, no vayas a romper el pupitre».

—No te preocupes —le digo—. Que se vaya a la mierda ese tío. Ya veremos lo que dice cuando un día tú seas una estrella de la NASA y él tenga que trabajar en una granja de pollos, cortándoles la cabeza para sobrevivir.

Aimee no está tan interesada en la NASA últimamente. Ahora insiste, todo el tiempo, en cómo vamos a localizar a mi padre y a irnos a vivir a Saint Louis, como si todo fuera parte del mismo paquete. Yo tenía la esperanza de que todo esto hubiera sido solamente el efecto del vodka, pero la suerte no lo ha querido así. Ya le ha dicho a su hermana que vamos para allá.

Un día, nos sentamos a comer en McDonald's y lo primero que me dice es:

—¿Ya has hablado con tu madre para averiguar dónde encontrar a tu padre? —es el segundo día seguido que me pregunta eso.

—No. He pensado que mejor se lo voy a preguntar a mi hermana. Pero tengo que encontrar la mejor manera de hacerlo. Mi hermana y yo no nos llevamos muy bien.

—Me muero de ganas de conocerlo —me comenta—. Creo que esto será muy, muy bueno para ti. Pero no tenemos mucho tiempo. Ambith espera que lleguemos prácticamente cuando salgamos de la graduación.

—No te preocupes. Te dije que lo haría y ya me conoces, si digo que haré algo, lo haré.

Por supuesto, la verdad es que, independientemente de los sentimientos que tengo por ella, sigo esperando que Aimee corte conmigo. Las señales empiezan a acumularse. Al igual que el resto de mis novias, empieza a buscar cierta cosa *más* que parezco no tener, aunque no sé bien qué serán.



Pero el tiempo se está agotando si pretende cortar conmigo antes del día de la supuesta mudanza a Saint Louis. De hecho, ahora que ya ha pasado la fiesta de graduación, parece como si el curso prácticamente hubiera terminado. Vamos a clase solamente por ir, haciendo tiempo hasta que llegue el día de graduarnos.

Desgraciadamente, para algunos de nosotros, la graduación tal vez se posponga un poco. No se lo he dicho a Aimee, pero el señor Asnoter ahora la tiene tomada conmigo. Aparentemente, según él, *parece* que tengo que sacar al menos un Bien en su último examen para aprobar su asignatura.

—Y, si no lo logras —me dice muy estricto y dándose importancia—, me parece que tendré que verte en los cursos de verano, jovencito.

Ahí va de nuevo con el asunto del «jovencito».

Supongo que podría pedirle a Aimee que me hiciera los deberes, pero no quiero correr el riesgo de que piense que esa es la única razón por la que estoy con ella.

De cualquier forma, realmente me prometo a mí mismo que voy a llamar a mi hermana, Holly, y preguntarle por mi padre. Tal vez lo de irme a vivir a Saint Louis no sea tan realista, pero la idea de localizar a mi padre empieza a gustarme. Seguro que realmente podría hablar de cosas con él. Seríamos los hombres Keely, por fin unidos. Incluso nos imagino yendo a un partido de béisbol juntos de nuevo. Esta vez podré tener mi propia cerveza helada.

Sin embargo, es fácil encontrar excusas para no llamar a Holly, sobre todo porque en realidad nunca me perdonó por lo del traje quemado. Pero hoy tengo una razón legítima. Bob, el gerente de la tienda de ropa, me ha pedido que llegara al trabajo un par de horas antes. A ver, no puedo iniciar una conversación importante y densa sobre el padre perdido y luego interrumpirla:

—Mira, Holly, te llamo más tarde. Tengo que ir a trabajar.

En Mr. Leon's, saco a relucir el tema de nuevo con Bob, pero lo noto distraído y no me ayuda con su sabiduría como en otras ocasiones. Más tarde, cuando va a terminar el turno, averiguo por qué. Me llama a su despacho y me pide que me siente.

—Sutter —me dice, juntando las manos—, ¿sabes por qué te he pedido que vinieras temprano hoy? —no me da oportunidad de responderle antes de continuar—. Obviamente, no ha sido porque tengamos mucho trabajo. De hecho, ya nunca tenemos mucho trabajo. Ese es el problema. La oficina central lo sabe y me han pedido que reduzca las horas después de la semana que viene. Así que quería que trabajaras unas cuantas horas más antes de que tengamos que hacer eso.

—¿Cuántas horas tienes que cortar? —pregunto—. Ya estoy trabajando solo tres días a la semana, y ni siquiera son turnos de ocho horas. Esperaba que me volvieras a dar cinco días en verano.

Supongo que eso demuestra dónde tengo la cabeza. Sigo pensando en términos de vivir aquí y no en Saint Louis.

Bob baja la mirada y recorre el borde de su escritorio con el pulgar.

—Y a mí me gustaría darte esos cinco días, Sutter. De verdad. Pero la cosa es..., lo que quiere la oficina central es que me quede con un solo ayudante. Ambos sabemos que me gustas y le gustas a los clientes, a la mayoría al menos, así que si fuera mi decisión te conservaría a ti.

—Eso es perfecto, Bob. No te arrepentirás.

—Espera un segundo, Sutter. Eso no es todo. Lo he pensado mucho y la única manera en la que puedo permitirte que te quedes es que me prometas, al cien por cien, que no volverás a presentarte ni siquiera con una copa encima. Ni una sola vez. De otra manera, no tendré más alternativa que despedirte.

Bob me mira directamente a los ojos ahora. Una pesada tristeza ensombrece su actitud, como si supiera que no importa si miento o digo la verdad, de todas maneras terminará decepcionándome. Y, claro está, no puedo mentirle. Es Bob Lewis. Es un muy buen tío.

—Bueno, Bob —le respondo—, ahí sí me has pillado. Sabes que no te puedo prometer eso. Me gustaría poder, pero no puedo.

Continúa mirándome a los ojos durante un largo rato y luego asiente.

—Agradezco tu honestidad, Sutter. Supongo que si fuera tu padre intentaría sermonearte o algo parecido sobre lo que te estás haciendo, pero realmente no me corresponde.

Extiendo la mano y le doy un apretón a la suya.

—Bob, si tú fueras mi padre, probablemente no tendrías que sermonearme así. Ha sido maravilloso trabajar contigo.

—Todavía tenemos dos semanas más para trabajar juntos —juro que parece como si estuviera a punto de llorar—. Y después de eso, si decides poner tu vida en orden, puedes volver conmigo y veremos si tengo un puesto para ti.

—Cuenta con eso.

Después de esa conversación, las cosas son bastante incómodas, así que salgo temprano en vez de quedarme a charlar con Bob mientras él hace caja. Claro, me siento mal de que me despidan, pero me hubiera sentido peor si hubiera mentido. De hecho, me siento bastante orgulloso de mí mismo al salir de la tienda, y el aire tiene un toque de dulzura. Hasta que veo el coche de Marcus aparcado junto al mío.

CAPÍTULO 56

Lo primero que cruza mi mente es: «¡Maravilloso! ¿Ahora qué? ¿Acaban de despedirme y ahora Marcus está celoso de nuevo por algún motivo?».

Pero cuando me acerco al coche, no se baja Marcus. Es Cassidy. Le pregunto qué pasa y me responde:

—Solamente queremos hablar contigo un minuto.

—¿Quiénes «queremos»?

—Marcus, Ricky y yo.

Tiene una expresión seria en el rostro, así que me pregunto qué habré hecho ahora. Repaso mis recuerdos más cercanos, pero no se me ocurre nada. De hecho, parece que, salvo por el despido, he sido un ciudadano modelo.

Me siento al lado de Ricky en el asiento trasero, Cassidy y Marcus están adelante. Todos me miran, así que pregunto:

—¿Qué pasa? ¿Qué he hecho ahora?

Intercambian miradas y luego Ricky empieza.

—No es por nada que hayas hecho —me dice—. Es algo que queremos que consideres hacer.

Paso mi mirada de un rostro al otro. Todos están muy serios, así que digo:

—Dios mío, esta no es una de esas intervenciones de «estamos muy preocupados por tu problema con la bebida», ¿o sí?

—No, tío —responde Ricky—. Es más una intervención por Aimee Finecky.

Eso me consuela un poco. No me gustaría pensar que este par de personas, con quienes he salido tan monumentalmente de fiesta, de pronto pretendieran transformarse en consejeros estudiantiles.

—Mirad —les digo—, ya os he dicho que voy a pagar esa mesa de jardín.

—Tío, no es la mesa lo que nos preocupa. Es Aimee.

Miro a Cassidy. Sus ojos azules casi me engullen.

—Vamos —digo—, Cassidy, tú sabes que Aimee en realidad no quiso decir lo que te dijo en la fiesta. Solamente llevaba un par de copas de más. Se siente muy mal por haberte abofeteado.

—Lo sé —me dice Cassidy—. Ya se ha disculpado conmigo. Eso no es lo que me preocupa.

—¿Entonces de qué va todo esto?

Después de un largo tiempo de silencio incómodo, Ricky dice:

—Es que simplemente nos parece que no está funcionando.

—¿Qué?

—Lo tuyo con Aimee, tío. Vuestra relación no está funcionando.

—¡Ah!, ¿no me digas? A ver, déjame que te pregunte una cosa, ¿desde cuándo tú tienes derecho a opinar sobre si mis relaciones están funcionando? A ver, miraos. En primer lugar tenemos al Señor Una Novia en Toda su Vida, después, a la chica que cortó conmigo cuando yo ayudaba al susodicho señor a conseguir esa novia, y para terminar, al tipo que me robó a *mi* novia. Disculpádmeme si vuestras opiniones sobre mis relaciones me importan un pepino.

—Espera un momento, tío —dice Marcus—, yo no te he robado la novia.

—Claro. ¿Entonces qué, la tomaste prestada, como si fuera un libro de la biblioteca?

—No —dice Cassidy—. Lo que quiere decir es que yo le pedí salir a *él* después de que tú y yo cortáramos.

—Muy bien. Perfecto. ¿Cuándo fue eso, como quince minutos después? ¡Ah!, por supuesto, ya me ha quedado claro. Eso os da derecho a cortar mis relaciones con cualquier novia que pueda tener. Supongo que debí de haber leído

la letra pequeña.

—Espera, tío —Ricky se inclina hacia mí—. Deja de pensar que esto tiene que ver contigo. Es por Aimee. Es por lo que le está pasando a ella. A ver, todos tenemos muy claro que no podemos sugerirte que bebas menos, pero esto es demasiado para ella. Bueno, yo nunca antes la había visto beber. Ahora es una verdadera alcohólica.

—Es cierto, nunca la habías visto beber, ¿sabes por qué? Porque nunca iba a ninguna fiesta. No tenía amigos, excepto una que la trataba como si fuera un perro.

—Y ahora va por la vida rompiendo botellas de vodka en el cine —dice Marcus—. Ella no es ese tipo de persona.

—¿Ah, sí? ¿Y qué *tipo* de persona es? ¿Cuando la miras piensas que no es más que una pequeña pardilla que debería quedarse escondida en su rincón y no salir nunca? Porque yo veo mucho más que eso. Veo a alguien que tiene grandes sueños, tan grandes como todos los vuestros juntos. Y veo a alguien que ahora sabe defenderse sola. Antes de que saliera conmigo, dejaba que cualquier persona en su vida la pisoteara como si fuera la capa de Sir Walter Raleigh.

—Lo que yo veo —interviene Ricky— es a alguien a quien ahora todo el mundo llama *Vomitona* en el instituto. ¿Crees que eres el salvador de esta chica, tío? Bájate de tu nube. Vas por la vida actuando como si estuvieras salvando a los demás para no tener que lidiar con tus propios problemas.

—¿Sí? ¿Qué problemas? ¿Los hipócritas mojigatos como tú?

—Espera un segundo —dice Cassidy. Es más una súplica que una orden—. No nos metamos en una bronca monumental. Chicos, ¿por qué no me dejáis hablar con Sutter a solas un momento?

Los chicos están de acuerdo y empiezan a bajarse del coche, pero ella considera que será mejor si nos bajamos nosotros. Lo cual me parece perfecto. La atmósfera del coche empieza a resultar un poco sofocante.

Nos dirigimos a mi coche y nos apoyamos en él.

—Hace muy buena noche —dice ella y yo le respondo:

—Las he visto mejores.

—Esto ha sido idea mía —me dice—. Así que no le echés la culpa a los chicos. Tal vez haya sido estúpido, pero sabes que realmente quiero lo mejor para Aimee.

—¿Pero no piensas que yo pueda ser lo mejor para ella, verdad?

—No. Creo que podrías serlo si lo intentaras. Pero no creo que lo seas en este momento.

—Así que en tu infinita sabiduría proclamas que tengo que cortar con ella.

—No lo proclamo. Solamente es mi consejo. Eso es todo.

—¿Porque la estoy convirtiendo en una alcohólica como yo?

—No lo plantees así. No es como tú, Sutter. No tiene que ser extrovertida e ir de fiesta con mucha gente. Además, ya sabes que te no te involucrarás en esto a largo plazo.

—¿Qué te hace pensar eso?

—¿Cuánto tiempo salimos nosotros? ¿Ocho meses? Y en todo ese tiempo me dejaste muy claro que no tenías ningún plan a largo plazo.

—Oye, que yo no tengo planes a largo plazo con nada.

—Lo sé. A eso me refiero. Sabía que no ibas a comprometerte nunca conmigo, y obviamente, será igual con Aimee. Así que lo que te estoy diciendo es que le harías un gran favor si simplemente terminaras con todo antes de que se convierta en algo de lo cual no puedas salir después.

Por un momento, me quedo ahí, de pie, mirando el envoltorio de una hamburguesa pasar revoloteando por el aparcamiento. Hay algo importante que Cassidy y los demás no saben, algo que no puedo contarles, la historia sobre lo que ocurrió entre Aimee y el hijo de Randy-la-morsa. Incluso si quisiera, ¿cómo puedo cortar con una chica cuando sé que tiene ese cadáver podrido enterrado en su pasado?

Así que le respondo:

—Mira Cassidy, si de verdad posees ese vasto conocimiento enciclopédico

sobre mí y mis relaciones, entonces sabrás que no necesito cortar con nada. Ya lo hará Aimee cuando esté lista. Ya se cansará de mí, igual que tú.

—¿No lo entiendes, verdad? Esta chica te quiere. No va a cortar contigo, no a menos que pase algo realmente malo.

—A ver. Claro que le gusto, pero no está *enamorada* de mí.

—Eso es tan típico de ti. No sé qué te pasa, pero por algún motivo nunca crees que alguien te pueda querer. Tu madre, tu hermana. *Yo*. Bueno, si no puedes creer que alguien te pueda querer, ¿cómo vas a conseguir romper esta fachada de *todo-es-tan-tan-fabuloso* y comprometerte de verdad con alguien?

—Oye, no es una fachada. Y, por cierto, me quedó clarísimo cuánto me querías tú cuando vi cómo me dejabas tirado con tanta facilidad.

—¿Crees que fue fácil? ¿Crees que no lloré por eso? A veces todavía me hace llorar. Pero tengo que seguir adelante con mi vida y tú también. Y Aimee también. Ella sencillamente no puede verlo porque te has convertido en todo su mundo. No puede imaginarse a sí misma yendo a ninguna parte sin ti. Pero yo no puedo imaginarnos moviéndoos en una misma dirección. ¿Tú sí?

—Sí, sí puedo. De hecho, nos vamos a ir a vivir juntos a Saint Louis después de la graduación —vale, este comentario ha sido un poco visceral, pero no voy a permitir que Cassidy se ponga a predecir mi vida delante de mis narices—. Ya lo tenemos todo planeado. Su hermana vive allí y nos está buscando piso. Los dos trabajaremos e iremos a la universidad. Acabo de avisar a Bob de que solo trabajaré dos semanas más.

Me coge del brazo.

—No estás hablando en serio.

—Espera y verás —le retiro el brazo y abro la puerta de mi coche—. Dile a los chicos que dan asco. Nos vemos en el instituto.

CAPÍTULO 57

Es media tarde y Holly está completamente engalanada con una sedosa blusa dorada, pantalones negros tipo gaucho y sandalias con correas que suben por encima de sus tobillos. Parece que fuera a salir a almorzar con algunas de sus amigas de la alta sociedad y no que vaya a quedar con su hermano descarriado, la oveja negra de la familia. Pero supongo que como es muy raro que quedemos quiere que sea una ocasión especial.

Estamos en la terraza que da a la piscina. Igual piensa que si nos quedamos dentro de la casa incendiaré algo. En la mesa ha puesto una bandeja de fruta y una jarra de té helado que, por supuesto, no necesito porque traigo mi 7UP grande.

Cuando nos sentamos, me dice:

—¿Te gusta cómo hemos redecorado la parte de fuera? —no espera mi respuesta—. Al principio, tuvimos muchas dificultades con la gente que contratamos, pero, ya sabes, les dejé muy claro qué era lo que quería que hicieran y que, si no les parecía bien, simplemente contrataría a otra persona. Refunfuñaron unas cuantas quejas en voz baja, pero hicieron el trabajo. Creo que todo ha quedado maravilloso.

—Es fantástico —le digo en un tono falsamente alegre. Estoy seguro de que intenta posponer la conversación sobre nuestro padre lo máximo posible, pero yo no estoy de humor para darle charleta.

Sin embargo, me insiste con el tema.

—Kevin quería sembrar un manzano, pero he tenido que ponerme firme y dejarle claro que eso no es práctico. Además, la verdad es que no me gustan mucho.

—Ajá —respondo mirando el jardín—. Los manzanos están taaan pasados de moda. En fin, como te he dicho por teléfono, quiero hablar contigo sobre papá.

De repente, como si le hubiera cambiado un canal de la tele, pasa de ser la anfitriona de la bandeja de fruta y los pantalones gauchos a mi hermana mayor.

—Venga, Sutter, no sé por qué quieres desenterrar ese tema.

—¿Desenterrarlo? Vamos, Holly, un padre no es algo que se *desentierre*. Era buen tío. ¿Recuerdas cómo solía contarnos historias en la tienda de campaña en el

jardín de atrás?

—Eso lo hacía casi siempre contigo. Yo ya era un poco mayor para esas historias cuando consiguió la vieja tienda de campaña.

—Bueno, entonces te acordarás de las vacaciones que nos fuimos a México. Papá sabía hablar un poco de español y hacía que nos acercáramos a la gente y le preguntáramos cosas como: «¿Dónde está el museo de las hebillas de cinturón?» o «¿Por qué no hay helado de alcachofa?». Era graciosísimo. Y compramos todos esos títeres mexicanos increíbles.

—Esas cosas me daban vergüenza.

—¿Vergüenza? La gente pensaba que eran graciosas. Nos adoraban.

—Te adoraban a ti porque eras pequeño y monísimo.

—A ti te adoraban los tíos. Pensaban que eras una jovencita muy sexy.

Sonríe.

—¿Tú crees?

—Lo sé. Veía cómo te miraban cuando te alejabas —no me molesto en mencionarle que el tío que recuerdo en particular era un hombre flacucho de unos cincuenta años con más cicatrices de acné que dientes. Pero sé que Holly debe tener algunos recuerdos cálidos de nuestro padre. Solamente tengo que sacárselos.

—Una de las mejores cosas sobre papá —le digo—, es que nadie le resultaba desconocido.

—Eso es verdad —responde. Le da un sorbo a su té helado—. Sabía cómo hacer amigos. Tal vez no se hiciera amigo necesariamente del tipo correcto de persona, pero sí sabía cómo hacer que la gente se sintiera bien consigo misma. Al menos por un rato —una expresión melancólica atraviesa su cara—. Recuerdo que cuando era pequeña, antes de que nacieras, una vez me llevó a pedir caramelos en Halloween. Íbamos los dos solos. Yo iba vestida de princesa, con un vestido largo, plateado y brillante y una tiara de plata. Papá me dijo que era la niña más guapa que había visto en su vida. Dijo que esa tarde yo sería una princesa de verdad, que podría hacer lo que quisiera y que todos mis deseos se harían realidad.

—Así era papá —le digo—. Podía llegar a ser mágico.

—Con aquella actitud suya, parecía como si conociera a todas las personas de cada casa que visitamos. Charlaba con los demás niños que caminaban por la acera y realmente me hizo sentir especial. Yo pensaba: *soy* una princesa y mi padre es el rey de Estados Unidos. Nos sentamos un rato bajo un árbol a comer caramelos, a él le encantaban los Almond Joy, y me dijo que ningún monstruo de Halloween nos haría daño porque nos envolvía un aura mágica que convertía todas las cosas feas que la tocaban en pelusas.

—¡Sí! A mí también me dijo eso.

—Y entonces le conté cuál era mi mayor deseo. Deseaba que algún día viviéramos todos juntos en un gran castillo blanco. Lo imaginé todo: hiedra en los muros, muebles dorados con cojines de terciopelo rojo, galgos rusos como guardianes. O algún perro grande. ¿Y sabes qué dijo?

—¿Qué?

—Dijo: «Bueno, tú eres una princesa y los deseos de las princesas siempre se hacen realidad».

—Así era papá, es verdad. Siempre positivo. Pero seguramente no esperabas de verdad conseguir ese castillo blanco, ¿o sí?

—Durante un tiempo, sí, claro —su sonrisa melancólica se ensancha—. Pero más adelante me conformaba con la parte de que viviéramos todos juntos. La verdad es que eso hubiera sido suficiente.

—Sí, yo igual —de repente me siento muy cercano a Holly.

—Por eso nunca quise hablar mucho de él contigo, Sutter. No solo porque nos decepcionara tanto, sino porque no quería que tú fueras como él.

—Pero tal vez no fue su culpa no poder cumplir su promesa. A ver, después de todo, mamá fue la que le gritó y le obligó a que se fuera.

Su rostro se contrae con ese gesto constreñido que hace cuando considera estúpido mi comentario.

—Pero, ¿sabes qué? Él le dio muy buenas razones para gritarle. Tú eras

demasiado pequeño para entender lo que sucedía, pero ella me lo contó. Durante aquella época éramos casi como hermanas. Me contó que ella un día se acercó a su coche, que estaba aparcado frente a nuestra propia casa, y se lo encontró encima de una vecina de nuestra misma calle. Ese es el tipo de hombre que es, y es todo lo que yo necesito saber.

La cercanía temporal que ha surgido entre nosotros se desvanece.

—¿Cómo sabes que eso es verdad? Mamá siempre le hace parecer el malo de la película. Habla mal de él siempre que puede. Por cómo se refiere a él se podría pensar que es Osama Bin Laden o algo parecido. Por una vez, me gustaría saber qué es lo que papá tiene que decir al respecto.

—¿Por qué? ¿Para que te mienta como le mintió a mamá? ¿Como nos mintió a nosotros? ¿Recuerdas que cuando estaba llevándose sus cosas nos sentó en la entrada y nos dijo que no nos preocupáramos, que estaría en la otra punta de la ciudad y que podríamos llamarle siempre que lo necesitáramos? Bien, ¿y dónde está?

—Eso es exactamente lo que quiero saber.

—Lo que yo pienso es...

—Sé lo que piensas. Pero esto es lo que yo pienso: es hora de encontrarlo. Quiero hablar con él, hablar de verdad. Los tíos necesitan conocer a sus padres de verdad, no a un padrastro robot. Le he preguntado a mamá dónde está, pero siempre me sale con la misma respuesta de mierda. No tengo la misma relación con ella que tú. Ella cree que tú eres una triunfadora.

—¿Estás de coña? Ella piensa que tú eres su hijo estrella.

—¿Su hijo estrella? No piensa eso desde que tenía seis años. Ahora me da la impresión de que me considera una especie de cachivache roto o algo que se muere de ganas de vender de oferta a alguien en un mercadillo callejero. Por eso estoy aquí. Necesito que hables con ella y le preguntes de mi parte dónde está papá. Tú te llevas mejor con ella. A ti te lo dirá.

—Tú también podrías llevarte bien con ella, Sutter. Podrías llevarte mejor conmigo. Pero siempre vas por ahí a tu bola, como si no nos necesitaras para nada.

—Bueno, pues ahora estoy aquí, ¿no? Te estoy diciendo que necesito que le

preguntes esto a mamá por mí.

Mira hacia la casa.

—No quiere hablar de él, Sutter. Y no la culpo. ¿Después de cómo se comportó? Bueno, es como el penúltimo de los perdedores.

—Eso no significa lo que tú piensas.

—¿Qué?

—Penúltimo... no significa lo que tú piensas. Significa que eres el anterior al último en algo.

—Da igual. Lo que digo es que, en lo que respecta a mamá, papá es solo un mal recuerdo y yo no quiero ser quien la obligue revivir todo eso de nuevo.

—Sí, bueno, estoy seguro de que tienes razón. Estoy seguro de que todo lo que pasó antes de que nos mudáramos a la casa grande con la piscina a mamá le trae malos recuerdos. Pero ¿qué te parece esto? ¿Podrías hablar con ella por *mí*? ¿Podrías hacer eso? Tú siempre me estás diciendo lo que crees que debería hacer. Esta vez, ¿qué tal si me ayudas con algo que me parece importante?

Se queda mirando la bandeja de fruta.

—Vamos —le digo—. Podrías llamarla ahora mismo al trabajo. Dile que Kevin está interesado en hablar con papá sobre algo. Eso la convencerá. Adora a Kevin.

Holly empieza a decir algo y luego se muerde el labio, como si intentara resolver un complejo problema matemático en su mente. Finalmente, me dice:

—No hace falta que la llame.

—¿Por qué no?

Sigue mirando la bandeja.

—Porque yo sé dónde está papá.

—¿Qué?

Por fin se gira a mirarme.

—Sé dónde está. Está en Fort Worth, Texas. Llama a mamá un par de veces al año, borracho, pidiéndole que vuelva con él. Como si eso fuera a pasar.

—¿Y mamá te lo cuenta a ti y a mí no?

—¿Puedes culparla? Tú siempre actúas como si el divorcio hubiera sido culpa suya. Probablemente tenga miedo de que te vayas a vivir con él o algo así.

—Sí, claro —me pongo de pie y cojo mi 7UP de la mesa—. O tal vez no quiere que averigüe la verdad sobre lo que pasó. Pero no puede mantener eso bajo control para siempre. Voy a averiguarlo. No me importa si tengo que conducir hasta Fort Worth para enterarme.

CAPÍTULO 58

Fort Worth está a solo tres horas y media al sur, tal vez menos, teniendo en cuenta a la velocidad que voy. Es un día gris y nublado, pero no pasa nada. Cuando vas por la carretera a 130 kilómetros por hora, lejos del instituto y el trabajo y los padres, no puedes evitar sentirte embriagado y libre. Además, debo admitir que me emociona la idea de volver a ver por fin a mi viejo después de todos estos años. Aimee probablemente está el doble de emocionada que yo, a pesar de que nos estamos perdiendo la graduación.

Cuando le dije que tenía que ver a mi padre justo el fin de semana de la graduación, no fue precisamente una mentira. Mi padre en serio me sugirió que nos viéramos hoy cuando hablamos por teléfono, y no sabía que la ceremonia estaba programada para el viernes por la noche. Estoy seguro de que si se lo hubiera dicho, hubiera cambiado la fecha encantado, pero ¿para qué? A mí nadie me va a dar un diploma. El señor Asnoter cumplió su amenaza y tendré que asistir al curso de verano.

Aparentemente, la madre de Aimee tampoco se alegró mucho con la situación. No estoy muy seguro de cómo se lo contó Aimee, pero la verdad es que no creo que su madre esté encantada conmigo, en general. Todo eso de las malas influencias y demás. Pero no pasa nada. No esperaré ninguna otra cosa de una

mujer cuyo control sobre su hija se está desvaneciendo. Porque eso es exactamente lo que está sucediendo. Ahora que Aimee tiene algo de práctica en tomar decisiones y defenderse, se está haciendo una experta. Por supuesto, un par de tragos de vodka siempre ayudan.

A mi madre me he limitado a decirle que la celebración no sería hasta dentro de una semana y nunca se molestó en confirmar las fechas. Habrá tiempo más que suficiente para explicar la situación de los cursos de verano. Tampoco le he dicho nada sobre lo de la visita a mi padre y le he pedido a Holly que no se lo diga. No necesito que mi madre me sermonee sobre lo malo que es este señor y que probablemente me infectaré con su maldad solo por hablar con él.

Lo que no me gusta nada es que Aimee se pierda su graduación. Se ha esforzado mucho durante mucho tiempo para obtener ese diploma pero, en realidad, ¿qué importancia tiene la ceremonia? ¿De verdad es necesario desfilar sobre un escenario con una fila de personas que nunca la han conocido de verdad? Además, si se enterara de que yo no me voy a graduar, eso le arruinaría más las cosas.

La música suena a todo volumen y el paisaje pasa volando a nuestro alrededor, las nubes bajas, los pastizales, las montañas Arbuckle del sur de Oklahoma. Aimee saca unos aperitivos y refrescos. Nada de alcohol. Bueno, probablemente bebamos algo antes de quedar con mi padre, pero eso es todo.

—¿Estás nervioso por verlo? —me pregunta, y yo le respondo:

—Creo que será raro verlo, pero ya conoces mi política al respecto.

—¿Tú aceptas lo raro?

—Cien por cien.

—Seguro que esto va a ser el acontecimiento del año para tu padre —me dice, ofreciéndome la bolsa de aperitivos.

Cojo un puñado y le digo:

—Parecía bastante emocionado por teléfono. Así ha sido siempre, un entusiasta de la vida. Recuerdo una vez que lo acompañé a la tienda. Dio marcha atrás y le dio un golpe a otro coche en el aparcamiento. No se enfadó lo más mínimo. En vez de eso, se lo tomó como si fuera una oportunidad más para hacer

amigos, entró a la tienda, pidió que llamaran afuera a la dueña del coche, le dio los datos del seguro y, de pronto, ya estaban ahí charlando y riendo. Parecía que le acabara de dar el cheque del premio gordo de la lotería en vez de haberle dado un golpe a su coche.

—Me muero de ganas de conocerle.

—Oye, que él también se muere de ganas de conocerte.

Bueno, quizá no le haya comentado a mi padre que Aimee también viene, pero cuando contactas a tu padre, al que no has visto en diez años, es difícil recordar todos los detalles que debes mencionar.

De hecho, la llamada estuvo muy bien. Al principio, se confundió y no entendía quién era, como si pensara que yo todavía era un niño en vez de un tío adulto de dieciocho años, pero cuando se hizo a la idea, entonces tuvimos una conversación muy buena, un poco torpe, pero positiva.

Me preguntó por mi madre y por Holly, y no hizo ni un solo comentario negativo de ninguna de las dos. Incluso se acordó de que yo jugaba a béisbol en la liga infantil y quiso saber si seguía jugando. Tuve que admitir que dejé de jugar al empezar la Secundaria porque cambiaron mis intereses, pero fue genial que recordara lo buen jugador de campo que era, incluso de pequeño.

No me contó en qué trabajaba o ni por qué terminó en Fort Worth, pero parecía estar a gusto allí. Sigue gustándole ir a ver el béisbol. No se ha vuelto a casar. Sigue contando chistes, solo que ahora sus carcajadas tienden a terminar con un ataque de tos. No le pregunté sobre lo que había pasado entre mi madre y él. Ya habrá tiempo en Fort Worth.

Cuando finalmente llegamos a Fort Worth, se acerca la hora de la cena y después de unos cuantos intentos, finalmente localizamos el dúplex de mi padre. No es una antigüedad ni nada, tal vez tendrá unos diez años, pero parece endeble, algo que no debe de resistir muy bien los fuertes vientos de Texas. El césped estaría mejor si le hicieran una buena poda y los arbustos están un poco secos, pero ¿qué más da? Mi padre probablemente tenga cosas mejores que hacer que estar cuidando el jardín todo el día.

—Creo que ahora sí necesito ese trago de vodka —me dice Aimee.

—Pásame el whisky, doctora.

Bebemos nuestros tragos, seguidos por un par más y terminamos con unas gárgaras de enjuague bucal.

—Bueno —le digo—. Ahora o nunca.

Nadie nos abre la puerta de la casa después de que toquemos el timbre un par de veces. Se me ocurre que quizá podría estar roto, así que intento llamar a la puerta, pero nadie sale hasta después de unas cinco veces. Al fin, la puerta se abre y ahí está mi padre, solo que una versión más pequeña de lo que recuerdo. No es mucho más alto que yo y tiene el pelo despeinado, lleno de canas y le hace falta un buen corte. Lleva unos vaqueros azules desteñidos y una especie de camisa hawaiana, excepto que en lugar de flores en la parte delantera tiene un estampado de dados. Sigue siendo atractivo, pero de una manera cansada y arrugada.

—Vaya, buen día tenga usted, jovencito —dice lleno del viejo carisma—. ¿En qué le puedo ayudar?

Al principio creo que está bromeando, pero no es así.

—Soy yo —le digo—. Sutter.

Se queda en silencio, como si esperara a que yo terminara de decir algo.

—¿Tu hijo?

—¡Sutter! Claro. Vaya, qué gusto verte. Se me había olvidado que venías este fin de semana. Bueno, ¿qué tal? —me sacude la mano con un fuerte apretón—. ¿Y quién es esta hermosa dama? —le extiende la mano a Aimee.

Se la presento. Ella inclina la cabeza tímidamente cuando él le dice que la ha confundido con una joven estrella de Hollywood.

—Eres igual que tu viejo —me dice—. Tienes un gusto impecable para las mujeres.

Me pregunto con qué mujeres habrá tenido él un gusto impecable. Desde luego, no puede estar refiriéndose a mi madre.

Resulta que ya tenía planes para quedar con su novia de turno en un sitio que se llama Larry's. Insiste en que pensaba que yo no vendría hasta el fin de semana siguiente. Por lo general, aceptaría que podría haber sido error mío, pero

estoy seguro de que quedamos en esta fecha. Pero no tiene sentido discutir al respecto. Ya estamos aquí y a él le parece bien que vayamos con él y su novia a comer unas costillas.

Nos sugiere que es mejor que vayamos en coches separados, así que Aimee y yo nos vamos en el Mitsubishi y él en su vieja Wagoneer. El ánimo está por los cielos. Salvo que no puedo evitar preguntarme si no será un poco difícil sacar el tema de por qué se separaron mi madre y él con su novia delante.

—¿Otro trago de whisky, doctor? —pregunta Aimee cuando arrancamos.

—De inmediato —le respondo.

CAPÍTULO 59

Larry's es un pequeño bar-restaurante que está como a diez minutos del dúplex; una pocilga por su aspecto, pero se dice que las mejores costillas las ponen siempre en los sitios más guarros. Es evidente que mi padre es un cliente asiduo. Hay unas quince personas en el lugar y todos parecen conocerlo. Están sorprendidos y encantados de conocer a su hijo. Las mujeres de Texas son muy aficionadas a pellizcarte las mejillas.

Pero su novia no parece tan contenta. Sale del baño justo cuando estamos terminando de saludar a todo el buffet de admiradores y empieza a decirle que lleva esperándolo treinta minutos y que está harta de cómo la trata. Parece que esto puede ponerse feo, pero yo debería imaginarme que con mi padre las cosas no suelen ponerse feas. Simplemente activa su sonrisa de banda ancha y le explica que se ha entretenido con una pequeña visita.

—Quiero presentarte a mi hijo, el sorprendente Sutter Keely —hace un aspaviento exagerado en mi dirección—. Y, Sutter, ella es la señorita Gates.

En un parpadeo, la señorita Gates se pone toda radiante.

—¿Tu hijo? ¿Por qué no me dijiste que vendría a visitarte?

Se tambalea con cuidado hacia delante, me abraza con desenfado y me besa

la mejilla. Parece que ha bebido un poco. Igual hasta me cae bien.

No es la mujer más guapa del mundo a sus cuarenta y cinco años, pero sí es un espécimen fabuloso en su estilo: unas magníficas pestañas postizas, un kilo de delineador en los ojos y, lo mejor de todo, un gigantesco peinado tejano, teñido de negro con una mancha blanca en la parte delantera, donde le nace el flequillo. Es escultural de cierta forma, no es alta, pero parece como si en algún momento hubiera tenido el cuerpo de Miss Universo. Solo que ahora, la estatua está recuperando la forma de su bloque de mármol original. A ver, está entradita en carnes. No me gustaría chocarme con ella con el Mitsubishi.

Nos sentamos alrededor de una mesa redonda al fondo y mi padre pide las costillas y un par de jarras de cerveza. La comida es deliciosa, grandes porciones con mucha salsa, picante y dulce, como a mí me gusta. Pero lo mejor de todo es que a nadie parece importarle que Aimee y yo nos sirvamos cerveza. Está helada como una mañana navideña. ¡Cervezas con el viejo, por fin!

Se recuesta en su silla, enciende un cigarrillo, y empieza a contar chistes e historias haciéndonos reír a todos, incluyendo a los hippies vaqueros que están en la mesa de al lado. La historia que más disfruto es una sobre una visita al lago, cuando entre él y mi madre las cosas todavía iban bien. Había una pequeña playa con un muelle y un tobogán, un par de trampolines y un salvavidas. Después de pasar un rato enseñándome a nadar, mi padre decidió hacerse el gracioso lanzándose desde el trampolín más alto, así que me dijo que me quedara donde estaba y que no me moviera. Claro que, tratándose de mí, en cuanto me dio la espalda, salí corriendo a ver dónde encontraba algo con que divertirme.

Así que mi padre saltó de cabeza y volvió a por mí, pero no me encontró. Inmediatamente lo invadió el pánico al pensar que su fabuloso hijo se había caído del muelle a las aguas profundas. Corrió a hablar con el socorrista, que se limitó a buscar en el agua cercana a la orilla, con el silbato en la boca y su estúpida visera bajo el sol.

Es muy gracioso cómo lo cuenta mi padre. Hace todas las voces y las caras e incluso se pone de pie e imita el falso heroísmo del idiota del socorrista y luego representa cómo volví a aparecer, atándome los cordones del bañador después de hacerle una visita al baño portátil, con mi cara de inocencia. Todo el mundo está a punto de explotar de la risa salvo la señorita Gates.

Se pone sentimental por el asunto; los ojos se le llenan de lágrimas y las

pestañas postizas le cuelgan torcidas. Tiene una gran mancha de salsa barbacoa en la barbilla que nadie le ha dicho que se limpie y está balbuceando:

—Tienes unos hijos preciosos. De verdad, preciosos de verdad —por lo visto, se piensa que Aimee es mi hermana.

Yo me siento pletórico y orgulloso, porque me acuerdo de cuando sucedió todo eso. Mi padre no ha contado la mejor parte, cuando me cogió en brazos, me abrazó y me dijo que no volviera a desaparecer así nunca más porque ¿qué hubiera hecho si yo me ahogaba? ¿Qué hubiera hecho sin su sorprendente hijo? Yo llevo ese recuerdo conmigo como una moneda de la suerte desde entonces.

Cuenta más historias del pasado, todas grandiosas y cálidas como el Océano Pacífico. Cuando le recuerdo que solíamos escuchar canciones de Jimmy Buffett en el patio en las noches de verano, la curvatura de su sonrisa se torna melancólica.

—Fue una época maravillosa, Sutter, maravillosa —dice, y me pregunto si no detecto un poco de remordimiento en su voz. Pero su sonrisa regresa a máxima potencia—. ¿Sabes qué? En la máquina de discos del local tienen a Jimmy. Podemos escuchar el disco entero.

Después de encender la máquina de discos, vuelve a la mesa con las manos extendidas hacia la señorita Gates.

—¿Te has traído tus zapatos de baile? —le pregunta con la mirada sugerente, y ella responde:

—Uuuuh, ahora lo vas a ver.

—Vamos, Sutter —me dice padre—. Veamos si Aimee y tú podéis seguirnos el paso a los viejos.

Y bueno, con el tipo indicado de música, no se me da mal bailar, pero mi padre y la señorita Gates bailan *swing* tejano, lo cual no es mi especialidad y tampoco pega mucho con la música que estamos escuchando. No obstante, eso no me detiene ni por un segundo. Estoy dispuesto a todo. Y, sorprendentemente, Aimee también. Y yo me pregunto, ¿quién es esta tía? ¿Qué ha sido de la chica a la que tuve que sacar prácticamente con una ganzúa de la silla en el baile de graduación? Parece que el simple hecho de haber hecho caso a su sugerencia de buscar a mi padre hubiera sido una inyección de esteroides para su confianza.

Así que aquí estamos los cuatro, en la diminuta pista de baile: Aimee y yo rebotamos el uno contra el otro en una muestra espasmódica de mala coordinación, mientras mi padre y la señorita Gates, a pesar de lo borracha que está, giran con la precisión de un reloj.

Se compadecen de nosotros y deciden darnos una clase rápida. Cambiamos de pareja para la segunda canción y mi padre ya tiene a Aimee girando como si acabara de graduarse en la universidad de la música *country* o algo así. Yo, por mi parte, estoy a punto de lanzar a la señorita Gates a las piernas de un tío que lleva una hebilla en el cinturón del tamaño de una bandeja de quesos. A ella no le importa.

—Eres un bailarín fabuloso —me dice—. Fabuloso de verdad.

Y entonces empieza una canción lenta y la señorita Gates me estrecha contra sus considerables tetas y me mete las manos en los bolsillos traseros del pantalón. Haría falta un cóctel molotov para que me soltara. Del otro lado, mi padre tiene a Aimee abrazada y la mueve con soltura por los bordes de la pista de baile. Intercambiamos sonrisas avergonzadas, pero noto que a ella le cae bien mi viejo.

¿Sabéis qué? Creo que ni siquiera voy a preguntarle sobre lo que pasó con mi madre. Será mejor que dejemos que la brisa nos lleve a donde quiera. No necesitamos forzar nada. Hoy todo tendrá que ver con recuperar el vínculo, no con la resolución de misterios.

Cuando volvemos a la mesa para descansar con unas cuantas cervezas más, a Aimee se le ocurre salir con la pregunta que cambia toda la fiesta. Pero no la podéis culpar por lo que pasó. Era una pregunta razonable. No tenía manera de saber que encendería una ristra de fuegos artificiales justo en medio de Larry's Bar and Grill.

CAPÍTULO 60

—Entonces, señor Keely —dice Aimee, todavía sonrojada por nuestras acrobacias en la pista de baile —, ¿qué ha estado usted haciendo desde que salió de Oklahoma?

¿Veis? Es una pregunta completamente inocente y bien intencionada.

Mi padre responde con evasivas.

—Muchos viajes —dice—. De aquí para allí, de arriba para abajo. Siempre he sido inquieto, yo creo —entonces se distingue un brillo en su mirada y nos damos cuenta de que ha recordado algo agradable—. Uno de mis sitios favoritos fue Key West, Florida. Vaya, deberíais ver las puestas de sol. Son como un gigantesco helado de caramelo con vetas de fresa derritiéndose sobre el mar. Allí el tiempo fluye de manera distinta, es más lento, más relajado. Estoy seguro de que si me hubiera quedado allí, ahora sería cinco años más joven —se ríe, pero creo que hasta cierto punto se lo cree de verdad.

—¿Y por qué se marchó de allí? —pregunta Aimee. Lleva toda la tarde escuchando con mucho interés cada palabra que él dice, como si creyera que en cualquier momento mi padre le fuera a revelar por accidente el significado de la vida.

—¿Qué por qué me fui? —le da un largo trago a su cerveza—. Vaya, esa es una buena pregunta. Sabes, creo que todo se reduce al gran dilema americano: el salario. O la falta de él. Las autoridades esperan que tengas uno si quieres comer, beber y encontrar alojamiento. Es el décimo primer mandamiento, vamos. Pagarás tus deudas de manera puntual.

Se termina su cerveza y se sirve otra.

—Pero seguro que Sutter no está tan interesado en saber por qué me fui de Key West, sino por qué me fui de Oklahoma, ¿no es cierto? —me mira con una ceja levantada.

Tengo que admitir que esa pregunta se me ha pasado por la mente.

—Y es una pregunta justa —responde él—. No cabe duda. Permíteme empezar con lo siguiente; yo quería estar ahí para ti y para Holly. De verdad que quería. Sí, vosotros dos erais más importantes para mí que cualquier otra cosa. Pero, aparentemente, yo no estaba diseñado para ser un hombre de familia, al menos no en el sentido tradicional. La verdad es que tu madre no creía que pudiera serlo. Y las cosas se pusieron tan feas entre ella y yo que me pareció que lo mejor sería no estar cerca. Al menos por un tiempo. El problema es que a veces *un tiempo* se puede convertir en una eternidad en un abrir y cerrar de ojos.

Esta respuesta no me termina de convencer, pero no permito que me contamine. Todavía no.

—Entonces —interviene la señorita Gates—, ¿qué te pasó con tu mujer? —su contribución a la conversación me sorprende. Llevaba un rato mirando fijamente la mesa, así que pensaba que tal vez se hubiera desmayado.

—La vieja historia de siempre —responde—. Diferencias irreconciliables. La cosa es que ella siempre quiso un futuro y yo no tenía nada que ofrecerle.

—¡Ja! —exclama la señorita Gates. Echa la cabeza hacia atrás, pero es como esos muñecos de cabeza bamboleante que vuelven a su posición de inmediato—. En mi experiencia, las diferencias irreconocibles significan que el marido y la mujer han tenido un desacuerdo tremendo. Ella piensa que él no debería serle infiel y él piensa que sí.

Mi padre guarda la compostura y dice:

—Para los hombres, lo que piensan las mujeres siempre será un misterio.

Entonces, de la nada, estas palabras brotan de mi boca:

—Mamá nos dijo que tú le fuiste infiel —las noto raras en mi boca, pero ya he empezado a hablar, así que tengo que terminar—. Siempre te echó la culpa de todo. Pero yo nunca la creí. Me imagino que usaba ese argumento para que nos pusiéramos de su parte.

Por un momento, mi padre pasa el dedo alrededor de su tarro de cerveza, contemplativo.

—¿Entonces? —dice la señorita Gates—. ¿Le fuiste infiel?

Sin levantar la vista, mi padre responde:

—Tal vez. Un poquito.

Supongo que es una de esas cosas sobre las que, una vez se las han preguntado, mi padre no puede mentir. Claro, suena muy mal, pero intento decirme a mí mismo que, visto cómo lo trataba mi madre, era entendible que tuviera que ir a buscar consuelo en otra parte.

—¡Joder! —exclama la señorita Gates—. Es típico de un hombre salir con una respuesta como esa. ¿Cómo se puede ser un poquito infiel?

Mi padre sonrío de nuevo, pero ahora su sonrisa no parece tan auténtica.

—Ya sabes cómo son las cosas —explica—. Sales a beber y a divertirte y una cosa te lleva a la otra. Las mujeres no significaban nada. De algunas ni siquiera me acuerdo de sus caras.

Y yo pregunto:

—¿Algunas? ¿Cuántas fueron?

Parece como si de verdad considerara contarlas, pero se da por vencido.

—En realidad no llevaba la cuenta.

—Ya está. Ya he tenido suficiente —la señorita Gates da una fuerte palmada en la mesa—. ¡No sabía que me estuviera relacionando con un violador en serie!

—¡Ay, mierda! —mi padre me mira como disculpándose—. Ahí va, exagerando otra vez. Esperaba que pudiéramos estar una noche sin que pasara una cosa así.

La señorita Gates se inclina hacia delante:

—Yo no soy *una cosa*.

—No es eso lo que he dicho. Solamente que a veces puedes ser, ¿cómo explicarlo? ¿Bastante dramática?

—No soy *darm...* bastante... *darmática*. ¿Cómo esperas que reaccione si me entero de que vas por ahí acostándote con mujeres a las que ni siquiera quieres?

—Eh, que yo nunca he dicho que no las quisiera. Estoy seguro de que las quise a todas, aunque fuera solo durante cuarenta y cinco minutos.

—¿Ah, sí? ¿Conque cuarenta y cinco minutos, eh? Bueno, pues dime entonces, ¿cuándo se van a terminar *mis* cuarenta y cinco minutos?

Mi padre inclina la cabeza hacia un lado.

—¿Cómo puedo saberlo? Ni siquiera llevo reloj.

Hasta yo me percaté de que su respuesta ha estado equivocada.

Las cejas pintadas de la señorita Gates se elevan a tal velocidad que parece que se le fueran a salir volando de la cabeza.

—¡Bueno, ahora sí que he tenido suficiente! Perro infiel. Haciéndome creer que me querías para que dejara a mi marido y mis dos pobres niños por ti.

—¿Tus niños? Tienen veintitantos años. Además, nunca te he dicho que quisiera que dejaras a nadie.

El rostro de la señorita Gates está totalmente rojo, hasta las raíces de su pelo teñido.

—¿Así que ahora crees que puedes tirarme a la basura como una especie de hueso roído? Bueno, te voy a demostrar lo que me parece eso —coge la bandeja de huesos de costilla y los lanza directamente a la camisa con estampado de dados de mi padre.

—¿Qué cojones...? —dice él, mirando las manchas de salsa oscura.

Este sería el momento ideal para planear nuestra salida triunfal, pero la señorita Gates no ha terminado.

—A ver cuánto le gustas ahora a las mujeres con esa pinta —agita el brazo y tira su jarra, llena de cerveza, al suelo, donde se rompe en las baldosas de color ladrillo.

Mi padre interviene:

—Dios mío, tranquilízate, ¿quieres? —y, un segundo después, el dueño del local se acerca a toda velocidad y dice:

—Joder, Tommy —Tommy es el nombre de pila de mi padre—, te he dicho muchas veces que no traigas a esta loca aquí cuando ha bebido tanto. Ahora sácala de aquí antes de que rompa otra cosa.

—Pero es que ha venido a verme mi hijo —se lamenta mi padre.

—No me importa. La gente no viene a mi restaurante a presenciar este tipo de gilipolleces.

—No me quedaría aquí ni aunque me pagaras— declara la señorita Gates. Se pone de pie y choca con la mesa. La jarra de mi padre cae entre los restos de la suya.

—Espera —le dice mi padre. Se levanta, deja un billete de veinte dólares en la mesa y me dice:

—Sutter, ¿podrías encargarte de pagar? Será mejor que la ayude.

Y yo le respondo:

—Claro —obviamente los veinte dólares no son suficientes para pagar todas las costillas y cervezas que hemos consumido, así que Aimee y yo tenemos que poner de nuestro dinero para terminar de pagar. Cuando terminamos de hacerlo, mi padre y la señorita Gates ya están afuera.

Empieza a lloviznar y, bajo la luz de la calle, del otro lado del aparcamiento, ella está gritando:

—¡Aléjate de mí, lobo disfrazado de oveja!

—Vamos —dice él—. Tranquilízate. Estás interpretando esto de la manera equivocada.

Pero, obviamente, la señorita Gates está en la fase equivocada de la borrachera. En vez de tranquilizarse, se pone dar vueltas a su bolso, que es del tamaño de una bola de bolos, y golpea a mi padre de lleno en la cara.

—¡No me digas lo que tengo que hacer! —grita y vuelve a atacar con el bolso.

Mi padre ahora está en posición defensiva, levantando los brazos para evitar más golpes, pero ella es una guerrera medieval con ese bolso, y le golpea una y otra vez.

—Y no vuelvas a atreverte a pedirme dinero prestado nunca más —dice y ¡zas!, el bolso golpea a mi padre en el hombro—. Me vas a pagar cada céntimo de lo que me debes. No te creas que no. No me vas a utilizar y luego te vas a escapar

con mi dinero.

Zas, zas, zas.

Finalmente mi padre la agarra de los brazos y la inmoviliza contra el maletero de su coche. Ella está jadeando y balbuceando.

—Eres un infelíf hifodeputa, ¿lo sabías? Infelíf.

Sugiero que tal vez deberíamos meterla al Mitsubishi y llevarla a casa, pero mi padre me dice:

—Gracias, Sutter, pero creo que mejor la llevaré yo. Será preferible que hable con ella a solas.

—¿Quieres que os sigamos?

—No, no pasa nada. Podéis esperarme en casa. Os veo allí en treinta minutos.

—¿Vas a dejar su coche aquí?

—No le va a pasar nada —sonríe, como si todo estuviera de maravilla.

—¿En tu casa en treinta minutos?

—Treinta minutos clavados.

CAPÍTULO 61

Treinta minutos. Una hora. Una hora y media. Sin noticias de mi padre. La llovizna se ha convertido ya en una intensa lluvia que resuena en el capó del coche. El agua se derrama en gruesos chorros por el parabrisas.

—No creo que vaya a venir —digo y le doy un largo trago a mi whisky con 7UP.

—Qué faena que no tengas su número de móvil.

—Daría igual, porque yo tampoco tengo móvil.

—Creía que tenías uno nuevo.

—Lo he perdido.

Los relámpagos alumbran la calle y el trueno se escucha tan cerca que parece que el cielo se vaya a partir en dos justo sobre el coche.

—La tormenta se está poniendo fea —le digo—. Probablemente será mejor que volvamos a casa.

—No tenemos que volver. Podemos esperar todo el tiempo que quieras.

—¿Para qué? Es el mismo padre de siempre. Se ha largado sin decir adiós —enciendo el motor y me alejo sin molestarme en girarme a mirar el dúplex una última vez.

Durante un rato, ambos vamos en silencio. Ni siquiera pongo música. Solamente se escuchan los truenos y los limpiaparabrisas moviendo el agua. A estas alturas, ya he tenido tiempo más que suficiente para digerir el esperado reencuentro con mi padre. Qué fraude. Puedo entender que le fuera infiel a mi madre. Ella también puede llegar a portarse muy mal. Pero parece que este tío no se preocupa por nadie más que por sí mismo. Joder, ni siquiera se acordaba de que iba a ir a verle. Y luego ese patético discurso de las ganas que tenía de estar ahí para Holly y para mí. ¿Y qué pasó? ¿Perdió la noción del tiempo? Si realmente quieres a tus hijos, no pierdes la noción del tiempo.

Ahora está engañando a esa loca de la señorita Gates. ¿Creéis que le importa haber destrozado un matrimonio y que sus hijos la odien? No. No entiende nada sobre las familias. Si entendiera algo, no me habría dejado esperándole sentado en mi coche, bajo la lluvia, fuera de su miserable dúplex después de haber venido desde tan lejos para verle. Pero supongo que mis cuarenta y cinco minutos de amor se terminaron hace mucho tiempo.

Todos estos años le he dado el beneficio de la duda. Me he inventado excusas sobre cómo mi madre lo había alejado de nosotros y pensaba que era su culpa que él nunca nos llamara o nos visitara. Que en realidad era buen tipo, me dije a mí mismo. Así, al menos, yo todavía le importaba a uno de mis padres: mi

gran y majestuoso padre.

Sí, cómo no.

No hizo falta que nadie lo alejara. Estaba más que dispuesto a abandonarnos. Probablemente se endeudó muchísimo antes de irse, también, y le dejó una buena deuda a mi madre para que la pagara, o para que consiguiera un Geech que la pagara. No me sorprende que mi madre no me soporte. Le recuerdo demasiado al viejo.

Y eso es lo que realmente me asusta. Quizá sí soy como él. Tal vez estoy siguiendo el mismo camino que él hacia la Villa de los Perdedores, donde terminó.

Desde atrás, escucho un claxon. Supongo que el Mitsubishi se debe de haber adentrado unos veinte centímetros en el carril de al lado y el tío de atrás debe de pensar que está a cargo de controlar el tráfico.

—Vete a la mierda, tío —hay tipos mucho más peligrosos que yo en la carretera: los que hablan por móvil, las que se van maquillando, los que van buscando en el suelo algún CD de mierda que se les ha caído.

La verdad es que, si tengo algún talento, es que como conductor borracho soy magnífico. Mi historial está completamente limpio, eso si no contamos un par de rasguños en un aparcamiento y con un poste de luz. Lo que sucedió con el camión de carga fue con el coche de mi madre y por aquel entonces no tenía carnet. Ni siquiera intervino la policía. A ver, que no voy conduciendo por ahí con un niño de cuatro años atado a la baca del coche. Así que este tío de ahí atrás se puede ir a la mierda con su claxon. Tiene cosas mucho peores que yo de las que preocuparse.

Finalmente, cuando vamos por la autopista al norte de la ciudad, Aimee intenta hacerme sentir mejor, y me dice lo bien que le ha caído en realidad mi padre y que ha sido una pena que la señorita Gates resultara ser así.

—No entiendo por qué se enfada tanto por lo de las aventuras de tu padre cuando está claro que ella le ha sido infiel a su marido.

Y yo le respondo:

—Supongo que es porque la gente da asco.

No estoy de humor para esta mierda optimista. Estoy en una fase

anormalmente oscura de la borrachera. Más oscura que la noche, como si Dios hubiera abandonado a su borracho consentido preferido.

—No todo el mundo da asco —dice Aimee—. Tú no.

—¿Estás segura? Ya has visto el tipo de persona que es mi padre: un mentiroso e infiel compulsivo. El tipo de persona que cambia a su familia como una serpiente cambia de piel. ¿Estás segura de que yo no me arrastraré por el mismo camino? Dicen que de tal palo, tal astilla. ¿De verdad quieres irte a Saint Louis con una serpiente-astilla podrida como yo?

—No eres ni serpiente ni astilla. Y no eres tu padre. Creo que ha sido bueno que averiguaras la verdad. Puedes aprender de sus errores. Si no quieres ser como él, no tienes que ser como él. Todos tenemos libertad de elección.

—¿Libertad? ¿Libertad para elegir qué? ¿Una especie de nuevo futuro espectacular para mí? Ya has escuchado a mi padre. Mi madre quería un futuro y él no tenía ninguno que ofrecerle. Bien, yo no tengo uno que ofrecerte a ti tampoco. Es como un defecto de nacimiento, ¿sabes? El niño que nació sin futuro.

—Eso no es cierto, Sutter. Tienes muchísimas opciones.

—No, no las tengo. Lo vi en un sueño. El típico sueño que se repite. Estamos Ricky y yo entretenidos con un juego que solíamos jugar en Secundaria con un perro de la zona, un enorme dóberman negro. Solo que en el sueño no nos hacemos amigos del perro como sucedió en realidad. Para nada. No, en el sueño el dóberman abre su gran hocico babeante y se come a Ricky de un bocado, y luego solo quedamos yo y el perro que gruñe y lanza mordiscos, persiguiéndome por el canalón de desagüe hasta que me choco contra una pared de cemento. No hay escapatoria. Y entonces despierto. Es demasiado brutal para que mi subconsciente lo enfrente. Es la era del perro, de verdad, solo que esta era es infame. Pero así es la vida. Justo así. Es ir corriendo y corriendo hacia una pared que hay frente a ti con un gran perro negro a tus espaldas que intenta morderte el culo.

Aimee me pone la mano en el muslo.

—Así parece en este momento. Pero tienes que acordarte de tener esperanzas.

—¿Esperanzas? ¿Estás de coña? Eso es una cosa que he aprendido sin lugar a dudas: la esperanza es absolutamente innecesaria. Qué hay en su lugar, todavía

no lo sé. Hasta que lo descubra, la bebida tendrá que bastar.

Le doy un trago al whisky con 7UP pero me sabe mal. Nada me ayuda. Soy una mancha negra en las radiografías de tórax del universo.

Aimee dice:

—Sabes, tu padre probablemente se ha debido de quedar ayudando a la señorita Gates. Me ha dado la impresión de que tiene problemas mentales. Estoy segura de que quería volver y estar con nosotros. Si no fuera por ella, probablemente habríamos pasado la noche en su casa.

—Sí, claro. Y si no hubiera sido infiel a mi madre y nos hubiera abandonado a Holly y a mí, entonces seguiríamos siendo una familia, y todo sería genial, y yo sería presidente de mi clase de catequesis, y tú y yo iríamos cabalgando en corceles plateados hasta Plutón.

Se queda en silencio por un momento. Tal vez debería sentirme mal por ponerme tan sarcástico con ella, pero no queda espacio en mi interior para sentirme peor.

Finalmente, me dice:

—Ya sé que ahora lo ves todo muy negro, pero los padres solo son personas. No siempre saben lo que hacen. Eso no significa que no te quieran.

—No necesito que me psicoanalices, doctora Freud Junior.

Mi comentario no la molesta.

—E incluso si no te quisieran, eso no significa que tengas que darte por vencido. ¿Sabes? La cosa es hacer funcionar el amor al nivel que puedas. Como conmigo, porque yo te quiero. Eso no tienes que cuestionarlo. Es así.

—Vamos, Aimee, pareces una telenovela. Tú no me quieres. Tal vez eso es lo que quieres decirte a ti misma, pero esto no es amor. Más bien, estás borracha y agradecida. Solamente te alegras de que haya llegado alguien y haya mostrado algo de interés en ti más allá de tratarte como una muñeca sexual de una noche.

Se aparta y se cruza de brazos.

—No digas eso, Sutter. No eches a perder lo nuestro diciendo cosas horribles.

Pero ya he empezado.

—¿Todavía no te has dado cuenta? Las Comandantes Amanda Gallico no existen. No hay Planetas Brillantes ahí fuera. Nadie vendrá con la prosperidad interior. Lo único que tenemos es la Santísima Trinidad de vampiros atómicos: el dios del sexo, el dios del dinero y el dios del poder. El dios del alma hermosa se murió de hambre hace mucho tiempo.

Ella suelta los brazos otra vez.

—Pero eso lo podemos cambiar.

Sacudo la cabeza.

—Es demasiado grande para cambiarlo. Es demasiado pesado y está lleno de aristas afiladas y de mierda.

—No, no es así. Te lo parece ahora porque estás asustado, pero todos estamos asustados.

La miro con cuidado.

—¿Asustado? ¿Asustado de qué? No estoy asustado de ninguna mierda. Soy un tío que ha saltado desde un puente de trescientos metros de altura.

—Ya sabes a qué me refiero. Estás... ¡Oye, cuidado!

—¿Eh?

—¡Te estás metiendo en el carril contrario!

CAPÍTULO 62

De nuevo, un claxon se escucha detrás de mi hombro, solo que esta vez es el

sonido furioso de un tráiler largo. Enderezo el volante hacia la derecha, pero la carretera está resbaladiza de tanta lluvia y patinamos. El Mitsubishi va derrapando como loco por la carretera, primero en una dirección y luego en la otra. El camión, que transporta una bomba de gasolina, pasa muy cerca de nosotros, tan cerca que parece que terminaremos deslizándonos bajo él. Aimee no lleva puesto el cinturón, por lo que está protegiéndose en el suelo del coche y se me viene a la mente un titular de periódico: IDIOTA SE CALCINA EN ACCIDENTE DE COCHE; LE ARREBATA A SU NOVIA UN FUTURO BRILLANTE.

La bomba parece estar a cinco centímetros de nosotros. Estamos a punto de chocar contra su armazón cuando el coche derrapa hacia el otro lado. Ahora lo que nos debería de preocupar son los bordes de cemento de la carretera. Hay uno justo delante, a la derecha, pero solo lo rozamos y, finalmente, retomo el control y logro parar el coche entre los pastizales encharcados que hay junto a la carretera.

Aimee levanta la vista del suelo con los ojos como platos y el labio inferior temblando.

Lo único que logro decir es:

—¡Dios mío!

—No ha pasado nada —me dice—. ¿Estás bien?

No me lo puedo creer. Esta chica debería de estar abofeteándome.

—No, no estoy bien —le respondo—. ¿No lo ves? No estoy nada bien. ¡Soy un puto jodido desastre al cien por cien!

Sale de la parte de abajo del coche y me abraza.

—Me alegra que nadie haya salido herido.

—¿Estás de coña? —me desprendo de sus brazos—. Casi te mato y ¿me quieres abrazar? Necesitas alejarte cuanto antes de mí.

—No, no necesito eso —me dice llorando—. Solo quiero abrazarte y asegurarme de que estás bien.

—Bueno, maldita sea, entonces me alejaré yo de ti —abro la puerta y salgo a la carretera, con la lluvia golpeándome como si fueran clavos—. Conduce tú de

vuelta a casa —le grito mientras me alejo—. ¡Así irás más segura!

Pero, por supuesto, no hace eso. En vez de continuar en el coche, sale a la carretera y me grita que vuelva. Yo sigo caminando lo más rápido que puedo. Es como si pensara que, si me muevo lo suficientemente rápido, lograré alejarme incluso de mí mismo.

—¡Sutter! —me grita—. ¡Espera! ¡Perdóname!

Increíble. ¿Ella me pide perdón? ¿De qué? Me giro para decirle que se meta al coche y me deje en paz, pero no tengo oportunidad. Un par de luces se acercan a toda velocidad justo detrás de ella. Lo único que alcanzo a decir es:

—¡Aimee! —antes de que ella se mueva hacia la izquierda. Por un segundo, las luces me ciegan y luego escucho un horrible golpe y la veo rodando por la cuneta hacia las hierbas.

Siento como si mi piel estuviera en llamas cuando corro hacia ella. La lluvia prácticamente me ciega. Noto el estómago como un animal enloquecido que pujara por salir a través de mi pecho y mi boca. Solo pienso: «¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho?». Ni siquiera sé si lo estoy diciendo en voz alta o no. Ella está tumbada en la hierba, con el pelo empapado y barro en la mejilla. ¿O es sangre? Me arrodillo a su lado.

—Aimee, Dios mío, Aimee, soy un verdadero idiota, Aimee.

—Sutter —dice sin abrir los ojos—. Creo que me ha atropellado un coche.

—Ya lo sé, corazón, ya lo sé —en alguna parte he oído que se supone que no se debe mover a una persona que ha sufrido un accidente automovilístico, para no hacerles daño en la columna o algo así, así que me arrodillo junto a ella, temeroso siquiera de tocarle la cara.

—No te preocupes, buscaré ayuda —le digo, pero soy tan idiota que he perdido el móvil y no tengo manera de llamar a una ambulancia.

Ella abre los ojos e intenta sentarse.

—Espera —le digo—. Creo que es mejor que no te muevas.

—Estoy bien —se apoya en mi pecho—. Creo que estoy bien. Solo me ha

dado en el brazo.

La miro más de cerca y veo que solo tiene barro en la mejilla y se lo limpio con cuidado.

—¿Puedes ayudarme a volver al coche? —me pregunta—. Nos estamos empapando aquí.

—Claro, claro que puedo, cielo, claro que puedo —coloco mi mano bajo su brazo para ayudarla a ponerse de pie pero hace una mueca de dolor y me pide que me detenga.

—¿Qué pasa?

—Es mi brazo. Creo que me lo he roto.

—¿Te duele mucho?

Escuchamos una voz detrás de nosotros.

—Dios mío, ¿está bien?

Es una pareja, un par de años mayor que nosotros, universitarios por lo que parece.

El tipo dice:

—Se nos ha cruzado de repente. No he podido hacer nada.

—Solo la ha golpeado el espejo retrovisor —dice la chica. Lleva una revista abierta sobre la cabeza para mantener su pelo seco, pero no está sirviendo de mucho—. El espejo ha quedado destrozado. Es que iba andando por la carretera.

—Lo siento —dice Aimee.

El tipo le dice:

—No, no te preocupes. Solo espero que estés bien.

—Estoy bien —responde.

Pero yo les digo:

—Creo que se ha roto el brazo.

—Tiene suerte de que no haya sido peor —dice la chica—. ¿Qué estabais haciendo?

Empiezo a responderle que eso no es de su incumbencia, pero Aimee interviene.

—Estábamos buscando algo. Se nos había caído una cosa del coche.

El tío quiere saber si necesitamos que nos lleve al hospital, pero le digo que estamos bien, que podemos resolverlo por nuestra cuenta. Eso parece tranquilizarlo y su novia nos dice:

—Chicos, tenéis que tener más cuidado.

Ayudo a Aimee a levantarse y todo parece estar bien salvo su brazo izquierdo, pero no tiene el hueso salido ni nada. El tío nos sigue al coche y abre la puerta del copiloto para Aimee. Su novia ya está de vuelta en el coche.

—¿Estás seguro de que estás bien para conducir? —dice cuando ya tenemos a Aimee dentro del coche.

—Estaremos bien —le digo—. Me da igual si tengo que conducir a quince kilómetros por hora. No permitiré que le pase nada más.

Cuando me pongo tras el volante, le digo a Aimee que la voy a llevar a urgencias, pero se niega. Tiene miedo de que llamen a la policía y me acusen, y también de que llamen a sus padres.

—Puedo esperar a mañana y entonces iré al médico. Me inventaré algo que decirle a mi madre.

—¿Pero no te duele?

—Un poco.

—Por eso, vamos a urgencias.

—No, Sutter, no vamos a urgencias —está sentada sosteniéndose el brazo, pero noto determinación en su mirada en vez de dolor—. Ya te lo he dicho. Iré

mañana. No quiero que nada se interponga entre nosotros y Saint Louis.

—¿Estás segura?

—Estoy segura.

Está empapada y dolorida, pero nunca había querido a alguien tanto como la quiero a ella en este momento.

Y así es como entiendo que debo dejarla ir.

CAPÍTULO 63

Ricky está metiendo camisetas en su mochila, preparándose para irse de vacaciones a Galveston con Bethany y su familia. El plan es ir a surfear y, por supuesto, el obligado recorrido en lancha con la novia por el Golfo de México.

—Entonces —me dice, doblando otra camiseta—, parece que tu padre se ha buscado una tía bastante loca.

—Más que *bastante*, creo.

—Bueno, supongo que es de esperar cuando sigues buscando novia a los cuarenta y tantos años.

Me imagino que el comentario va dirigido a mí y mi historial con las tías, pero no pasa nada, me lo merezco.

Sigue metiendo camisetas en la mochila.

—Pero lo que no me puedo creer es que me hicieras tragar todo ese cuento del padre-alto-ejecutivo-del-edificio-Chase. Vamos, llevas años contándome esa historia.

—No es mi culpa que seas tan ingenuo. A ver, ¿nunca te has preguntado por qué no lo veía nunca?

—Oye, que yo no conozco a ningún alto ejecutivo. Simplemente me imaginaba que estaría siempre trabajando.

—Sí. Era una historia estúpida. Pero una vez que te metes en una mentira así, es difícil salir.

—Supongo.

Puedo ver que está bastante decepcionado conmigo y no le culpo. Pero los tíos no vamos por ahí disculpándonos. Piensan en otra forma de compensar lo que hicieron, así que le digo:

—Sabes, toda esta situación con mi padre, y lo que pasó con Aimee y eso, me ha hecho pensar que tal vez tengas razón.

—Tío, yo siempre tengo razón. Ya lo sabes.

—A ver, lo de beber menos. Será más divertido si lo hago solamente los fines de semana.

—Eso si puedes.

—¿Qué se supone que quieres decir con eso?

—Nada. Solamente me pregunto quién tiene más control sobre la situación, si tú o el whisky.

—Tío, yo siempre tengo el control. Ya me conoces, soy un músico virtuoso. El whisky solamente es mi violín de un millón de dólares.

—Claro —cierra la mochila—. Mira, tengo que ir a casa de Bethany. Si no te veo antes de que nos vayamos, espera una postal de mi parte. O tal vez te envíe una fotografía por correo electrónico para que me veas surfeando en olas gigantes.

Y eso es todo: él se va por su camino y yo por el mío. Antes habiéramos discutido todo este asunto sobre la historia de mi padre hasta que encontráramos la verdad más profunda del asunto, pero ahora nos limitamos a un: «Hasta luego, ya nos vemos».

Pero no pasa nada. Tengo que ir a casa de Aimee pronto, de todas maneras. Esta noche vamos a ir a cenar a Marvin's. Lo he estado posponiendo, pero ya no

queda más tiempo. Es hora de La Conversación.

Tal como están las cosas, he pasado de ser un semi villano a un verdadero héroe en la casa de los Finecky. Parece ser que Aimee le ha contado a su madre que se nos pinchó una rueda en la carretera, bajo la lluvia, y que mientras me ayudaba a cambiarla un coche se salió de la carretera y la hubiera matado de no haber sido porque yo arriesgué mi vida para quitarla de en medio. Lo único que la golpeó fue el espejo retrovisor, explicó, y ni siquiera se dio cuenta de que se había roto el brazo hasta que despertó con dolores terribles al día siguiente.

Así que es raro ir a su casa y que todos, incluyendo a Randy-la-morsa, me sonrían como si fuera James Bond o algo así. En realidad, me siento como un doble agente infiltrándome fraudulentamente en sus filas. No solo por el rollo del héroe, sino por lo que tengo que decirle a Aimee.

En Marvin's nada ha cambiado: la iluminación sigue siendo tenue, la clientela escasa y Dean Martin sigue disponible en la maquina de discos. Supongo que lo único que es distinto es que no hay whisky en mi 7UP. Tal vez Ricky no tenga mucha confianza en mí, pero no he bebido desde el viaje a Fort Worth, es decir, en cinco días enteros.

Aimee se está divirtiendo de lo lindo, incluso con el brazo cubierto por una aparatosa escayola que me hace preguntarme cómo logra ponerse una blusa. Por suerte, es diestra, así que no le cuesta tanto trabajo usar el tenedor. Solo tiene que asegurarse de no pedir nada que requiera usar un cuchillo.

La primera vez que vi la escayola, me pregunté si podría mudarse a Saint Louis, pero me dijo que nada se interpondría en su camino a estas alturas. Le pregunté si podría empezar a trabajar en la librería y dijo que por supuesto que podría. Lo único que tendrá que hacer es operar la caja registradora y ayudar a los clientes a encontrar lo que buscan.

—Piénsalo —me dijo—, será mucho más fácil que doblar periódicos.

—Supongo que tienes razón —le respondí.

—Claro que la tengo —sonrió—. Estoy espectacularmente acertada.

De cualquier forma, para Aimee, nuestra visita a Marvin's es una bonita ceremonia, una buena manera de despedirnos de nuestras vidas en Oklahoma. Y sí es una ceremonia, pero para un tipo distinto de despedida.

Pero esto no es un tema al que te lances de lleno desde el principio. Hay que ir lentamente, así que empiezo con la respuesta a la pregunta que Aimee es demasiado prudente para hacer: «¿Me ha llamado mi padre para explicar qué le pasó?».

—Hasta dónde yo sé, no ha llamado. Pero si lo ha hecho y le ha contestado mi madre, entonces estoy seguro de que no me lo va a decir.

—Tal vez se sienta avergonzado o culpable o algo. Deberías llamarle tú.

—No creo.

—¿Le dijiste a tu madre o a tu hermana que fuiste para allá?

—No. Mi madre probablemente cagaría un Cadillac si se enterara de que he ido a verle. Holly me llamó para preguntar, pero le dije que tuve que posponer el viaje. No quiero tener que escucharlas diciendo «Te lo dije». Ya es suficientemente malo que el viejo resultara ser como es. No necesito que además ellas se regodeen. Estoy seguro de que piensan que tengo el gen masculino defectuoso de los Keely. Pero no quiero que ellas sepan que *yo* también lo sé. Pero en fin, ya basta de hablar de esa gente a la que llamo familia. Son demasiado deprimentes.

—No te preocupes —me coge de los dedos con la mano buena—. Yo seré tu familia.

CAPÍTULO 64

A Aimee no parece costarle ningún trabajo estar sobria. De hecho parece sentirse algo aliviada. Es maravilloso verla tan segura. Incluso toma la iniciativa y me cuenta algunas historias. Antes, tenía que beber unos cuatro tragos para atreverse a confesar algo personal, pero ahora se siente perfectamente cómoda haciéndolo.

Esta noche, tiene otra buena historia de cuando repartía periódicos, sobre aquella vez que se topó con un par de malotas. Reconozco su táctica, me va a contar una historia para hacerme olvidar que no tengo familia real.

Ella tenía catorce años, y a esa edad todavía tenía que caminar en la parte de

la ruta que le tocaba distribuir. Se topó con dos tías de quince años vestidas con ropa ancha negra y cadenas plateadas que les colgaban del cinturón. Llevaban más rímel que Cleopatra. Habían estado despiertas toda la noche y obviamente algo se habían metido, desatascador de tuberías o algo parecido, hasta donde sabía Aimee.

Al principio, empezaron:

—Mira, ahí va Caperucita Roja. ¿Qué llevas en la bolsa, algo para tu abuelita?

La cosa pintaba mal. Aimee se las imaginó arrancándole la bolsa del hombro y tirando los periódicos por toda la calle, lo cual probablemente hubiera sucedido si no se le hubiera ocurrido una cosa perfecta que decir.

—¿Habéis visto el ovni que ha pasado hace un rato?

Y ellas:

—¿Un ovni? ¿Qué ovni? ¿Estás drogada o estás loca?

Pero Aimee se dedicó a darles una descripción detallada del aspecto que tenía, con luces moradas que parpadeaban, con forma de plátano, un sonido misterioso como una cajita de música que tocaba una canción nunca antes escuchada por los humanos.

Y de pronto, las chicas se transformaron. Miraron al cielo y las expresiones de asombro les robaron la dureza de sus rostros. Aimee siguió inventándose cosas. Les dijo que aquella no era la primera vez que alguien veía ese ovni. Lo habían dicho en las noticias. La gente había informado sobre los efectos positivos de verlo.

—Es la música —les dijo Aimee—. Hace que la gente se sienta inteligente y feliz y atractiva.

De pronto, las chicas se convirtieron en sus mejores amigas. La ayudaron a terminar de entregar sus periódicos con la esperanza de ver al ovni, escuchar la música, y transformarse en seres hermosos y renovados.

—Esa es una mentira maravillosa —le digo.

Ella sonrío al acordarse.

—Y ni siquiera me parecía una mentira mientras la contaba. Luego me las volví a encontrar, como una semana después, en Little Caesar's. No me dijeron nada. Fue raro, ya no me parecieron tan malotas. Parecían algo patéticas, pequeñas y perdidas.

—Supongo que necesitaban creer en los ovnis.

—Sí. Por suerte mi ovni sí vino a por mí.

—¿Sí?

—Claro, eres tú.

—¿Ah, sí?

—Bueno, mira cuánto he cambiado en los últimos meses.

—Sí, vaya si has cambiado —no puedo evitar mirar la enorme escayola que tiene en el brazo. A ver, esta cosa que tiene es tan aparatosa que le cuesta trabajo pasar por las puertas.

—Y ahora nos iremos a Saint Louis. Nos vamos a ir de verdad. Nunca hubiera tenido el valor de decirle a mi madre que me iría antes de conocerte.

—Bueno, tengo la sensación de que Saint Louis realmente será tu propio Planeta Brillante especial, ¿sabes? Y tú serás la Comandante Amanda Gallico de todo eso.

—Pensé que no creías en la existencia de los Planetas Brillantes.

—¡Ah!, ¿eso? Solamente estaba de mal humor. Ya se me ha pasado —le doy un trago a mi 7UP, sabe raro sin whisky—. Pero la cosa es que hace tiempo que quiero hablar contigo sobre todo este asunto de Saint Louis.

—Lo sé, sigues preocupado por lo de quedarnos con mi hermana en su piso diminuto, pero será solo por un par de semanas. Ella ya tiene un trabajo para mí y estoy segura de que tú también conseguirás uno. Tendremos nuestra propia casa y alquilaremos los muebles y eso. No le digas esto a mi madre. Todavía no sabe que te vas a ir a vivir allí también. Cree que solo me ayudará a mudarme.

—Sí, pero eso no es lo que me preocupa —mi mano se mueve de nuevo

hacia el vaso de 7UP, pero es solo por instinto. El refresco solo no cambiará nada ahora—. Verás, la cosa es que, esto, hay algo que no te he dicho. Es un poco vergonzoso.

Ella sigue mostrando su sonrisita y me doy cuenta de que está borracha, no de alcohol, sino de sus sueños y esperanzas sobre Saint Louis. No quiero ser yo quien la devuelva a la realidad, pero ya no me necesita. Ya es capaz de sostenerse por sí sola con sus sueños.

—Lo que pasa es que, ¿te acuerdas de lo mal que me iba en Álgebra? Bueno, pues el señor Asnoter no me dio una oportunidad. Intenté convencerle de que estudiaría más Álgebra en la universidad, pero supongo que pensó que tenía que darme una lección por pensar que era tan aburrido.

Su sonrisa se aplana.

—¿Eso quiere decir que no te has graduado?

—Algo así —doy un trago, pero por supuesto no sirve de nada—. Parece ser que, si quiero mi diploma, tendré que asistir a un curso de verano.

—Curso de verano —repite con la decepción infiltrándose en sus pálidos ojos azules.

—Sí. Empieza en un par de semanas.

—No te preocupes —me dice, obligándose a ver el lado positivo—. Estoy segura de que puedes estudiar Álgebra en Saint Louis de alguna manera.

—No, ya lo he preguntado. Tengo que hacer el curso en el instituto que emite mi diploma.

Vale, no lo he preguntado pero tiene sentido.

Pero ella no se dará por vencida.

—Bueno, eso solamente significa que me quedaré aquí y te ayudaré a estudiar. Podemos irnos a Saint Louis al final del verano. De esa manera tendremos más tiempo para hacer planes y prepararnos.

—No, eso no está bien. Tu hermana ya está lista para ayudarte con la

mudanza y que te vayas este fin de semana, y ya tiene ese trabajo listo para ti y todo eso. Lo único que tiene sentido es que vayas yendo tú y yo me quede aquí al curso de verano y trabaje para Geech en el muelle y ahorre algo de dinero.

Me coge de la mano.

—No quiero irme sin ti. Estaría perdida.

La miro a los ojos y le envío rayos de seguridad.

—No estarás perdida. ¿Estás de coña? Te va ir de maravilla. Harás lo que siempre quisiste hacer.

Claro, también pienso que allá va a conocer al tipo perfecto, un científico ecuestre fantabuloso que la verá como si fuera un fantástico planeta nuevo, lleno de maravillas milagrosas. Pero sé que ella no puede aceptar eso en este momento.

Me dice:

—Quiero hacer todo eso contigo.

Y yo le digo:

—Ya lo sé, pero míralo de esta manera, ¿acaso se me da bien organizar cosas? No mucho, ¿verdad? Si tú te vas primero, puedes organizarlo todo, hacer planes. Te lo agradecería infinitamente si pudieras hacer eso por mí.

Cuando finalmente acepta esa idea, empieza a entusiasmarse. Ahora ya tiene una misión, algo que puede hacer por otra persona. Ideas no le faltan. Ubicará dónde están todas las cosas en Saint Louis, cómo moverse y dónde están las tiendas de ropa de hombre para que yo consiga trabajo cuando llegue. Y luego me dice:

—En cuanto ahorre un poco de dinero, alquilaré nuestro piso y empezaré a comprar cosas. Y también remodelaré las paredes y demás.

—Eso suena maravilloso —le digo—. Pero tal vez deberías esperar a alquilar el piso. Vamos, que necesito que me ayudes con los planes, pero yo también tengo que hacer algo. Me harías un enorme favor si esperarás hasta que te pueda mandar algo de dinero antes de alquilar un piso y comprar cosas. Tienes que permitirme sentir que estoy contribuyendo, ¿de acuerdo?

Sonríe y me aprieta la mano.

—De acuerdo. Creo que puedo hacerte ese favor.

Si soy una rata por hacer las cosas de este modo, entonces, vale, soy una rata. Pero a veces hay que elegir entre la honestidad y la amabilidad, y yo siempre siento debilidad por el lado amable. Además, me imagino que tiene que irse de la ciudad antes de que le diga toda la verdad o, de lo contrario, no se irá nunca. Esperaré a que lleve un mes en Saint Louis y ya tenga un trabajo y su nueva vida. Luego le enviaré un correo electrónico muy largo. Todavía no sé exactamente qué le voy a decir, solo sé que le diré que no voy a ir.

Como veréis, después de todo sí tengo un futuro que ofrecerle, solamente que ese futuro no me incluye.

Cuando la llevo a casa, me cuesta un poco de trabajo dejar que se aleje. Claro, es incómodo abrazarla con esa enorme escayola incómoda, pero la verdad es que no me canso de besarla. No nos hemos acostado en el coche sobrios antes, ni con el brazo escayolado, pero estoy listo para hacerlo, y no solo porque tenga ganas, sino porque quiero estar tan cerca de ella como sea posible una última vez.

Ella me frena. Me besa la nariz y la frente y me dice que tendremos mucho tiempo después para hacer el amor.

—Mi madre podría salir y pillarnos —me dice—. Además, recuerda que cuando estemos en Saint Louis podremos hacer el amor en todas las habitaciones de nuestro piso.

Le doy un largo beso más.

Y después nos decimos adiós.

CAPÍTULO 65

¿Qué era lo único que Cassidy quería que hiciera por ella? ¿Pensar en los sentimientos de otra persona en vez de en los míos por una vez? Me pregunto lo que pensaría si me hubiera visto con Aimee hoy por la noche. Siempre he pensado

que ella cree que yo no sé cómo querer a alguien. Bueno, tendrá que admitir que ahora sí sé cómo hacerlo.

Y luego está esa otra cosa que me dijo, algo sobre cómo yo no soy capaz de creer que alguien me pueda querer. «Nunca creíste que yo te quería», me dijo. Eso todavía me molesta. Claro que creería que alguien me quiere, si así fuera. Simplemente me parece bastante imposible saberlo con certeza.

Justo ahí, en la calle 12, decido llamarla desde mi nuevo y, dentro de no mucho, perdido teléfono móvil y preguntar qué quería decir con exactitud. Tal vez también esté interesada en saber qué ha pasado con Aimee, y eso sin mencionar mi nueva política de solo beber en los fines de semana.

Tarda un rato en responder. Parece ser que va en la carretera con Marcus. Están en Nuevo México, camino a Albuquerque, donde Marcus jugará basquetbol y se titulará en administración pública o una cosa rara.

—¡Oh, Sutter! —me dice muy emocionada—. Aquí es todo tan bonito. Empieza a atardecer y hay unas mesetas y unos colores preciosos que nunca antes había visto. A ver, en cuanto llegamos a Nuevo México pensé: «¡Guau!, ahora veo por qué lo llaman la Tierra del Encanto». El paisaje es, no sé, tan espiritual.

—Bueno, supongo que será un buen lugar que visitar de vez en cuando.

—Voy a hacer más que eso. Ya lo he decidido. Me voy a venir a estudiar aquí. Marcus quiere que lo haga, pero no estaba segura de querer hasta este momento. Mañana vamos a ver el campus, pero ya he visto fotografías y, ¿sabes?, me he enamorado de esto.

—Pero llevas meses preparándote para asistir a la Universidad de Oklahoma.

—Sí, pero tengo derecho a cambiar de opinión si me da la gana.

—Pero seguramente sea demasiado tarde para inscribirte en otro sitio a estas alturas.

—No, no lo es. La fecha límite de entrega de solicitudes es el 15 de junio. Ya lo he preguntado.

—¿Qué dicen tus padres?

—Ellos me animan a ir allí si me gustaba. Ya sabes que siempre han pensado que yo debía estudiar en otro estado para tener oportunidad de ver mundo y eso. Además, adoran a Marcus.

No me sorprende. Me imagino que sus padres piensan que Marcus es una gran mejoría después de mí. Pero eso no se lo digo.

—¿Y qué hay del precio? —pregunto—. ¿No será mucho más caro pagar la matrícula en otro estado?

—Me buscaré un trabajo. Vale la pena hacer el esfuerzo si de verdad lo quieres.

—Eso dicen.

—Es como si iniciara una nueva etapa en mi vida, Sutter.

—Eso es maravilloso —le digo—. Está muy bien.

¿Qué sentido tiene discutir? Debería alegrarme por ella. Solamente somos amigos, después de todo.

—Entonces, ¿para qué me llamabas?

Por un segundo se me había olvidado por completo para qué la había hablado.

—Para nada —le respondo—. Es solo que hacía mucho que no hablábamos.

Después de eso ya no queda mucho que decir. Me dice que me enviará un correo electrónico con información de la universidad, fotografías y demás. Me contará sobre toda la excursión cuando regrese.

Y yo le digo:

—Muy bien, eso está muy bien —de alguna manera es como si todo mi vocabulario se hubiera congelado excepto por la palabra *bien*.

Un segundo después, se ha ido, ha desaparecido en la noche encantada de Nuevo México.

Se ha ido.

Aimee se irá pronto y yo, de repente, me siento invadido por una sed absolutamente increíble.

CAPÍTULO 66

Vale, sé que he prometido beber solamente los fines de semana, pero es verano. A ver, ¿cuál es la diferencia entre un día entre semana y un fin de semana cuando no hay clases? Mientras limite la bebida a una o dos veces por semana, todo debería de ser perfecto. Desgraciadamente, en un momento menos racional, vacié mi fiel petaca en la alcantarilla que hay enfrente de casa, pero eso no es problema. Mi bodega favorita está a minutos de distancia y a la vuelta puedo conseguir un 7UP grande, solo que esta vez me compro el tamaño gigante.

Sí, las calles de la ciudad empiezan a parecerme más amistosas. Los coches me tocan el claxon a derecha e izquierda. La noche es cálida y las chicas flotan a mi alrededor con las ventanillas abiertas, su hermoso pelo moviéndose con la brisa. ¿No sería bonito que alguna de ellas me enseñara las tetas? Tal vez incluso la perseguiría en esta ocasión. «El verano pertenece al Sutterman», le diría. «¿Quieres acompañarme?».

Eso sería encantador. Olvidemos eso de luchar por algo para que se después se eche a perder. Que venga la magia. Eso es lo que yo digo. Que llegue la magia y llene cada centímetro de esa pequeña grieta negra detrás de mi esternón. La Comandante Amanda Gallico tiene su nave espacial y yo tengo mi botella de whisky. Ambos vamos de camino al mismo planeta.

Quién sabe cuánto tiempo llevo conduciendo cuando me encuentro con un bar llamado Hawaiian Breeze. Es un pequeño cubo color azul pastel hecho de tabloncitos agrietados, con palmeras pintadas en uno de los costados. Tiene un pequeño aparcamiento con suelo de grava para cuatro coches. Siempre he querido entrar para ver cómo es. No puede ser mucho peor que Larry's en Fort Worth. Seguramente encajaré perfectamente en el lugar, salvo porque no llevo pistola ni navaja.

Bueno, no tengo edad suficiente para comprar alcohol, pero me imagino que

no tengo nada que perder. Dentro hay un borracho hecho un ovillo frente a la barra y dos enormes presidiarios fugados de la cárcel jugando al billar. El camarero parece la versión de Buffalo Bill con camisa hawaiana, pero drogadicto.

El borracho no hace nada más que seguir viendo la superficie de la barra, pero los demás se me quedan mirando como diciendo: «*¿Quién es este imbécil y qué está haciendo en nuestro santuario?*». El Buffalo Bill yonqui se prepara para decirme que me largue, pero intervengo primero:

—Señor —le digo con mi famosa sonrisa de dientes separados—. Mi nombre es Sutter Keely, tengo dieciocho años y un corazón herido, porque mis romances se desmoronan bajo mis pies. Tengo una seria necesidad de tomarme un whisky con 7UP.

Y así de rápido, el entrecejo fruncido de Buffalo Bill yonqui se convierte en una sonrisa amplia de dientes amarillos y torcidos.

—¡Ja! Esa es la mejor que he escuchado —mira a los presidiarios fugitivos—. ¿Qué decís, muchachos? El chico tiene el corazón herido. ¿Le preparo un cóctel?

El presidiario ligeramente más grande, dice:

—Joder, pues claro que sí. Dale un trago al viejo Sutter. Yo mismo he tenido el corazón herido.

El borracho no comenta nada, pero levanta su cara blancuzca y grita:

—¡Yuuupiii!

—Un whisky con 7UP en marcha —dice Buffalo Bill yonqui.

Y de repente, estoy invitando a whiskies para todos. Para romper el pesado silencio, pongo todas las canciones de Jimmy Buffett que hay en la máquina de discos y les cuento la historia de Cassidy y Aimee, y de mi padre perdido. Todos están embobados. Estuvieron en esta situación, hace mucho tiempo.

—¿Estoy mal de la olla por haber dejado que Aimee se fuera? —le pregunto a los chicos. El presidiario ligeramente menos grande, el que tiene un pañuelo atado a la cabeza, dice:

—No, no estás mal Sutter. Eres un héroe.

—Así es —dice Buffalo Bill yonqui, y el borracho agrega:

—¡Yuuupiii!

Los chicos de Hawaiian Breeze me adoran. Soy su mascota. Deberíais ver cómo se les iluminan los ojos cuando les cuento la historia del fiasco de cena en casa de mi hermana y cómo quemé el traje de mil dólares de Kevin-pronunciado-Kivin.

—Mierda —dice el convicto más grande—. Kevin. Solo se le puede odiar.

—Sutter —balbucea el borracho en su primer intento por pronunciar palabras—, eres el rey. Realmente lo eres. ¿Crees en Dios, Sutter? Pareces religioso.

Es una pregunta extraña considerando las circunstancias, pero le sigo la corriente.

—Por supuesto que soy religioso. Soy el borracho consentido de Dios.

Echa la cabeza hacia atrás.

—¡Yuuupiiii! —y al siguiente segundo está agarrándome del brazo y mirándome con ojos llorosos y tristes—. Tienes toda tu vida por delante —me dice.

—Tú también —le digo, sosteniendo mi brazo con fuerza bajo su mano. Es lo único que evita que se caiga al suelo.

—No —me dice—. Todos mis amigos ya están muertos y mi vida ha terminado.

—Tus amigos no están muertos —le respondo—. Nosotros somos tus amigos.

—¡Yuuupiii!

Cuando suena la última canción de Jimmy Buffett, todos están divirtiéndose de lo lindo. La pesadumbre de Hawaiian Breeze se ha levantado. Cuando anuncio que es hora de partir, nadie quiere que me vaya.

—Lo siento, chicos —les digo—. La noche me espera. Hay más aventuras aguardándome.

Afuera, las luces de la calle brillan sobre el asfalto del aparcamiento. Me siento como si estuviera en la superficie de la luna. Con palmeras pintadas al fondo. La noche es gloriosa. Rebose de emoción por haber salvado las almas de los chicos del Hawaiian Breeze. Tal vez Marcus estaba equivocado. Tal vez una sola persona sí puede salvar al mundo. Apuesto que yo podría. Podría salvar a todo el mundo, por una noche.

¿Y qué sabe Cassidy sobre cómo me siento? Por supuesto que puedo sentirme querido. Abro los brazos ampliamente y dejo que el viento fluya sobre mí. Amo el universo y el universo me ama. Es un dos en uno, querer amar y querer ser amado. Todo lo demás es pura idiotez: ropas resplandecientes y elegantes, Cadillacs color verde Geech, cortes de pelo de sesenta dólares, radio barata, idiotas que rehabilitan celebridades y, sobre todo, vampiros atómicos con sus desalmatizadores y ataúdes cubiertos por banderas.

Adiós a todo eso, digo. Adiós al señor Asnoter y a la Muerte Roja del Álgebra y a los tipos como Geech y Kiiiiiiivin. Adiós a los falsos bronceados de mi madre y a las tetas exageradas de mi hermana. Adiós a mi padre, por segunda y última vez. Adiós a las pérdidas de conciencia y a las resacas incisivas, a los divorcios y a las pesadillas de Fort Worth. Al Bachillerato y a Bob Lewis y a érase-una-vez mi amigo Ricky. Adiós al futuro y al pasado y, sobre todo, a Aimee y Cassidy, y a todas las otras tías que vinieron y se fueron y vinieron y se fueron.

Adiós. Adiós. Ya no puedo sentirlos. La noche es demasiado pura en su belleza para contenerla dentro de mi alma. Camino con los brazos abiertos bajo la gran luna redonda. Algunas hierbas heroicas surgen de las grietas en la acera, y las luces de colores del Hawaiian Breeze encienden los vidrios rotos de su letrero. Adiós, digo, adiós, mientras desaparezco poco a poco en medio del centro de mi propio espectacular ahora.

SOBRE EL AUTOR

Tim Tharp es profesor en el Departamento de Humanidades de la Universidad de Rose State. Su primera novela, *Falling Dark*, ganó el Milkweed National Fiction Prize. *Knights of the Hill Country*, su primera novela para jóvenes, apareció en la lista de American Library Association's Best Books en 2007. *Mi espectacular ahora* ha sido finalista en los National Book Award en 2008.